

EL CONFLICTO NO ES ABUSO

CONTRA LA SOBREDIMENSIÓN DEL DAÑO

SARAH SCHULMAN

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO
NICOLÁS CUELLO Y DIEGO DEL VALLE RÍOS

 PAIDÓS

Schulman, Sara

El conflicto no es abuso / Sara Schulman. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Paidós, 2023.
352 p. ; 23 x 15 cm.

Traducción de: Juan Nicolás Cuello ; Diego del Valle Ríos.
ISBN 978-950-12-0487-2

1. Ensayo. I. Cuello, Juan Nicolás, trad. II. Valle Ríos, Diego del, trad. III. Título.
CDD 152.4

*Este libro está dedicado con amor a Hindeleh Pivko,
quien era sólo una niña.*

Título original: *Conflict is not abuse. Overstating Harm, Community Responsibility, and the Duty to Repair*

© 2017, Sarah Schulman

Derechos gestionados por Silvia Bastos,

S.L. agencia literaria, en colaboración con Arsenal Pulp Press

Traducción de: Juan Nicolás Cuello y Diego del Valle Ríos

Todos los derechos reservados

© 2023, Editorial Paidós SAICF

Publicado bajo el sello Paidós®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

info@ar.planetadelibros.com

www.paidosargentina.com.ar

1ª edición: marzo de 2023

2.000 ejemplares

ISBN 978-950-12-0487-2

Impreso en Master Graf,

Mariano Moreno 4794, Munro,

en el mes de febrero de 2023

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.
Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Agradezco a los hombres y mujeres que crean libros y perdono a los
hombres y mujeres que hacen que los libros sean necesarios.

-VOZ EN LA REUNIÓN DE QUAKER,
PETERBOROUGH NEW HAMPSHIRE

No es sólo que no podamos elegir con quién cohabitar, sino que debemos preservar activamente el carácter no elegido de la cohabitación inclusiva y plural; no sólo vivimos con aquellos que nunca elegimos y con los que podemos no sentir ningún sentido social de pertenencia, sino que también estamos obligados a preservar sus vidas y la pluralidad de la que forman parte. En este sentido, las normas políticas y las prescripciones éticas concretas surgen del carácter no elegido de estos modos de convivencia.

-JUDITH BUTLER,

PARTING WAYS: JEWISHNESS AND THE CRITIQUE OF ZIONISM, 2013

El rechazo es a menudo la herramienta a la que recurren las personas que se enfrentan a problemas o conflictos en las comunidades queer, lo que sólo contribuye a los ciclos de deshumanización y abuso. Es la respuesta fácil y simplista que se utiliza con demasiada frecuencia para todo tipo de conflictos interpersonales e intercomunitarios.

-COOPER LEE BOMBARDIER,

PUBLICACIÓN EN FACEBOOK, ENERO DE 2015

Quiero que la gente se abra al poco poder que tiene.

-LISA HENDERSON,

CONVERSACIÓN PERSONAL, 2015

Índice

Prólogo. Desarmar la crueldad, conversar a través
de la diferencia, *Nicolás Cuello y Diego del Valle Ríos* 17

Introducción. Un manifiesto de la reparación 29

PRIMERA PARTE

EL YO CONFLICTIVO Y EL ESTADO ABUSIVO

1. En el amor, el conflicto no es abuso 51
El peligroso coqueteo 53
*Correos electrónicos, mensajes de texto
y escalada negativa* 59
Modos reductivos de la ilógica 64
2. Abandonar lo personal: el Estado
y la producción de abuso 73
*Comprender es más importante que producir
una víctima* 79
*Relaciones profundas auténticas vs. vinculaciones
a través del bullying* 83

- Cuando la comunidad alienta la reacción sobredimensionada* 91
- Las acusaciones falsas y el Estado* 95
3. La policía y la política de la sobredimensión del daño 101
La policía como árbitro de las relaciones 103
"Violencia", la violencia y el daño de nombrar mal el daño 114
Llamar a la policía ante incidentes singulares de violencia 119
Llamar a la policía por tu pareja cuando es tu padre el que debería ir a la cárcel 130
4. Criminalización del VIH en Canadá: cómo la clase media más rica del mundo decidió denunciar en la policía a personas con VIH para encubrir su racismo, culpa y ansiedad sobre la sexualidad y su inversión en castigo basada en la supremacía 137
Privilegios y resolución de problemas en el contexto de Canadá y Estados Unidos 138
Piense dos veces antes de llamar a la policía 140
Las raíces raciales de la criminalización del VIH en Canadá 141
Carga viral y Estado 142
Ser "abusado" en lugar de responsable como política estatal 144
Criminalización de la experiencia humana 147
Las mujeres como monstruos 151
Delitos que no pueden ocurrir 154
Apelar al abuso como excusa para el control gubernamental 155
Declaraciones de abuso como afirmación de la normatividad 158
En conflicto: los verdaderos amigos no dejan que sus amigos llamen a la policía 163

SEGUNDA PARTE
 EL IMPULSO A ESCALAR

5. Sobre la escalada 169
La ideología supremacista como rechazo del conocimiento 170
Comportamiento traumático: cuando el conocimiento se vuelve insoportable 175
Interrumpir la escalada antes de que produzca una tragedia 180
El control está en el centro de la supremacía y del comportamiento traumatizado 185
La fabricación de monstruos como pensamiento delirante 190
El hábito cultural de reconocer la interpretación distorsionada 193
La negación de los padecimientos mentales 195
6. Reacción de huida maniaca: detonante + rechazo 201
Detonante + rechazo #1: reacción maniaca de huida (psicoanálisis histórico) 205
Detonante + rechazo #2: episodio límite (psiquiatría y psicología pop) 209
Detonante + rechazo #3: luchar, huir, inmovilizar (mindfulness, budismo estadounidense) 217
Detonante + rechazo #4: desapego al hachazo (Alcohólicos Anónimos) 223
Todos están de acuerdo: demora y comunidad responsable 226
7. Familias queer, maternidad compensatoria y la cultura política de la escalada 229
Las familias buenas no hacen daño a los demás 232
Repensar la ética familiar como forma de reducción de daños 235

Las familias queer y la ideología supremacista 238

*La maternidad compensatoria
y la necesidad de culpar* 242

TERCERA PARTE

SUPREMACÍA/TRAUMA Y LA JUSTIFICACIÓN
DE LA INJUSTICIA: LA GUERRA ISRAELÍ CONTRA GAZA

8. Ver el desarrollo del genocidio en tiempo real:
Gaza a través de Facebook y Twitter,
2 de junio al 23 de julio de 2014 251
La estrategia de la acusación falsa 252
*Cuando necesitamos ser "abusados", la verdad
no importa* 263

Conclusión. El deber de reparar 321

Agradecimientos 333

Bibliografía 337

Citas por página 345

Acerca de la autora 347

PRÓLOGO

Desarmar la crueldad, conversar a través de la diferencia

Nicolás Cuello y Diego del Valle Ríos

Es innegable que el tiempo histórico que nos toca vivir como sociedad está atravesado por una profunda crisis afectiva. Una sensación incómoda recorre esta época: cada vez nos cuesta más trabajo vincularnos, se nos vuelve casi imposible entendernos y las herramientas en las que nos apoyábamos para darle lugar a nuestras diferencias han perdido de a poco su efectividad o directamente se han vuelto inútiles. Percibimos el estallido ahogado de los lazos sociales en todas las esferas en las que participamos. En las estructuras de gobierno, dentro de las instituciones, en nuestros grupos de pertenencia, en los vínculos personales y en la relación que tenemos incluso con nosotros mismos. Es cierto también que, a lo ancho del mundo, brota con un esfuerzo obstinado una enorme cantidad de movilizaciones sociales, propuestas reflexivas, experiencias comunitarias y posicionamientos políticos que ensayan estrategias (contra)pedagógicas/clínicas para abordar la agudización de estas distancias que parecen irreconciliables. Pero los efectos continuos que generan la sobredimensión del conflicto, la supremacía moral y el entumecimiento indolente, traumático, que ofrece la matriz neoliberal desde la cual imaginamos los vínculos sociales destierran toda oportunidad de realizar intercambios profundos capaces de volver visibles las

estructuras que explican la crueldad que obstruye la posibilidad de vivir juntos.

La dificultad que atravesamos se vuelve muy difícil de reconocer críticamente. En el temor abismal ante cualquier problema, en la incapacidad interpretativa que nos nubla o en la asfixia ansiosa que nos producen los conflictos interpersonales, que sentimos con exclusividad como algo personal, se anuda un flujo de fuerzas muy complejas, entre ellas, la creciente fragilización de las relaciones humanas en un mundo derrumbado por las consecuencias de un modo de producción basado en la competencia feroz por recursos explotados de forma desmesurada pero, también, el desgaste de las formas de solidaridad y el agotamiento de la capacidad de escucha, reflexión y comprensión de la diferencia en una realidad dirimida por un moralismo represivo que ofrece como única salida posible posicionamientos subjetivos endurecidos, intransigentes y victimizantes, como condición y reflejo ante una realidad que no tolera más malestar que el que sus propias condiciones de posibilidad constantemente producen. Por momentos, pareciera que no hay salida o alternativa posible.

El punitivismo, es decir, aquella dimensión de los modos contemporáneos de gobierno que impone y administra su orden a través de la producción de políticas públicas, marcos burocrático-administrativos y estructuras legales centradas tanto en prácticas institucionales de enjuiciamiento, sanción y castigo como en deseos de vigilancia preventiva y control no es un fenómeno novedoso. Por el contrario, es el resultado de un lento proceso histórico que puede convertirse en el potencial contexto que explica la crisis afectiva actual. En ese sentido, se vuelve urgente comprender la expansión inaudita de sus preceptos, un crecimiento exitoso y acelerado que pareciera haber transformado sus principios represivos en un *paradigma invisible* que da forma a aquello que llamamos “mundo” o “naturalidad”; expansión desde la cual ahora imaginamos, percibimos y entendemos la intimidad de nuestra vida en común.

Es importante insistir en la antigüedad de estos procesos, porque su reconstrucción genealógica nos puede ayudar a comprender la irrupción de características novedosas que enmar-

can la crisis político-afectiva que atravesamos, o por lo menos dar cuenta de cuáles pueden serlos desplazamientos específicos que han resultado instrumentalmente propicios para la creación de este estado generalizado de sospecha, crueldad y fragmentación atomizante de los lazos sociales.

Por lo menos desde aproximadamente los años setenta hemos sido testigos de esta ininterrumpida reconfiguración del poder como un deseo de seguridad, que no es más que un deseo de Estado-nación, esto es, una incuestionable confianza en las instituciones que administran la punición. En consecuencia, hemos observado el perfeccionamiento tecnológico de los sistemas de control del espacio público, el endurecimiento de las políticas migratorias, la regulación social de los códigos de género, una clasificación cada vez más prescriptiva de perfiles y comportamientos sociales que se vuelven garantías o amenazas de la estabilidad social, la diversificación y el aumento de nuevos modos de criminalización y persecución institucional, la explosión de imágenes mediáticas dedicadas a la estigmatización estratégica de la diferencia sexual y racial como medio para la producción de *extraños-peligrosos* y, también, la sofisticación permanente de arquitecturas de privación y encarcelamiento. Pero estas características de la *razón punitiva*, que en su totalidad conjugan el despliegue pedagógico de la punición como reguladora del comportamiento colectivo, y la respuesta paranoica ante el peligro, el conflicto o la violencia parecen haberse transformado, además, en un sistema cultural, en una forma de imaginación y, en particular, en una *economía afectiva* desde la cual entender los intercambios entre personas y pequeños grupos. Este desplazamiento, creemos, se siente como un sofisticado derrame que ha inscripto, traducido y adecuado la moral securitista del paradigma de la punición, presente en las estructuras técnicas de gobierno y gestión de lo público, sobre el ámbito de lo privado y, específicamente, sobre el terreno del deseo. Así, ha poblado un espacio esencialmente conflictivo y opaco con un campo de protocolos regulados por las tramas del aislamiento como castigo, la ansiedad preventiva, el temor a lo otro como opuesto a la mismidad, la descartabilidad humana y la naturalización de la indolencia en tanto horizonte

moral, narrativas desde las que imaginamos las formas de vida que componen lo social.

En este sentido, podemos dejar de hablar del punitivismo sólo como un conjunto de mecanismos jurídicos, legislativos y policíaco-militares para empezar a considerarlo como un *sistema de representación*, es decir, una forma de imaginación del mundo sin excesos. Un lenguaje criminológico que se internaliza como paradigma desde el cual lidiamos con los conflictos de la vida cotidiana, con los problemas que emergen en nuestras formas de vida comunitarias, haciendo usos rígidos e instrumentales de las políticas de la identidad para entender la diferencia de responsabilidades, la producción de peligrosidad y el origen de los conflictos. Una matriz afectiva que lleva al espacio personal el imperativo de la productividad, la medida expresiva, la pureza ideológica y la transparencia del sentido, y que, a su vez, convierte la aparición de conflictos, el abordaje de las violencias y las formas de elaboración del trauma en un antagonismo moralizante, en ocasiones con tintes esencialistas y patologizantes, cuya simpleza estratégica reduce las relaciones humanas a economías paranoicas de desconfianza, y aplana la complejidad de la violencia y el padecimiento como fenómenos unidireccionales. Esa estrategia nos vuelve incapaces de complejizar tanto los intercambios de poder que producen, anhelan y esconden los problemas entre las personas como las condiciones históricas que los vuelven posibles, y afecta entonces la capacidad de acercarnos a la realidad del malestar, la incomodidad, el dolor y la violencia de formas ambivalentes y profundas que privilegian la reparación cooperativa y la integración del desacuerdo, en tanto sea posible, como parte indiscutible de la vida junto a otros sin la necesidad de recurrir a la privatización institucionalizante de los problemas que terminan siendo inteligibles sólo a través de la asistencia represiva que ofrece el Estado con sus herramientas históricamente punitivas.

Sobre esta encrucijada urgente trabaja *El conflicto no es abuso* de Sarah Schulman, el libro que tenemos ante nosotros, un material profundamente valioso que desde su publicación y, en especial, gracias al intercambio de mano en mano, a las

lecturas públicas colectivas y a su incorporación dentro de currículas institucionales y contraculturales de discusión, se ha instituido en una pieza clave no sólo del pensamiento antipunitivo y del activismo anticarcelario sino, también, de las conversaciones que dentro de los movimientos feministas y de las disidencias sexuales, en concordancia con el compromiso anticolonial, se dan en torno a la especificidad de la violencia, la justicia y los deseos de reparación.

Traducir este libro para nosotros ha sido una tarea de mucho aprendizaje. En principio porque lo hemos hecho a la distancia, conectando a través de nuestros intercambios, una vez que emprendimos esta tarea, la complejidad particular de dos contextos tan disímiles como homologables como son la Ciudad de México y Buenos Aires. Dos sociedades que, a pesar de sus profundas distancias en términos políticos e históricos, comparten una progresiva normalización de la subjetividad punitiva como lógica desde la cual entender y actuar en torno a conflictos comunes que se originan entre pares. Una dificultad que, como mencionamos antes, identificamos como consecuencia directa de las políticas neoliberales de inclusión y diversidad que instrumentalizan las demandas sociales por justicia en una arena descontrolada de señalamientos, responsabilizaciones automatizadas y soluciones performáticas que dejan sin cambio alguno las estructuras del poder heterocis-patriarcal, racista y extractivista bajo el que se regula la continuidad del presente-futuro. Un fenómeno que, además, vemos acelerarse en nuestros contextos a partir de la reciente actualización estratégica del punitivismo a través de la cultura de la cancelación y la retórica de la censura en contra de la libertad de expresión que utilizan las derechas y ultraderechas con la finalidad de liberar en el ámbito cotidiano paradigmas victimizantes, reduccionistas y polarizantes para que los individuos se castiguen entre sí.

El conflicto no es abuso, libro que germina en el contexto cultural y político de Estados Unidos alimentado por la experiencia de su autora, una figura lésbica clave en el activismo por los derechos reproductivos de las mujeres, por sus intervenciones en las llamadas “guerras del sexo” durante la década de los

ochenta y, principalmente, por su participación en ACT UP, organización histórica en la lucha por una respuesta a la crisis del VIH/sida, estaba listo para ser publicado en 2014. Pero no fue sino dos años después, tras el continuo rechazo de un sinnúmero de editoriales estadounidenses, desde las grandes corporaciones del libro hasta editoriales universitarias e independientes, que la autora logró encontrar un pequeño sello queer en la ciudad de Vancouver dispuesto a publicarlo.

La dificultad, sin embargo, no quedaría allí. Una vez publicado, las resistencias a hablar públicamente sobre su contenido se hicieron notar. Los medios de comunicación tradicionales, las universidades y los espacios de reseñas más comunes del medio editorial, como *Publishers Weekly*, tardaron meses en mencionarlo y recién lo hicieron cuando las comunidades que identificaron su potencial transformativo empezaron a ejercer presión. La sensación generalizada, cuenta Sarah Schulman, era que el tipo de discurso que movilizaba el libro resultaba de una incomodidad y de un riesgo insuperable para cualquier negocio editorial y, por eso, la industria reaccionaba de forma abrumada en la negación automática de la obra tanto en su formato de propuesta como una vez que comenzó a circular y a hacer valer sus desafiantes argumentos.

Seis años después, cuenta con más de cuarenta mil copias vendidas en inglés y ha sido traducido al italiano, al francés y, ahora, al castellano. Sin duda, un claro ejemplo del triunfo de la conversación popular sobre la máquina editorial que controla el grado de circulación de los discursos que no entiende o que no le convienen al statu quo.

De acuerdo con la autora, otra explicación de esta resistencia atemorizada al libro es su condición novedosa. Es decir, si bien los marcos de funcionamiento de la *razón punitiva*, como dijimos antes, ya contaban con una extensa serie de estudios y análisis dentro de los círculos activistas, académicos e intelectuales de Estados Unidos que habían podido objetivar críticamente sus modos de funcionamiento, dar cuenta de cómo esta modulación represiva del poder se había transformado en un paradigma subjetivo y en un mecanismo social que básicamente señala como “personas peligrosas” a poblaciones

que están en peligro resultaba demasiado arriesgado como posición pública. En especial, porque no sólo volvía visibles las formas en que las ideologías conservadoras malinterpretan, instrumentalizan y construyen economías victimizantes en torno a los conflictos en los que los cuerpos que son sistemáticamente marginalizados, una vez que denuncian el ejercicio de la violencia, se convierten en violentos, sino que además ponía sobre la mesa situaciones contradictorias, perspectivas acrílicas y sentidos falsamente naturalizados que, dentro de los movimientos progresistas, reproducían ese mismo tipo de funcionamiento supremacista, aleccionador e indolente. Por ejemplo, los problemas desatados por las formas de vigilar los flujos migratorios o las legislaciones destinadas a la población trans pero, en particular, las posiciones incómodas que despertaba la denuncia al imperialismo israelí y la consecuente defensa de la resistencia Palestina, cuestiones que este libro aborda de distintas maneras.

Casi una década después de su gestación, la precisión analítica que despliega parece cada vez más actual. De hecho, a pesar de las profundas modificaciones que han tenido lugar en el contexto estadounidense –donde se vive el agresivo avance de fuerzas conservadoras y políticas de derecha que se han traducido en el desmantelamiento de garantías constitucionales como la interrupción voluntaria del embarazo, la desprotección de la comunidad trans o el aumento de la precariedad sanitaria que afecta de manera desproporcionada a las poblaciones migrantes y racializadas–, la estrategia de gobernanza que en su momento señaló Schulman, basada en la afirmación obstinada de ideologías supremacistas, en la sobredimensión del daño y en la falta de responsabilización colectiva para resolver los conflictos antes de que escalen desproporcionadamente, no sólo no ha cambiado en ese país sino que, por el contrario, parece haberse sofisticado aún más y extendido a escala global.

Ahora bien, a pesar de la urgente relevancia y de la potencia crítica de este material, es cierto que traducir y, luego, publicar libros producidos en el Norte global para un público latinoamericano no deja de ser una apuesta arriesgada. Ante las relaciones asimétricas que todavía existen entre Norte y Sur,

las cuales sin duda se reflejan en las políticas de traducción y en la accesibilidad al conocimiento, como en todos los demás aspectos que componen la industria editorial, publicar este libro en castellano puede interpretarse como un gesto involuntariamente colonial. Pero, insistimos, Schulman, tanto en este como en el resto de sus trabajos, es una paciente defensora de la aventura que significa abrirse al riesgo de conversar a través de la diferencia. En ese sentido, si la estrategia de gobernanza que genera *extraños-peligrosos* para mantener intacta la supremacía a escala global implica también su efectividad en las formas de dominio que se ejercen desde el Norte hacia el Sur, hacer una lectura situada de este material que implique actualizar sus argumentos y enfrentar las discontinuidades históricas que brotarán una vez que sea discutido en nuestro territorio es una gran oportunidad para dar cuenta de cómo esta forma extendida de poder punitivo que modela las subjetividades contemporáneas, si bien es una pedagogía que forma la experiencia de los sujetos a gran escala, encuentra necesariamente lenguajes expresivos y formas consecuentes de resistencia que son únicos en cada contexto.

Es posible que arrojarnos, entonces, a la complejidad de leer un análisis político-afectivo forjado en un espacio en el que operan flujos y disputas que nos exceden o nos son ajenas nos haga sentir distantes o confundidos. Pero aquí el valor transformativo de la traducción se sostiene en la promesa que emana de esa incomodidad geopolítica misma. Ante lo que no es homologable, sólo nos queda el arduo trabajo de preguntarnos por la actualidad de esas diferencias. Es decir, allí donde estos marcos de análisis sobre las formas contemporáneas del poder punitivo no hagan sentido, la tarea es investigar la originalidad con la que ese paradigma cobra forma, se vuelve real y es encarnado en la experiencia de nuestros conflictos cotidianos, individuales y colectivos. Esta serie de cuestionamientos, en su inscripción "local", es decir, en su practicidad situada, en lugar de institucionalizar los argumentos originales de esta autora y de este libro como el grado cero de una discusión sin origen en nuestra historia pone en contraste, ensambla de modo perverso y adhiere de forma compleja sus principales aportes a los es-

fuerzos regionales que desde hace tiempo vienen siendo elaborados comprometidamente en torno a la noción de justicia, la definición de violencia, y los modos de resolución y reparación del daño colectivo.

Traducir es ser consciente de las genealogías culturales y sociopolíticas de los lugares donde se enunciaron las ideas. Al mediar casi diez años entre la primera edición de *El conflicto no es abuso* y esta publicación, es crucial identificar las transformaciones que forman parte de las políticas de cuidado y los abordajes de la violencia en nuestras coordenadas. Eso conlleva, a propósito de la labor editorial, evitar la reproducción de palabras y expresiones que en castellano corresponden a vocabularios políticos que estigmatizan la diferencia en beneficio de la razón punitiva. En ese sentido, este libro, que promueve un compromiso emocionante, es decir, lograr que el punitivismo que invade nuestras historias individuales y colectivas no totalice los sentidos que se imbrican en nuestra vida en común, puede pensarse como una herramienta crítica más de esa constelación de especial importancia en función de los intercambios Norte-Sur que hace décadas vienen teniendo lugar en torno a esta materia.

Para terminar, no queremos dejar de reconocer una diferencia que nos parece sustancial en el material que ahora se publica. Si existe una prioridad en los esfuerzos críticos de este libro es mostrarnos que es materialmente posible hacer un cambio radical ante los efectos abrasivos que genera la *razón punitiva* en la vida colectiva. Y que la concreción colectiva de este largo sueño puede volverse real si pensamos la antipunición como un ejercicio práctico que implica detener el murmullo ensordecedor del enjuiciamiento acrítico motivado por el reflejo del trauma y las falsas lealtades que brotan de las ideologías supremacistas para, en su lugar, priorizar la conversación en persona y el intercambio de perspectivas como camino potencialmente transformador de reaprendizaje. Por esa razón, además de facilitar estos marcos innovadores de interpretación sobre el funcionamiento de estas formas íntimas de la moral securitista que operan en los deseos de vigilancia, control y castigo que se apoderan de nuestra imaginación, *El con-*

ficto no es abuso presenta alternativas concretas que se nutren del paradigma de la reparación y de la justicia transformativa como posibles guías en el arduo trabajo por apaciguar la sobre-dimensión de los conflictos comunes. Por un lado, entendiendo esta dimensión de lo *reparativo* como una forma de ensayar valores, principios y prácticas que busquen promover el respeto y la responsabilidad poniendo en el centro el entramado de relaciones humanas, lo que implica reconocer la complejidad de la interdependencia para juntos entender por qué surgen tanto los conflictos y las violencias como nuestras limitaciones para abordarlos de forma profunda, y cuáles son las acciones y estrategias que como personas afectadas consideramos necesarias para su reparación. Y, por otro, propone aproximarnos a la idea de *transformación* en una dirección similar a aquella en la que las comunidades afroestadounidenses y marrones vienen trabajando desde hace un largo tiempo, es decir, considerando como urgente el compromiso de crear formas de justicia estructuradas por mecanismos de resolución de los problemas fuera del sistema legal policial, carcelario y militar que desestimen el castigo y privilegien la corresponsabilidad en la protección y el cuidado de las personas con las que se comparte el interés por hacer realidad mundos alejados de las narrativas de la crueldad.

Pensamos esta traducción como una forma de acceso que ensambla sus esfuerzos a un extenso diagrama de complejos ensayos creativos por alcanzar una sociedad que esté más allá de la rigidez del castigo. Creemos que, como artefacto social, este libro puede hacer del trabajo comprometido de Sarah Schulman un instrumento clave para la reconceptualización de los mapas securitarios que funcionan actualmente en nuestros territorios, comunidades y cuerpos, una oportunidad única para alentar discusiones políticas, interpelaciones culturales y espacios de contención que acerquen imágenes de posibilidad en aquellos momentos en los que la misteriosa conflictividad de la vida parece imposible de ser descifrada.

Ahora nos toca comprometernos. Acercar a nuestra intimidad este paradigma antisecuritista confrontando la condición natural del punitivismo que aún limita la posibilidad

de configurar nuestra vida en común como estrategia ante el exterminio. En nuestro largo camino por hacer otro mundo posible, tendremos que provocar la reunión, compartir tiempo, intercambiar notas, sostenernos en la duda y contener el destino incierto de las derivas que estas formas desafiantes de pensamiento suscitan. Ante el distanciamiento, el temor y el aturdimiento al que nos somete la razón punitiva, cuando las diferencias de nuestras historias irrumpen, tendremos que proponer la cercanía y la escucha como formas de tejer complicidad, confianza y corresponsabilidad, aunque duela, aunque nos incomode o aunque parezca imposible. Para eso llega este libro: para ayudarnos, para servir de apoyo, abrigarnos y ser compañía, para darnos ánimos e inyectar energía en este difícil y hermoso deseo de seguir viviendo juntos, porque es innegable que lo necesitamos hoy, ahora, más que nunca.

INTRODUCCIÓN

Un manifiesto de la reparación

No todo lo que se enfrenta se puede cambiar; pero nada puede ser cambiado hasta que no se enfrenta.

-JAMES BALDWIN

Mientras comenzaba este libro, durante el verano de 2014, la comunidad humana atestiguó, con agotamiento y frustración, la repetición sistémica de la crueldad injustificada. Vimos policías blancos en Ferguson, Missouri y Staten Island, Nueva York, asesinar a dos hombres negros desarmados, Michael Brown y Eric Garner. Vimos a un jugador profesional de fútbol americano rico y poderoso, Ray Rice, golpear a su esposa, Janay, hasta dejarla inconsciente en un ascensor. Vimos al gobierno israelí asesinar en masa a más de dos mil civiles palestinos en Gaza. De inmediato resultó evidente que los métodos que hemos desarrollado colectivamente hasta la fecha para comprender este tipo de acciones a fin de evitarlas no son adecuados.

Como novelista, para crear personajes que tengan credibilidad, aplico el principio de que las personas hacen las cosas por determinadas razones, incluso si no son conscientes de esas razones o si no pueden aceptar que sus acciones tienen una motivación, en lugar de ser neutrales y objetivas. Usando este principio para examinar esos eventos, tengo que preguntarme qué *piensan* los policías blancos, el jugador de fútbol rico y el Estado-nación militarizado que está sucediendo que produce y justifica la brutalidad de sus acciones. Como ates-

tiguan el video y los relatos de los testigos, ni Michael Brown, ni Eric Garner hicieron nada que justificara la forma en que fueron tratados por la policía. Eric Garner vendía cigarrillos sueltos y Michael Brown caminaba por la calle. Ambos intentaron ofrecer a la policía alternativas a la crueldad. Eric Garner informó a la policía de las consecuencias de sus acciones sobre él, cuando les dijo once veces, mientras lo estrangulaban ilegalmente: "No puedo respirar". Michael Brown levantó las manos en señal de rendición y dijo: "No disparen". Pero algo ocurrió dentro de las mentes, los impulsos y las identidades grupales de los policías blancos, en el sentido de que interpretaron ese no evento original, combinado con comunicaciones fácticas y pacificadoras, como una especie de amenaza o ataque. En otras palabras, estos policías observaron la *nada misma*, la completa ausencia de amenaza, y allí vieron un peligro lo suficientemente grave como para justificar el asesinato. No pasó nada, pero esta gente con poder vio *abuso*.

Sabemos por las imágenes de las cámaras de seguridad tomadas en el vestíbulo de un casino y en un ascensor que el corredor de los Baltimore Ravens, Ray Rice, y su esposa estaban discutiendo. Por mucho que no nos gusten las peleas con nuestras parejas y deseemos que no sucedan, el desacuerdo con nuestro amante es una parte común de la experiencia humana. Es imposible vivir sin que nunca ocurra. El desacuerdo íntimo es, como dicen, *la vida*. Sin embargo, Ray Rice experimentó ese conflicto de carácter común y regular que existe en cada relación, familia y hogar en el mundo como algo tan abrumadoramente insoportable y amenazante que golpeó a su esposa hasta dejarla inconsciente y arrastró su cuerpo exánime por los tobillos fuera del ascensor y la dejó tirada inerte en un pasillo. Observó ese conflicto común y cotidiano respondiendo con extrema crueldad. Observó la expresión regular, incluso banal, de la diferencia y vio una *amenaza*.

El gobierno israelí mantiene asediada la Franja de Gaza palestina desde 2005. Esto ha vuelto insoportable la vida cotidiana de sus habitantes. Hacia finales de la primavera del año 2014, el gobierno de Benjamin Netanyahu intensificó la presión sobre los palestinos, que ya sufrían, y algunas fac-

ciones dentro de Gaza respondieron con cohetes de tan mala calidad que sólo tuvieron un impacto simbólico. El gobierno israelí reaccionó a su vez a esta respuesta con más de dos días de bombardeos aéreos e invasiones terrestres que causaron muertes masivas y destrucción a gran escala, literalmente, de su infraestructura cultural y psicológica. Los habitantes de Gaza estaban reaccionando a un estado de injusticia que habían creado los israelíes: estaban *resistiendo*. Se negaban a aceptar un trato insoportable e injustificable. Los israelíes experimentaron esta resistencia al trato injusto en curso como un *ataque*.

Brown y Garner no hicieron absolutamente nada más que ser negros. Janay Rice expresó un conflicto común y corriente. Los habitantes de Gaza resistieron un trato insoportable. En todos estos casos, la policía, el esposo y la nación sobredimensionaron el daño. Tomaron la Nada, el Conflicto Común y la Resistencia, y tergiversaron estas posturas razonables de diferencia como Abuso. Desde la intimidad de una relación entre dos personas, pasando por el poder de la policía hasta la aplastante realidad de la ocupación, estos actores desplegaron una interpretación distorsionada en la que comportamientos justificables se entendieron como agresiones. De esta forma, reaccionaron de forma desmedida a un nivel que produjo tragedia, dolor y división. Es ese momento de reacción desmedida el que deseo examinar en este libro. Mi tesis es que en muchos niveles de la interacción humana existe la oportunidad de combinar la incomodidad con la amenaza, confundir la ansiedad interna con el peligro exterior y, a su vez, escalar en lugar de resolver. Mostraré cómo esta dinámica, ya sea entre dos individuos, entre grupos de personas, entre gobiernos y civiles o entre naciones, es una oportunidad fundamental para la tragedia o la paz. El conocimiento consciente de estos mecanismos políticos y emocionales nos brinda la posibilidad de enfrentarnos a nosotros mismos, de lograr el reconocimiento y la comprensión para evitar una escalada hacia un dolor innecesario.

METODOLOGÍA

Baso mi perspectiva en lo queer: utilizo ejemplos queer, cito autores queer, estoy enraizada en puntos de vista queer, abordo e investigo inquietudes y tendencias en el discurso queer. Vengo directamente de un análisis histórico del poder, en concreto lésbico, arraigado generacionalmente en Audre Lorde y Adrienne Rich, en el que las dinámicas sexuales, raciales, materiales, emocionales, coloniales y de género se consideran continuas e interrelacionadas. Audre en particular, en su clásico *Zami: A New Spelling of My Name* [*Zami una biomitografía: una nueva forma de escribir mi nombre*], al que llamó “biomitografía”, abordó en forma directa la cuestión del género por el simple hecho de inventar el suyo propio. Así que continuó la tradición de las escritoras que desde su creatividad utilizan la no ficción para abordar sus observaciones, sentimientos, contextos, historias, visiones, recuerdos y sueños. Es una categoría de la literatura de ideas que se distancia de la academia y, sin embargo, le es útil y, por lo tanto, se incorpora a la lectura en el aula y sirve como tema de análisis e investigación académica sin ser un producto de ella.

También crecí en el feminismo, en el que el significado de la esfera privada es orgánico al significado macroestructural del poder, y uno se entiende como consecuencia del otro. Entonces, ver y luego examinar la relación entre la ansiedad individual y su expresión geopolítica es un impulso históricamente consistente. En la contemporaneidad, este lente me permite reconocer la transición de lo “gay”, como categoría amplia de personas severamente oprimidas, a un fenómeno más reciente de selectas minorías sexuales que acceden al aparato de castigo del Estado, a menudo gracias a su blanquitud, la ciudadanía, la reproducción normalizada de roles familiares y la seronegatividad. Las implicancias de estos cambios son instructivas para todos aquellos que pueden aprender de la experiencia queer. Este desplazamiento de oprimidos a opresores es fundamental para el contenido de este libro. Con la misma facilidad con la que sujetos antes subordinados o traumatizados pueden conspirar o identificarse con agresores, también otros grupos, antes subor-

dinados o traumatizados, pueden identificarse con la supremacía del Estado. En ambos casos, la falta de reconocimiento de que el pasado no es el presente, más que la autotransformación necesaria para resolver conflictos y producir justicia, ha conducido hacia la adquisición de un nuevo poder para castigar.

Mi rango de consideración es amplio. Los intelectuales y artistas queer ya no están obligados a permanecer dentro de nuestro gueto temático. Ya no tenemos que elegir entre la subjetividad queer y el mundo. El mundo, al menos el de las ideas, ahora entiende que se trata de dos dimensiones que están integradas. En algunos campos puedo apelar a mi “experiencia”, pero en otros tengo algo más profundo que ofrecer. Como artista, ofrezco al lector una forma ecléctica de entrar. No pertenezco a la escuela de pensamiento que trabaja a partir de “una idea larga y lenta”. En cambio, a lo largo de tres décadas de hacer libros, obras de teatro y películas, he desarrollado un estilo capaz de ofrecer al lector muchas muchísimas ideas nuevas a la vez. Algunas de ellas resonarán, algunas serán rechazadas y otras serán abordadas de manera tal que generarán ideas aún más nuevas por parte del lector. La historiadora Nan Alamilla Boyd me ayudó a comprender que mi falta de formación académica me convierte literalmente en “indisciplinada”. Esta noticia fue muy fugaz y un regalo que desearía haber recibido décadas antes. Ahora puedo pedirle que lea este libro de la misma manera en que miraría una obra de teatro: no para salir diciendo “¡La obra tiene razón!”, sino más bien para observar que revela el matiz humano, la contradicción, la limitación, la alegría, la conexión y la tragedia de la separación. Que la propia humanidad del dramaturgo es también un ejemplo de estas leyes ineludibles.

Estos capítulos no son homogéneos. Como escritora creativa, hace tiempo entendí que la forma debe ser una expresión orgánica de los sentimientos en el centro de la pieza. Cada capítulo cumple una función diferente y está representada en su tono, género, estilo y forma. Algunos son periodísticos, otros analíticos, algunos especulativos, otros abstractos, algunos son sólo sentimientos. Como novelista, sé que es la yuxtaposición acumulativa la que revela la historia.

Este no es un libro con el que se debe estar de acuerdo, una exhibición de evidencia o un despliegue de pruebas. En cambio, está diseñado para un pensamiento colectivo, interactivo, comprometido y dinámico en el que algunas ideas resonarán, otras serán rechazadas y algunas otras provocarán que los lectores produzcan nuevos conocimientos por sí mismos. Al igual que las relaciones auténticas y conscientes, las comunidades verdaderamente progresistas, la ciudadanía responsable y la amistad real, con la paciencia que todo esto requiere, te piden que seas interactivo.

ENFRENTAR Y LIDIAR CON EL CONFLICTO

Los ejemplos de violencia racista ejercida por la policía sin motivo, los hombres que golpean a sus parejas femeninas hasta dejarlas inconscientes en respuesta a un conflicto común y el asesinato masivo de civiles cuando tienen lugar actos de resistencia contra condiciones intolerables son actos de injusticia extremos pero cotidianos. Cuando ocurren estas crueldades, la situación ya está completamente fuera de control. Por esa razón, en este libro me interesa examinar el fenómeno de la sobredimensión del daño cuando comienza, en su etapa previa como *Conflicto*, antes de que escale y explote en tragedia. El desastre se origina en una reacción desmedida inicial al *Conflicto* y luego se intensifica hasta el nivel grave de *Abuso*. Es en la etapa del *Conflicto* que esos futuros horribles todavía no son inevitables y pueden resolverse. Una vez que estalla la crueldad, y tal vez la violencia, es demasiado tarde. O al menos requiere un nivel de reparación que está fuera de alcance de lo que muchos de nosotros haríamos sin aliento y apoyo. El conflicto, después de todo, está enraizado en la diferencia y las personas son y siempre serán diferentes. Con la excepción de los desastres naturales, que no son causados por fechorías humanas, la mayor parte del dolor, la destrucción, el desperdicio y el abandono de la vida humana que creamos en este planeta y más allá es consecuencia de nuestra reacción desmedida ante la diferencia. Esto se expresa a través

de nuestra resistencia a enfrentar y resolver problemas, que es una negación abrumadora a cambiar la manera en que nos vemos a nosotros mismos para hacernos responsables. Por lo tanto, cómo entendemos el *Conflicto*, cómo respondemos al *Conflicto* y cómo nos comportamos como espectadores frente al *Conflicto* de otras personas determina si tenemos o no justicia y paz colectiva.

En el centro de mi visión está el reconocimiento de que, por encima de todo, es la comunidad que rodea un *Conflicto* la fuente de su resolución. La comunidad tiene la responsabilidad crucial de resistir la reacción desmedida ante la diferencia y de ofrecer alternativas de comprensión y complejidad. Tenemos que ayudarnos unos a otros a iluminar y contrarrestar la sobredimensión del daño en lugar de usarlo para justificar la crueldad. Sugiero que tenemos una mejor oportunidad de interrumpir el dolor innecesario si articulamos nuestra responsabilidad *compartida* en la creación de alternativas. Buscar métodos de resolución *colectiva* de los problemas hace que estos saltos trágicos y destructivos sean más difíciles de lograr. Las personas que están siendo castigadas por no hacer nada, por tener conflictos comunes o por resistirse a situaciones injustificadas necesitan la ayuda de otras personas. Si bien hay muchas excusas para no intervenir en un castigo injusto, esa intervención es, sin embargo, esencial. Sin esas formas de intervención en las que la mayoría de las personas teme comprometerse, esta escalada no puede ser interrumpida.

En otras palabras, debido a que no cambiaremos nuestras historias para integrar las *razones* conocidas de otras personas e iluminar las que les son desconocidas, no podemos resolver los *Conflictos* de una manera productiva, equitativa y justa. Por eso nosotros (individuos, parejas, grupos de afinidad, familias, comunidades, naciones, pueblos) muchas veces pretendemos, creemos o afirmamos que el *Conflicto* es, en cambio, *Abuso* y por lo tanto merece castigo, es decir, que la sola diferencia de otra persona se tergiversa como un ataque que luego justifica nuestra crueldad y nos lleva a renunciar a la responsabilidad de cambiar. En consecuencia, la resistencia a esa falsa acusación de abuso se ubica como justificación adicional de una crueldad

aún mayor disfrazada de “castigo”, a través de la base ilógica de negarse a rendir cuentas y a reparar.

Mientras que las personas son castigadas en todos los niveles de las relaciones humanas por no hacer nada, por Conflictos comunes y por resistencia, simultáneamente tenemos la abrumadora actualidad de la violencia y el Abuso real. Existe una enorme literatura que analiza y cuantifica la violencia y el Abuso real. Hay movimientos políticos como Black Lives Matter y Palestine Solidarity que responden a esta violencia y Abuso real. Y, a nivel individual y familiar, existe una significativa Industria de la Recuperación, desde el punto de vista financiero y cultural, con libros, podcasts, videos, talleres y una amplia variedad de practicantes y técnicas de sanación. Debido a que tanto el discurso sobre la violencia y el abuso real como el proceso de recuperación ya están integrados en el ámbito comercial y cultural, no voy a repetir esa información acá. En cambio, en este libro estoy buscando algo particularmente diferente. Sin minimizar de ninguna manera el papel de la violencia en nuestras vidas, observo, *simultáneamente*, cómo una retórica intensificada de la amenaza que confunde el no hacer nada, el conflicto común y la resistencia con el abuso real ha producido una práctica generalizada de *sobredimensión del daño*, que se expresa a menudo en el “rechazo”, una resistencial a hablar en persona con otro ser humano o grupo de personas, y que utiliza la exclusión de su información, la obstrucción activa para que una persona sea escuchada, y la pretensión de que esta no existe. Estoy examinando la afirmación inexacta de “abuso” como sustituto de la resolución de problemas. Dejo en claro cómo esta desviación de la responsabilidad produce una separación innecesaria y perpetúa la ansiedad mientras provoca crueldad, rechazo, castigo inmerecido, encarcelamiento y ocupación. El título de este libro, *El conflicto no es abuso*, recomienda la responsabilidad mutua en una cultura que reacciona poco ante el abuso y sobredimensiona el conflicto. Me motiva separar los fenómenos culturales de sobredimensión del daño del daño mismo, porque esta separación es necesaria para conservar las protecciones y reconocimientos legítimos otorgados a la experiencia de la violencia y la opresión real. Este libro ofrece mu-

chos muchísimos ejemplos que espero ayuden a clarificar las consecuencias negativas de fusionar el Conflicto con el Abuso.

PUEDE OCURRIR UN CAMBIO POSITIVO

Debido a que participé, contribuí y fui testigo de cambios de paradigma progresivos, sé por mi propia experiencia de vida que, si bien la perfección es inalcanzable, un cambio positivo siempre es posible. La resolución no significa que todo el mundo sea feliz, pero puede significar que menos personas sean culpadas por un dolor que no han causado o que se las convierta en receptáculo de las ansiedades de otras, un hecho que habilita que menos personas sean deshumanizadas por falsas acusaciones. O, como sugiere Matt Brim, que cuando estamos en el ámbito del Conflicto podemos pasar de una construcción basada en la lógica del abuso, que implica los lugares de *victimario y víctima*, al reconocimiento más preciso de los involucrados como *partes en conflicto*, cada una con preocupaciones y derechos legítimos que debe ser considerados para producir una resolución justa.

Al comienzo de la epidemia del sida, las personas con VIH se encontraban entre las más oprimidas del mundo. Además de la opresión por raza, geografía, clase, género y sexualidad, se enfrentaban a una enfermedad terminal para la que no se conocían tratamientos. No tenían leyes de protección, ni servicios, ni representación, y no recibían compasión. Sus vidas no importaban y su pronóstico era un sufrimiento constante y una muerte masiva inevitable. Millones sufrieron y murieron sin cuidado, consuelo o interés, vilipendiados por crueles proyecciones, negligencia, exclusión y culpa injustificadas. Fueron sistemáticamente rechazados, sus experiencias y puntos de vista fueron excluidos de manera brutal de la política, la representación, las costumbres culturales dominantes y la ley. Fui testigo de primera mano de esto.

Sólo cuando las personas con sida y sus amigos intervinieron contra el statu quo y forzaron el fin del rechazo forzando una interacción a través de escraches, sentadas, organización

de agendas, acciones, interrupciones, cierres, denuncias, investigaciones y movilizaciones, se empezaron a hacer progresos sistémicos. El Estado teorizó esta indeseada insistencia por un trato adecuado como un acto de violación, calificándola de “conducta desordenada” en lugar de resistencia, una ilegalidad a ser sancionada y estigmatizada. Rechazaba a las personas con sida y, por lo tanto, no escuchaba lo que tenían para decir sobre cómo estaban siendo tratadas. Como resultado, se produjeron miles de detenciones de personas que intentaban salvar vidas, muchas de las cuales lucharon apasionadamente hasta el día de su muerte. En otras palabras, fue el maltrato y el rechazo hacia las personas con VIH lo que produjo su ilegalidad. Si el poder público las hubiera invitado a sus despachos y les hubieran dicho: “Acá tenemos un conflicto. Por lo tanto, debemos sentarnos juntos y resolverlo”, no habrían tenido que ejercer la desobediencia civil, razón por la que ellas y sus simpatizantes fueron arrestados por la policía. Fue el rechazo institucional lo que las forzó a hacer eso. Fue ese rechazo inmoral lo que las criminalizó.

Hoy entendemos que los actos de resistencia de esas personas fueron necesarios, heroicos y socialmente transformadores; que el hecho de que se les prohibiera hablar no significaba que estuvieran obligados a obedecer esas órdenes injustas. Como consecuencia, la experiencia de ser seropositivo ha cambiado drásticamente para muchos, aunque en absoluto para todos. La actitud, el trato, las leyes, la opinión pública, la responsabilidad social y la representación se han transformado de manera significativa. Los dos obstáculos principales que existen ahora son el estigma y la economía: la codicia de las farmacéuticas y las industrias del cuidado de la salud en un contexto de capital global. Lo que queda por abordar es una cuestión de voluntad política para que los tratamientos efectivos existentes puedan extenderse a todos, al margen de su nacionalidad, ubicación geográfica o clase social. Hoy se cierne un estigma renovado de criminalización del VIH. Se basa en las dinámicas fundamentales abordadas en este libro: la combinación de Conflicto y Abuso, y la sobredimensión del daño como justificación de la crueldad, incluso cuando los cambios radicales de actitud y la experiencia del VIH evolucionan simultáneamente.

Está claro por la historia que los avances culturales y políticos de carácter progresista no son naturales o neutrales y no ocurren por su propio impulso. Como mostramos con Jim Hubbard en la película que él dirigió y coprodujimos, *United in Anger: A History of ACT UP* [*Unidos en la ira: historia de ACT UP*] (2012), estos cambios para las personas con VIH/sida, dentro de una generación, se lograron mediante un activismo político radical, efectivo, creativo y diverso que actuó en múltiples frentes. El cambio requiere conciencia para impulsar una transformación de actitud. Una vez que hay un atisbo de conciencia, esto implica que hay lugar para hacerse cargo de las injusticias y, por lo tanto, puede existir una responsabilidad consecuente para su solución, que debe expresarse a través del comportamiento y no sólo del sentimiento. Sin embargo, como se aprendió con la crisis del sida, un cambio de actitud significativo, aunque habitado por muchos, es impulsado por una *masa crítica*, una pequeña y diversa colección de individuos con una intención enfocada y una acción efectiva que están a la altura de las circunstancias para cambiar literalmente nuestras mentes.

En el verano de 2014, el pueblo palestino de Gaza fue masacrado por los israelíes frente al abandono mundial. Hoy en día, las personas de Palestina, instrumentalizadas como chivos expiatorios, se encuentran entre las más victimizadas y, en general, entre las más atacadas del mundo. Observo cómo su sufrimiento y asesinato en masa se propaga a través de penetrantes representaciones deshumanizadas que las posicionan falsamente como “peligrosas” cuando, de hecho, son quienes están en peligro y necesitan desesperadamente una intervención externa. Aunque en este libro cito extensamente las voces de los palestinos de la Palestina Histórica y la diáspora, quiero comenzar con un artículo que la periodista judía Amira Hass escribió en julio de 2014 en el periódico *Haaretz* dirigido a sus connacionales israelíes:

Si la victoria se mide por el éxito en causar un trauma de por vida a un millón ochocientos mil personas (y no por primera vez) que esperan ser ejecutadas en cualquier momento, entonces la victoria es tuya y se suma a nuestra

implosión moral, la derrota ética de una sociedad descomprometida con la autoindagación, que se revuelca en la autocompasión sobre los vuelos pospuestos de las aerolíneas y se pule a sí misma con el orgullo de sentirse iluminada.

Hass identifica los elementos clave encontrados en muchas formaciones de grupos supremacistas, ya sean familias, camarillas o naciones. Es lo que el canadiense Jude Johnson ha llamado “meritocracia, derecho, mente enemiga”. Un grupo merece el derecho a no ser cuestionado y tiene derecho a deshumanizar al otro a quien malinterpreta como “amenaza” mientras utiliza esta distorsión como motivo de autocomplacencia, indiferente al dolor que causa y a las consecuencias negativas de largo plazo de sus acciones.

Si bien cada contexto tiene sus especificidades, recuerdo cuando las personas con sida eran universalmente tratadas como parias peligrosas, intrínsecamente culpables, acusadas de ser depredadoras, excluidas, silenciadas y amenazadas mientras se les negaba el derecho a la investigación, protección o, incluso, a cierta amabilidad, por lo que eran condenadas a sufrir y morir de a millones. Muchos de mis amigos se encontraban entre aquellas. Muchos más son perseguidos de por vida por el espectro de ese sufrimiento.

Entiendo que no se puede hacer una comparación directa, sólo la resonancia de la memoria histórica, pero sé que la persecución, la experiencia de muerte masiva y el abandono de los palestinos, justificados en sintonía por un mismo tipo de representaciones falsas, afirmaciones injustas de Abuso, proyecciones de un Trauma causado por otros, ideologías supremacistas e interpretaciones distorsionadas, pueden ser transformados. Pero primero estas construcciones tienen que ser reconocidas. Cualquier dolor que los seres humanos sean capaces de crear puede ser trascendido. Pero tenemos que entender lo que estamos haciendo. Esta transformación también requiere una masa crítica, un grupo pequeño, eficaz, centrado e inspirado de personas que puedan combinar un pensamiento moral claro con la asunción de responsabilidad expresada a través del desafío directo a la brutalidad y la acción organizada. Puede ser

un pequeño grupo de amigos conscientes que ayude a una persona que está confundiendo Conflicto con Abuso a encontrar alternativas. Pueden ser dos miembros de una familia que no adhieren a un modo de enjuiciamiento poco ético interpretado falsamente como “lealtad”. Puede ser una vanguardia de activistas en una ciudad o un estrato minoritario del mundo que objeta la victimización e interviene para generar cambios. En una sociedad, esto puede ser tarea de unas pocas miles o incluso cientos de personas. En la vida de una persona, o en la vida de una familia o comunidad, pueden ser dos amigos.

En julio de 2015 Tom Bartlett, en *Chronicle of Higher Education*, conmemoró la masacre en la ciudad bosnia de Srebrenica revisando algunas investigaciones recientes de psicólogos sociales que estudian la resolución de conflictos. Los hallazgos parecen obvios y, sin embargo, mucha gente los rechaza. “Más contacto entre grupos reduce los prejuicios”, concluye Bartlett. “El estatus de los grupos debe ser respetado como igualitario. Los que tienen autoridad deben ser solidarios. El contacto debe ser más que superficial.” Un meta análisis de quinientos quince estudios en los que participó un cuarto de millón de personas concluyó que

el contacto intergrupual fomenta “una mayor confianza y perdón por transgresiones pasadas”. Los efectos son evidentes independientemente del género, la edad, la religión o la etnia. Parecen mantenerse incluso cuando el contacto es indirecto –es decir, es menos probable que uno sea prejuicioso contra cierto grupo si un miembro de tu grupo es amigo de un miembro de ese otro grupo–. Un estudio de 2009 publicado en *American Psychologist* encontró, de manera algo increíble, que simplemente pensar en las interacciones positivas con un miembro de otro grupo reduce los prejuicios. El contacto imaginario puede ser mejor que no tener ninguno.

Sin embargo, una y otra vez, la obstinación por estar en lo cierto y la negativa a ser autocrítico se expresan como una forma de dominio que depende de la capacidad para evitar o excluir a

la otra parte. Aquellos que buscan justicia a menudo organizan a sus aliados para forzar modos de contacto, conversaciones y formas de negociación. Tratar de crear puentes de comunicación es casi siempre la lucha más difícil para aquellos que son falsamente culpados. Y movimientos enteros están estructurados en torno al objetivo de obligar a una parte a enfrentarse a la realidad de la otra y, por lo tanto, a enfrentarse a sí misma. Por supuesto, esta lucha de poder sobre si las partes opuestas pueden hablar o no es una enorme cortina de humo que cubre el problema real, la esencia de lo que necesitan hablar, a saber, la naturaleza y la resolución del conflicto.

En el ámbito de la geopolítica, ese impulso humano de acabar con la crueldad y crear reparación está representado, en un ejemplo, por el movimiento palestino Boycott, Divestment and Sanctions [boicot, desinversión y sanciones] (BDS), fundado en 2005. Se trata de un movimiento global no violento centrado en la acción de interrumpir el apoyo económico, académico y cultural a la maquinaria bélica de Israel para, en su lugar, promover la garantía de los derechos humanos básicos: los derechos de los refugiados, el derecho a la libre circulación, los derechos a la autonomía básica. Esta es una meta alcanzable que depende de la conciencia y la acción de la comunidad, y a la cual deben contribuir los consumidores, estudiantes, iglesias, empleados con planes de jubilación, artistas e intérpretes y empresas con inversiones. Para los estadounidenses que se oponen a estas crueldades y acciones deshonorosas, un objetivo es poner fin a la financiación militar estadounidense que facilita la ocupación israelí en Palestina.

Este libro comienza en el ámbito más íntimo de la diferencia personal que confunde ansiedad con amenaza: el miedo sexual, el desacuerdo doméstico, la proyección individual de experiencias pasadas en el presente o la falta de apoyo de amigos y familiares para desmantelar interpretaciones distorsionadas. Luego pasa al segundo nivel: la relación entre las reacciones desmedidas y el Estado, y la responsabilidad de las comunidades de ayudar a los individuos a avanzar hacia la reparación sin capitular ante el poder estatal. Es aquí donde encontramos las raíces del problema: Sobredimensión del Daño, Falsas Acusaciones

de Culpa, Castigo por Resistencia, Proyección, Rechazo y Exclusión, Intimidación Grupal, *Bullying* Grupal, Conceptos Falsos de Lealtad, Crueldad en lugar de Responsabilidad, Interpretaciones Distorsionadas/Padecimientos Mentales y el estigma de reconocer esto en las personas que amamos o podríamos amar. Es en el ámbito personal de la gente que conocemos, las instituciones con las que interactuamos y las autoridades a las que empoderamos donde se pueden realizar estas transformaciones. Ahora mismo, el Estado y relaciones grupales superficiales confabulan para escalar el conflicto y obstruir la reparación. Como trato de mostrar una y otra vez, negarse a ser autocrítico para resolver los conflictos aumenta el poder del Estado. Podemos oponer resistencia a este proceso. Como individuos, tenemos un enorme poder en la forma en que abandonamos al chivo expiatorio o, en cambio, lo defendemos. Tenemos el poder de cambiar los modos en que fomentamos el rechazo para, en su lugar, hacer el trabajo necesario para facilitar la comunicación. Cambios simples en el comportamiento personal y sus expresiones en las estructuras políticas de poder producen normas públicas, a su vez capaces de cambiar, que pueden marcar grandes diferencias en las experiencias individuales y colectivas.

Por ejemplo, cuando tenía 16 años, en 1975, y me enfrenté a la brutalidad de la homofobia de mis padres, fui a ver al tutor de mi escuela secundaria. Me dijo que no les dijera a mis compañeros que era lesbiana porque podían rechazarme. En otras palabras, en lugar de intervenir defendió la interpretación distorsionada, el castigo injusto y la exclusión. Hoy, cuando escucho a mis alumnos hablar de la homofobia en sus familias, los conecto con aspectos de la comunidad LGBT, les proporciono alternativas en el aula y me ofrezco a hablar con sus padres, es decir, a intervenir y hacer frente a la brutalidad con el fin de proteger a sus destinatarios y transformar su contexto. Hago esto en medio de una masa crítica de otros profesores que toman el mismo curso de acción y, de esta manera, hay un cambio de paradigma en el que la escuela, que en mi caso fue parte del sistema de opresión, puede convertirse en parte de la resistencia y de la solución. Este es el tipo de paso que estoy pidiendo, y que creo que

es posible tanto dentro como fuera de las instituciones y con amigos. El pasaje de espectador cómplice a participante activo del cambio es el mismo tipo de cambio de actitud que muchos de nosotros atravesamos en relación con las personas con sida y el que debe darse en la relación con el pueblo de Palestina. Pero no estoy pidiendo esto sobre la base de un principio de intercambio de un desastre por otro sino, más bien, como una transformación de nuestra mentalidad colectiva. Al diferenciar entre Conflicto y Abuso, podemos convertirnos en activistas, con nuestros amigos, familias, comunidades, lugares de trabajo, localidades, religiones y naciones, contra la producción de chivos expiatorios y las formas de rechazo a pequeña y gran escala, del mismo modo que podemos contribuir a la creación de dinámicas grupales fundadas en la responsabilidad y la reparación.

En este libro transformo cincuenta y siete años de vida y treinta y cinco años de escritura en una conclusión crítica: que desde el potencial más potente potencial para la intimidad entre extraños hasta los momentos de la intimidad doméstica entre amantes, y desde los reclamos del Estado sobre sus ciudadanos hasta los fenómenos geopolíticos del asesinato en masa somos testigos de una continuo. Es decir, se utilizan falsas acusaciones de daño para evitar reconocer la complicidad en la creación de conflictos y, en su lugar, conflictos de carácter común escalan a niveles de crisis. Esta elección de castigar en lugar de resolver es producto de una interpretación distorsionada y se basa en el refuerzo de las relaciones grupales negativas cuando, en cambio, estas ideologías deben ser desafiadas de manera activa. Mediante esta sobredimensión del daño, las acusaciones falsas se utilizan para justificar la crueldad, mientras que el rechazo evita que la información entre en el proceso. Las resistencias al rechazo, la exclusión y el control unilateral, si bien son necesarias, se caracterizan erróneamente como daño y son utilizadas para volver a justificar aún más escaladas de intimidación, intervención estatal y violencia. Hacer hincapié en la comunicación y la reparación, en lugar de en el rechazo y la separación es la clave para transformar estos paradigmas.

PRIMERA PARTE

EL YO CONFLICTIVO Y EL ESTADO ABUSIVO

El capítulo uno establece las diferencias fundamentales entre Conflicto y Abuso en el ámbito del corazón, lo íntimo: el coqueteo, las relaciones, los hogares y los círculos de amistad circundantes. Aquí comenzamos la conversación sobre lo que sucede cuando el Conflicto se representa erróneamente como Abuso en el ámbito personal, y cómo las nuevas tecnologías corrompen potenciales afectos, entendimientos, negociaciones y amores.

En el capítulo dos entro en la arena del Estado aprendiendo del trabajo de la defensora antiviolencia Catherine Hodes para comprender la diferencia entre Conflicto y Abuso en relación con los proveedores de servicios sociales.

El capítulo tres comienza a aplicar estas ideas examinando una expresión de la sobredimensión del daño en la que se llama a la policía o se apela al Estado en asuntos en los que el Conflicto se tergiversa como Abuso. Al tratar de entender cómo la policía se convirtió en árbitro de nuestras relaciones, observo la evolución histórica desde la creación del movimiento feminista antiviolencia en la década de 1960 hasta el control estatal contemporáneo del ámbito doméstico: cómo la política de resistencia se convirtió en parte del aparato estatal de control, a menudo usando las mismas palabras. De la misma manera, examino de qué modo las diferencias de raza y clase afectan los enfoques legales y sociales contemporáneos sobre abuso en la intimidad de las parejas, y cómo la incapacidad de los individuos para resolver problemas sirve a los intereses del Estado.

El capítulo cuatro amplía estos fundamentos a través del sorprendente ejemplo de la criminalización del VIH en Canadá y muestra cómo la presentación “moderada” de una sociedad neoliberal puede encubrir la producción extrema de chivos expiatorios del conflicto y la explotación de la ansiedad sexual iniciada y agravada por el propio Estado. Allí examino algunas de las formas en que los gobiernos se confabulan con los ciudadanos para desviar la ansiedad (del latín *angustus*, que significa “estrecho”) hacia reclamos de infracciones penales.

SEGUNDA PARTE EL IMPULSO A ESCALAR

Una vez que establecida la relación entre la sobredimensión del daño y el abuso por parte del Estado, empiezo a desentrañar algunas de las razones por las que las personas se ven obligadas a escalar. La pieza central de esta dinámica es el papel de los grupos “malos” en el fomento de la intimidación y el rechazo en lugar de la pacificación. La escalada es la consecuencia clave de negarse a resolver problemas o negociar, y exige nuestra atención como obstáculo central para la paz y la justicia.

En el capítulo cinco analizo cómo el Comportamiento Traumatizado y la Ideología Supremacista se parecen entre sí, cómo ambos producen interpretaciones distorsionadas que buscan niveles irrazonables de control sobre otras personas y no toleran la autocrítica o la diferencia. Propongo una liberación del estigma en torno al reconocimiento del padecimiento mental, la interpretación distorsionada y la ansiedad, y sugiero que se reconozcan pública y comúnmente como fuentes que contribuyen a esta intolerancia y control. Asimismo, trato de ver la negación cultural de estas manifestaciones de interpretaciones distorsionadas como una estrategia para la imposición de la dominación.

El capítulo seis profundiza aún más esta discusión al retomar la preocupación contemporánea por los “detonantes”, es decir, el momento de la escalada, en especial en secuencia con el rechazo. Aquí examino cuatro sistemas distintos de pensamiento que reconocen la secuencia detonante + rechazo como pieza central de la injusticia y el dolor: el Psicoanálisis Tradicional, la Psiquiatría Contemporánea y su contraparte comercial, la Psicología Popular, el *Mindfulness* y AA, la contraparte de Alcohólicos Anónimos centrada en las parejas y familias de alcohólicos. Examino cómo cada una de estas perspectivas entiende el papel del grupo “malo” (pareja, familia, comunidad, amigos, religión, nación, pueblos) como ejecutores de una escalada impulsada por un daño sobredimensionado. Observo cómo estos sistemas divergentes de pensamiento se unen al ofrecer lo que Stephen Andrews llama “realinea-

miento” de los grupos “malos” y se centran en la demora como método para evitar una escalada injusta.

En el capítulo siete considero el papel de la familia como lugar peligroso de producción de esa lealtad negativa basada en el grupo, el control masculino y la violencia. Sugiero que la creciente legitimidad de algunas personas LGBT en relación con el Estado a través de la estructura familiar tradicional refuerza algunos de los aspectos problemáticos de esa estructura y cómo, en particular, los supuestos en torno al rol de la madre siguen siendo antitéticos a la socialización del poder, incluso en las familias queer, y su relación con el Estado. Esta alineación entre familia y Estado nos hace cada vez más cómplices de un aparato gubernamental de castigo que no aborda las fuentes reales del conflicto y, en cambio, se basa en la reacción desmedida en lugar de en la reparación.

TERCERA PARTE SUPREMACÍA/TRAUMA Y LA JUSTIFICACIÓN DE LA INJUSTICIA: LA GUERRA ISRAELÍ CONTRA GAZA

Finalmente, en el capítulo ocho, represento las primeras tres semanas de la guerra israelí contra Gaza vista desde lejos a través de las redes sociales en el verano de 2014. La analizo como una producción de todos los elementos discutidos y acumulados a lo largo del libro. Muestro cómo la negativa a asumir la responsabilidad en el proceso de creación tanto de Conflicto como de Abuso y en historias falsas de carácter unilateral sobre la razón inapelable de una de las partes, en combinación con los lazos negativos en torno a la figura del grupo “malo”, reforzados por el rechazo e impulsados tanto por la Ideología Supremacista como por el Comportamiento Traumatizado, producen lo que el historiador israelí Ilan Pappé llama “genocidio progresivo”.

En la conclusión exploro cómo las personas con compromisos sociales tienen la responsabilidad especial de intervenir para acabar con el rechazo, facilitar la comunicación y hacer el trabajo necesario para revelar puntos de vista complejos so-

bre el comportamiento humano, a medida que practicamos la autocrítica y nos plantamos ante los grupos negativos. Detallo las tareas y los dones de la solidaridad real en el proceso de construcción de la paz, y su necesidad para aquellos que imaginamos un futuro mejor. “El Deber de Reparar” nos pertenece a todos, pero en especial a quienes reclaman acceso a una conciencia social.

Sarah Schulman
Nueva York, 2 de marzo de 2016

PRIMERA PARTE

EL YO CONFLICTIVO Y EL ESTADO ABUSIVO

En el amor, el conflicto no es abuso

Una vida posible es aquella que quiere lo imposible.

-MAHMUD DARWISH

Evidentemente, quienes pueden sentirse maltratados en ausencia de una amenaza real no son solamente los policías, los jugadores de fútbol ricos o los ocupantes coloniales. Quienes dominan no son sólo quienes se sienten en peligro cuando se enfrentan a un conflicto común o cuando sus propias acciones injustas son respondidas con resistencia. De hecho, estas reacciones distorsionadas se dan tanto entre los poderosos como entre los débiles, entre los supremacistas y los heridos, y tanto en la sociedad como en la intimidad. En los ámbitos en los que podría producirse un abuso real, hay quienes se sienten perseguidos y amenazados aunque no estén en peligro y a menudo carecen de la ayuda de quienes los rodean para diferenciar entre lo posible y lo real. Los acosadores suelen conceptualizar que están siendo atacados cuando son ellos los que originan el dolor. Por todas partes se confunde el Conflicto con el Abuso.

Si una persona no puede resolver un conflicto con un amigo, ¿cómo puede contribuir a esfuerzos más amplios por la paz? Si nos negamos a hablar con un amigo porque proyectamos nuestras angustias en un correo electrónico que ha escrito, ¿cómo vamos a acoger a los refugiados, los inmigrantes y las personas sin hogar en nuestras comunidades? Los valores necesarios

para la reparación social son los mismos que se requieren para la reparación personal. Por eso, esta discusión debe comenzar en la experiencia más micro. Confundir ser mortal con estar amenazado puede ocurrir en cualquier ámbito. El hecho de que algo *pueda* ir mal no significa que estemos en peligro. Significa que estamos vivos. La mortalidad es el signo de la vida. En el ámbito más íntimo y personal, muchos de nosotros hemos amado y confiado en alguien que violó esa confianza. Por eso, que aparezca otra persona que nos intriga, cuyos intereses compartimos, con la que disfrutamos, con la que podría haber algún enriquecimiento y comprensión mutua no significa que vayamos a ser vulnerados de nuevo. Experimentar la confusión, el desacuerdo, la frustración y la diferencia no quiere decir que vayamos a ser vulnerados otra vez. Experimentar ansiedad no significa que alguien nos esté haciendo algo injusto.

Ahora bien, el reconocimiento y la conciencia de estas diferencias nos da la oportunidad de afrontar y lidiar realmente con los problemas de la intimidad que antes no podíamos resolver. La conciencia de estas diferencias nos permite apreciar y disfrutar los dones de la intimidad y la diferencia que quizás antes dábamos por sentados o con los que antes éramos demasiado críticos. Sin duda algunas personas se dan por vencidas. Interiorizan una historia sobre sí mismas según la cual no son dignas de ser amadas o son incapaces de amar a un igual, son víctimas perpetuas o “no pueden lograr” relaciones a largo plazo; pero pensar estas cosas no las vuelve reales. Con el fin de “protegernos” al mantener nuestras pequeñas vidas y cerrarnos a las intimidaciones, en realidad podríamos estar haciéndonos daño a nosotros mismos, perdiéndonos una experiencia transformadora del corazón y sabotajeando nuestra pequeña pero crucial contribución para construir la paz. Además, el hecho de negarnos a entrar en contacto con otras personas nos enseña a no vernos, a nosotros y a otros como nosotros, como adultos sexuales y cariñosos que tienen derecho a intimar con iguales. Después de todo, las relaciones de cualquier tipo son la pieza central de la sanación.

Parte del miedo tiene su origen en experiencias anteriores. Si tuvimos un accidente de coche, podemos llegar a tener miedo a los coches. Si alguien cercano a nosotros murió, podríamos

aterrorizarnos por una pérdida natural. Si experimentamos encuentros sexualmente alienantes, podríamos construirnos como personas no sexuales. Si somos agredidos físicamente, podríamos imaginar que toda persona que nos recuerde al agresor va a agredirnos y maltratarnos. Si estamos socialmente oprimidos o marginados o castigados, podríamos desconfiar de todos los que pertenecen a la categoría del opresor. No obstante, este miedo a la amenaza potencial no siempre parte de la experiencia real. También puede ser una construcción política que se fabrica y luego se publicita a través de la cultura popular y el entretenimiento, o se impone mediante sistemas de poder, como la islamofobia o la retórica generalizada del “terror”. A menudo se nos hace creer, a través de la repetición de mensajes oficiales y subculturales, que ciertas clases de personas son peligrosas, que ciertos tipos de interacciones sociales son amenazantes, aunque lo único que en realidad podría ser una amenaza es una estructura de poder establecida. Incluso cuando somos nosotros quienes ejercemos una injusta ventaja, se nos hace creer falsamente que la resistencia de la otra parte es la amenaza originaria.

¿Por qué algunos de nosotros necesitamos sentirnos y actuar como si estuviéramos siendo agredidos cuando no lo estamos? Es una gran pregunta que está en el centro de tanta hostilidad, miedo, proyección y castigo. Cuanto más observo este proceso inflacionario, reconozco más aún lo central que es para la separación y el dolor innecesarios. Las confusiones entre la proyección, el malestar y la amenaza aparecen en todos los ámbitos, desde el más íntimo hasta el global: desde el primer impulso del deseo hasta el bombardeo de civiles. Ver un peligro que no existe conduce a una escalada y a una reacción de sobredimensión que pueden destruir espiritual y literalmente la vida de las personas de forma individual y colectiva. Porque la cuestión es tan grande, empiezo por lo más pequeño: el coqueteo.

EL PELIGROSO COQUETE O

Estoy en una mesa con personas relativamente desconocidas. Me fijo en la mujer de la silla de enfrente; es atractiva e inteli-

gente. Su imaginación es sorprendente. Tiene ideas que llaman la atención y se muestra de una manera que puede estar dirigida al grupo más amplio, pero que está teniendo un efecto en mí. Todos hablamos de negocios, pero ella es un poco picante. Es una reunión profesional dentro de un edificio institucional. Sin embargo, la mujer de enfrente utiliza el término “punto G”. Ahora bien, las personas queer tenemos un vocabulario sexualizado en los espacios profesionales que muchas personas heterosexuales podrían considerar inapropiado, así que esto resulta un poco llamativo, pero no es tan inusual. Sin embargo, después insiste en ello. Quiere que se le preste atención a este término y todos se la damos. Sonríe, es atrevida, manda, pero también es suave al hacerlo. Ahora pienso en ella sexualmente. Pienso en el término “punto G”, en sus mitologías e implicaciones. Cuanto más insiste en que pensemos en esto, más empiezo a pensar en penetrarla y también estoy pensando en que ella me penetre a mí. ¿Está coqueteando conmigo? Yo soy la extraña acá; los demás son sus compañeros de trabajo. No sé si siempre es así, si está coqueteando con alguien más en la mesa o si esto es para mi beneficio. ¿Es esto “inadvertido” o es “intencional”? ¿Ella es inocente o culpable de ser sexualmente sugerente?

Una persona diferente, tal vez con antecedentes de un tipo específico de abuso sexual procesado de una manera específica, en especial si se trata de lenguaje sugerente, podría encontrar su discurso inapropiado y molesto. Podría considerarlo un acoso. Podría ser un “detonante”. Sin embargo, a mí me parece atrayente. La disfruto y la aprecio. Si intento hacer un seguimiento para descubrir si esto iba realmente dirigido a mí, yo también podría ser considerada una acosadora; después de todo, se trata de una relación profesional. Podrían llamar a Recursos Humanos para perjudicarme. También, con la misma facilidad, mi interés podría ser recíproco. Tengo que tener mucho muchísimo cuidado. Un paso en falso y podría ser el triste objeto de una historia de indignación en la temida vid: “Sarah Schulman se me insinuó. Fue muy inapropiado”. La historia nunca sería: “Me gustó, coqueteé con ella, me entendió y luego tuve miedo de que me hicieran daño como ya me ha pasado”. Dependiendo de su carácter, su autoconcepto, su historia y

su lógica, dependiendo de cómo elija actuar, o si es lo suficientemente consciente como para tener elección, podría ser acusada de desear, y ella también. Teniendo en cuenta el entorno institucional, incluso podrían presentar cargos contra mí. O las cosas podrían ir muy bien.

Ser acusado de desear es tan antiguo como la propia historia, y es fundamental para la experiencia queer. Desear ha sido muy muy peligroso. Ver e imaginar el deseo queer en otra persona nos ha costado y nos puede costar la vida, el hogar, la familia y el empleo. Hemos sido excluidas, rechazadas, encarceladas y asesinadas por saber o creer que el deseo es recíproco. Las trabajadoras sexuales, sobre todo las mujeres trans, a menudo pierden la vida expresamente por ser deseadas. Y, sin duda, la “defensa del pánico homosexual” se ha utilizado con éxito en los tribunales para justificar los asesinatos de hombres homosexuales, tal vez de hombres homosexuales que no tenían ningún interés sexual en su agresor; o de mujeres cis, mujeres trans u hombres homosexuales que respondían al deseo de otro hombre. Asimismo, muchos de nosotros hemos sido vulnerados por la persona que más queríamos y deseábamos, y que nos quería y deseaba. Se nos acusa de desear, aunque no lo hayamos manifestado, y se nos acusa de desear cuando el deseo es pleno y libre. Ser deseado no es lo mismo que ser acosado, por lo que no tenemos que castigar o rechazar a la persona que ve lo que es especial en nosotros. Que me desees no significa que tenga que hacerte daño, sobre todo si yo también siento atracciones que no persigo debido a las proyecciones de mi pasado. No tengo que evitarte, ignorar tu llamada, negarme a devolverte el correo electrónico o bloquearte. En realidad podemos hablar entre nosotros y encontrar otras formas y ámbitos en los cuales conectar. Podemos ser personas. Podemos enfrentarnos a ello. Podemos construir amistades, colaborar y simplemente ser amables unos con otros. El deseo desigual no es un delito, no es grosero, no es una agresión ni motivo para rehuir o ser hiriente. Es sólo la vida y podemos seguir siendo amigos. De verdad. Incluso para siempre. Pero tenemos que hablar.

La falsa acusación de deseo también tiene su propia y más extensa historia, una profundamente arraigada en el

constructo de raza. Existe una larga y conocida tradición de personas blancas que inventan una y otra vez acusaciones de deseo para justificar la violencia específicamente racial. Los hombres negros, como todos sabemos, han sido linchados, torturados, castrados, encarcelados y asesinados por el Estado blanco desde que fueron traídos al continente como esclavos; uno de los principales canales ha sido la falsa acusación de que deseaban a las mujeres blancas. Por supuesto, la fantasía interna y la proyección externa de que las personas negras desean lo que tienen las personas blancas es intrínseca a la supremacía blanca. Así que, aunque los hombres negros son los que están en peligro, han sido falsamente posicionados como peligrosos y amenazantes para los blancos con el fin de justificar la crueldad blanca. Los blancos no podemos enfrentarnos a nuestra necesidad de subyugar y disminuir a los demás así que creamos una afirmación de que han hecho algo malo que justifica ese castigo. Tomamos nuestras ansiedades sobre nuestros propios impulsos negativos y actos injustos y las enmascaramos con historias falsas sobre el carácter, las acciones y las intenciones de los hombres negros, incluso en el ámbito del deseo.

Pienso en la complejidad expresada por la interpretación profunda y multidimensional de la actriz Sarah Paulson en la película *12 Years a Slave* [*12 años de esclavitud*]. Como esposa blanca de un propietario de esclavos patológicamente cruel, el personaje de Paulson no puede entender que su verdadero problema es el marco de la supremacía blanca y masculina en el que vive. Así que proyecta su dolor incomprensible en el terreno sustitutivo de los celos por el abuso sexual de su marido a una esclava negra, interpretada por Lupita Nyong'o (quien ganó un Oscar). La mujer blanca no es propietaria de esclavos, ya que no puede poseer bienes, humanos o de otro tipo, pero su marido es dueño de esta mujer negra de la que abusa de forma abierta. Esta mujer blanca excusa a su marido, pasa por alto la supremacía blanca y la esclavitud, y en su lugar dirige todo su dolor y su rabia hacia la mujer negra, haciendo que sea brutalmente azotada. De este modo, el personaje de Paulson encuentra la solución equivocada para el problema equivoca-

do. El personaje de Nyong'o es, por supuesto, rechazado. No se le permite comunicarse, hablar o expresar su experiencia, su punto de vista y su comprensión. Su posición como espectro es una creación unilateral de la celosa mujer blanca, que no imagina ni considera que la mujer negra no quiere ser entendida o tratada de esa manera. Los problemas políticos se desvían y son expresados como problemas íntimos y las ansiedades se dirigen a la persona equivocada.

Por muy crudo que sea el ejemplo racial, ciertamente no necesitamos el cataclismo histórico de la esclavitud para encontrar proyecciones de males sociales catapultados a las relaciones personales íntimas. Están por todas partes. Existe una incapacidad generalizada para reconocer el panorama general, para examinar la composición psicológica, para imaginar las consecuencias económicas o para preguntarse por los verdaderos motivos y objetivos de otras personas. Esta falta de información, comunicación y comprensión produce un miedo innecesario y luego crueldad, a la vez que rechaza los contextos y las historias explicativas y elude la búsqueda de chivos expiatorios. La negativa a preguntar a alguien *qué cree que está sucediendo* y, en su lugar, insistir en las interpretaciones unilaterales agrava la incomprensión y por ende la injusticia.

El uso de las acusaciones de deseo como una sobredimensión del daño es un prototipo con una poderosa aplicación por derrame. Después de todo, se supone que muchos de nosotros nunca expresamos el sentimiento erótico o su discreta y diferente contrapartida: el interés erótico. Las mujeres, por supuesto, se arriesgan a todo tipo de calumnias y son etiquetadas como depredadoras por revelar dicho interés y sentimiento. Se supone que las madres no deben tener deseos que puedan perturbar su sacrificio hacia sus hijos. A las personas queer se nos ha enseñado toda la vida que el sentimiento erótico está mal y que nos someterá al ridículo, a la exclusión y al castigo. Las personas que sienten erotismo hacia objetos prohibidos –como aquellos que no son compañeros con los que se han comprometido a la monogamia, o los que no tienen la edad adecuada, los que trabajan en el mismo lugar de empleo sexualmente restrictivo, que son trans o trabajadores sexuales, que en general están desexuali-

zados por la cultura dominante o que están “desfasados” (en el sentido de que no son tan *butch* –masculina– como exige la identidad femenina de una pareja)– pueden motivar que se oculten los sentimientos, incluso a sí mismos. Decir la verdad sobre los intereses significa correr el riesgo de ser acusada.

Hubo momentos en mi vida en los que me sentía atraída por alguien y no quería admitirlo, o que me sentía atraída o incluso enamorada de ella, o al menos la amaba, y no tenía conciencia de ello. No es que mintiera, sino que me *defendía*. Bloquéé el acceso a mis propios sentimientos reales. Lo hice para *defender* una historia sobre mí misma que me parecía seguro mantener, aunque no fuera cierta. A veces la otra persona veía la verdad a la que yo era incapaz de acceder o que no podía reconocer. Parte de la búsqueda de paz consiste en reconocer que no podemos saberlo todo sobre nosotros mismos y que a veces revelamos a los demás cosas que no estamos dispuestos a aceptar.

El sexismo ha explotado esta verdad hasta convertirla en la mentira según la cual los hombres siempre saben más sobre las mujeres que nosotras mismas. Pero refutar la supremacía masculina no significa pretender que todas nos entendemos completamente. ¿Qué pasaría si ella correspondiera o expresara lo que yo no he desarrollado lo suficiente para expresar? ¿Y si me enfadara o negara la realidad? ¿La culpé a ella como un sustituto en lugar de examinarme a mí mismo? ¿Y si ella intentara ayudarme a reconocer o a hacerme responsable de esa realidad? Ciertamente, esta dinámica de rechazo defensivo es una parte común del proceso de aceptación de la imaginación sexual de muchas personas y, de hecho, puede continuar después de que la identidad sexual esté bien asumida. ¿El acto de rechazo honesto es una especie de “acoso” o es un regalo?

Por supuesto, la gente vuelve a sí misma a su debido tiempo, pero ¿qué pasa si la negación se manifiesta en algo perjudicial para la otra persona? ¿Y si estaba coqueteando pero no me daba cuenta de lo que estaba sintiendo y haciendo? ¿Y si ella respondiera? ¿Y si me enfado o me retraigo ante su reconocimiento de una verdad que yo no podía reconocer? ¿Y si la culpo y le pido que cargue con el peso de mi propia deshonestidad? ¿Cómo llamaríamos a eso? Por supuesto, no debería sentirme

obligada a besar a alguien a quien no quiero besar. Pero ¿y si no quiero querer besarla pero aun así quiero hacerlo? Entonces, ¿es la respuesta del otro una invasión? Yo creo que no.

CORREOS ELECTRÓNICOS, MENSAJES DE TEXTO Y ESCALADA NEGATIVA

Este papel central de la ansiedad en la escalada de un conflicto es una de las razones por las que, en nuestra época, el correo electrónico y los mensajes de texto son tan a menudo el origen de trágicas separaciones de relaciones en potencia enriquecedoras. En primer lugar, el correo electrónico y los mensajes de texto son unidireccionales y no permiten que la información de retorno mejore o transforme la comprensión. Hay que hablar con la otra persona, sobre todo cuando los acontecimientos o los sentimientos están agitados. Me gustaría que todas las personas del sector industrial firmaran un compromiso para que cualquier intercambio negativo que se genere a través del correo electrónico o del mensaje de texto tenga continuidad a través de una conversación presencial. Es evidente que tenemos la responsabilidad de animar a nuestros amigos y colegas a no hacer juicios negativos basados en correos electrónicos o mensajes de texto. Muchas relaciones se arruinan por la naturaleza artificial de estos muros obstructivos, en particular cuando una de las partes hace un juego de poder negativo al rehusarse a hablar en persona con la contraparte. Se crea entonces el falso problema sobre si las dos partes en conflicto hablarán en absoluto, lo que imposibilita abordar y avanzar hacia la verdadera fuente de ansiedad. Negarse a comunicarse siempre ha sido una de las principales causas de la falsa acusación, ya que garantiza una fantasía negativa sobre el otro, sobre todo en ámbitos especialmente sensibles como la sexualidad, el amor, la comunidad, la familia, la materialidad, la identidad de grupo, el género, el poder, la accesibilidad y la violencia. El correo electrónico y los mensajes de texto no nos permiten atravesar las fases humanas de los sentimientos que se producen cuando nos comunicamos cara a cara.

Negarse a hablar con alguien sin condiciones de reparación es un extraño e infantil acto de destrucción ante el cual no se puede ganar nada. Como toda negación, procede de un estado de rabia y los estados de rabia son productos del pasado. Como dicen algunos, "si hay histeria, es porque hay historia". Al negarse a hablar sin condiciones, una persona se niega a aprender sobre sí misma y, por tanto, a tener una mejor vida. Perjudica a todos los que la rodean al dividir las comunidades e inhibir el aprendizaje. Cuando tenemos condiciones (por ejemplo, "me robaste el dinero para comprar drogas, así que hablaré contigo de esto cuando lleves tres años sobrio"), puede que no se cumplan nunca. Pero al menos siempre hay una posibilidad de reparación. Ocultar esta posibilidad convierte el conflicto común o la resistencia en la principal fuente de injusticia entre nosotros. Está diseñado para herir y lo hace sin obtener nada más que dolor.

Sin conversación, es la persona con más limitaciones la que tiene el control. El objetivo deseable para todos nosotros no es restringir a los que pueden sino aportar más habilidades comunicativas a los que no pueden. El rechazo a través del correo electrónico, los mensajes de texto y otras tecnologías impide que la persona que no sabe cómo resolver problemas aprenda a hacerlo. La mantiene presa en sus propios temores negativos imaginados sobre el otro y en sus fantasías sobre su propia humillación o desaparición potencial, si hablara con la otra persona y, por tanto, comprendiera lo que ella piensa y siente. A menudo estos bloqueos son instigados por la nada, el conflicto normativo o la simple diferencia. Se eleva la importancia en la mente de quien bloquea porque está demasiado ansiosa para negociar o está paralizada por la fantasía negativa de hablar realmente con la otra persona deshumanizada. No obstante, como también niegan estas condiciones internas, la negociación se vuelve imposible. No pueden avanzar, como le sucede a cualquiera que esté controlado por su negativa. Si pudiéramos reconocer que las relaciones son necesarias para la paz y la sociedad humanas, entonces los amigos o la familia dirían: "¿Qué es lo peor que podría pasar si hablan?" o "¿Cómo puedo ayudarlos a comunicarse?". Por desgracia, la norma social dis-

torsionada es ver el deseo de reparación como una agresión y la proyección de la fantasía negativa como un derecho.

Una ilustración banal de mi propia vida cotidiana: vivís en otra ciudad y hace tiempo quedamos para comer para cuando yo visite esa ciudad. Pero la cita la hicimos por correo electrónico, así que no hubo ninguna discusión y no tenía ni idea de que me estabas haciendo un hueco entre eventos de mucha presión. Si hubiéramos hablado por teléfono, aunque sea durante diez minutos, podríamos haber hablado de ello y yo me habría dado cuenta de la situación en la que te encontrabas y habría reorganizado las cosas para que pudieras acomodarte mejor. Pero no sé nada al respecto y tu secreto te hace sentir como si estuvieras siendo presionada... por mí. Aunque eso no es lo que sucede, la fuente real de la presión es que no hablamos. Por lo tanto, el mero hecho de que hayamos planeado nuestra reunión por correo electrónico nos ha llevado al fracaso. Tengo muchas ganas de verte. Te he invitado a comer y he estado pensando en lo que te voy a preparar. Sé que sos una madre soltera muy ocupada y asumo que poca gente te hace la comida, así que quiero que sea un agradable cambio. Pero el día anterior cancelás por correo electrónico. Esto es más o menos lo que escribís:

Lo siento, pero la noche después de nuestra comida es la fiesta de la graduación de mi hijo y mi familia de otra ciudad está acá para las fiestas y se quedan conmigo. Luego, en dos días me lo llevo fuera de la ciudad y tengo un montón de proyectos que terminar, lo siento Sarah.

Ahora bien, si hubiéramos hablado, aunque más no sea durante unos minutos, podríamos haber pasado por las reacciones normales. 1. Estoy decepcionada. 2. Ahora me doy cuenta de lo amable que fue tu intento cuando tenías tantas cosas que hacer y quiero que sepas que lo reconozco para que te sientas valorada. 3. Te traje un pequeño regalo. ¿Cuál es tu dirección? Te lo enviaré por correo antes de irme. 4. Ahora que el asunto está resuelto, podemos pasar a conectarnos. ¿Cómo estás? ¿Estás emocionada por llevarlo de viaje? Y, por último, agradecimiento. 5. Estoy muy contenta de haber tenido la oportunidad de

escuchar tu voz. Tiempo total empleado para conectar, comunicarse y respetar: de cinco a diez minutos.

En cambio, con el correo electrónico, nada de esto es posible. Sólo se puede transmitir un sentimiento, en lugar de la progresión natural de sentimientos que permite la conversación. Así que si respondo a tu correo electrónico con uno de los míos: "Estoy triste, pero hablemos por teléfono antes de que te vayas", eso podría provocar el cataclismo catastrófico de todos los finales. En lugar de llamarme, podés decidir que estoy abusando de vos, que te estoy presionando, que te hago sentir culpable, que estás demasiado ocupada para llamar por teléfono, que no podés enviar mensajes de texto, que estás demasiado enojada, agitada. Tenés demasiadas cosas en las que pensar. Simplemente no se nos permitirá avanzar. Toda tu rabia sobre tu familia y sobre quién estará o no en la fiesta de tu hijo, tus conflictos sobre tu vida, todo eso converge en mí y en la horrible demanda transgresora que te he hecho al pedirte que hablemos. En realidad soy tu amiga, pero vos me convertís en tu enemiga. Por lo tanto, no me respondés y ahora estamos jodidas.

El correo electrónico crea represión y ansiedad. Nadie es reconocido y nadie es afirmado. La única manera de recrear el ciclo humano normal de respuesta es enviar más correos electrónicos o textos cortos seguidos, cada uno con una posición mejorada. El siguiente te asegura que te entiendo, ya que temo que me estés malinterpretando. Y el último te desea un buen viaje. Sin embargo, lamentablemente, no hice más que empeorar las cosas al estar ahora en el terreno de lo que sé que se va a llamar de manera simplista "excesivo" cuando, en realidad, es franca y literalmente insuficiente. Cinco mensajes de texto están culturalmente estigmatizados como excesivos, pero sólo cubren un minuto o dos de conversación. Y las personas necesitan conversaciones interactivas, aunque sean cortas, para entenderse.

La mayoría de los estadounidenses tienen ahora teléfonos móviles. Pueden devolver las llamadas telefónicas en el trayecto desde la estación del metro hasta sus departamentos, desde el coche hasta el centro comercial. No hay ninguna razón por la que la gente no devuelva las llamadas telefónicas, salvo el

juego de poder que supone no contestar. Sin duda, no se ahorra tiempo. Es trágico que hayamos desarrollado la costumbre social de que la gente tenga que enviar un mensaje para pedir permiso para hacer una llamada telefónica. ¡Simplemente llama! Enviar un mensaje para pedir permiso para hablar privilegia la rabia, la supremacía y el trauma de retener por encima de la responsabilidad humana de comunicar y comprender. Yo digo que volvamos a los primeros cien años de cultura telefónica cuando la gente buscaba los números de los demás y llamaba. La ahora "prohibida" conversación telefónica de diez a veinte minutos podría ahorrar meses o años posteriores de mal humor. Toda esta terrible pérdida para nada.

En otro ejemplo de la vida de otras personas, en ocasiones personas enfadadas, supremacistas o traumatizadas envían correos electrónicos ordenando: "No te pongas en contacto conmigo". Aquí quiero decir, para que conste, que nadie está obligado a obedecer una orden unidireccional que no ha sido discutida. La negociación es una responsabilidad humana. Los niños pequeños dan órdenes a sus padres: "¡Mamá, sentate ahí!". Cuando los adultos dan órdenes escudándose en la tecnología, se comportan de forma ilegítima. Estas órdenes unilaterales no tienen que ser obedecidas. Hay que discutir las. Dos personas en una situación significa dos experiencias, dos puntos de vista, dos fuentes de información, dos voces. Hablar del conflicto ahorra tiempo ya que tener una enemistad producida por un correo electrónico/mensaje de texto con alguien con quien se podría enriquecer la vida hace perder años, si no vidas. Así que enviar a una persona un correo electrónico que diga "no quiero hablar con vos" y luego negarse a discutir el problema en cuestión, o incluso a interactuar, no resuelve nada. De hecho, crea ansiedades, miedos, antagonismos y dolores que pueden ser duraderos.

La presunción performativa que está en la raíz de este tipo de acciones agresivas es el melodrama según el cual las órdenes por correo electrónico son un "último recurso" en respuesta a alguna horrible transgresión. Pero lo más probable es lo contrario. A menudo, una conversación real iluminaría los matices y corregiría los malentendidos. La verdadera pregunta es: ¿por

qué una persona prefiere tener un enemigo a tener una conversación? ¿Por qué prefiere verse a sí misma como acosada y transgredida en lugar de tener una conversación que podría revelarla como participante en igualdad de condiciones en la creación del conflicto? Debería haber un alivio al descubrir que uno no está siendo perseguido pero, en realidad, en la forma en que hemos malinterpretado estas responsabilidades, tristemente el alivio está en confirmar que uno ha sido "victimizado". Viene con el alivio de la abdicación de la responsabilidad. Hay algo en la persona que se esconde detrás del correo electrónico que *quiere* que estas ofensas sean ciertas. Quieren sentirse víctimas. Entonces no tienen que mirarse a sí mismas críticamente o pensar en el otro con cierta complejidad. No hay culpa ni responsabilidad si uno es una víctima del correo electrónico.

Del mismo modo, las "disculpas" por correo electrónico también pueden ser unidireccionales y crear aún más complicaciones por la falta de afecto. Una disculpa que no permite a la otra persona hablar no es una disculpa. Las personas necesitan hablar, mirar, oler, tocar, experimentar el tono de voz, la expresión facial, hacer bromas, sentarse, cambiar la velocidad y hacer evolucionar sus ideas y sentimientos frente al otro para producir significado. Necesitan comer juntos. Como dice el viejo chiste judío, "camarada Stalin, vos sos el verdadero líder de Rusia" también podría ser "camarada Stalin, ¿vos sos el verdadero líder de Rusia?".

MODOS REDUCTIVOS DE LA ILÓGICA

Hemos desarrollado estos modos reductivos, como el correo electrónico y los mensajes de texto, para acompañar ideas reductoras que se supone que cumplen grandes funciones sociales pero que no se basan en la complejidad humana. Parecen ahorrar tiempo, pero evitar la comunicación real produce problemas duraderos que pueden perdurar para siempre. Los atajos y la aceleración definen nuestro momento y, sin embargo, no abordan la realidad humana. Por ejemplo, hay eslóganes de uso generalizado que son esencialmente atajos con altos obje-

tivos, algo así como los eslóganes publicitarios de antaño. "Las rubias se divierten más" es un mensaje sobre la supremacía blanca. "Las cosas van mejor con Coca-Cola" es un falso reclamo sobre la soledad que contribuye a la desnutrición y la obesidad. Ahora, la cualidad reductora de los eslóganes publicitarios se aplica a mensajes sociales extremadamente serios sobre los derechos humanos y la seguridad. No están ahí para vendernos líquido lavavajillas sino que están pensados, por ejemplo, para ayudar a las mujeres a protegerse de la violencia machista. Pero debido a la resonante falta de sutileza, también pueden convertirse en refuerzos de la negación. La contradicción es un difícil terreno de matices que debemos abrazar si queremos ser funcionales, decentes y sinceros.

Uno de ellos es "¡Creeles a las mujeres!". Tenemos este eslogan en circulación porque a muchas mujeres no se les cree cuando dicen la verdad. ¿Pero qué pasa cuando no dicen la verdad? ¿Debemos seguir creyéndoles? Las historias del racismo y el colonialismo a menudo nos recuerdan que las mujeres blancas que mienten han sido utilizadas para justificar todo tipo de crueldades contra la gente racializada, en especial los hombres negros y marrones de Estados Unidos. Cuando insistimos en que hay que "creerles a las mujeres" pase lo que pase, estamos ayudando a las personas que dicen la verdad sobre las violencias que han sufrido. Pero hay todo tipo de verdades. A veces "decir la verdad" significa representarse a una misma como imperfecta o equivocada, y a menudo se castiga este acto productivo y generoso. Así que insistir en que las mujeres están diciendo "la verdad", que de hecho no se nos permite contar, puede negarles la posibilidad de historias mucho más matizadas y complejas sobre sí mismas, que tal vez sean lo único capaz de ayudarlas a acercarse a llevar vidas íntegras. ¿Qué pasa cuando las mujeres dicen cosas que no son ciertas porque no se entienden a sí mismas, a nosotras mismas? Ser defendidas, por supuesto, rara vez es deliberado cuando no somos autoconscientes, autocríticas, responsables o psicológicamente afinadas. ¿Siguen los demás obligados a obedecer?

Existe un modelo social contemporáneo de "abuso" bastante visible, acordado colectivamente y casi tradicional en

el que un hombre invita a una mujer a responder a sus deseos cuando ella no los devuelve ni ha sugerido o anunciado que lo haría. Se supone que él reconoce que ella nunca sintió ni sugirió esos sentimientos. Si en este punto de la narración él la fuerza física o, más interpretativamente, psicológicamente de alguna manera, todos estamos de acuerdo en que esto es Abuso. Es "poder sobre otro". Por lo general, el final alternativo que se ofrece es que en lugar del uso de la fuerza esperamos que él reconozca y se disculpe por el malentendido. Entonces ella puede marcharse y decirle a todo el mundo que él "trato de ligar" con ella, pero que ella lo rechazó. Esa es la versión en clave de "final feliz" de este escenario. Dadas las limitaciones en el comportamiento de las mujeres, ella conserva su pureza, su adecuada falta de sentimiento erótico femenino. Consigue anunciar que es atractiva, como se supone que las mujeres deben ser, pero que no se siente atraída, como se supone que las mujeres no deben ser. Pero ¿y si ella se sintiera atraída por él y lo demostrara, y no lo reconociera? ¿Y si él no quiere vivir con la narrativa de "él se me insinuó"? Como escritora, sé que existe, después de todo, el derecho a una descripción precisa. Lo que él quiere es la versión de "me sentí atraída por él pero no lo reconocía, así que me confundí". No tenemos lenguaje ni metodología para esa opción, porque de inmediato se convierte en "culpa" de ella. En un mundo basado en la culpa, desafortunadamente las mujeres tienen que ser claras para estar limpias, así que evitar la culpa significa evitar la complejidad, las contradicciones, y las ambivalencias.

Hay algunas mujeres, a menudo de la clase burguesa, que ahora realizan ese acto público comúnmente reconocido como "abuso" con facilidad: que la otra persona, hombre o mujer, quería algo de mí que yo no quería y por eso "fui abusada". Es un atajo. Pueden seleccionar algunos detalles y omitir otros; pueden reordenar los acontecimientos para que las consecuencias se reconstruyan como causas; pueden negarse a comprometer la secuencia, el objetivo. Recitar esas pocas palabras: "Fui abusada" o "Ella fue abusiva" o "Se trató de una relación abusiva", de inmediato se entiende como que tengo razón, que soy violada, que estoy en peligro y que por lo tanto merezco la

aclamación del grupo, mientras que el otro está equivocado, es un acosador, tuvo deseo y yo no, por lo que yo estoy limpia y él es un abusador. Además, si quisieran aclarar esto, o discutirlo hasta que se revelen más complejidades, entonces él/ella es un acosador mientras que yo estoy limpia. No estoy manchada por el deseo o la curiosidad sexual, no he hecho nada malo y, por lo tanto, soy una víctima. Soy una virgen ética.

Reconozco lo anterior por mi propia experiencia en ambos lados de la moneda. Me he sentido atraída por alguien y luego he fingido que no lo estaba o he negado que lo estuviera. Recuerdo que una persona me dijo: "No deberías decir que no te sentís atraída cuando lo estás". Tenía razón y eso se me ha quedado grabado. Ahora, al oír "cuando una mujer dice que no quiere decir que no", sé que eso es demasiado simple, porque yo he dicho que no cuando esa no era mi intención y soy mujer. Cuando dije "no" había veces que no sabía que en realidad sentía un "sí", así como hubo veces en las que sabía que en realidad "sentía" un sí. Las personas no siempre saben lo que sienten ni reconocen lo que realmente saben. A veces decimos lo que creemos que debemos decir o lo que estamos acostumbradas a decir; no le damos una oportunidad al momento real. A veces sólo probamos decir ciertas cosas. En consecuencia, hacer una acusación no nos da la razón, estar enojados no nos da la razón, negarnos a comunicarnos no nos da la razón. De hecho, todas esas cosas pueden hacernos estar muy muy equivocadas.

Hay una gama de narrativas de persuasión en la experiencia del "romance". A veces hay una seducción implicada, que es una conquista. A veces hay un proceso de reafirmación. A veces una persona empieza resistiéndose pero luego se abre o se da cuenta de que está confundiendo su pasado con su presente o que simplemente tiene miedo al cambio. A veces una de las partes puede ver el futuro con claridad mientras que la visión de la otra está oscurecida por antiguas experiencias no resueltas. A veces alguien necesita ser seducido. A veces una de las partes tiene una impresión equivocada de la otra persona y es incapaz de ver sus dones.

En las películas vemos la historia de la madre soltera cincuentona que fue horriblemente herida por su cónyuge. No

quiere que le vuelvan a hacer daño. Se concibe a sí misma como un fracaso romántico. Se dedica a sus hijos, a sus padres ancianos, a su trabajo. Desarrolla una noción protectora de sí misma. Llega a creer que nunca más tendrá una relación con un igual, un amante, alguien con quien pensar, compartir, disfrutar de la última conversación del día (en persona o por teléfono). Ni siquiera puede imaginar la construcción de una relación de igualdad con un adulto que pueda tener sentido en su vida. Así que cuando por fin conoce a alguien con quien le gusta hablar y que gusta de ella, lo corta de raíz. O bien, una vez que hay un potencial real, lo sabotea. Otra opción es que comience la relación y, cuando por fin reconoce que la ama, se invente una falsa razón para destruirla. En la versión cinematográfica, por supuesto, la otra persona puede entender más claramente que ella. Entiende lo que está ocurriendo; no se siente insultada. Ve el potencial de la relación y persevera con suavidad pero con compromiso. Al fin y al cabo, la vida no es para siempre. ¿Cuántas veces conocemos a personas con las que queremos hablar? En algún momento, la mujer también llega a comprender que puede dejar de lado su autocastigo. Ella también puede ser atendida. Puede tener intimidad. Puede cuidarse. Puede corresponder. Puede tener una vida real. Corte y créditos.

Sin embargo, nuestro discurso burgués contemporáneo de la “amenaza” prohíbe ahora esta trayectoria. En la película, el amante potencial va, toca la puerta y dice: “Espera”, y la parte reticente espera. “Escuchá”, le dice. “Sé que alguien, tu ex o tu padre o alguien, te ha contado una historia sobre vos. Que no sabés cómo amar. Pero estoy acá para decirte que no es cierto.”

Por desgracia, en nuestra confusión contemporánea, en el momento en que el otro golpea la puerta de nuestra protagonista es un “acosador”. Ya no está permitido visitar sin avisar cuando las cosas están tensas. No se puede llamar por teléfono para ofrecer el monólogo de la persuasión a corazón abierto, porque nuestra heroína se esconde detrás del buzón de voz. Tampoco es posible enviarlo por correo electrónico porque será borrado o reenviado a miles de personas. Si ha tocado la puerta, telefoneado y enviado un correo electrónico, es oficialmente, en la era de la sobredimensión del daño, una “acosadora”. La persona que lu-

cha por una conversación honesta que pueda sanar, un personaje tan conocido y querido de antaño, por desgracia ya no existe. Y así la Sra. Reticente nunca consigue la realidad afectiva, la piel, la voz, el tono, los ojos, la sonrisa, las bromas y, sobre todo, el vaivén, la interactividad que le recuerda lo que se siente al dejar entrar a alguien, la interactividad que produce la revelación de que su futuro no es imposible. En cambio, el dolor del pasado domina sobre la posibilidad. Sugerir lo contrario está prohibido.

Si el cine replicara estos valores restrictivos, las películas serían aún peores de lo que ya son. No hay sorpresas. El primer impulso, sólo impulso. Pero en la realidad, el romance no siempre empieza con el pie derecho, dos personas no siempre ven el potencial de la otra al mismo tiempo y, afortunadamente, otras personas pueden transformarnos con su esperanza, su perdón y su optimismo. A pesar de todos nuestros temores, podemos mejorar la vida del otro. A veces uno de nosotros lo sabe antes que el otro. También hay sorpresas positivas en la vida. Que nuestra heroína haya decidido que nunca podrá construir una relación que tenga sentido con alguien no significa que tenga que aferrarse a esa creencia. Aunque los traumas no recuperados son a menudo una prisión de inflexibilidad, algunas personas tienen opciones para responder. Es posible que otra persona haga realidad ese cambio atreviéndose a imaginar lo que para nosotros puede parecer inimaginable. Lo cual puede ser el amor. Como novelista, simplemente no puedo abandonar la posibilidad de cambio.

Cuando pienso en esto profundamente, puedo ver múltiples momentos diarios en los que tengo la opción de hacerme la dolida, de actuar de forma desairada, de ofenderme, de hacer acusaciones. Cualquiera puede señalar cualquier pequeña cosa y convertirla en un momento de indignación con el simple hecho de llamarla así. Hay un elemento arbitrario del rechazo. Recuerdo que una vez le dije a una amiga: “Sabés, estaba pensando en ir a San Francisco una semana”. “¿A qué te referís con *sabés*?”, dijo ella, incrédula, ofendida. “¿Cómo voy a saberlo?”. Por supuesto que me refería a *sabés* en sentido figurado, pero ella necesitaba construirme como alguien que le estaba haciendo algo malo. Suponiéndolo. Por supuesto, esto hizo imposible

cualquier conversación divertida sobre San Francisco, porque ahora yo estaba equivocada. Ante cualquier momento conflictivo que esté disponible para interpretarnos a nosotros mismos como alguien que de alguna manera ha sido violentado, a menudo existe la opción de no verlo así. O de preguntar a la otra persona qué quiere decir. Hay diferentes opciones. Numerosas veces al día podríamos decir que *sí* en lugar de decir que *no*, o encontrar algo interesante o revelador o esclarecedor en lugar de ofensivo. Hablar en lugar de rehuir. Por supuesto, responder *siempre* de esta manera es problemático porque entonces nunca defendemos nada por nosotros mismos. No obstante, aunque reconozcamos que, para las personas socialmente marginadas o degradadas, la exclusión y el silenciamiento están en todas partes y que es preciso abordarlos, seguimos teniendo opciones sobre cómo entendernos entre nosotros.

Y, por supuesto, hay todo tipo de deseos. Me paso la vida hablando con mucha gente y, sin embargo, siempre busco a esos pocos con los que realmente quiero conversar. Tales ocasiones son raras, pero cuando ocurren, es un tipo de amor especial. Una vez, después de un almuerzo increíblemente cómodo y enriquecedor con alguien con quien no había potencial para una relación romántica, le pregunté a la mujer en un mensaje si le gustaría seguir hablando por teléfono. “Por favor, sentite cómoda de decir que no”, escribí. Ella respondió que sí, que le gustaría, que “también había disfrutado de nuestra conversación”. Entonces le envié un mensaje para ver si quería hablar el sábado. “Tengo planes”, me respondió. “Pero hablemos pronto, ¿dale?” En mi mente, ahora tenía dos asentimientos evidenciados por la palabra “disfruté” y la frase “hablemos pronto, ¿dale?”. Así que le respondí: “¿Qué tal cuando llegue a casa mañana?”. No me contestó. ¿Y ahora qué? Había dicho que sí dos veces. Esperé y luego le ofrecí una salida. “Si estás muy ocupada, avísame. Si no, ¿qué tal el día 25?”. No respondió. Si vuelvo a contactarla, ¿soy una acosadora? Desde mi punto de vista, creí lo que dijo. Le había preguntado y ella había dicho que sí. Ambas reconocimos mutuamente que había un entendimiento, un placer. Luego ella desapareció. Sin embargo, todavía le di la oportunidad de una salida elegante.

¿No tiene la gente cierta responsabilidad de rendir cuentas? ¿O es que la nueva victimología me obliga a interpretar un sí como un no y el silencio como un “cambié de opinión”? No responder no es una respuesta. No es razonable esperar que otras personas interpreten nuestros silencios. Eso, creo, es una carga injusta. Creo que ella debió haberme dicho: “Dije que sí, pero ahora me doy cuenta de que tengo miedo, no estoy tan interesada como creía, soy tímida, me siento intimidada, temo que me vuelvan a hacer daño, no quiero la responsabilidad, *lo que sea*”. Y yo podría haber dicho: “Gracias por hacérmelo saber”. O, incluso mejor, podríamos haber hablado sobre la ansiedad. Ya sabés, ayudarnos mutuamente. Pero no hubo ninguna respuesta. Entonces, ¿cuál es la dinámica que tenemos acá? ¿Pedir algún tipo de respuesta es ser “acosador”? No responder pone toda la responsabilidad en la otra parte.

Hace tiempo que pienso que reprimir produce ansiedad y rendir cuentas crea alivio. Pero cierta ansiedad es una consecuencia y otra ansiedad es una causa. ¿Por qué no tener un valor común de resolución? Imaginemos que esta persona se hace responsable y al final elige la amabilidad/responsabilidad mutua en lugar de la acusación. Se dio cuenta de que estaba enojada conmigo sin ninguna razón causada por mí, de que eran cosas viejas actuando en lugares nuevos y, por lo tanto, hizo lo correcto, levantó el teléfono y hablamos. Nos vimos y se permitió que la amistad se volviera importante. Entonces, final feliz a partir de una simple llamada telefónica. El problema es que el silencio no es responsabilidad. Sentirse confundido, sentir la ansiedad de la atracción por un cuerpo o una mente, sentir que ha llegado alguien para quien no se está preparado no son señales de que alguien me esté haciendo algo malo. La mujer que me dijo: “No deberías decir que no te sentís atraída cuando lo estás” no me estaba acosando. No me estaba quitando el poder ni me estaba dominando ni estaba siendo dominante. Por el contrario, me dio un regalo: me ofreció un código de decencia.

Abandonar lo personal: el Estado y la producción de abuso

La crítica debe pensarse a sí misma
como una forma de mejorar la vida.

-EDWARD SAID

A veces invocar el lenguaje del abuso es una forma de evitar la responsabilidad, algo muy parecido a hablar sólo con metáforas. Como cuando las personas dicen: “Siento que me han violado”, para indicar que están molestas. En realidad, lo que sienten no se parece en nada a lo que sentirían si hubieran sido violadas. Es un giro de la frase que significa que no les gusta lo que está sucediendo y no saben cómo mejorarlo. Es una sobredimensión del daño usando tropos de Abuso. Y a veces insistimos tanto en nuestro derecho a sobredimensionar que hacemos cosas que no se corresponden con las dimensiones reales del conflicto. A menudo, cuando estamos molestos, pretendemos o nos convencemos de que el Conflicto en realidad no es sólo Abuso sino un crimen. A veces, en realidad no queremos enfrentarnos a nosotros mismos, a nuestra propia participación, nuestro propio pasado doloroso, las consecuencias de nuestras propias proyecciones, las interpretaciones distorsionadas y el padecimiento mental. Cuando no tenemos a dónde más que hacia adentro de nosotros mismos, y cuando ese yo que habitamos está convencido de que no puede soportar ser visto, llamamos a la policía. Y entonces estamos en los brazos del Estado. Y ahí estamos.

En un día helado y nevado de 2014, me invitaron a un taller impartido por la trabajadora social Catherine Hodes. Nativa de Nueva York y en sus cincuentas, Hodes es una profesional experimentada con más de veinte años de desarrollo y liderazgo en lo que alguna vez se conoció como “The Battered Women’s Movement” [El movimiento de mujeres maltratadas], cuando era reconocida como “activista”. Desde entonces, el campo se ha transformado, primero en “Violencia Doméstica” y luego en “Defensa contra el Abuso en Relaciones Íntimas”, donde ahora se la conoce como “una proveedora de servicios”. El abuso íntimo es una verdadera crisis para muchos neoyorquinos. El *New York Times* informó en noviembre de 2014 que la policía recibe 284.660 llamadas por abuso íntimo al año, lo que equivale a unas ochocientas al día, y que realiza cuarenta y seis mil arrestos cada año por esa causa. En toda la ciudad de Nueva York, casi la mitad de las agresiones por delitos graves y un tercio de las violaciones están relacionadas con abusos íntimos, la abrumadora mayoría perpetrados por hombres contra mujeres y niños. Así lo plantea Jane Stoever en la *Vanderbilt Law Review*:

Si bien una confianza excesiva en el género como explicación de la violencia doméstica socava los esfuerzos para abordar la violencia doméstica entre personas del mismo sexo, la mayoría de los abusos son cometidos por hombres contra mujeres: aproximadamente el 85% de las víctimas son mujeres y el 90% de los perpetradores, hombres.

Stoever concluye que, en Estados Unidos, cada año un millón trescientas mil mujeres son agredidas físicamente por una pareja masculina, lo que supone una tasa superior a la combinación de “accidentes automovilísticos, atracos y violaciones por extraños”. Dadas estas complejas realidades cuantitativas y emocionales, para poder servir a los clientes al máximo, los trabajadores sociales necesitan una comprensión afinada acerca de qué constituye abuso íntimo, qué lo causa, cómo responder a él y cómo prevenirlo.

Esta capacitación se llevó a cabo en un aula prístina repleta de vitrales en una iglesia clásica de la Edad Dorada Protestante

sobre la 5^{ta} Avenida en Greenwich Village, lejos de las rutinas diarias tanto de Hodes como de sus jóvenes estudiantes. Convertirse en trabajador social es a menudo el primer paso de los nuevos inmigrantes en la clase profesional, y estos hombres y mujeres jóvenes de veintitantos años provenían de Sri Lanka, India Occidental, África Occidental, Camboya, Rusia, China, Albania y República Dominicana. Eran sinceros, comprometidos y trabajaban en servicios comunitarios, a menudo dentro de sus propios vecindarios y etnias.

Fue una clase fantástica que ofreció sabiduría y provocó muchos replanteos. En un entorno como el de la ciudad de Nueva York, llena de violencia, Hodes había comenzado a notar audazmente que los clientes estaban cada vez más confundidos acerca de lo que realmente significa la palabra “abuso”. Que se usaba de manera desmedida. La paradoja es, por supuesto, que muchas mujeres son incapaces de reconocer que están siendo abusadas, o no pueden obtener el reconocimiento de esta realidad por parte de los demás. Pero, al mismo tiempo, Hodes descubrió que algunas mujeres aplicaban el término Abuso a situaciones que en realidad eran otra cosa. Notó que, con una frecuencia creciente, las mujeres que no sabían cómo resolver un problema a veces describían ese sentimiento con la palabra Abuso. Por lo tanto, esta sesión se convocó para abordar esa tendencia en forma directa con los proveedores de servicios.

El enfoque de Hodes era ayudar a los trabajadores sociales a diferenciar entre Abuso y Conflicto para que pudieran ser efectivos a la hora de ayudar a sus clientes de manera que estos pudieran compartir la realidad de sus experiencias. Si bien identificar las formas de Abuso es esencial, no sólo para salvar vidas sino también para brindar buenos servicios de asistencia, diferenciar el Conflicto del Abuso es igual de importante para satisfacer otra necesidad real de los clientes: aprender a enfrentar sus problemas, lidiar con los obstáculos y desarrollar observaciones precisas de sí mismos y de los demás. Hodes ofreció muchas ideas arraigadas en décadas de trabajo sobre problemas de violencia y no violencia en Nueva York, muchas de las cuales sacudieron los supuestos fundamentales que los jóvenes trabajadores sociales y yo compartíamos a pesar de

una diferencia de edad de treinta años. La pieza central de su presentación surgió rápidamente y con claridad. Comenzó haciéndonos ver los malos usos más frecuentes de la palabra “abuso”. Por ejemplo, Hodes nos dijo: “No existen las relaciones mutuamente abusivas”.

Por supuesto, esto fue sorprendente, porque el concepto de “abuso mutuo” es tan común en nuestra cultura que su construcción nunca es cuestionada. ¿Acaso no nos metemos todos a menudo en situaciones difíciles con otras personas en las que ambos tenemos un papel que desempeñar en la materialidad del conflicto? De hecho, hoy en día, es un signo de madurez y decencia reconocer que a menudo todas las partes participan en la producción de errores que pueden causar discordia. Reconocer este hecho es parte de ser una persona profundamente honesta. Nos ayuda a entender que los problemas entre las personas se transforman cuando todas asumen su parte de responsabilidad. La negociación es un proceso, primero, de reconocimiento, y luego, de ajuste a la nueva información producida por ese reconocimiento. Reconocer la reciprocidad de la causa es un principio que permite un cambio progresivo sin la necesidad de buscar chivos expiatorios. El chivo expiatorio, después de todo, a menudo tiene sus raíces en la falsa acusación de que una persona o grupo es, unilateralmente, responsable de los errores a los que en realidad contribuyen múltiples partes. Entonces, ¿qué quiso decir ella al deshacer una idea que muchos de nosotros hemos pasado años aprendiendo cómo aplicar?

Lo que está mal con este concepto, aclaró de inmediato Hodes, no es el reconocimiento de la responsabilidad mutua sino el uso de la palabra Abuso porque, una vez que la dinámica es mutua, no es Abuso, que inherentemente implica la dominación de una persona sobre otra.

“Diferenciar entre la *lucha por el poder* y el *poder sobre otro*”, explicó Hodes, “es la diferencia entre Conflicto y Abuso”. El abuso es el poder sobre y el conflicto es la lucha por el poder.

A medida que los estudiantes discutíamos y lidiábamos con esta idea a lo largo del día, mi entendimiento se volvió cada vez más profundo. Mientras que obviamente las manifestaciones significativas de abuso tienen lugar en la vida, cuando una per-

sona está siendo controlada por otra o por un grupo de una manera en la que el destinatario de dicha violencia no ha contribuido y no puede cambiar, la palabra “abuso” se ha convertido en un término usado en exceso:

- Las personas pueden sentirse enojadas, frustradas o molestas pero esto no significa que estén siendo abusadas. Podrían, en cambio, estar experimentando un Conflicto. En lugar de identificarse como víctimas, podrían sentirse, como Matt Brim sugirió, Conflictuadas. En ese sentido, el hecho de que una persona esté sufriendo no significa necesariamente que la otra parte tenga la culpa. La expectativa de no sentirnos mal, ansiosos o confundidos es una irracional y no significa automáticamente que alguien más esté abusando de nosotros. Estas emociones son parte de la experiencia humana.
- Es posible que las personas no sepan cómo mejorar las cosas, cómo observar su propia participación, cómo lidiar con el malestar que sienten sobre sí mismas. Puede que no sepan entender sus propias acciones y que tengan miedo de las implicancias de sus acciones en el sentido de sus vidas. Y esto puede ser devastador, atormentador y doloroso. Pero esto no es ser Abusado. Nada de todo esto se resuelve organizando el castigo de otra persona. Y alguien que se siente conflictuado de esta manera no tiene derecho a tomar medidas punitivas contra otra persona sólo porque se siente mal.
- Las personas pueden ser parte de amistades, familias o comunidades negativas que atacan a quienes se encuentran fuera de estos círculos en lugar de ser autocríticas. Pueden estar recibiendo estímulos para culpar y convertir a otros en chivos expiatorios. Pueden vivir dentro de grupos, relaciones o familias que no toleran admitir errores y que refuerzan las ideologías Supremacistas entre sí para mantener ilusiones de rectitud. Esta presión, que redundante en la acción de culpabilizar colectivamente, no significa que la persona a la que se culpa sea abusiva. De hecho, no dice nada en absoluto sobre esa persona,

excepto que se le está causando un gran dolor sin motivo alguno y, en mi opinión, tiene derecho a resistir ese señalamiento unilateral de culpa. De esta manera, el acoso grupal multiplica la injusticia aunque se haga en nombre de la nación, la familia, la amistad o ideas distorsionadas de "lealtad".

- Atravesar una experiencia negativa con otra persona puede ser desestabilizador, doloroso y estresante, en especial si el concepto que esa persona tiene de sí misma está signado por la exigencia de perfección. Pero no es, por definición, Abuso. Puede ser Abuso, si uno tiene poder sobre otro, pero, si no, es un Conflicto. Y estar en un Conflicto es una posición llena de responsabilidades y oportunidades.

"Todas las relaciones humanas están compuestas por dinámicas de poder y eso no es ni bueno ni malo. El poder no es el problema", dijo Hodes. "El tema es cómo se maneja el poder." Hay una "diferencia entre volatilidad y abuso", agregó. "Pero no hay suficiente comprensión de esa diferencia." La discusión pasó a examinar cuidadosamente las consecuencias de simplificar demasiado y oscurecer estas definiciones. Hodes dejó en claro que "como defensora de las víctimas, mi primera preocupación siempre es por quienes sufren abusos". Pero parte de esta responsabilidad es averiguar si alguien está siendo realmente abusado o si, por el contrario, está sumido en un conflicto en el que tiene alguna responsabilidad en su sobredimensión y, en consecuencia, algún poder para resolverlo. El trabajo de Hodes, por ende, es ayudar a estos jóvenes proveedores de servicios "a poder hacer mejores evaluaciones diferenciales y más profundas".

Sus ideas produjeron nuevos conocimientos en mí. Vi con claridad que, en nuestro momento histórico, esta confusión entre Abuso y Conflicto existe en todas las relaciones estructuradas: desde las asociaciones más íntimas hasta la relación del gobierno con su gente y la dinámica geopolítica entre naciones. Su principal preocupación esa tarde, por supuesto, era específicamente el estado de Nueva York y los individuos que allí residen. Después de todo, los trabajadores sociales cuentan

con una licencia otorgada por el propio gobierno, a menudo se desempeñan como sus empleados y ciertamente tienen influencia en las conclusiones que saca y en las acciones que toma con respecto a temas cruciales en la vida de las personas. Los trabajadores sociales pueden influir en la inmigración, el encarcelamiento, la custodia, los beneficios, la atención médica, la vivienda, la alimentación, la educación y otros servicios de este tipo. Su mala aplicación de la palabra "abuso" puede tener profundas consecuencias en la forma en que el Estado trata a las personas y en cómo las perciben sus comunidades y, por lo tanto, también en sus vidas y las vidas de quienes las rodean.

Para que las personas que trabajan con el Estado, los proveedores de servicios sociales, los amigos y los miembros de la comunidad realmente *ayuden* a otros, deben tener información crucial sobre la especificidad de cada evento y una comprensión más profunda de las dinámicas de poder que lo constituyen. De esta manera, pueden identificar las situaciones donde se ejerce "poder sobre" otros e intervenir antes de que ocurra una calamidad. O pueden identificar situaciones de Conflicto donde se destaquen "Luchas de Poder" y no sólo evitar el castigo injustificado y el estigma de aquellos acusados falsamente de Abuso, sino también ayudar a las personas que simplemente no pueden resolver sus problemas porque se encierran en una autopercepción victimizada. La falta de apoyo y aliento para negociar con éxito no significa que alguien esté siendo victimizado. Es cierto, tenemos que reconocer que la frustración de no saber cómo resolver problemas y sólo saber cómo escalarlos puede sentirse como una respuesta a una fuerza externa, pero es, de hecho, interna. La diferenciación requiere conciencia, y es posible que dependamos de las comunidades que nos rodean, incluidos los trabajadores sociales, para lograrlo.

COMPRENDER ES MÁS IMPORTANTE QUE PRODUCIR UNA VÍCTIMA

"Cuando se capacita a un proveedor de servicios sociales, se le dice qué es la violencia doméstica", dijo Hodes en su presenta-

ción. “Pero nunca me dijeron lo que no lo era. Y, según lo que me enseñaron, podría haber mirado todas las relaciones que conozco y haberlas catalogado como abusivas.”

Sugirió que los trabajadores sociales se beneficiarían cambiando su metodología y, en lugar de simplemente preguntar: “¿Estás siendo abusado?”, hacer preguntas que brinden más información. Animó a los nuevos profesionales del taller a crear una conversación interactiva con los clientes en lugar de limitar la experiencia a categorías sencillas. Esta evolución estratégica revela un objetivo recientemente articulado para dejar de organizar la conversación de una manera diseñada para producir de manera automática la revelación predeterminada de que la persona está siendo abusada. En cambio, la conversación debe redirigirse para obtener una comprensión fáctica más profunda y multifacética de lo que *efectivamente está sucediendo*, a fin de revelar más matices y dimensiones que podrían conducir a soluciones reales. Saber lo que realmente sucedió es más importante que decidir a quién castigar. Una sugerencia fue preguntarle al cliente: “¿Te sentís inseguro o, acaso, incómodo, enojado o herido?”

Las personas que se describen a sí mismas como “abusadas” cuando en realidad están siendo parte de un Conflicto no están mintiendo; por lo general, no saben la diferencia. No estamos hablando acá del falso y cansador cliché de la mujer vengativa que “grita violación” o construye diabólicamente al otro como abusador sabiendo muy bien que la acusación es falsa. Lo que tenemos, en cambio, es una definición delegada de responsabilidad personal, que construye la evasión como un derecho más allá del daño que cause a los demás. Este estándar negativo persuade a algunas personas a sentir que la aparición de lo incómodo indica que están siendo abusadas, porque no tienen la opción de describirse a sí mismas como Conflictuadas. Así que preguntarle a una persona angustiada si no se siente segura o, más bien, si se siente incómoda, enojada o herida, le brinda una idea alternativa que podría encajar mejor con su experiencia real. No sólo provee información útil, sino que alienta al individuo pensar en sí mismo de una manera más adulta, compleja y responsable. Lo que aprendí en este punto fue que

si dejamos de preguntarle a la gente: “¿Estás siendo abusado?” y comenzamos a hacer preguntas clave sobre *lo que realmente ocurrió*, podemos ir más allá de una expresión fija de victimología y determinar la verdadera naturaleza de los eventos, que podrían ser Abuso o Conflicto. Si la persona es parte de un grupo de afinidad, comunidad, familia o colectivo negativo, esta posibilidad de maduración es un esfuerzo complicado y, por lo tanto, prohibido, y requerirá el apoyo abierto del trabajador social.

La pregunta “¿Estás inseguro o incómodo?” fue muy inspiradora. ¿Se siente insegura la persona cuando no está realmente insegura sólo porque la otra parte con quien está teniendo un Conflicto está poniendo sobre la mesa temas acerca de su vida que son problemáticos y, por lo tanto, empieza a sentirse sobrepasada e incapaz de enfrentar la situación? Las acusaciones de Abuso, cuando en realidad se trata de un Conflicto, pueden ser una cortina de humo que tapa los problemas reales y dificulta una respuesta eficaz. ¿Se les pide que enfrenten las consecuencias del abuso sexual infantil en los modos en los que manejan los conflictos como adultos? Esa no es una instancia de Poder Sobre Otro. ¿Se les pide que reconozcan que ellos o un miembro de su familia tienen problemas de adicción o de salud mental? Eso tampoco es Poder Sobre Otro. ¿La persona se siente físicamente insegura porque la otra parte la golpea, posee un arma o hace amenazas reales y creíbles, como muchas han experimentado? ¿Tiene el otro tanto poder psicológico y control sobre ellos que son incapaces de ejercitar una separación o una acción independiente? ¿La persona enfrenta amenazas emocionalmente aterradoras, como que van a secuestrar a sus hijos, a exponer su condición de indocumentado, a retenerle medicamentos, a llamar a la policía sin motivo, a meter mano en su cuenta bancaria, su crédito o beneficios institucionales, o a organizar a otros para que la expulsarla? ¿Qué tipo de *seguridad* estamos respaldando acá? ¿Es la seguridad del “Poder Sobre Otro” psicológico y el daño real? ¿O es la seguridad de sentirse incómodo con información precisa lo que desafía la percepción de uno mismo?

Si es esto último, una afirmación de este libro es que ayudarnos a tolerar la incomodidad temporaria que es necesaria

en la producción de cambios personales y sociales a través de resoluciones de problemas positivas e interactivas es algo que nos debemos los unos a los otros. De hecho, ayudarse unos a otros a negociar es la base de una comunidad, grupo de afinidad, familia o país sano y activo. En lugar de rehuir, clausurar información y buscar chivos expiatorios desde un lugar de no responsabilidad, el Conflicto debe expresarse, enfocarse, ser escuchado y transformarse. Es una de mis afirmaciones que, en situaciones de Conflicto, las acusaciones que atribuyen la responsabilidad exclusiva a una de las partes y luego las construyen como merecedoras de castigo o rechazo son injustas.

En mi libro de 2012 *The Gentrification of the Mind: Witness to a Lost Imagination* [La gentrificación de la mente: testigo de una imaginación perdida], analicé el fenómeno de los vecindarios mixtos, interactivos y dinámicos que se etiquetan como “peligrosos”. Allí abordé cómo la homogeneización de esos barrios a través del desplazamiento y el aplanamiento cultural se caracterizó falsamente como “una forma de mejorar”. La mentalidad gentrificadora, que mostré como un producto de la suburbanización (comunidades cerradas, viviendas privatizadas, estratos sociales segregados por género y raza), implica entender la diferencia como incomodidad, y sentirse incómodo es equiparado a ser abusado o estar en “peligro”. Aquellos que evitan el cambio ven este malestar como una amenaza. Ciertamente, nada bueno puede resultar si seguimos tratando la incomodidad de los vínculos sociales y personales como Abuso.

Preguntar “¿De qué tenés miedo exactamente?” puede producir respuestas que revelen Conflicto o Abuso. Evitar un bloqueo total y, en cambio, animar a un cliente o amigo a que explore minuciosamente su ansiedad es beneficioso para el acusador y esencial para su objeto de castigo. Una mujer que afirma que tiene “miedo” de su pareja puede producir una reacción superficial instintiva que la confirme como *víctima* y a su pareja como perpetrador porque usó la terminología del *miedo*. Esto resuena en el uso que hace el gobierno del vocabulario del “terror” para evitar que los ciudadanos miren las consecuencias de nuestra política nacional en la vida de otras personas o para hacernos perfilar racialmente a las personas de color, musulmanes y otros. Pero

si, en cambio, se produce una conversación lo bastante profunda como para producir una articulación concreta de lo que temen exactamente o sobre lo que los ciudadanos tememos descubrir sobre nosotros mismos, pueden surgir más capas.

Por ejemplo, “Tengo miedo de que ella quiera que confronte la depresión, el comportamiento explotador o la actitud supremacista de mi hijo” en realidad podría ser el núcleo del Conflicto. “Y vivo dentro de una comunidad que me haría sentir responsable de su ansiedad si la reconozco, provocando más culpa de la que puedo enfrentar”. Si un apoyo profundo y matizado produjera esta percepción, la situación se revelaría como Conflictiva. Por otro lado, si la misma persona dice: “Tengo miedo de que me atropelle con su carro”, podría ser Abuso. Lo que marca la diferencia es si este último es un sustituto del primero, es decir, si ella sugiere un escenario de victimización porque no tiene el apoyo para enfrentar el problema real. Una conversación real revelará rápidamente si la pareja ha amenazado, insinuado o sugerido esta acción, o si tiene antecedentes de haber atropellado personas con su auto. Pero una conversación real también puede revelar que la pareja nunca ha tenido un auto y que el miedo es una proyección abrumadora y defectuosa que requiere otro camino como respuesta. El compromiso superficial de un trabajador social, un proveedor de servicios o un mal amigo con el acusador produce resultados que perjudiciales para él, para la persona a la que está culpando y también para su hijo, cuyo estancamiento permanece ignorado por la cortina de humo de la culpa mal dirigida.

RELACIONES PROFUNDAS AUTÉNTICAS VS. VINCULACIONES A TRAVÉS DEL BULLYING

Las revelaciones de Hodes sacaron a la luz muchas complejidades sobre cómo nosotros, como comunidad, respondemos a la acusación. A veces una persona en nuestra vida, un amigo, un estudiante, un vecino o un familiar, hace insinuaciones negativas sobre un tercero (“Es un acosador” o “Es abusiva”) y quiere que lo evitemos, seamos fríos con él, lo excluyamos o

que de alguna manera castigemos a esa persona. Nuestra primera responsabilidad es determinar si está en peligro físico por violencia real. Si no es así, le pedimos que reflexione sobre el orden de los acontecimientos para que puedan revelarse las complejidades de la situación y cómo se desarrolló. No es ético lastimar a alguien porque nos han dicho que lo hagamos. Estamos obligados, por decencia, a preguntar tanto al denunciante como al acusado cómo entienden la situación. Y creo sinceramente que esto requiere una discusión en persona. Hacer preguntas difíciles y crear un entorno en el que se puedan enfrentar las complejidades es, después de todo, lo que hace un verdadero amigo. La posibilidad de que esta persona no esté en peligro físico pero esté experimentando que sus necesidades están siendo superadas y controladas por otro se revelará a través de este proceso. De manera similar, la exposición también revelará si está culpando, buscando chivos expiatorios o castigando al otro e imponiendo condiciones de daño injustificadas. ¿Qué pasaría si nos preocupáramos lo suficiente y nos tomáramos el tiempo para tener conversaciones profundas y centrarnos en los detalles? No sólo podíamos alejarnos de las palabras de moda y su indefensión o inocencia implícita sino que podríamos, por fin, hacer lo que se supone que deben hacer los amigos, los maestros, los trabajadores sociales, la familia y los miembros de una comunidad: ayudar a la persona a comprender lo que realmente está sucediendo en su vida, su papel en ella y el impacto de sus experiencias pasadas en sus percepciones presentes, para que pueda producir elecciones reales sobre cómo crear paz y resolución. En otras palabras, podríamos tener relaciones honestas y profundas. Podríamos ser verdaderamente un “apoyo”.

“En este punto, la pregunta ¿Estás siendo abusado? puede no tener sentido”, dijo Hodes. En cambio, aconsejó a sus alumnos que tomaran un camino completamente diferente y sugirió preguntas alternativas:

- “¿Qué estaba pasando cuando ocurrió este comportamiento? ¿Qué pasó antes? ¿Cuál fue el resultado? ¿Cuál es el contexto?”

- “¿Cómo describirías a tu pareja?”
- “¿Quién toma las decisiones? ¿Qué suele llevar a una pelea y cómo suelen terminar?”

Este compromiso verdadero revelará si la persona está siendo Abusada o está Conflictuada. No esconderá el Abuso, pero tampoco lo asumirá. Estas preguntas no sólo proveen información para el defensor, sino que, lo que es más importante, ayudan a la persona en peligro a analizar su propia participación y a adquirir un nivel diferente de comprensión e indagación sobre el malestar.

De nuevo, me sentí inspirada. En lugar de alentar a las personas a etiquetarse a sí mismas como víctimas o abusadoras, cuando ese puede o no ser el caso, el papel del amigo, trabajador social, miembro de la familia o testigo no es reforzar la interpretación distorsionada o las justificaciones del castigo y la victimización, sino suscitar un relato veraz y complejo, en cuya base se encuentre algo que las novelistas, como yo, sabemos muy bien: las verdades pueden ser múltiples y se revelan por el orden de los acontecimientos. Como enseño en mis clases de escritura creativa, cada momento es una consecuencia del momento anterior. Entonces, las verdades pueden ser complejas, y la complejidad se articula en sus detalles. Cualquiera que se niegue a escuchar los detalles está tomando la decisión deliberada de no entender.

“Ella me gritó; ella es abusiva.”

¿Esa es una acción originaria del hecho? ¿O es una respuesta? ¿Estabas sentado inocentemente con tu desayuno y ella te gritó porque no había leche y vos te encargás de servirla en todo momento, situación que sí sería Abuso, o te gritó porque le robaste el dinero de la leche para comprar drogas, algo que significaría que vos creaste la acción original y los gritos fueron una consecuencia de esa acción? Entonces hay Conflicto sobre tu adicción, y la acusación de Abuso es una cortina de humo para evitar enfrentarla. ¿O estabas tan traumatizado por haber sido degradado constantemente cuando eras niño que, como adulto, no podés tolerar la diferencia y cualquier problema cotidiano lo percibís como una agresión o una amenaza?

¿Puede ser, de hecho, que nada haya sucedido en realidad y, sin embargo, te sentís mal y, tal vez, en lugar de enfrentar la traición de tus padres, te resulta mucho más fácil culpar a tu pareja por todo?

Sólo examinando los detalles, haciendo preguntas interactivas en persona (y no por correo electrónico) y entendiendo el orden de los eventos podemos diferenciar entre estas tres posibles interpretaciones de la misma queja. La respuesta más destructiva, por supuesto, es “¿Ella te gritó? La voy a lastimar”, que es una relación superficial que se manifiesta como *bullying*. La mejor respuesta es: “Si ustedes dos no pueden comunicarse en este momento, dejame hablar con ella en persona y ver cómo entiende lo que está sucediendo”. O “¿Cómo puedo ayudarte a que te sientes y hables de esto con ella?”.

Por supuesto, las personas en conflicto pueden acordar mutuamente que es mejor limitar el contacto entre ellas. O alguien en Conflicto (no Abuso) puede no tener las habilidades o el control sobre sí mismo para poder comunicarse de manera productiva durante un período de tiempo, y puede solicitar de manera responsable y amable un límite con plazos. Por ejemplo: “No soy capaz de actuar con responsabilidad ahora; sepárenos y reunámonos en tres semanas con nuestro amigo Joe para que nos ayude a comunicarnos”. Incluso en una situación de Abuso, los plazos deben ser cumplibles y razonables. Por ejemplo: “Me robaste dinero para comprar drogas, por lo tanto, cuando lleves tres años sobrio, podemos reunirnos otra vez y hablar”. Pero si el rechazo y la distancia en el contexto del Conflicto son perjudiciales para la otra persona y no tienen plazos, se emplean puramente como acto de crueldad/castigo o evasión/negación de la responsabilidad, y no se justifican. En todo momento, dice Hodes, debe haber una articulación entre “contexto, objetivo e impacto”.

El solo hecho de que una persona conflictuada quiera lastimar a la otra a través del rechazo no lo convierte en un derecho. Por ejemplo, si Al quisiera organizar un rechazo grupal hacia Bob sólo porque Bob es negro, muy pocas personas considerarían eso como un derecho. Tampoco si fuese porque Al le debía a Bob 1000 dólares que no le quería pagar y, por lo tanto, creó

una cortina de humo para disimular el problema original. Si Al quiere evitar a Bob porque “Bob tiene tres piernas”, eso no es un derecho. Después de todo, Bob no tiene tres piernas, pero incluso si las tuviera, no sería un motivo legítimo para castigarlo. Si Bob considera que el rechazo es profundamente perjudicial e injustificado, tiene derecho a resistir y a oponerse a esta forma de intimidación. Negarse a ser rechazado por razones injustas, inexistentes o absurdas no es “acoso”. Resistirse a un castigo injustificado no es Abuso. Y las personas a las que se les pide que se mantengan al margen y permitan de manera pasiva que se produzca la exclusión ciertamente deben saber tanto lo que afirma el acusador como lo que está experimentando la parte rechazada. Sin esa información, la decisión de ser un espectador cómplice es injustificada.

El simple hecho de *querer* excluir, silenciar o deshumanizar a alguien a través de la ausencia forzada no es un derecho inherente. En el caso de un Conflicto, decir “Me niego a hablar con ella” puede ser un comportamiento que performa el papel de “buena víctima de abuso” sin que quien está acusando se encuentre realmente en esa situación. Como siempre, quien determinan si se está produciendo o no un rechazo injusto es la comunidad circundante, que puede negarse a participar o puede respaldarlo ciegamente. En mi libro de 2009 *Ties that Bind: Familial Homophobia and its Consequences* [Lazos que unen: homofobia familiar y sus consecuencias], analizo esto en detalle usando el ejemplo del rechazo o la exclusión del miembro queer por parte de la familia homofóbica. Allí, los familiares afirman falsamente que la homosexualidad es Abuso cuando, en realidad, la homofobia de la familia es la verdadera patología. Este es el ejemplo perfecto de un proceso que sólo puede ser interrumpido mediante la intervención de un tercero.

En la raíz de estas preguntas está la responsabilidad de quien escucha con verdadera preocupación. Una relación superficial con un amigo, pariente, compañero de trabajo o defensor significa que este no se tomará el tiempo para hacer preguntas significativas ni para ayudar a la persona involucrada a superar la vergüenza, la ira y la decepción para que pue-

da llegar a una verdad compleja sobre su propia participación en el conflicto y, de ahí, lograr algún tipo de reparación. Con quién habla la persona es un factor determinante tanto para que esa persona comprenda o reivindique su Conflicto como Abuso como para establecer la norma moral dentro del grupo. ¿Somos una familia que usa a los extraños como chivos expiatorios para evitar enfrentar nuestros problemas estructurales? ¿Nos sumamos a prácticas crueles de rechazo y castigo porque nos vinculamos por una falsa lealtad? ¿O somos una familia cuyo estándar es apoyarse unos a otros para asumir la responsabilidad de las disfunciones y los problemas de desarrollo que experimentamos en conjunto sin proyectarlos en otras personas que los ven con claridad? Depende de cada miembro decidir qué tipo de grupo será su familia. Lo mismo funciona para un grupo de amigos, un lugar de trabajo, un aparato legal, un gobierno o una identidad nacional, étnica o religiosa, y para aquellos constituidos por su estatus de VIH o su ciudadanía. Los miembros tienen que asumir de manera activa la responsabilidad de la ética y los valores morales que su pequeño o gran grupo afirma representar y, de hecho, promulgar esta responsabilidad. Y nada revela esto más claramente que cómo se trata la diferencia. ¿Es la diferencia una perspectiva bienvenida para mantener relaciones honestas o es una amenaza para los mitos compartidos de Supremacía o vulnerabilidad? La forma en que se hacen las preguntas fundamentalmente revela los sistemas de valores en juego, en particular si existe o no un deseo real de saber cuál es la verdad.

En el año 1999, en una entrevista con Kate Kendell, fundadora y directora del Centro Nacional para los Derechos de las Lesbianas (reproducida en mi libro *Ties That Bind: Familial Homophobia and its Consequences*), hizo una observación que me persigue hasta el día de hoy. Estábamos discutiendo un tema que era bastante candente en ese momento, la tendencia de las madres biológicas lesbianas a usar la falta de reconocimiento legal de la relación para negar la custodia a ex parejas que habían participado plenamente en la crianza de un niño. Estábamos hablando de la crueldad hacia la ex pareja y hacia el niño, la venganza, la destrucción de la comunidad, la nostalgia

interminable y la irresolución que esta produce, y le pregunté a Kendell cómo estas mujeres justificaban estas acciones.

“Es el núcleo de amigos”, dijo.

Esta idea se me ha quedado grabado desde entonces. A menudo hay un “núcleo” de malos amigos alrededor de una persona que la alienta a hacer cosas que son moralmente incorrectas, injustificadas o poco éticas, porque respaldar las acciones negativas de los demás está integrado en la relación grupal. Kendell reconoció cuán crucial era la comunidad circundante para determinar si una persona insistirá en afirmaciones falsas de daño o, por el contrario, enfrentará su propia participación.

Por lo tanto, a la lista de preguntas de Hodes, agregaría un motivo propio, algo que creo que un buen amigo, familiar o ciudadano preguntaría: “¿Qué diría la otra persona que sucedió? ¿Qué diría ella que está pasando acá y cómo crees que ella lo interpreta?”

Una vez más, esta es mi perspectiva como novelista, donde mi trabajo es transmitir cómo cada personaje experimenta su propia vida. Si el denunciante no puede reproducir la comprensión de la otra persona, entonces no tiene suficiente información para completar su historia.

Justo anoche, mientras escribía este libro, mi amigo Dirk me habló de un amigo de él cuya pareja femenina, la madre de un niño pequeño, lo estaba “acechando”. Describió cómo la mujer llegó al lugar de trabajo de su amigo con su hijo de 7 años e “hizo una escena”, poniendo en peligro el trabajo del hombre.

“¿Por qué hizo eso ella?”, le pregunté.

“No sé. Ella lo estaba acosando.”

Ahora puedo pensar en muchas razones que podrían producir el momento en que una mujer siente que debe llevar a su hijo con ella para hablar con su novio en el trabajo frente a otros sobre una amplia gama de preocupaciones: ella no tenía quién cuidara a su hijo, no podía dejar el departamento, la habían desalojado, había habido una pelea, su hijo estaba demasiado angustiado o enfermo para separarse de él, iba de camino al médico y necesitaba dinero en efectivo. Tal vez quería recordarle a su novio quién era realmente su hijo, cuán vulnerable, cuán hermoso, cuán amoroso, cuán herido o, incluso, lo mucho

que el niño extrañaba a su padre, etc. Tenía una obligación que cumplir y la estaba eludiendo al negarse a contestar el teléfono para hablar. Son muchos los escenarios imaginables donde esta pareja en *Conflicto* podría tener una diferencia sustantiva, cuya resolución incomodaría al hombre, por lo que podría imaginar o emplear el lenguaje del Abuso para evitar asumir responsabilidades. Nadie en la comunidad que rodea a esta pareja puede entender si esta situación es Abuso o Conflicto si nunca hablan con la mujer en cuestión.

Según mi lógica, Dirk tiene la responsabilidad ética de entender cuál fue el motivo y el objetivo de la mujer cuando acudió al lugar de trabajo de su amigo para poder evaluar los hechos antes que reforzar la acusación de su amigo de que ella estaba “acechándolo” a él. Una vez que Dirk y yo comenzamos a discutir la situación, me reveló que esta responsabilidad era algo que simplemente nunca se le había ocurrido que le podía corresponder. De alguna manera había recibido el mensaje equivocado de que “ser un buen amigo” significaba no hacer preguntas que revelaran verdades. En cambio, se esperaba que se uniera, sin estar informado, a la condena de la mujer. En su lugar, Dirk podría haber tratado de comprender los motivos y objetivos de la novia de su amigo, quien obviamente ya estaba en un lugar de angustia y dolor, algo que su amigo pudo haber ayudado a crear.

En otras palabras, a pesar de que el amigo de Dirk dijo que estaba siendo “abusado” y “acechado”, y que incluso puede creer que su novia, al hablarle sobre sus conflictos en el trabajo, lo convierte en su víctima, podrían estar ocurriendo muchas otras cosas. Simplemente podrían estar atravesando un Conflicto; involucrados en un desacuerdo que necesita ser enfrentado y tratado, tal vez, con partes externas útiles que puedan producir una comunicación significativa. O, lo que es más importante, las acciones de ella podrían ser una forma de resistencia al comportamiento injusto e injustificado de él. Él podría estar culpándola por algo que no hizo o por algo que nunca sucedió, lo cual no es el derecho de nadie. Él podría estar proyectando sobre ella parte de sus traumas, causados por otras personas antes en su vida, lo cual, si es perjudicial para ella, no está bien. O podría estar reaccionando de forma des-

medida a un conflicto común y, al sobredimensionar el daño, encontrar una justificación para sus propios comportamientos crueles o excesivamente punitivos. “La falta de comprensión”, subrayó Hodes para la clase, “de la diferencia entre Conflicto y Abuso tiene resultados negativos”.

CUANDO LA COMUNIDAD ALIENTA LA REACCIÓN SOBREDIMENSIONADA

Una vez tuve un joven estudiante de posgrado de una comunidad marginada y oprimida cuyo trabajo me gustaba mucho y a quien apreciaba personalmente. Un día supe que tenía un blog donde escribía que estaba enamorado de mí. Esto fue en los primeros días de Internet, y yo ni siquiera sabía lo que era un “blog”, hecho que revelaba nuestras diferencias generacionales. En ese blog hizo comentarios sobre mi apariencia, discutió sus sentimientos sobre mí y compartió información sobre mi vida. De casualidad, una de sus críticas a un aspecto de mi apariencia golpeó exactamente en un lugar en el que me sentía insegura, algo que él no podía saber. Y estaba tan avergonzada que terminé haciendo cambios en mí misma en respuesta a sus declaraciones. Aunque me sentía mal, tenía claro que, si no hubiera contado ya con un historial precondicionado de sensibilidad en esa zona, sus comentarios no me habrían afectado de la misma manera. Podrían, de hecho, haber sido benignos.

Todos mis colegas, con una excepción, describieron sus acciones como “acoso”. Ninguna de estas personas me sugirió que hablara con él para entender qué pensaba que estaba haciendo. Ninguno se ofreció a tener esa conversación con él. Todos, menos una mujer del mismo grupo oprimido que el estudiante, asumieron con naturalidad que yo debía exponerlo ante la administración y humillarlo, a pesar de poner en peligro su carrera, y, lo que es más importante, hacer acusaciones en su contra a través de canales autorizados. Al principio, supuse que tenían razón. Sus acciones, en la superficie, encajaban en comportamientos que eran indeseables y me hacían sentir incómoda. Yo también vivía dentro del paradigma en el que

sentirse incómoda era motivo suficiente para acusar a alguien de abuso. Consideré seguir lo que parecía ser el camino obvio, conveniente y socialmente tolerado de acusarlo de “acoso”, seguido de condena, aislamiento y castigo. Acepté la aprobación ofrecida por este grupo, que consideraba que yo era una víctima inocente de alguien que debía ser lastimado.

Pero, al mismo tiempo, descubrí que me inquietaba la rapidez con la que mis colegas sacaban conclusiones, la perversidad de sus sugerencias, la confianza ciega en las autoridades punitivas y el propio sentido de sí mismos como superiores a él en la raíz de todos estos impulsos. Me molestó mucho que sacaran estas conclusiones *sin siquiera hablar con él*. Me di cuenta, de hecho, de que tenía dos opciones claramente diferentes para responder. Podría solidificar mi relación con el grupo reconociéndome como ultrajada, violada, dañada, enojada, temerosa y elevarlos al rango de salvadores y leales protectores de mi condición de mujer o podía averiguar qué pensaba que estaba haciendo esta persona y, quizás, descubrir que había cometido un error de juicio que teníamos que abordar. Me di cuenta de que en realidad había más de una manera de responder, a pesar de que mi comunidad profesional me empujaba hacia la victimización. En este caso particular, me sentía incómoda, en parte por él, pero en parte también por experiencias anteriores en las que él no tenía nada que ver. Pensé en el consejo de mis colegas y luego lo rechacé. Sabía que el “acoso” era y es algo real. Que los ex esposos y otros casos de agravios, como fanáticos de estrellas de cine, se sientan afuera de sus casas con armas y, de hecho, asesinan personas. Usar esta palabra que representa literalmente una experiencia de violencia real, como una metáfora para describir un malestar o una situación que ameritaba una conversación para ser comprendida era absurdo.

De hecho, hice lo contrario. Evité a todos los terceros, a todas las instituciones de poder y me tomé el tiempo de hablar con él directamente para que pudiéramos negociar una resolución. Le dije que ya no podía ser su directora de tesis porque sus comentarios me incomodaban. Me puse a su disposición para una conversación en persona (no a través de correo electrónico o de terceros) y le transmití que lo estaba transfiriendo

a alguien que era apropiado para su proyecto y que aún apoyaba su trabajo. Le dije que estaba disponible para discutir este asunto con él hasta que sintiera que estaba resuelto y cumplí mi palabra: tuvimos algunas conversaciones. Me negué a evitarlo o a limitar nuestras conversaciones porque mi objetivo era la resolución mutua no el castigo, el dominio o la afirmación de mi victimismo o Supremacía.

Surgieron algunas cosas que no podría haber sabido sin hablar al respecto, y esta nueva información fue enriquecedora. En primer lugar, me di cuenta de que las personas más jóvenes tenían una relación con Internet diferente a la mía. Hablar de sentimientos difíciles y compartir información de ese tipo era culturalmente apropiado para él desde el punto de vista generacional. Que, en base a nuestras diferencias de edad, experimentábamos esas acciones de manera diferente. También aprendí que fui la primera figura de autoridad en tomarlo en serio, desde su posición marginada, como artista e intelectual, y que esto lo había abrumado de sentimientos, tal vez a un nivel que debería haber sido contenido, pero no lo fue.

Una vez que vio que yo estaba estableciendo un nuevo parámetro para la relación al renunciar a ser su directora pero que, al mismo tiempo, no lo estaba castigando, invocando a la autoridad, rechazándolo ni reteniéndome, pasamos positivamente a la siguiente fase. Me invitaron a la victimización, pero estoy muy contenta de haber encontrado la fuerza para resistir la imagen de mí misma como más agredida de lo que realmente fui. Si bien mi incomodidad tenía múltiples fuentes, él era sólo una de ellas. Proyectar falsamente que mi compañero en este Conflicto tenía intenciones siniestras y que mis colegas estaban seguros de que podían intuirlos automáticamente habría sido un error. De manera instintiva, apliqué lo que Catherine Hodes articularía años más tarde como “contexto, objetivo e impacto”. Ahora, más de una década después de estos hechos, este hombre y yo mantenemos una amistad activa en la comunidad artística que compartimos. Pero durante años he estado lidiando con el instinto casi prescrito de castigo que me ofrecieron mis colegas, usando el lenguaje originado inicialmente por un movimiento radical pero ahora cooptado para negar la

complejidad, el debido proceso y el tipo de conversaciones interactivas, en persona, que producen resolución.

Hablé de esto con mi terapeuta, ya fallecido, que había tratado a víctimas del macartismo en momentos avanzados de sus vidas. Me dijo que algunos de sus pacientes se habían visto atrapados en el torbellino de rechazos e insinuaciones, campañas de rumores y exclusiones. Nadie nunca se sentó y les dijo de qué se los acusaba, y nunca tuvieron la oportunidad de discutir, informar o responder. En cambio, las presiones grupales, las intimidaciones y las falsas lealtades produjeron un clima de frialdad misteriosa en el que se les negaba el trabajo, se los mantenía fuera de los eventos sociales y sus conocidos los evitaban.

La gente era mala con ellos sin decir nunca por qué, y jamás se les dio ninguna oportunidad de aclarar o reparar. Estas personas encontraron abrumadoras las consecuencias tanto materiales como emocionales, pero aún más les dolió la naturaleza amorfa del problema. No poder saber exactamente de qué se las acusaba, no poder hablar sobre esas acusaciones y no poder prever dónde encontrarían estos tratos hostiles llevó a muchas de ellas a un sufrimiento extremo. Incluso más tarde, cuando el macartismo clásico fue desmantelado y deslegitimado, estas relaciones innecesariamente rotas no pudieron curarse. Mi terapeuta me explicó que sostener posiciones extremas de *bullying*, como firmar un petitorio contra un amigo o denunciar a un colega ante otros o ante el Estado, tal como sucedía a menudo bajo el macartismo, era tan patológico que los participantes nunca pudieron acceder a la reparación. Estaban tan a la defensiva contra la realidad injusta de sus propias acciones que no lograron reconciliarse con la falsa imagen que tenían de sí mismos como justos. Al escucharlo, llegué a creer que el mismo tipo de persona que hubiera aislado o atacado a alguien por falsa "lealtad" sin hablarle primero sería luego incapaz de disculparse. Es una cuestión de carácter que se convierte en la piedra angular del fascismo o de cualquier construcción supremacista. Para esas personas, la expectativa comúnmente sostenida de preguntarle a los acusados lo que sienten o cómo entienden su experiencia podría ser una rectificación capaz de mejorar sus vidas o, incluso, salvarlas.

LAS ACUSACIONES FALSAS Y EL ESTADO

La falta de una conversación comprometida, compasiva y profunda por parte de la comunidad que rodea a la parte acusadora y de la autoridad a la que acudiría el acusador tiene consecuencias terribles. Esto curiosamente incluye, como nos informó Hodes, a "los perpetradores mismos, [quienes] a menudo inician la denuncia de abuso". El aparato legal que en apariencia se ha establecido para ayudar a una víctima puede usarse, y a menudo se utiliza, para extender la crueldad y para evitar que el perpetrador enfrente sus propios problemas. El sistema mediante el cual ayudamos a las personas a salir de un conflicto es tan defectuoso y la comprensión general de la población es tan simplificada que, por ejemplo, cuando la policía responde una llamada de auxilio proveniente de una casa particular, incluso los "sobrevivientes pueden ser arrestados en la escena", dijo Hodes. "O se pueden presentar quejas cruzadas."

Los perpetradores son quienes cada vez más llaman a la policía, amenazan con emprender acciones legales, envían cartas de abogados o amenazan con, u obtienen, órdenes de restricción como parte integral de su agenda de culpa y control unilateral. Es una agenda diseñada para evitar por cualquier medio tener que revisar el propio comportamiento, historia o participación en el Conflicto. Las personas activamente violentas y verdaderamente abusivas son difíciles de condenar y todos los días se condena a personas inocentes por delitos que no cometieron. Al mismo tiempo, es raro que se condene y encarcele a una víctima perseguida y acusada por su agresor sobre la base de usos extorsivos y acosadores de la ley, pero el estigma, la ansiedad, el costo y el miedo causados por la manipulación cínica de la policía, los abogados y los tribunales pueden ser una meta punitiva y evitativa. La máquina protectora del Estado se convierte en una herramienta adicional de acoso.

"Cualquiera puede usar el aparato, incluidos los abusadores, para imponer castigo", dijo Hodes.

El informe de 2014 de la National Coalition of Anti-Violence Programs [Coalición nacional de programas contra la violencia] sobre el abuso íntimo entre parejas LGBT señaló que "en 2013,

la policía arrestó erróneamente al sobreviviente como perpetrador de violencia” en más de la mitad de los arrestos que hizo por abuso doméstico entre personas queer. En relaciones entre personas del mismo sexo se corre más el riesgo de hacer una identificación errónea del perpetrador. La persona masculina, la racializada, aquella que no es madre, aquella que no cuenta con ciudadanía, es de otra cultura o es seropositiva puede ser falsamente tomada por la agresora. En todos los casos, quien ejerce la agresión puede obtener el control del discurso del Abuso como forma de negar, defenderse o rechazar su propio comportamiento. Y el hecho de que alguien no llame a la policía en rigor no significa que sea culpable. A menudo existe la falsa suposición de que el que llama a la policía es inocente y el que no llama es culpable. La persona verdaderamente abusada puede negarse y resistirse a un involucramiento con el sistema legal por razones éticas o por miedo a la policía, o puede incluso negarse a verse ubicada en ese nivel de lenguaje, castigo o intimidación. También es posible que reconozca que el problema es simplemente un Conflicto y, por lo tanto, que es inadecuado el ejercicio del castigo. Y en casos de Conflicto, donde el Abuso no está presente, los proveedores de servicios del New York LGBT Anti-Violence Project [Proyecto contra la violencia LGBT de Nueva York] me dijeron que las acusaciones falsas y los reclamos ilegítimos de órdenes de protección estaban presentes entre la base de sus clientes, pero que ellos entendían estas acciones de sobredimensión del daño como consecuencia del “trauma”.

“Las amenazas”, señala Hodes, “son un medio eficaz de control”. Entonces, el hecho de que alguien haga una denuncia por Abuso, organice un rechazo grupal o incluso envíe cartas de abogados o llame a la policía no es de ninguna manera prueba o evidencia suficiente de que está siendo “abusado”. Podría estar caracterizando erróneamente el intento del otro de arreglar las cosas, de comunicarse o de encontrar calma, porque teme el tipo de información que se revelaría en una negociación real. O puede estar tan ansioso de conseguir obediencia y tomar exitosamente el control sobre el otro que llama Abuso a la *resistencia* de esa persona ante el rechazada, la intimidación o a ser

el chivo expiatorio. A pesar de las afirmaciones de la Ideología Supremacista, proyectar sobre otra persona o culparla por cosas que no ha causado, castigarla por cosas que nunca sucedieron, organizar grupos que la eviten o cualquier otra manifestación que implique la interpretación errónea del Conflicto como Abuso no son “derechos”. “En la corte”, dijo Hodes, “a los sobrevivientes les va mal en el análisis forense, mientras que a los perpetradores de la agresión les va bien”. Las reacciones ante la búsqueda de chivos expiatorios, las agresiones, el rechazo, la negación del debido proceso, es decir, la afirmación de lo que Hannah Arendt llamó “el derecho a aparecer”, pueden tejerse a través del lenguaje de la victimización.

Dado que los perpetradores pueden negarse a participar en la negociación, el rechazo grupal suele ser una de sus estrategias. “Un perpetrador puede aislar a su pareja de la comunidad”, comentó Hodes. Pueden organizar o instrumentalizar esa comunidad para castigar o rechazar a su pareja, restringiendo así aún más su capacidad para proporcionar información, detalles, pedir ayuda o participar en negociaciones que apacigüen el hecho. Hodes aboga por que a los clientes se les pregunte: “¿Qué fue lo que hiciste *vos*? ¿Cuál fue el propósito detrás de tu comportamiento?”. Una y otra vez recomienda un enfoque analítico sobre uno mismo: las propias acciones, su orden cronológico, la intención y el resultado.

“Los abusadores externalizan”, dice ella. “Siempre es culpa de alguien más.” Entonces, si las partes pueden explicar y discutir de manera honesta sus propios roles, son más capaces de crear soluciones, que es lo que teme el abusador.

En el taller discutimos un caso que había ocurrido hacía poco en Connecticut en el que dos hombres casados entre sí recibieron órdenes de restricción cruzadas. Ambos tenían serios problemas con la metanfetamina; hubo mucho dramatismo y cada uno de ellos, de manera grandilocuente, acudió a la policía pidiendo órdenes de protección para evitar el problema real, que era la adicción a las drogas. Por supuesto, ser el que recibe una orden de restricción de ningún modo significa ser el que posiblemente esté siendo “abusado”. Puede que simplemente sólo signifique que la otra persona quería y pudo obte-

ner una orden de restricción. Otra personalidad, en la misma posición, puede sentir que obtener una orden de restricción sería una exageración y una acción desmedida. Pero, en este caso, ambas partes decidieron sobredimensionar el daño, con una interpretación aumentada, o quizás incluso causada, por la adicción. Debido a que los tribunales estaban confundidos por la cuestión de determinar quién era “el” agresor cuando había dos hombres involucrados, el Estado les dio órdenes de restricción a ambos.

“Nunca debería haber órdenes de restricción cruzadas”, dijo Hodes. Eso es como decir que *estamos de acuerdo en no vernos*. Las órdenes de restricción sólo deben emitirse si se considera que una persona es la verdadera perpetradora de la agresión y es necesario salvar a la otra del poder que ejerce sobre ella. No es una estrategia táctica diseñada para probar un punto. Si ambas personas están contribuyendo al problema, entonces es *mutuo* y, por lo tanto, un Conflicto, y la intervención de la corte no es razonable. De la misma forma, pedir una intervención de ese tipo es igual de irracional. En este caso, ambos manipularon el aparato para el abordaje del Abuso como cortina de humo para evitar lidiar con el problema real, la adicción. Y el Estado alegremente se los permitió al reafirmar las denuncias de Abuso sin proporcionar un proceso de investigación que habría revelado la urgencia por centrarse en su consumo de drogas. Por supuesto, este conjunto desorientado de pasos en falso condujo al desastre. Cuando volvieron a juntarse y tuvieron otro conflicto, llegó la policía e hizo cumplir ambas órdenes de restricción y, de forma absurda, ambos hombres fueron arrestados. El verdadero problema fue que uno de ellos, en medio de esta situación, tuvo un ataque cardíaco mientras estaba en la cárcel y murió. Como aprendemos una y otra vez sobre la violencia policial en Estados Unidos, llamarlos para que sean parte de un conflicto puede terminar en violencia y muerte.

“La defensa convencional de la violencia doméstica”, me dijo Hodes por correo más tarde ese año, “se compromete a asumir que *la víctima está diciendo la verdad*, y cualquier investigación en torno a ese tema encuentra una fuerte resistencia. Históricamente, eso tiene sentido por una serie de razo-

nes. Pero en *esta* investigación no se trata de no creer; se trata de señalar dónde está el problema”.

Una de las muchas sugerencias valiosas de Hodes es bajar la vara de lo que debería suceder en la vida de una persona para que se reconozca su sufrimiento.

“El paradigma actual nos alienta a todos a pensar que estamos en relaciones abusivas”, explicó Hodes. “Y si no estás en una relación abusiva, no mereces ayuda. Ser ‘abusado’ es lo que te hace ‘elegible’. Pero todos merecen ayuda cuando la necesitan y la piden.”

Esta es una idea sorprendentemente humana: que el colapso entre Conflicto y Abuso es en parte el resultado de un estándar punitivo en el que a las personas se las instiga a desear desesperadamente compasión, pero son sistemáticamente privadas de recibirla. Este es una lectura no cínica de una condición humana en la que las personas que han sufrido en el pasado, o se ven implicadas en situaciones en las que sienten miedo de hacerse responsables, temen que, dentro de su grupo, reconocer su parte en el problema les niegue la posibilidad de ser escuchadas y atendidas. Entonces recurren a la acusación de Abuso para garantizarse que no serán cuestionadas para que no se confirmen estos temores. Quienes experimentaron una profunda desaprobación y crítica cuando eran niños, quienes luego son encerrados en familias hipere exigentes o comunidades Supremacistas con modos negativos de relacionarse son especialmente vulnerables a esto. En última instancia, el desdibujamiento entre Conflicto y Abuso, dice Hodes, “es una epidemia y lleva a que todos se identifiquen como víctimas, lo que paraliza la búsqueda de soluciones”.

Me conmovió e iluminó su idea de que las personas que atraviesan un conflicto tienen que demostrar que son “elegibles” para la compasión. Nadie puede negociar sin ser escuchado. El rechazo, la exclusión y el aislamiento, por lo tanto, están diseñados para mantener una posición unilateral de superioridad inamovible al afirmar el estado de uno como Abusado y, en consecuencia, el derecho implícito de castigar sin plazos. Este concepto, tener que ganarse el derecho a que se reconozca nuestro dolor, se basa en la necesidad de reforzar que una de

las partes está completamente en lo cierto y no comete errores, mientras que la otra es el Espectro, el poseedor residual de todo lo malo. Si se alentara a las personas que atraviesan un conflicto a que produjeran interpretaciones complejas de sus relaciones, se podría esperar que negociaran en lugar de tratar de justificar su dolor mediante juicios inflados de victimización. Nos conviene a todos intentar corrernos conscientemente a ese lugar.

La policía y la política de la sobredimensión del daño

Después de escuchar a Catherine Hodes, comprendí que no tenía ni idea de cómo y cuándo tantos de nosotros hemos llegado a aceptar al Estado como la máxima autoridad en nuestros conflictos personales. Además, tenía curiosidad por explorar de qué modo esto beneficia al propio poder del Estado. Así que empecé a analizar la historia entrelazada de la conciencia sobre el conflicto en las relaciones y el abuso en las relaciones, y cómo ambos se entramaron bajo el terreno exclusivo del Estado. Empecé reconociendo que, cuando nació, en 1958, una mujer violada debía corroborarlo para poder presentar cargos. La ley penal de Nueva York establecía que “no se puede condenar por violación con el testimonio de la mujer ultrajada sin el apoyo de otras pruebas”. En otras palabras, la declaración de la mujer no era suficiente.

El statu quo cultural de la conducta de los habitantes de los edificios de apartamentos en aquella época era que si se oía a un vecino “pegarle a su mujer”, era asunto “de ellos”. A veces la policía se llevaba al tipo a dar una vuelta manzana para que se calmara, pero no existía una convención social generalizada que indicara que la violencia en el hogar estaba mal o que otras personas tenían la responsabilidad de detenerla.

No se habían articulado términos como “violencia doméstica”, “abuso sexual”, “acoso” y “hostigamiento”, y la mayoría de la gente no los consideraba temas comunes del discurso público. No existía una responsabilidad social acordada para la intervención de terceros. La separación del hogar de la sociedad, el aislamiento de la familia y la prerrogativa masculina eran los factores dominantes a la hora de determinar el bien y el mal. El comportamiento de los hombres hacia las mujeres y los niños era casi intocable para la comunidad, la sociedad o la ley.

Hoy en día, al mismo tiempo que la violencia contra las mujeres y los niños continúa siendo una experiencia cotidiana, el aparato jurídico y estatal para hacer frente al maltrato de la pareja y la violencia familiar es amplio. La existencia de agresiones y maltratos es bien conocida y comúnmente representada en los espectáculos masivos, ya que estos términos forman parte del lenguaje común. Las estadísticas están ampliamente disponibles y son fáciles de obtener. Aunque gran parte, si no la mayoría, de los delitos contra las mujeres permanecen ocultos, las denuncias a las autoridades por violencia de parte de las mujeres es un fenómeno generalizado y una opción bien conocida. Las estadísticas oficiales de la ciudad de Nueva York para el período 2003-2005 muestran que el 44% de los casos denunciados y confirmados de violencia sufrida por mujeres fueron clasificados como Abuso de la Pareja Íntima. Se trata de una información asombrosa. Las estadísticas nos muestran que *la mitad* de la violencia contra las mujeres en Nueva York tiene lugar dentro de la familia. Las familias son peligrosas para las mujeres y los niños en más de un sentido. Ahora entendemos que estar en el extremo receptor de la violencia es una parte orgánica de la realidad diaria de las mujeres, los niños y algunos hombres, y que se puede denunciar. Estos hechos son objeto de muchos muchísimos libros, películas, estudios, conversaciones e ideologías. Y aunque se ha desarrollado una amplia infraestructura jurídica para abordarlos, el análisis que los produjo históricamente ha diferido enormemente de la ideología que los sustenta hoy. La aplicación de esta ideología ha dado lugar a confusiones sociales y

contradicciones en la comunicación que con facilidad pueden contribuir a que la culpa sea errónea y a sobredimensionar los daños en algunos casos, mientras se borra la responsabilidad y se evita la rendición de cuentas, a la par que la violencia continúa sin cesar en otros.

LA POLICÍA COMO ÁRBITRO DE LAS RELACIONES

Décadas de política organizada por activistas antiviolencia, feministas y por los derechos de las víctimas transformaron la comprensión social de la violencia de pareja/familiar e introdujeron nuevos términos e ideas en el imaginario colectivo. Estos primeros movimientos comunitarios contra la violencia surgieron en la década de 1960 y a menudo estaban relacionados con otras organizaciones radicales para la transformación del poder. Como recuerda la profesora Kim Emery de la Universidad de Florida, debido a las corrientes sociales contemporáneas que apuntaban a una crítica estructural de gran alcance, los movimientos se centraban más en el empoderamiento de las mujeres que en el castigo de los hombres. Los movimientos contra la pobreza, antirracistas y de liberación de la mujer analizaron la violencia contra las mujeres y los niños dentro de la superposición de esas categorías de opresión; el patriarcado, la pobreza y el racismo se mencionaban a menudo como raíces de la violencia contra las mujeres. El feminismo planteó una crítica al papel de la mujer en la familia. Las mujeres estaban económica y emocionalmente atrapadas dentro de conceptos de familia en los que se esperaba que sacrificaran sus propios deseos en aras de los de sus parejas masculinas, sus parientes masculinos y sus hijos varones adultos. El análisis de las limitaciones sociales que acompañan la maternidad, su carácter obligatorio para que una mujer tenga autoestima y sea aprobada por su familia y por la sociedad eran primordiales. Por primera vez se entendió la heterosexualidad como una institución propagada e impuesta por la fuerza. El acceso inadecuado al control reproductivo y la comprensión de que el capitalismo

produce y depende de la pobreza alimentaron estos análisis y esfuerzos políticos.

Pero muchos de los movimientos en sus inicios radicales de los años sesenta y setenta pronto se volvieron monotemáticos y se orientaron hacia la reforma, y pasaron a tener relaciones burocráticas con el gobierno. Como documenta Nancy A. Matthews en su libro de 1994 *Confronting Rape: The Feminist Anti-Rape Movement and the State* [Enfrentarse a la violación: el movimiento feminista contra la violación y el Estado], el aumento de la conciencia del derecho a vivir sin violencia, la subsiguiente demanda enorme de servicios feministas como las líneas de atención telefónica dirigidas por activistas y los centros de crisis por violación, y la expansión de la prestación de servicios crearon a finales de la década de 1970 una necesidad de financiamiento que superaba los recursos comunitarios. Esto llevó a la financiación gubernamental, a la profesionalización y a la burocratización de los colectivos antiviolación y de los servicios de base comunitaria. Sé por mi propia experiencia como trabajadora de Comprehensive Employment and Training Act [ley integral de empleo y formación] (CETA) en un centro de salud feminista que el triunfo de Ronald Reagan en 1980 desmanteló rápidamente este programa de formación laboral que había ayudado a muchas organizaciones comunitarias durante veinte años. La búsqueda de nuevos fondos, por motivos políticos, transformó los servicios en una contención por parte de las agencias municipales, estatales y federales. Las políticas antiviolencia, junto con otros impulsos revolucionarios, pasaron de centrarse en el trabajo para transformar el patriarcado, el racismo y la pobreza a cooperar e integrarse con la policía. Esto ha demostrado ser un giro importante porque la policía es, irónicamente, la encarnación del patriarcado, el racismo y la aplicación del sistema de clases en Estados Unidos.

La revisión de John R. Barner y Michelle Mohr Carney de 2011 de "Interventions for Intimate Partner Violence" [Intervenciones para la violencia en la pareja] abarca el período inmediatamente posterior a los recortes de Reagan. El estudio muestra que en 1982 sólo los refugios para "mujeres maltra-

tadas" de la ciudad de Nueva York informaron una tasa de denegación del 80% debido a la falta de financiación. Las legislaturas estatales comenzaron a financiarlos en 1994 tras la Ley de Violencia contra la Mujer, pero estos programas han sido resistidos a lo largo de los años, como cuando el entonces gobernador de California Arnold Schwarzenegger implementó un recorte del 100% a los refugios en 2009, lo que requirió la intervención federal. Barner y Mohr escriben:

Los refugios han pasado de estar concentrados en intervenciones primarias para las víctimas a estar motivados en la búsqueda de colaboraciones con las fuerzas represivas, la atención sanitaria y otras agencias de servicios sociales desde las cuales proporcionar financiación. Como resultado, la respuesta institucional ha pasado de estar centrada en la víctima a un enfoque de tratamiento centrado en el perpetrador.

Esta atribución de la autoridad para "detener la violencia" en manos de la policía produce una crisis de sentido. La policía es a menudo la fuente de la violencia, en especial en la vida de las mujeres, las personas racializadas, las mujeres trans, las trabajadoras sexuales y la población empobrecida. Además, hace cumplir las leyes de Estados Unidos de América, que es una de las mayores fuentes de violencia del mundo. La política exterior de Estados Unidos es impuesta por los militares, que son una policía global, y el orden interno es impuesto por las estructuras policiales federales, estatales y municipales. La ley está diseñada para proteger al Estado, no a las personas que son víctimas del Estado. Así que, aunque la intervención policial en gran medida puede separar a los adultos violentos de sus víctimas o entre sí una vez iniciada la violencia, esta labor de "detener la violencia" ha pasado de frenar sus causas a reaccionar de forma punitiva ante las expresiones no abordadas de esas causas.

Lo que resultaba aún más molesto y confuso era que la tarea de castigar las expresiones del patriarcado, el racismo y la pobreza se asignaba a la policía, que también es la causante de la violencia. Esta responsabilidad, en algunos casos, produjo

actos adicionales de violencia por parte del gobierno, como la “detención y cacheo” y la elaboración de perfiles raciales de quienes cometieron violencia en nombre de la proclamada lucha contra la violencia. Estas leyes también produjeron un mayor acceso del Estado a los hogares y a las familias de los pobres, así como más encarcelamiento de hombres negros y otros hombres pobres. En lugar de empoderar a las mujeres y los pobres, el destino de los traumatizados estaba cada vez más en manos del poder de la policía que actuaba como grupo para representar sistemas opresivos.

Ahora todos sabemos que hasta hace muy poco tiempo las mujeres y niños no tenían ningún recurso ante el Estado si eran objeto de violencia física o de una fuerte dominación. Y todos sabemos que muchas mujeres y niños siguen siendo sometidos a una violencia desenfrenada y a una severa dominación sin remedio. También sabemos que el Estado sobrevigila a las comunidades vulnerables en función de la raza, la pobreza, la situación legal, el trabajo sexual o el hecho de ser trans y otras existencias “problemáticas”, por lo que el propio Estado es a menudo la fuente de la violencia. Así que acá nos encontramos con un dilema de varias partes:

- Algunos de nosotros somos capaces de utilizar la policía para ayudar a resistir la violencia y la dominación.
- Algunos seguimos experimentando la violencia y la dominación a pesar de la policía.
- Algunos experimentamos la policía como fuente de violencia y dominación.
- Algunos recurrimos a la policía porque no sabemos cómo resolver los problemas.
- Algunos utilizamos la retórica de la violencia y la dominación para evitar la incomodidad de enfrentarnos a nuestras propias agresiones.
- Algunos utilizamos la policía para reforzar nuestro propio poder social injusto.

No son experiencias “equivalentes”. Para algunos, el dolor causado por estos desequilibrios define el significado de las venta-

jas que esas mismas desigualdades crean para otros. Y, lo que es más importante, la simultaneidad de estas realidades, experiencias y relaciones con el Estado puede servir de modelo para entender que las estructuras pueden tener al mismo tiempo un significado diferente para distintas personas. Esta es la razón fundamental por la que es necesario escuchar a todo el mundo para que el conflicto se resuelva.

Mientras los movimientos radicales contra la violencia disminuían, la policía obtenía el control principal del discurso oficial de “acabar con la violencia” al tiempo que la provocaba. Las expresiones de esta confusión aparecieron en las cadenas de televisión. Existe el *zeitgeist* y luego está el *zeitgeist* corporativo. Surgieron programas de televisión como *Law & Order: Special Victims Unit* [*La ley y el orden: unidad de víctimas especiales*], con un enfoque en los delitos sexuales y la violencia familiar. En un episodio típico, una víctima pura e inocente, que no participa en la creación del conflicto y es intrínsecamente buena, es acosada/abusada/atacada por un depredador pura e intrínsecamente malo. La respuesta al dilema es la policía. El entretenimiento popular de masas, una entidad corporativa que no es autocrítica, deja claro el mensaje: las personas son víctimas o depredadores y, por tanto, la respuesta es siempre la policía, que tampoco es autocrítica. Si se entendiera a algunas de estas personas como Conflictuadas en lugar de sólo como víctimas/perpetradores, entonces la solución al conflicto sería la mutua responsabilidad y la negociación, en lugar de una escalada, lo que permitiría situar la autoridad y la responsabilidad lejos de las manos de la policía.

Por desgracia, la conversación social necesaria para ayudarnos a entender cómo la gente participa en la escalada del conflicto se confundió con la crisis real de culpar a las víctimas, aunque son dos cosas totalmente distintas. Como comentaré más adelante, se ignoró la cuestión de cómo las personas que operan con la ideología supremacista escalan el conflicto, a la vez que se reprimió cómo las personas traumatizadas, ansiosas o adictas pueden escalar el conflicto con el fin de no inflar la retórica de culpar a la víctima, ya que la comprensión se confunde con la culpa. ¿La solución? De nuevo, la policía. Este

mensaje reductor, dicotómico, malo/bueno, se ha reforzado a diario durante décadas a través del entretenimiento corporativo, los medios de comunicación y las artes de una manera que justifica el poder de la policía y lo presenta falsamente como neutral, objetivo y sin valores.

En el contexto del reaganismo de los años ochenta, la incorporación de la derecha religiosa en el Partido Republicano (véase mi libro *My American History: Lesbian and Gay Life During The Reagan/Bush Years* [Mi historia estadounidense: la vida gay y lesbiana durante los años Reagan-Bush]) y la renovada retórica del patriotismo y la autoridad, junto con las cuestiones sobre cómo abordar los orígenes de la violencia, estuvieron dominadas por una ampliación del aparato de castigo. La comprensión exacta del papel de la policía en la aplicación de la desigualdad y el orden social injusto fue retóricamente marginada, al igual que los movimientos radicales que produjeron esa comprensión. Las preguntas sobre la eficacia, la ética y las complejidades del castigo estatal se dejaron de lado. Esta crisis de significado produjo una condición de absurdo en torno a estas cuestiones. Los términos del debate se corrompieron: tan vagos, elásticos y deshonestos eran que dejaron de tener un significado claro. Los ciudadanos también podían manipular el vocabulario de la violencia para encubrir sus propias injusticias destructivas y crueles, al igual que el gobierno. Centrarse en las causas tanto del conflicto como del abuso –la supremacía masculina, la pobreza, el racismo y la incapacidad de resolver problemas– requiere un cambio estructural radical en la comprensión de uno mismo y del poder. En lugar de eso, se replicó un énfasis simplista y a menudo destructivo sobre quién tiene razón y quién está equivocado para que nosotros, que rodeamos el conflicto, pudiéramos saber a quién infligir el castigo y demostrar así nuestra propia rectitud.

¿Hay menos violencia? Sí. Al menos el gobierno así lo cree. Según las estadísticas del Departamento de Justicia del 27 de noviembre de 2012, entre 1994 y 2010 la tasa general de violencia de pareja en Estados Unidos se redujo en un 64%. Es evidente que los cambios de paradigma en las expectativas populares

y en el acceso a los recursos, así como el aumento de las tasas de educación de las mujeres, el divorcio sin culpa y otros cambios sociales, incluida una mayor conciencia por parte de los tribunales y las comunidades, ha reducido los incidentes de violencia real. ¿Pero esta reducción es generalizada o se localiza sólo en algunos grupos demográficos? Barner y Carney señalan que, con el cambio de los servicios del movimiento feminista de base comunitaria a las respuestas centradas en la aplicación de la ley y orientadas a la delincuencia, “la detención y el enjuiciamiento parecerían estar en consonancia con la demografía racial desproporcionada en el sistema de justicia penal”.

Así lo articula de manera crucial la profesora de la Universidad de Illinois Beth Richie en su libro *Arrested Justice: Black Women, Violence, and America's Prison Nation* [Justicia por detención: mujeres negras, violencia y la nación carcelaria de Estados Unidos]:

No existe ninguna investigación sólida y longitudinal sobre la relación entre las nuevas leyes especializadas, los procedimientos legales o los protocolos obligatorios y los cambios en los índices de violencia contra las mujeres en las comunidades más desfavorecidas.

Para algunas mujeres, puede haber más castigo pero no más prevención. Llamar a la policía puede interrumpir la violencia existente, pero no está diseñada para abordar las causas de la violencia real o del Abuso real, ni aborda la confusión entre el Conflicto y el Abuso. En cambio, poner a la policía a cargo tanto del Abuso como del Conflicto doméstico ubica la respuesta punitiva como la principal y, a veces, única respuesta. Se oculta cómo la estructura social de género, raza y clase contribuye a la violencia. No se explora lo suficiente cómo las condiciones que en parte pueden ser creadas por el sexismo, el racismo, la homofobia, la transfobia, el estatus de inmigración, la discapacidad y la opresión de clase contribuyen tanto al Abuso como al Conflicto. Y también se ha ocultado cómo los traumas prematuros, las adicciones y los padecimientos

mentales contribuyen a la escalada del conflicto en lugar de a su resolución.

Es muy difícil medir los índices de violencia familiar o de pareja. Es complejo saber si los índices de agresión están realmente aumentando o disminuyendo, o si son las denuncias las que aumentan o disminuyen. No sabemos cómo entender las fluctuaciones en la cantidad de personas que en efecto presentan denuncias, cómo entiende la policía las denuncias, cómo las denuncias conducen a las detenciones y la relación entre las detenciones y las condenas reales. No tenemos una idea clara sobre cómo la policía o los tribunales diferencian entre Abuso y Conflicto. La tasa más alta de denuncias de violación que condujeron a una condena en la historia de Nueva York fue en 1992, cuando hubo aproximadamente cinco mil condenas por violación. En 2010, hubo un poco más de dos mil. No sabemos si esto está relacionado con el aburguesamiento que expulsa a los pobres de la ciudad y los sustituye por agresores y víctimas que tienen más recursos para eludir tanto la propia violencia sexual como el alcance de la ley. El dinero, la blancura y la educación ayudan a los agresores y a las víctimas a eludir la intervención del Estado.

Sabemos que la mayoría de las agresiones sexuales no se denuncian, sobre todo las que tienen lugar en el seno familiar. Muchas personas no comprenden exactamente qué es una agresión sexual y a veces las definiciones legales no se corresponden con la forma en que la gente entiende su propia vida. Mientras que algunos delitos sexuales están muy claros, otros dependen por completo de la percepción. Para algunas mujeres que conozco, mantener relaciones sexuales con su pareja en momentos en los que se sienten ambivalentes o no totalmente comprometidas se define en sus mentes como coerción o incluso abuso. Lo consideran inaceptable o incluso perjudicial. Para otras, eso literalmente forma parte de hacer el amor: la idea de que nos entregamos a nuestras parejas en momentos en los que no estamos comprometidas al cien por cien, al igual que negociamos de otras maneras dentro de las relaciones. O, en términos de encuentros casuales, las experiencias sexuales casi desagradables o negativas son devastadoras para algunos y

simplemente tal como son las cosas para otros. El modo en que las experiencias traumáticas previas contribuyen a que un individuo entienda si una experiencia es o no un Abuso es un factor para el cual no disponemos de un proceso de integración en nuestra comprensión del crimen objetivo o de la justicia objetiva. La manera en que algunas experiencias marcan de forma permanente a algunas personas mientras no afectan a otras hace que sea difícil establecer normas objetivas de lo correcto y lo incorrecto.

Sin duda, las afirmaciones inexactas o proyectadas de Abuso, cuando en realidad el Conflicto está en el centro del problema, hieren a la persona que es acusada, alejan a quien acusa de una confrontación progresiva consigo misma, y dividen y destruyen las comunidades. Pero estas acciones causan mucho más daño más allá de las partes implicadas. El libro de Richie me proporcionó nuevas ideas sobre las consecuencias más amplias y de más largo plazo que conlleva confundir Conflicto con Abuso. Entre otras revelaciones, documenta la importancia del "Poder sobre otro" en la vida de muchas mujeres pobres a causa de la pobreza. O lo que la profesora del Hunter College, Jacqueline Nassy Brown, llama "la política de género de quedarse, irse y volver". Richie se centra específicamente en las mujeres negras. El homicidio por parte de la pareja es una de las causas más comunes de muerte de las jóvenes negras en Estados Unidos. Según Richie, el 25% de las mujeres negras sufren abusos por parte de sus parejas íntimas, lo que las sitúa en la tasa media nacional del 22%, independientemente de su racialización. Richie informa que dicha población es asesinada por su cónyuge en una proporción que duplica la de las mujeres blancas, en parte porque las negras no pueden darse el lujo de marcharse. La pobreza, por supuesto, crea vulnerabilidad ante otras personas y ante el Estado. La opresión, que es en sí misma una situación de vulnerabilidad, produce a su vez una vulnerabilidad aún mayor. La falta de movilidad, de autonomía financiera, de acceso a la vivienda, de atención sanitaria y de representación fiel en los medios de comunicación, el entretenimiento, las artes y el gobierno, todo ello produce más violencia y problemas, así como menos condiciones propicias para

el tipo de solución de problemas estructurales que la pobreza requiere y obstruye.

Por lo tanto, la agresión violenta sostenida y unilateral –el tipo de experiencia para la que se desarrollaron estas leyes, definiciones y paradigmas sociales de abuso–, afecta a las mujeres negras en Estados Unidos en números similares pero con un nivel de impacto letal significativamente mayor que el de las mujeres blancas. Así, la explotación, la dilución y el uso excesivo y casual de estos ámbitos de experiencia son perjudiciales para las mujeres negras y, junto con las mujeres, los hombres y los niños de todas las condiciones raciales que son realmente victimizados. Se podría argumentar que el mal uso de la retórica del daño por parte de hombres y mujeres de todas las condiciones raciales es especialmente perjudicial para todas las mujeres que experimentan los delitos para los que se crearon estas leyes. Ya tienen problemas para ser escuchadas y ayudadas. La retórica de la sobredimensión del daño perjudica más a las mujeres pobres y/o negras, que en términos estadísticos necesitan estos paradigmas pero se les niega el acceso a ellos.

Las personas de grupos privilegiados, o que coinciden con los grupos a los que la sociedad está diseñada para servir, tienen expectativas de que sus quejas sean escuchadas. Obviamente, las personas blancas y burguesas tienen más probabilidades de que sus acusaciones se tomen en serio, a diferencia de las personas indocumentadas, pobres, trans y racializada, ya sea que las acusaciones sean de Abuso o Conflicto. Así que creo que es justo extrapolar que la identificación con la jerarquía de poder y el aparato estatal haría que los burgueses y los blancos se sintieran con más derecho a hacer acusaciones sobredimensionadas y tuvieran menos preocupaciones de que su acceso pudiera no estar éticamente justificado. La propia palabra “derecho” implica la expectativa de que uno puede exigir algo a los demás y que se lo den. Esto incluye las acusaciones de Abuso cuando, en realidad, lo que está ocurriendo es un Conflicto. Por tanto, incluso complicando esas categorías, las acusaciones tomadas al pie de la letra y sin matices son las que con mayor probabilidad refuerzan la dinámica de poder existente. Esto es especialmen-

te cierto cuando la persona a la que se acusa no es ciudadana, es una persona racializada, es pobre, es trans, es seropositiva, no es un miembro de una familia, etc. De este modo, la unión en torno a la acusación permite que un grupo vinculado de forma negativa mejore su propio estatus. Así lo escribió Ilana Eloit en el blog *Engenderings* de la London School of Economics en julio de 2015:

La capacidad de denunciar un abuso está intrínsecamente relacionada con la posesión del capital simbólico y material que permite que la denuncia sea escuchada y, por lo tanto, no refleja el equilibrio de poder adecuado que se supone que la denuncia debe revelar.

Una de las acusaciones infames más emblemáticas de la historia de Estados Unidos fue la realizada por dos trabajadoras sexuales blancas sin hogar, Ruby Bates y Victoria Price, en 1931, cuando acusaron falsamente a nueve hombres negros de violación en Scottsboro, Alabama. Los hombres eran Roy Wright, Andy Wright, Eugene Williams, Haywood Patterson, Ozie Powell, Clarence Norris, Olen Montgomery, Charlie Weems y Willie Robertson. Lo que Bates y Price no eran simplemente personas que cometían delitos, sino personas criminalizadas. Como tenían condenas anteriores por adulterio y vagabundeo, era ilegal que cruzaran las fronteras del estado de Alabama; por lo tanto, ellas mismas estaban sometidas a la sobredimensión del daño. Ante la posibilidad de ser arrestadas, hicieron acusaciones falsas, que se convirtieron en la justificación de décadas de trágico encarcelamiento y trauma en las vidas de hombres inocentes y sus familias. Lo que es especialmente revelador es que Bates se retractó de su acusación y recorrió Estados Unidos con algunas de las madres de los hombres a los que sus mentiras habían llevado a la cárcel. Ofreció numerosas conferencias públicas junto a las madres de Scottsboro, con el auspicio del Partido Comunista, explicando que había mentido. Sin embargo, debido a que no tenía ningún valor inherente como mujer pobre, su rectificación fue ignorada por la fiscalía. Como la experiencia de la mayoría de las personas traumatizadas que

se alían con los acosadores, sólo se la escuchó cuando sirvió a la agenda de los hombres blancos: la ideología supremacista blanca masculina.

Hemos aprendido una y otra vez, a través de la cooptación casi mecánica de una amplia gama de movimientos radicales y comunidades marginadas que, mientras el sistema de dominación y poder permanezca intacto, obtener “derechos” o reubicarse en la jerarquía simplemente significa que los elementos más comunes de cualquier comunidad acceden al aparato estatal. Cuando esto ocurre, los elementos menos poderosos siguen siendo objeto de su fuerza. Los nuevos alienados crearán nuevos excluidos si no cambia la forma de pensar de nuestra sociedad. Las interpretaciones contradictorias del vocabulario del abuso parecen abordar un problema mientras que, al mismo tiempo, refuerzan el statu quo abusivo. Algunas personas pueden conseguir que se aborden sus problemas, pero otras verán cómo se agravan los suyos. De este modo, Kim Emery señala que el Estado y los intereses a los que sirve ampliarán su autoridad legítima e instrumental.

“VIOLENCIA”, LA VIOLENCIA Y EL DAÑO DE NOMBRAR MAL EL DAÑO

La definición de “violencia” se ha ampliado para incluir un nuevo conjunto de comportamientos y sentimientos que también se utilizan en general para atribuir un valor negativo a las acciones de una persona. La palabra “violencia” se ha expandido mucho más allá del campo de la agresión física para significar también abuso emocional y, desafortunadamente, conflicto emocional cuando no hay Abuso. En los últimos años, vemos cómo se atribuye “violencia” y “abuso” a la crítica social, a los esfuerzos por comprender los fenómenos y al análisis social y psicológico. El “abuso” también se utiliza a menudo para describir el desacuerdo y la incompreensión. Las acusaciones de “vigilancia”, “vergüenza” y otras expresiones de la “cultura del reclamo” que exigen “seguridad” frente a las ideas incómodas representan a las personas y sus acciones cargadas de culpa, y

rechazan la interactividad en torno al contenido de las ideas y las percepciones. Esto coincide con la práctica de llamar al análisis racial “jugar la carta racial”. Se reprime el intento de comprender y explicar las estructuras de la patología con acusaciones de maldad. Pensar está mal. Decir está mal. Las revelaciones no sólo no son deseadas sino que se califican erróneamente como daño.

Por esta razón, propongo que, como parte de una conciencia evolucionada sobre la no explotación de la retórica de la victimización, se utilice la palabra “violencia” para describir la violencia física. La crueldad emocional, el rechazo o el acoso grupal pueden ser peores que la violencia, pero no son lo mismo. Si todo este amplio abanico de experiencias precisas se engloba en la palabra genérica “violencia”, entonces nada tiene ninguna diferenciación, por lo que todas las variaciones pierden significado. Y, como he venido argumentando, los dispositivos retóricos que ocultan los detalles impiden que se conozca y se afronte la verdad. El uso de la palabra “violencia” sin metáfora nos ayudará ante el actual discurso de la reacción excesiva y nos permitirá discernir con más conciencia las diferencias entre Abuso y Conflicto.

Últimamente hemos visto cómo las administraciones académicas imitan el papel del Estado en estos asuntos. Al mismo tiempo que las universidades han sido objeto de escrutinio por minimizar las acusaciones de agresión sexual y las relativas a que la “universidad corporativa” está cada vez más involucrada en la gentrificación, la explotación laboral y la globalización, vemos que las universidades desempeñan un papel opresivo/protector en la represión de los contenidos emocionales. No es necesario entrar en este particular pantano con demasiado detalle, ya que muchos otros se dedican a la cuestión; no obstante, a principios de 2014, en los albores del debate en torno a las “advertencias de contenido sensible” institucionales, participé en una mesa redonda pública que era en sí misma una expresión de las contradicciones en el núcleo de la dicotomía Conflicto vs. Abuso. Se trataba de los recientes anuncios del Oberlin College y de la Universidad de California en Santa Bárbara, dos centros con una población muy activa,

que obligó a los profesores a emitir “advertencias de contenido sensible”, es decir, advertir al estudiantado que la bibliografía podía contener material que les recordara o “desencadenara” traumas pasados, ante lo cual tenían derecho a rechazar los textos o la opinión.

En un foro educativo saludable, los alumnos se enfrentan a los materiales más allá del grado de acuerdo o de comodidad que les despierten para, luego, analizarlos, debatirlos, criticarlos y aprender de ellos, abordando tanto la incomodidad como el texto mismo. Por eso, en mis clases de escritura de ficción en la universidad pública City University of New York, College of Staten Island, tengo una regla de “no censura”. Como se trata de una clase de arte, los alumnos pueden abordar cualquier tema, acontecimiento o personaje, y utilizar el lenguaje que consideren apropiado. Sin embargo, al mismo tiempo, cualquier estudiante que tenga una crítica, una visión o una objeción a estos elementos tiene el mismo derecho a expresar sus opiniones en detalle. Esta ha sido mi política durante dieciséis años y no tuve ni una sola queja. El problema del rechazo es que mantiene la información que puede ser productiva fuera del ámbito de consideración. Un discurso sano significa tratar con lo que existe y llegar a algún tipo de relación de entendimiento con la realidad. El discurso resguardado prohíbe o rechaza ciertas perspectivas o contextos de información. El enfoque de estas advertencias de contenido sensible en general se centraba en la violencia sexual, pero las restricciones, de forma implícita, podían llevar a que los estudiantes quedaran exentos de materiales que describían el colonialismo, la supremacía racial, la ocupación o cualquier cosa que pudieran encontrar molesta, incluso desde una posición supremacista. Ciertamente, hemos visto la retórica del Abuso utilizada por los sionistas en los campus universitarios para, por ejemplo, restringir la discusión abierta sobre el movimiento palestino de boicot, desinversión y sanciones.

Mi opinión, en resumen, era que, si bien en los campus se producen abusos sexuales y físicos, y los prejuicios y la discriminación pueden proliferar en clase, los abusos sexuales y físicos reales no suelen tener lugar en un aula. Por lo tanto, los

entornos intelectuales y educativos son de los pocos lugares de la vida en los que estas cosas pueden analizarse y abordarse con profundidad sin la amenaza de un peligro físico real. Hay que diferenciar el hecho de recordar que uno estuvo en peligro una vez de estar o no en peligro ahora. Confundir las dos cosas es una situación que de inmediato se vuelve destructiva. Ser consciente de las propias experiencias traumáticas del pasado, y de cómo se manifiestan en el comportamiento traumático actual, puede ser un potenciador para tomar conciencia de las propias reacciones, no un medio para justificar la represión de la información. Además, como profesora, me opuse a cualquier restricción impuesta por las autoridades en las aulas.

Según mi experiencia subjetiva, algunos de los participantes en la mesa redonda estaban tan traumatizados que eran incapaces de mantener esta conversación. Las ideas con las que no estaban de acuerdo se vivían como agresiones. En lugar de abordar el contenido de la idea, respondían con sus autobiografías de agresión sexual y violencia. Está claro que la conciencia procesada de la propia experiencia de opresión y violación es una expresión crucial que debe ser escuchada, y es una contribución esencial para la comprensión pública. Además, la expresión de experiencias terribles comienza sin procesar y en bruto. El dolor debe ser escuchado. Al mismo tiempo, la violación y el dolor no procesados no pueden estar al frente del control de la información que se permite expresar a otros, incluidos los profesores, que se necesita para participar en un aula. En esa conversación de mesa redonda, la expresión de la diferencia fue tan intolerable para algunos que se respondió, de manera fenomenológica, con una acusación indignada. El debate en sí estaba compuesto principalmente por palabras de moda. Las repercusiones en las redes sociales fueron francamente históricas. Me recordó un reflejo del microcosmos de las respuestas que recibo en Internet por mi apoyo a Palestina. Hubo acusaciones descabelladas, calumnias y peticiones de castigo, destierro y condena generalizada por ideas que nunca se abordaron a fondo.

Poco después, recibí un correo electrónico de uno de los participantes que, con el típico estilo acusador, afirmaba que

mi enfoque había sido “cruel”. Le respondí que, si me enviaba su número de teléfono, lo llamaría y podríamos discutirlo. Volvió a responder que yo era “cruel”. Volví a sugerirle que me enviara su número de teléfono, ya que el correo electrónico no es un lugar apropiado para una conversación de fondo. Me respondió de forma acusadora que no le había enviado mi número de teléfono. Se lo envié de inmediato y le expliqué que me había ofrecido a realizar la llamada para absorber el gasto. Entonces me llamó, dándome automáticamente su número de teléfono, por lo que toda esa subtrama había sido otra expresión innecesaria de control circular sin sentido. Una vez que estuvimos conversando, escuché todo lo que tenía para decir sin hacer interrupciones ni comentarios, y luego le pregunté qué le parecía “cruel”. Entonces dijo que “no entendía” las ideas que yo había expresado. Le dije que, en mi opinión, hay una diferencia entre no entender y que algo sea cruel. Discutimos tranquilamente durante un rato. Al final, le pregunté sinceramente por qué creía que yo era cruel con las personas con las que me relacionaba. En otras palabras, cuál creía que era mi motivación para ser cruel. Dijo que no lo sabía y que por eso no lo entendía. Es decir, había vulnerabilidades emocionales, proyecciones y suposiciones en juego que nos impedían intercambiar ideas significativas. Y esto en cierta medida se vio mitigado por el contacto humano directo. Esto no quiere decir que saliéramos de nuestra discusión como amigos, pero ciertamente el nivel de acusación por su parte disminuyó de manera significativa.

Lo que quiero decir es que, al mismo tiempo que el abuso y la violencia generalizados siguen sin ser abordados, en la práctica habitual, una vez que se establece que alguien es una víctima y el otro es descrito como “abusivo”, “acosador”, “violento”, “policíaco” o “avergonzador”, la conversación termina. Al igual que Catherine Hodes señaló que cada vez más los agresores son quienes hacen la llamada a la policía o quienes utilizan el aparato estatal como parte del proceso de acoso, la propia acusación de Abuso puede ser una táctica de silenciamiento. Una vez organizada y lanzada, se hace posible que grandes grupos de personas se disgusten e incluso castiguen a alguna persona

señalada sin siquiera saber qué es, en concreto, lo que tiene que decir o cómo entiende lo que está sucediendo, o incluso de qué se la acusa exactamente. Este enfoque niega las complejidades de la vida de las personas, las tensiones que encarnamos y las formas de participar. Tiene que haber una manera de dejar en claro que una persona está demasiado alterada para afrontar responsablemente los términos del Conflicto sin anularlo acusando al otro de Abuso.

LLAMAR A LA POLICÍA ANTE INCIDENTES SINGULARES DE VIOLENCIA

En toda mi vida adulta no me he visto involucrada en situaciones de violencia. Cuando era joven, mi madre me pegaba a menudo y mi padre me pegó una vez de forma significativa, y también me peleaba con mis hermanos. Sin embargo, como adulta, nunca he cometido un acto de violencia, nunca he sido acusada de cometer un acto de violencia y sólo me han golpeado una vez, historia a la que me referiré más adelante. Algunos lectores pueden pensar que esta falta de experiencia directa hace que esta sección sea irrelevante. Así que, con ese reconocimiento, procedo a ofrecer mis pensamientos, sentimientos y las revelaciones que produjo el trabajo intelectual y emocional que he dedicado a este proyecto, aunque entiendo que algunos lectores puedan no encontrarlo valioso o legítimo.

Aportar esfuerzos para acabar con la violencia en manos de los autores de la violencia estatal dio un nuevo significado al término “Abuso” que distaba mucho de las intenciones de los primeros activistas antiviolencia. El antídoto contra la violencia en el hogar era ahora oficialmente la violencia del Estado. Palabras como “Abuso” adquirieron un doble significado. Conservaron la comprensión inicial de una persona que sufría el “poder de otra”, pero luego añadieron una segunda capa de significado en la que las mismas palabras se convirtieron en excusas para que el Estado victimizara a los individuos. “Voy a llamar a la policía” se transforma en una llamada de auxilio

frente a la violencia en algunos casos y, a la inversa, en una llamada para encubrir el malestar, el desacuerdo o las acciones implicadas al invocar la amenaza de la violencia estatal, en otros. Las mismas palabras y las mismas acciones tienen un doble uso: proteger del daño e infligirlo.

De este modo, un confuso vuelco del significado potencia culturalmente el acceso de la policía a la vida privada de la gente. Los deseos populares de acabar con la violencia se sustituyen por una normalización del permiso y, de hecho, por una dependencia de la policía para arbitrar en las relaciones. ¿Por qué llamamos a la policía? Como parte de una primera presentación de ideas de este libro, discutí esto en una sala llena de gente en el Vulva Club de Berlín en 2015.

“Si me estuvieran apuñalando y viera a un policía, querría que él lo detuviera”, dije. “Pero si alguien me robara el celular, ¿para qué llamaría a la policía? ¿Cuál es mi fantasía al llamar a la policía? Para que una persona que no puede pagar el teléfono que yo puedo costear sea metida en una celda. ¿Por qué?”

Una de las principales razones por las que la gente llama a la policía, además de buscar detener la violencia en curso, es porque están molestos y quieren que alguien sea castigado. ¿Pero qué les va a aportar eso? ¿Cuántas personas llaman a la policía porque están enojadas y no quieren enfrentarse a sus propias acciones, comportamientos o sentimientos, sólo quieren que la otra persona salga lastimada? La gente suele llamar a la policía para que echen a su pareja o a sus hijos de la casa común o por otros incidentes en los que no hay violencia. Es un castigo contra el “delito” de la oposición. Uno quiere que alguien haga algo que a esa persona no le parece justo y, entonces, llama a la policía. En este proceso está implicada la fantasía de que la policía va a quitarle, al que llama, la responsabilidad de resolver el problema. Pero una y otra vez los estadounidenses recuerdan el hecho de que las personas que se convierten en agentes de policía en Estados Unidos suelen ser absolutamente incapaces de resolver problemas. Son famosos los ejemplos de padres que llaman a la policía para “asustar” a sus hijos y estos acaban siendo asesinados por los agentes. En casos de conflicto, llamar a la policía es lo último que debería

hacer cualquiera de nosotros, a menos que nuestro único objetivo sea causar más dolor.

Durante la redacción de este libro tomé un café con una vieja amiga, Tina. Empecé a describirle las ideas con las que estaba trabajando y me contó un incidente que había ocurrido en su propia relación. Su pareja, Lillian, es defensora de víctimas de violencia doméstica en la zona rural en la que viven. Pasan mucho tiempo discutiendo los casos. Como parte de sus responsabilidades laborales habituales, Lillian acude a los tribunales para intentar que se impongan restricciones, limitaciones y castigos a las parejas masculinas que ejercen violencia. El trabajo es frustrante pues en su jurisdicción los tribunales suelen rechazar esas peticiones. Lillian ha terminado hace poco un caso en el que un hombre ejerció tanta violencia sostenida durante un período de tiempo prolongado contra su pareja femenina que ella tuvo que ser hospitalizada en tres ocasiones. El hecho de que haya sido herida tres veces de forma tan grave como para tener que buscar y recibir cuidados prolongados implica que hubo muchos muchísimos otros eventos violentos que no produjeron un resultado tan dramático. Lillian acudió al tribunal con todas las declaraciones juradas y los registros hospitalarios y policiales necesarios para informar al juez, pero él desestimó el caso de su cliente y concedió al hombre la custodia compartida de sus hijos. Esta es la vida cotidiana de Lillian, una en la que los ejemplos reales y comprobados de violencia sostenida y dañina no son reconocidos por el aparato legal. Sabemos que este es el caso de muchas muchísimas mujeres y niños en Estados Unidos.

Tina me contó que siete años antes se había sometido a un tratamiento para superar una adicción, lo que provocó una enorme agitación en su hogar. Tina era muy consciente de sí misma y responsable a la hora de describir su propio comportamiento y me transmitió con claridad que había sido inestable y estaba emocionalmente desbordada, había tomado malas decisiones y lo había proyectado sobre su pareja, acusándola y culpándola. La confusión y el dolor que esto causaba entre ellas eran significativamente destructivos. Un día, Lillian estalló y golpeó a Tina. Es un suceso al que, muchos

años después, las dos siguen refiriéndose como “el incidente”. Tomaron la decisión de guardárselo para sí mismas y no hablar de eso con otras personas. Nunca se repitió. A través de un proceso íntimo de responsabilización mutua y del progreso de Tina hacia una sobriedad responsable, sus conflictos se resolvieron. Tina me explicó que, si bien lo ocurrido era indeseable y claramente un acto de violencia, fue producido por ambas. Comprendieron que las dos tenían que ajustar sus comportamientos, y que era parte de la transformación hacia una relación de sobriedad. Tina insistió en que no habría tenido sentido llamar a la policía.

La violencia física tiene muchas y variadas manifestaciones; la violencia no defensiva nunca está justificada ni es deseable ni resuelve los problemas. El escenario más común es el del cónyuge habitualmente violento que inicia la violencia como mecanismo de control y la utiliza para imponer comportamientos en la víctima. Luego está la pareja en la que ambas partes carecen de habilidades para resolver problemas y recurren a la violencia de forma irregular o en un solo incidente, de forma también indeseable pero que no da lugar a la dominación de una persona; no se ponen físicamente en peligro el uno al otro, aunque es evidente que hay indicios de problemas que hay que afrontar y tratar. Sin duda se trata de fenómenos diferentes, por lo que creo que deben considerarse de forma distinta, aunque ambos escenarios impliquen violencia física. Una vez que dejamos de estar empeñados en producir una víctima y nos centramos en conocer la verdad de lo que en efecto ha ocurrido, estamos dispuestos a aceptar la incomodidad de reconocer a dos personas como conflictivas y adoptamos una visión más humana y de reconocimiento de las relaciones sociales. Esto es esencial si queremos la paz.

La única vez, como adulta, que fui golpeada físicamente fue en una residencia de artistas en el noreste de Estados Unidos. Como ocurre a veces, en esta sesión casi todos los que tenían el privilegio del tiempo y el apoyo eran blancos. La única excepción fue Joanne, una artista de una comunidad negra del Sur profundo que nunca había estado en Nueva Inglaterra ni en un entorno exclusivamente blanco. También había teni-

do muy poca experiencia personal con personas abiertamente homosexuales. La mayoría de los blancos que estaban allí estaban ocupados charlando entre ellos sobre la cultura blanca del noreste: hablaban de agentes, programas de maestría, comisiones, teatros, editores, escritores y profesores, que también eran blancos. Joanne quedaba excluida de muchas de estas conversaciones. Muy muy pocos de los blancos sabían algo sobre la literatura o el arte visual negro histórico y contemporáneo, en especial del sur de Estados Unidos.

Vi cómo Joanne se aislaba cada vez más. Empecé a sentarme con ella en las cenas y a intentar compartir mi interés y mis conocimientos sobre las obras de arte afroestadounidenses en un esfuerzo por conectar con ella y apoyarla. Saqué a relucir a escritores negros homosexuales en la conversación unas cuantas veces y ella parecía no estar familiarizada con ellos, así que lo dejé de lado, o reprimí los comentarios sobre su contenido o perspectivas queer. Mientras hablábamos, expresó su malestar por la comida que le servían, que le parecía sosa y deprimente. Siempre tenía hambre. Un día se enteró de que James Baldwin había estado una vez en su mismo estudio. Esto fue el punto álgido de su estrés: se convenció de que, como Baldwin había estado en ese estudio, y ella, la única persona negra, estaba también ahí, era donde “ellos” (los blancos) ponían a los negros. Empezó a llamarlo “la choza de los esclavos”. Venía a cenar y yo le preguntaba: “¿Cómo va tu trabajo?” y ella respondía: “Otro día en la choza de los esclavos”. Esto en un entorno muy elitista que normalmente se considera un privilegio, por lo que el racismo estructural del proceso de selección aumentó su ansiedad y creó un aislamiento que produjo interpretaciones distorsionadas en un contexto presionado, inapropiado y desigual.

Una noche hubo un baile improvisado. La treintena de residentes sacaron unas cintas, movieron los muebles de la biblioteca de la residencia y se pusieron a bailar. Ella se quedó sola afuera, sin bailar. Me había planteado que esto podría ocurrir: una combinación de elecciones musicales alienantes, incomodidad y una sensación de estar fuera de contexto. Me acerqué a ella, le puse la mano en el hombro y le dije algo. No recuerdo

exactamente qué. Podría haber sido “¿Cómo estás?” o incluso “¿Quieres bailar?”. En cualquier caso, se giró, apretó los dientes y dijo: “No me toques”, y luego me dio un puñetazo en la cabeza. Me golpeó tan fuerte que hice una pirueta y me tambaleé hacia atrás. Realmente no entendí lo que había pasado y no recuerdo lo que dije o hice. De hecho, tengo un blanco acerca de lo que ocurrió después.

A la mañana siguiente, todos descubrimos que había empujado su auto en medio de la noche y se había ido. El director convocó una reunión para todos los residentes que quisieran discutir la situación, y un puñado de nosotros nos reunimos en la sala común. Sabía que tenía el poder de herirla. Podría haberla patologizado aún más, culparla y castigarla. Podría haberme retratado como su víctima y atribuirle homofobia a su acción. El director me informó que tenía derecho a presentar una queja. Pero ¿no era yo también culpable? ¿No participé al beneficiarme de un proceso de admisión racista? ¿No me estaba engrandeciendo al sustituir, y por lo tanto, proteger, una justa rendición de cuentas ante las autoridades sobre cómo demonios podía ser que hubiera sólo un residente negro? Presentar una queja parecía no tener importancia. Rechacé la oferta y presenté una lista de cuarenta artistas racializados en la oficina de admisiones, pidiéndoles que enviaran a cada uno una solicitud. Que yo sepa, ninguna de esas personas fue aceptada. Sí, hubo un acto de violencia física, y sí, fue injustificado, pero usarlo como excusa para castigar habría promovido la injusticia.

En mi propia experiencia, también pienso en otros dos incidentes singulares de actos de violencia interpersonal que conozco en los que la gente actuó siguiendo decisiones opuestas a las que Tina y yo tomamos.

En un caso, hace más de veinte años, había una pareja de lesbianas llamadas Mary y Beth, ambas blancas aunque de clases sociales diferentes: Mary creció en la clase trabajadora y Beth en la profesional. Ambas se convirtieron en profesionales y trabajaron en la misma área. Estar con ellas era bastante pesado. Discutían constantemente en público y se burlaban la una a la otra diciéndose crueldades. Beth abiertamente tenía

relaciones sexuales con hombres y las utilizaba en público para herir a Mary. Mary era conocida desde hacía tiempo como una abusadora psicológica y también era algo intimidante en términos físicos; en una ocasión, se enojó y se acercó mucho a mí, invadiendo mi espacio personal. Pero ninguna de las dos tenía un antecedente de golpes, empujones, bofetadas o cualquier tipo de violencia física. Una noche, tras años de conflictos no resueltos, tuvieron una pelea. Beth agarró un objeto y se lo lanzó a Mary; la golpeó con fuerza y le rompió un hueso.

Mary, obviamente, estaba alterada, enfadada y dolida. Se sintió violentada y vulnerada, dos cosas que no suelen ir juntas. Cuando sus amigos no respondieron al suceso como ella quería, se sintió aún más herida y enfadada, y decidió buscar una solución fuera de la comunidad. Este suceso tuvo lugar en un momento, a principios de los años noventa, en la que el Departamento de Policía de Nueva York estaba empezando a desarrollar programas de sensibilización sobre parejas gays y lesbianas. La mayoría de las personas homosexuales de mi edad, en esa época, nunca se habrían planteado llamar a la policía por un incidente de esta naturaleza. Se llamaba a la policía para prevenir un delito, como que alguien entrara en tu departamento. Pero ninguna persona gay que yo conociera habría llamado a la policía para resolver un problema con otra persona gay infligiendo un castigo a posteriori. Era casi inconcebible. No había ninguna expectativa de que la policía se preocupara o fuera útil. En 1982, tuve una discusión con una novia que me encerró en mi habitación. Llamé a una amiga, otra chica gay, que vino y lo calmó todo. Pero nunca, jamás, habría llamado a la policía. Era inimaginable. Recuerdo que una vez robaron en el departamento de mi novia, más o menos en 1992, y llamamos a la policía. Cuando vieron que éramos lesbianas, fueron groseros, arrogantes e insinuantes. Su presencia en la casa fue tan mala como el robo.

Cuando Beth hirió a Mary, el Ayuntamiento de Nueva York acababa de aprobar la Ley de Derechos de los Homosexuales, y la mayoría habíamos tenido experiencias de exclusión y discriminación legal por nuestra sexualidad. La sodomía en líneas generales seguía siendo ilegal y lo sería hasta que la Corte

Suprema de Estados Unidos lo revocara, en 2003. La policía era una fuerza sexista, aterradora y hostil. La crisis del sida estaba en pleno apogeo y las personas con sida eran detenidas en las manifestaciones por un gobierno municipal adverso. La policía llevaba guantes de látex y nos trataba con crueldad y desprecio. Por eso, estaba un poco confundida cuando unas semanas después del incidente Mary me llamó por teléfono a las 5 de la mañana y me dijo: "He hecho que encierren a esa cabrona". Me explicó que había presentado una denuncia contra Beth, que había sido detenida por "agresión con arma" y que ahora estaba en una celda de la cárcel de Nueva York. Siendo de la vieja escuela, asumí que Mary me llamó porque en algún nivel consciente o inconsciente quería que sacara a Beth de la cárcel. Así que empecé a llamar a lesbianas que conocía que eran abogadas y Beth fue liberada. Más tarde nos enteramos de que la habían registrado desnuda y la habían colocado en una celda con gente que había apuñalado a otras personas y con varios prisioneros en grandes estados de desorientación y angustia.

Aunque nunca hubo indicios de violencia posterior, tras el incidente Mary consiguió una orden de restricción contra Beth. Al mismo tiempo, hacía cosas provocadoras e intimidatorias, como sentarse cerca de ella en reuniones públicas. Obviamente Mary estaba enojada por haber sido herida físicamente. Pero creo que también podía estar enfadada por el fracaso de la relación. Además me parece que había rabia por experiencias anteriores en su vida que se habían expresado todo el tiempo en la exhibición pública de los conflictos de la pareja. Cuando pienso en eso tantos años después, creo que es posible que Mary también estuviera enojada porque su forma de vivir no era exitosa y no le generaba el tipo de vida emocional que quería tener. Estaban el fracaso de la relación y el de ella misma. Pero insistió en presentar cargos hasta que, finalmente, Beth fue declarada o se declaró culpable y fue puesta en libertad condicional. Beth se mudó a otra ciudad, se consiguió un novio y no volví a verla ni a saber de ella.

Llevo décadas lidiando con este acontecimiento. Todavía me perturba. Sí, lo que ocurrió fue violencia. Sí, Mary fue físicamente

herida de manera significativa. Sí, la reacción de Beth fue equivocada, injustificada e innecesaria. Pero ¿en qué medida llamar a la policía, enviarla a la cárcel y acusarla de un delito a posteriori solucionó el problema? Había pasado suficiente tiempo como para que estuviera claro que estaban separadas y que no se repetiría la agresión. A mí me pareció una reacción desmedida, la manipulación de un sistema que se puso en marcha por otras razones, como proteger a las personas de un daño continuo. Pero era la opción de Mary. Era técnicamente su "derecho" legal y mucha gente diría que también emocionalmente era su "derecho". Pero hay otros factores que entran en juego. Mary desempeñó un papel en esta interacción; todos los que las rodeaban lo sabían. Por supuesto, ella no fue la que lanzó el objeto y no fue su culpa que Beth lo hiciera. Fue la acción misma de Beth. Pero sé que Mary era a menudo malvada, infantil e injusta. Esos atributos no son ilegales, y no debería haber sido agredida físicamente. Al mismo tiempo, ella ayudó a producir ese momento, aunque no lo haya causado. Lo que me habría gustado de su parte es esto: algún reconocimiento de que también actuó de una manera que fue innecesaria y no ayudó. Pero el sistema no está preparado para los actos mutuos de autorreconocimiento. Por desgracia, al estar atrapados en la dicotomía víctima/perpetrador, decir que la persona perjudicada participó en la escalada sin ser realmente quien la causó se convierte en "culpar a la víctima", aunque no haya una verdadera relación entre ese reconocimiento y la culpa.

Décadas más tarde, un incidente similar volvió a ocurrir en mi círculo. Dos mujeres, Jane y Sue, tenían una relación. Jane era una mujer blanca de clase trabajadora con ingresos bajos y Sue era una mujer racializada de clase alta con un buen empleo. Sue era propietaria de un departamento en un barrio de lujo que había pagado con ayuda de su familia, ubicado en una ciudad estadounidense. Ella y Jane decidieron que Jane utilizaría los ahorros de toda su vida para comprar el departamento de al lado. Más tarde, Sue consiguió un trabajo en un lugar lejano y Jane se fue con ella, lo que creó más disparidad económica. Sue comenzó una relación con una tercera perso-

na, Kathy, quien se unió a ella en este lugar lejano. Jane sabía de la nueva relación, pero se sorprendió cuando se vio suplantada y excluida. Se sintió desechada, menospreciada, culpada y encontró que el trato de Sue hacia ella era insensible e indiferente. Ahora Jane no sólo estaba emocional y económicamente excluida, sino aislada en un lugar donde no tenía ningún propósito ni apoyo. Era doloroso, humillante, desplazante y costoso. Se sintió manipulada y engañada. Regresó deprimida a su nuevo departamento después de haber sido apartada en todos los aspectos significativos. Un día, como era inevitable, se encontró con Kathy en el pasillo abriendo la puerta de al lado para entrar al departamento que había sido el nidito de amor de Sue y ella. Frustrada, enfadada y herida, Jane golpeó a Kathy en la cara.

Sin duda, la forma en que Jane actuó fue totalmente equivocada. No tenía ninguna justificación para golpear a Kathy. Sue había hecho muchas cosas hirientes, incluso crueles, pero no había utilizado la violencia. Y Kathy, con la arrogancia de ser la sustituta, también había sido insensible y cruel. Pero, tal y como son las cosas, ser deshonesto, insensible y cruel no es ilegal, mientras que golpear a alguien sí lo es. Las normas comunitarias sobre cómo tratar a los demás podrían haber ayudado a crear cierta responsabilidad y evitar esta consecuencia. Pero quizás no. Las personas tienen derecho a cambiar de pareja, aunque existen muchos caminos disponibles para hacer ese cambio. Asumir la responsabilidad, reconocer la angustia de la otra persona, dar algunos permisos transitorios y pasar por un proceso con terceros, aunque sea incómodo, puede disipar el dolor. Tomarse el tiempo necesario para llegar a una separación pacífica y amable es obligatorio. Reconocer lo bueno de la pareja descartada y las buenas experiencias que compartieron y pueden seguir compartiendo pueden marcar la diferencia. Pero Kathy y Sue no hicieron nada de eso. No fueron amables.

Sin embargo, unos días después, llamaron a la policía y presentaron una denuncia por agresión contra Jane. Resulta que las cámaras de seguridad del edificio tenían grabada la agresión y la presentaron a la policía como evidencia. Una vez más

estamos en el terreno de lo que es literal y legalmente “agresión”. No obstante, aunque sea indefendible, se trata de un hecho singular que es el resultado de un largo período de crueldad y falta de amabilidad. Eso, para mí, lo vuelve diferente; no aceptable, pero sí diferente. Una vez más, me pregunto si se justificaba llamar a la policía de forma punitiva y no preventiva. La ironía adicional es que Sue y Kathy son abolicionistas de las prisiones públicas: adoptan posturas públicas contra el sistema penitenciario y piden que sea desmantelado.

Creo que lo que estas parejas vivieron fue recíproco y, por lo tanto, Conflicto y no Abuso. Hubo una crueldad innecesaria como consecuencia del narcisismo, la incapacidad de autocrítica y la falta de voluntad para resolver el conflicto o reconocer la responsabilidad mutua. Y si hubiera habido una forma de interrumpir ese tren desbocado de acciones negativas impulsivas a través de la conciencia individual y/o de la comunidad que los rodea, estos conflictos podrían haberse resuelto o, al menos, se habrían reducido. Ninguna de estas situaciones tenía que acabar en incidentes singulares de violencia y, desde luego, menos en una llamada a la policía.

En ambos casos, las parejas de lesbianas utilizaron el lenguaje, los paradigmas legales y la conciencia policial para crear un castigo que había sido establecido como legítimo por los movimientos políticos antiviolencia. Utilizaron una forma mutante de feminismo para verse a sí mismas como “abusadas” y, en consecuencia, con derecho a llamar a la policía para que la otra persona sea castigada. Pero las primeras activistas antiviolencia respondían a un tipo de violencia muy diferente, una violencia de “poder por encima de”, una violencia que estaba diseñada para controlar el comportamiento y que era sostenida, no fortuita, como respuesta a la crueldad. El reclamo escalado, enfatizando el daño sin reconocer la responsabilidad de la participación, sirvió como cortina de humo para alejar a estas mujeres del trabajo personal que requiere enfrentar y lidiar con las consecuencias de su falta de bondad.

Por supuesto, sé que las lesbianas continuamente cometen violencia de pareja “por poder” y que ha habido casos en los que han asesinado o mutilado a sus parejas. No estoy dicién-

do que estemos exentas. Eso dista mucho de mi intención. Lo que observo es que hay una imitación, o quizás incluso una explotación, de un discurso desarrollado a partir de un tipo de experiencia muy diferente. En ambos casos, si hubiera habido una manera de separar las crueldades emocionales y pedir conciencia y responsabilidad antes de que una de las partes explotara, tal vez estos resultados podrían haberse eclipsado. Sin embargo, como señala Catherine Hodes, “ser ‘maltratado’ es hoy lo que te hace ‘elegible’” para la compasión. Aunque todo el mundo merece ayuda y compasión.

LLAMAR A LA POLICÍA POR TU PAREJA CUANDO ES TU PADRE EL QUE DEBERÍA IR A LA CÁRCEL

A veces, por supuesto, las personas llaman a la policía incluso cuando no ha habido violencia. Puede que estén enojadas porque no se les obedece, puede que estén escalando para evitar enfrentarse a sí mismas, puede que estén en un juego de poder en el que se niegan a hablar con la otra persona y no les resulta posible echarse atrás. Puede que no sepan negociar. Es probable que estén enojadas porque el perro del vecino está ladrando. Tal vez les duela que el vecino esté haciendo una fiesta a la que no han sido invitadas. Quizás quieran que su hijo o su pareja sigan unilateralmente sus órdenes. Posiblemente sean demasiado impacientes o impulsivos para pasar por un proceso de resolución de conflictos. Tal vez tengan amistades negativas o una mala relación familiar en la que se las alienta a culpar y escalar. Reaccionar de forma desmedida en el presente suele ser una consecuencia de la ansiedad no resuelta en el pasado. No tenemos que ser profesionales, genios o eruditos para entender esto. Es de sentido común. Como saben todos los novelistas, dramaturgos y guionistas, la gente hace las cosas por razones, aunque no sepan cuáles. La mejor manera de abordar la ansiedad es mediante el apoyo y el amor para tratar de entender esas razones y no la falsa “lealtad” de la agresión, para intensificar las acciones injustas. Cuando estamos en comunidad con gente que está escalando, tenemos que hacer las

preguntas adecuadas para entender a qué experiencias pasadas está respondiendo el instigador en el presente. Esa es la responsabilidad de la verdadera amistad, la verdadera definición del amor.

Por ejemplo, una mujer que conozco llamada Belize creció con un padrastro violento que les pegaba a ella y a sus hermanos y hermanas, y la humillaba en forma constante y la menospreciaba a diario. Su madre, inmigrante, era una persona muy susceptible y a la vez narcisista, en una difícil posición de dependencia. Se mantuvo al margen durante años y no hizo más que animar a su hija a ser “amable” con su padrastro. Al ser la mayor, el valor de Belize se basaba en realizar trabajos para los demás, sobre todo los domésticos, en especial para los hombres y los niños. Hasta el día de hoy le resulta muy difícil rechazar peticiones de recados y favores, aunque tenga cosas que quiere o necesita hacer para sí misma. De niña, ella y sus hermanos amenazaron al padre con la policía, pero nunca nadie la llamó. Más tarde, tras dos matrimonios con hombres pasivos, reconoció su deseo de tener una relación de por vida con una mujer. Aunque había conseguido separarse de la heterosexualidad, no pudo salir del control de la supremacía masculina. Mientras que sus expectativas respecto de los hombres eran muy bajas, sus estándares para las mujeres eran inalcanzablemente altos: quería que la protegieran y la sirvieran del modo en que su madre nunca lo había hecho. Belize quería que se sometieran de la misma manera en la que ella se había sometido a los parientes masculinos en términos de tiempo, atención, energía, gastos y trabajo doméstico.

Finalmente, tras una década de soledad, Belize conoció a Kelly, una mujer con la que disfrutó y se nutrió. Empezaron a entablar una relación hasta que un día el hijo adulto de Belize, Vlad, apareció súbitamente y se instaló en su casa. No trabajaba ni iba a la escuela, no ayudaba en la casa y ni siquiera limpiaba. No respetaba la intimidad de la pareja y no tenía planes para su futuro. Se quejaba todo el tiempo con su madre de Kelly, triangulando con ella y jugando con su culpabilidad por haber dejado a su padre para salir del clóset cuando él aún era un niño. Cada vez que hacía esto, Belize se ponía

muy ansiosa y era incapaz de negociar o resolver problemas. Experimentaba insomnio y pensamientos repetitivos y obsesivos, y provocaba discusiones circulares con su pareja sobre su hijo. Finalmente, Kelly estalló contra Vlad y le dijo que le hablara directamente a ella si había conflictos que afrontar en lugar de pasar por su madre. Estaba haciendo imposible que su madre tuviera la relación que quería. Cuando Belize descubrió que su pareja se había enfrentado al hijo mayor de edad, explotó de vergüenza y rabia, y comenzó una serie de acciones crueles dirigidas hacia Kelly que incluyó organizar a sus amigos para “defender” su familia. Cerró la cuenta bancaria de Kelly y le envió la bicicleta a su ciudad natal en contra de su voluntad y haciéndola cargar con el gasto. Cuando Kelly trató a Vlad como a un adulto y le pidió que se sentara a resolver sus diferencias, Belize envió a Kelly una carta de un abogado que decía que estaba “acosando a los miembros de la familia”. Belize también organizó un petitorio comunitario en el que amenazaba a Kelly con la policía a pesar de que no había infringido ninguna ley. Ninguno de los firmantes habló nunca con Kelly, por lo que no tenían ni idea de lo que en realidad estaba pasando. Cuando Kelly insistió en que Belize y sus amigos estaban sobredimensionando la situación y que el acoso debía ser sustituido por la comunicación para poder afrontar y tratar este conflicto común, Belize llamó a la policía y presentó cargos falsos (que la policía desestimó en forma inmediata). A continuación, organizó un rechazo generalizado hacia Kelly por parte del grupo que incluyó una campaña de correos electrónicos y chismes que se prolongó durante años. Se decía que Kelly había “aterrorizado a una madre y a su hijo”, a menudo sin saber que el “niño” era un hombre adulto. Cuando los amigos de Vlad le preguntaron por qué lo hacía, respondió que “Kelly odia a los hombres”, un reflejo del pánico y la vergüenza de la propia Belize por su homosexualidad.

Todas estas acciones formaban parte de un “escenario de abuso” que habría sido conveniente para el difunto padrastro de Belize pero que nada tenía que ver con el conflicto común de una pareja que trata con un hijo adulto que intenta controlar la sexualidad de su madre. Como ella rehuía a su pareja, no

se pudo solucionar nada. Los amigos de Belize alimentaron el descarrilamiento en lugar de ayudarla a calmarse y, al negarse a hablar con Kelly, al mismo tiempo reforzaron las acciones dramáticas de rehuir, buscar chivos expiatorios y culpar. Cuando Kelly intentó comunicarse para calmar la agresión, Belize llamó a la policía contra la persona equivocada: cuarenta años antes, debió haberla llamado contra su padrastro. En realidad, su madre debió haberlo hecho pero, como la madre la traicionó, ahora Belize se traicionaba a sí misma. No podía cuidar de sí misma ante el control masculino y castigaba a la compañera que la antepone a los deseos de los hombres que la rodeaban.

Kelly había cometido la acción prohibida de la infancia de Belize: enfrentarse a la explotación masculina. No hubo violencia, ni sexo inapropiado, ni drogas, ni engaños, ni robos, y apenas hubo peleas; ninguna de las acciones que normalmente entran en el ámbito de lo que podría llamarse “Abuso”. Belize explotó porque su autoestima, que estaba arraigada en el papel de sacrificarse por los allegados masculinos, estaba siendo cuestionada. La culpa por su sexualidad estaba siendo explotada por su hijo, cosa que era demasiado dolorosa para afrontarla sin la ayuda de amigos y familiares. Cuando la madre de Belize descubrió la situación, elogió a la hija que había permitido que la agredieran por, en esencia, destruir su propia vida sexual y emocional, en lugar de pedirle a su nieto que hiciera pequeños ajustes, lo que también lo habría ayudado a ser una persona más responsable.

Conocí a otra mujer cuya familia se encontraba en una situación similar de proyectar el dolor del pasado en un objeto inmerecido en el presente. Una profesora universitaria llamada Diana procedía de una familia en la que había una intensa violencia y abusos sexuales. En el momento en que nos conocimos, su madre, su hermana y su sobrina estaban desocupadas y vivían de la asistencia social; su padre había muerto hacía más de una década. La madre estaba deprimida y se pasaba el día mirando la televisión en un cuarto oscuro. La hermana trabajaba en el comercio sexual y la sobrina no hacía mucho. La madre y la hermana tenían enormes y constantes peleas en

las que cada una intensificaba el conflicto. La hermana gritaba: “Dejaste que papá me violara”, refiriéndose a los sucesos relacionados con su padre abusivo que habían ocurrido veinte años antes.

En lugar de decir: “Lo que tu padre te hizo está mal, lamento no haber sabido manejarlo. Te quiero y lo siento, ¿cómo podemos mejorar las cosas entre nosotras?”, la madre le gritaba: “Andate de acá. No quiero volver a verte”. Ni la madre ni la hermana sabían cómo negociar ni cómo afrontar conflictos; sólo sabían cómo agravarlos. Cada vez que la madre subía de tono y se agitaba, la hermana salía de la casa. Una vez en la que yo estaba allí, se llevó al gato de la madre con ella. “¡Devolveme mi gato!”, gritó la madre, agravando aún más la situación cuando debería haber dicho: “Siento que nos estemos gritando la una a la otra. Te quiero, vamos a calmarnos”. Ella entonces escaló aún más y llamó a la policía.

Al igual que en el caso de Belize, siempre he pensado que la madre llamó a la policía con la persona equivocada y en el momento equivocado. Debería haber llamado veinte años antes, cuando su hija tenía 15 y estaba siendo violada por su padre, pero no lo hizo. Las razones, por supuesto, son complicadas y tienen que ver con la pasividad, los celos, el estatus migratorio, la rabia, el narcisismo y la incapacidad para resolver problemas. Ahora, cuando las cuatro mujeres –Diana, su madre, su hermana y su sobrina– están sufriendo las consecuencias del crimen del padre, muerto hace tiempo, y de la inacción de la madre, sólo ahora llaman a la policía unas contra otras... debido a un gato. Nadie podía conceder, reconocer, negociar. No eran capaces de trabajar juntas para enfrentarse honestamente a los obstáculos de sus vidas. Todo lo que podían hacer era actuar para desviar su dolor.

Cuando repaso estas dos situaciones, pienso en estas mujeres que viven toda la vida fantaseando sobre lo mejor que habría sido su vida si alguien hubiera llamado a la policía cuando eran niñas. En el caso del padre de Diana, debió haber habido una intervención y ser separado de los niños. Ni siquiera puedo adivinar cuántos cientos de veces Belize y sus hermanas y hermanos, y Diana, su hermana y su madre habrán soñado

con llamar a la policía para denunciar a los respectivos padres. Pero debido a los problemas de carácter de las madres y a su vulnerabilidad sociopolítica, nunca ocurrió; como resultado, las hijas sufrieron toda su vida. Además, dado que las comunidades que las rodeaban –los amigos, la familia extendida– no estaban dispuestas, al igual que las madres, a intervenir y ayudarlas a redirigir su rabia, se vieron condenadas a estar enojadas con la persona equivocada y, así, privadas de la posibilidad de sanar, recibir amor y llegar a una resolución, cosas que sólo pueden surgir al afrontar y tratar el conflicto.

Otra idea que hay que tener en cuenta cuando se aborda la concepción de la policía como mediadora en los conflictos de pareja es el comportamiento de los agentes en sus propios hogares. El National Center for Women & Policing [Centro nacional para la mujer y la policía] señaló, en su “Police and Family Violence Fact Sheet” [Hoja informativa sobre la policía y la violencia familiar], que “al menos el 40% de las familias de los agentes de policía sufren violencia doméstica”. Se trata de una tasa superior incluso a la de los jugadores de la Liga Nacional de Fútbol Americano. Así, la policía suele ser la gente menos capacitada para resolver problemas o para pensar de forma matizada en el dolor emocional y sus proyecciones; en consecuencia, si estamos interesados en crear paz, no son las personas capaces de ayudarnos a hacerlo.

Criminalización del VIH en Canadá

Cómo la clase media más rica del mundo decidió denunciar en la policía a personas con VIH para encubrir su racismo, culpa y ansiedad sobre la sexualidad y su inversión en castigo basada en la supremacía

Trataré de dar cuenta de lo que podríamos llamar las lógicas inflacionarias en juego; cómo estos materiales, a través de la amplificación y la distorsión, trabajan para crear un perfil que tiene pocos rastros de algún origen. Los detalles de la situación se descartaron rápidamente ya que los detalles no importaban. La realidad no importaba.

—SARA AHMED

En este punto de la vida narrativa de esta idea, he tratado de mostrar la diferencia entre Conflicto y Abuso. Luego discutí cómo se expresa la reacción desmedida al conflicto al depender de la policía como árbitro de los desacuerdos comunes que, en su lugar, podrían negociarse a través de la autocrítica, las comunidades de apoyo y la comunicación. En este capítulo, doy un paso más hacia una nación autoproclamada “progresista”, como es Canadá, donde el Estado busca de manera activa convencer a los ciudadanos seronegativos de que han sido Abusados para que reaccionen punitivamente de forma desmedida, provocando encarcelamientos irracionales, miedo y más poder para el propio Estado. Un ejemplo perfecto de cómo sobredimensionar el daño puede ser presentado como “moderación” o “sensatez” y de cómo la respuesta desmedida, ante dicho daño, se disfraza de “responsabilidad”.

Tim McCaskell es un activista icónico canadiense contra el sida, guapo, de barba blanca y ligeramente canoso. Estamos almorzando un día extremadamente frío de febrero en

un restaurante etíope de Toronto donde este maestro de escuela jubilado siempre pide el plato vegetariano. Como un artista marcial, McCaskell suele andar en bicicleta para todos lados, incluso en invierno, pero esta vez, como acaba de terminar cinco días de antibióticos por vía intravenosa por un problema médico común entre los sobrevivientes a largo plazo, está temporalmente fatigado. Me cuenta sobre la última ola de procesamientos por VIH en Canadá y la lucha cuesta arriba que enfrentan los activistas después de algunos severos reveses legales. La organización de McCaskell, Toronto AIDS Action Now!, fue fundada en 1987, el mismo año que ACT UP New York, pero los contextos no podrían haber sido más diferentes.

PRIVILEGIOS Y RESOLUCIÓN DE PROBLEMAS EN EL CONTEXTO DE CANADÁ Y ESTADOS UNIDOS

Durante mucho tiempo, Canadá ha tenido un sistema de salud coherente proporcionado por el gobierno y Estados Unidos no. Aunque la industria farmacéutica está significativamente presente en la economía canadiense, la gran mayoría de los campos de investigación que produjeron los medicamentos que mantienen con vida a todas las personas con VIH en América del Norte provinieron de Estados Unidos. Pero, dado que ese gobierno no se hacía responsable ante las personas con VIH, obligar a la industria farmacéutica a cambiar se convirtió en responsabilidad de los civiles estadounidenses. Así que las condiciones y obligaciones de las personas con sida en ambos países eran profunda e irrevocablemente diferentes. Si bien Estados Unidos es más poderoso, porque tiene más fuerza militar y globaliza su cultura, Canadá ahora tiene la clase media más rica del mundo. A pesar de una década de políticas de austeridad del gobierno de derecha y severos recortes a los servicios sociales antes de la victoria del Partido Liberal, en 2015, la red de seguridad canadiense restante parece cómoda para los estándares estadounidenses. Sin embargo, los canadienses consideran este recorte como una decisión seve-

ra y dramática. Todas las democracias ricas brindan una red de seguridad mayor para sus ciudadanos que la de Estados Unidos, por lo que Canadá sólo parece extraordinario en comparación directa. Si bien el 1% de Estados Unidos tiene mucho más poder global, la vida del canadiense promedio está más protegida y resulta más cómoda que la de su contraparte estadounidense.

Cuando el sida surgió en 1981 como GRID (Gay Related Immune Deficiency [inmunodeficiencia relacionada con los gays]), el sexo gay era ilegal en Estados Unidos y seguiría siéndolo hasta que una decisión de la Corte Suprema anuló las leyes de sodomía en 2003, como ya dijimos. En Canadá, sin embargo, el proyecto de ley general sobre delitos de 1969 legalizó el sexo anal para personas con más de 21 años, que era la mayoría de edad en ese momento, “siempre que no haya más de dos personas presentes”. Entonces, mientras Estados Unidos era punitivo, Canadá proporcionó una especie de libertad moralista, controladora y prejuiciosa basada en una temprana articulación prescriptiva de la “normalidad” gay arraigada en la pareja. Más allá de las especificidades de las leyes de sodomía y el sistema de salud, es la relación entre los ciudadanos y el gobierno, en uno y otro país, lo que se resulta bastante diferente. Incluso bajo administraciones de derecha, el gobierno canadiense responde mejor que el estadounidense a las demandas de sus ciudadanos. Esto se debe, en parte a su menor cantidad de población y a una cultura que tiende a superponer gobierno y sociedad, y en parte a su estructura de financiación de campañas, que permite que los canadienses tengan un mejor acceso a su gobierno que los estadounidenses al suyo.

Josh Valentine Pavan, de Montreal, tiene la mitad de la edad de Tim McCaskell y surge de una comunidad nueva, audaz, joven e ingeniosa de activistas queer en torno al VIH y contra las prisiones. Cree que los canadienses tienen un Estado más “omnipresente” que los estadounidenses y, por lo tanto, tienden a resolver problemas a través de su gobierno con más frecuencia que los estadounidenses, lo que a mi parecer explicaría algo más que una mera identificación con el Estado. Es

más probable que conozcan a sus representantes, que esperen que su gobierno responda a las protestas y que tengan mayor posibilidad de ser escuchados por los funcionarios del gobierno que los estadounidenses. Lo que sí comparten movimientos como AIDS Action Now! y ACT UP es que ambos fueron la fuente de transformaciones sociales en sus respectivos países y lograron que las personas con sida fueran reconocidas, vistas, respetadas y tratadas. Curiosamente, incluso con estas profundas diferencias culturales, y quizás por la identidad radical que compartieron, ACT UP y AIDS Action Now! nunca pidieron financiación del gobierno, hecho que para los canadienses es aún más drástico, ya que están más acostumbrados a que esa posibilidad exista. Ambos se conceptualizan a sí mismos como movimientos políticos, no como agencias de servicios sociales. Ambos siguen acá.

PIENSE DOS VECES ANTES DE LLAMAR A LA POLICÍA

Hoy Tim McCaskell y yo estamos hablando de Think Twice [Pensalo dos veces], la nueva campaña de AIDS Action Now! dirigida a la criminalización del VIH en Canadá. “Pensalo dos veces” *antes de llamar a la policía* es el pedido de las personas seropositivas que acaban de ser empujadas a la condición de rebeldes. Desde la decisión que la Corte Suprema de Canadá tomó en 2012, ha sido ilegal que algunos canadienses seropositivos tengan relaciones sexuales sin revelar su condición, incluso en casos en los que se use preservativo y nadie se infecte. En Estados Unidos, treinta y ocho de los cincuenta estados tienen diversas leyes contra las personas con VIH, que van desde no divulgar hasta exponer los estados serológicos, y castigos que van desde multas hasta una sentencia de treinta años en Arkansas, por ejemplo. Michael Johnson, un atleta universitario negro de Missouri, fue sentenciado a treinta años de prisión en 2015 por transmitirle el virus del VIH a dos parejas. No obstante, todavía tiene que haber una confirmación del tribunal superior estadounidense o alguna norma impuesta a nivel nacional. Canadá es ahora uno de los diez

principales países del mundo con mayor cantidad de arrestos y enjuiciamientos relacionados con el VIH per cápita, lo que deja a sus setenta mil residentes seropositivos (incluidos los no diagnosticados) en una situación de amenaza y confusión. A partir de la primavera de 2015, según Alex McClelland, otro miembro de la nueva generación de activistas jóvenes en torno al VIH, ciento setenta personas han sido acusadas; la mitad en la provincia de Ontario, donde se encuentra Toronto. La mayoría de los casos involucran a hombres que no revelaron su estado serológico a sus parejas femeninas. El 78% de todos los cargos han terminado en condenas, de las cuales casi todas han sido cumplidas en la cárcel. Algunos de ellos han enfrentado largas penas de prisión, incluso cuando la pareja no se infectó. A partir de la primavera de 2014, treinta hombres que tuvieron relaciones sexuales con otros hombres enfrentaron estos cargos. Tras agotar todas las apelaciones legales, los activistas han tratado de trabajar con la “Corona” (fiscales y procuradores generales) para establecer pautas procesales, pero no han podido lograr un progreso significativo. Esta es la razón por la que AIDS Action Now! no tiene más opción que realizar una campaña de concientización dirigida a parejas potencialmente molestas o ansiosas que quieran vengarse de sus amantes llamando a la policía, incluso aunque no se hayan contagiado.

LAS RAÍCES RACIALES DE LA CRIMINALIZACIÓN DEL VIH EN CANADÁ

La campaña canadiense para la criminalización comenzó en 1990 cuando el Toronto Public Health [Departamento de salud pública de Toronto] le ordenó a un inmigrante ugandés, Charles Ssenyonga, que dejara de tener relaciones sexuales después de haberle transmitido el virus a tres mujeres. Murió en 1993 antes de ser acusado por completo. Luego, en 1998, la Corte Suprema de Canadá dictaminó que Henry Cuerrier, un hombre blanco, había cometido un delito cuando tuvo relaciones sexuales sin protección con dos mujeres que no se

contagiaron. La condena de Guerrier fue confirmada por la Corte Suprema y produjo un fallo que, en el contexto en el que el sexo representa un “riesgo significativo”, la no divulgación del VIH puede considerarse una “agresión”. Por supuesto, no se definió “riesgo”. Otro caso significativo fue el de Johnson Aziga, también inmigrante de Uganda, que recibió una cobertura mediática sensacionalista. Diagnosticado en 1996 y acusado en 2008, reconoció haber tenido relaciones sexuales sin protección con once mujeres diferentes sin revelar su estado; siete de ellas se infectaron y dos murieron por complicaciones derivadas del sida. En 2011, Aziga se convirtió en la primera persona en el mundo en ser condenada por asesinato por haberle transmitido VIH a alguien. Luego fue encarcelado “por tiempo indefinido” bajo la Dangerous Offender Act [ley de delincuentes peligrosos], porque se decía que existía un riesgo muy alto de que volviera a tener relaciones sexuales sin protección. De acuerdo con el *Canadian Journal of Law and Society*, los hombres negros constituyen el 52% de los hombres heterosexuales que han sido acusados, aunque son sólo el 6% de los hombres que actualmente viven con VIH en Canadá. La sobrerrepresentación de hombres negros acusados es significativa en un país donde sólo el 2,5% de la población es negra. Según McCaskell, “el tópico del inmigrante negro enfermo y sexualmente depredador ayudó a redirigir el racismo para endurecer a la opinión pública detrás de la criminalización del VIH”.

CARGA VIRAL Y ESTADO

Uno de los elementos más significativos de la criminalización del VIH en Canadá es el énfasis en la carga viral. La Corte Suprema dictaminó que las personas que usan preservativo están obligadas por ley a revelar su estado serológico a menos que tengan una carga viral baja. Esta decisión de 9-0 revierte décadas de políticas globales que definen el “sexo seguro” principalmente por el uso de preservativo. “Por supuesto”, dice Josh Pavan, “el sexo seguro es relacional y la carga viral se

presenta como individual”. Durante las primeras décadas de la crisis del sida, la salud y la enfermedad estaban marcadas por las “células T”, un tipo de glóbulo blanco que es fundamental para la inmunidad. A medida que las personas se acercaban a la muerte, sus células T se desplomaban y, pero si respondían a los nuevos medicamentos, las células T se replicaban. Sin embargo, ahora que los tratamientos compuestos son de uso generalizado, el nuevo marcador de salud y enfermedad es la “carga viral”, literalmente, la cantidad de virus del VIH que hay en el cuerpo de una persona. Los tratamientos estándar actuales reprimen la carga viral y el objetivo para las personas con VIH es que la prueba sea “indetectable”, es decir, que la carga viral se suprima exitosamente con medicamentos hasta el punto de que no se pueda detectar. La persona “indetectable” tiene que seguir tomando la medicación para mantener el virus suprimido, pero a menor virus, menor infección. La carga viral baja es tan efectiva para prevenir la transmisión del VIH que el Centro para el Control de Enfermedades de Estados Unidos anunció en enero de 2014 que, dado que el sexo con carga viral baja sin preservativo ya no es necesariamente “inseguro”, ahora se llamará oficialmente “sexo sin preservativo”. Así que la nueva forma del sida es la oposición binaria entre suprimido y no suprimido, y ya no entre positivo y negativo. Por lo tanto, una persona positiva que toma medicamentos y tiene una carga viral indetectable es en realidad una pareja sexual más segura para alguien que quiere permanecer negativo que una persona que no conoce su estado y, por lo tanto, podría ser positiva y transmitir el virus.

En Estados Unidos, debido a nuestra falta de cobertura médica pública, sólo el 35% de la población que es VIH positiva es indetectable. Por lo tanto, el gobierno no podría criminalizar la carga viral de la misma manera porque no proporciona recursos a la mayoría de sus ciudadanos con VIH para que se vuelva indetectable. En Canadá, sin embargo, la atención médica está nacionalizada, por lo que el gobierno teóricamente puede formular políticas basadas en el requisito de que todas las personas con VIH alcancen una carga viral indetectable. Sin embargo, Pavan, un joven brillante y serio con una mata de rulos

negros, sabe por su extenso trabajo como activista que los estadounidenses envidiosos no deberían sobrestimar el alcance de la atención médica canadiense.

La atención médica nacionalizada, o el mito sobre ella, permite que el hecho de no alcanzar una carga viral indetectable se reformule como una irresponsabilidad personal en lugar de un problema social o una brecha política y prepara el escenario para la persecución legal. No creo que sea sólo una peculiaridad nacional: es un aspecto central para la criminalización del VIH en todo el mundo; de hecho, vemos que sucede en los otros países que lideran el procesamiento per cápita, como Suecia, Noruega, Dinamarca y Nueva Zelanda.

Por lo tanto, la realidad del acceso a la atención médica para las personas con VIH en Canadá es más compleja de lo que imaginan los estadounidenses desfavorecidos. En la Columbia Británica, por ejemplo, los porcentajes son iguales a los de Estados Unidos: sólo la mitad de las personas positivas están en tratamiento y sólo un tercio de ellas son indetectables. El sentimiento antiinmigrante canadiense también constituye un obstáculo para el acceso y cumplimiento del tratamiento. Durante el mandato del primer ministro conservador Stephen Harper, setenta y dos mil solicitantes de asilo fueron detenidos. Y hasta 2014, a los inmigrantes ilegales se les negó la cobertura médica canadiense por lo que tampoco eran elegibles para alcanzar este grado de protección.

SER "ABUSADO" EN LUGAR DE RESPONSABLE COMO POLÍTICA ESTATAL

El caso Aziga se centró en el castigo de los hombres que realmente transmiten el virus a sus parejas, sólo un aspecto de la criminalización del VIH. La idea de que las personas negativas no son legalmente responsables de protegerse del VIH y que, de hecho, la responsabilidad recae únicamente en la pareja po-

sitiva está implícita en los fallos judiciales. Esto es consistente con otras manifestaciones de la combinación entre ansiedad/conflicto y abuso. En lugar de ver a una persona negativa que tiene relaciones sexuales sin protección como participe del problema, la ley los reformula como víctimas. Esta interpretación va en contra del mensaje global de las últimas tres décadas de trabajo de prevención del sida, que enfatiza el papel de los seronegativos para protegerse a sí mismos. El statu quo durante años ha sido que los hombres y mujeres negativos se mantienen negativos al insistir en el "sexo seguro", un concepto basado en el uso de preservativo y, más recientemente, en la PrEP (Profilaxis Pre-Exposición). De esta manera, la comunicación entre parejas sexuales ha sido el pilar de la estrategia para la prevención del VIH. Con la criminalización, se ignora la responsabilidad de los negativos para, en su lugar, poner el énfasis en exponer el estado serológico ajeno o hacer la denuncia policial. En vez de fomentar una comunicación más abierta entre amantes, el gobierno se impone como un sustituto del necesario trabajo de aprendizaje que implica resolver problemas. En consecuencia, los cargos en estos casos se basan en denuncias, un papel preocupante para el gobierno en las relaciones sexuales de las personas.

"Para presentar una denuncia policial", escriben los juristas canadienses Glenn Betteridge y Eric Mykhalovskiy, "las personas deben darse cuenta de que han experimentado un posible agravio *delictivo*". Su observación es clave para el debate Conflicto versus Abuso. Las personas negativas, sobre todo en un contexto queer, se autoconceptualizaban como individuos que tenían la responsabilidad de mantenerse negativos. Pero, al mismo tiempo, dado el reconocimiento de las experiencias de los demás en una comunidad interactiva, tenemos una comprensión madura, matizada y sofisticada de que las personas adquieren el virus porque son humanas. Y no debemos aislar, denunciar y castigarlas por ser humanas. Sin embargo ahora, como subrayan Betteridge y Mykhalovskiy, los tribunales canadienses han reformulado este estado de ser VIH negativo como uno de potencial victimización. Una vez eliminada la responsabilidad de protegerse a sí mismo, el ne-

gativo puede reconceptualizar su experiencia como la de ser “agraviado criminalmente” simplemente porque su pareja sexual positiva que usaba preservativo no lo reveló, incluso aunque nunca haya estado en riesgo de contraer el virus. Aunque no informar el estado serológico es una acción que no tiene consecuencias materiales sobre la persona VIH negativa, todavía califica injustamente como Abuso. ¿Cuál es la solución que promueve esta definición oficialmente normal y una vez más criminalizante de Abuso? Denunciar a la pareja sexual a la policía, aunque no haya contagio. Si bien la ausencia de transmisión es notable en estos casos, Pavan advierte el problema de enfatizarlos.

Hay un debate bastante acalorado entre los activistas sobre cuánto enfatizar los casos sin riesgo. Si creas una campaña en torno a los casos sin riesgo, como resultado vas a conseguir que se despenalicen, pero nada más, porque en realidad no se ha impugnado el problema de raíz de la criminalización, sólo se defendió una aplicación más precisa de la ley. Esto se viene pensando sobre todo a la luz del reciente artículo de Ruthie Gilmore sobre el estado del movimiento antiprisión y el llamado a rechazar el enfoque centrado en la presunción de inocencia.

“La estructuración discursiva de su experiencia tiene varias fuentes probables”, continúan Betteridge y Mykhalovskiy. “La amplia cobertura de los medios ha creado casos penales de alto perfil donde los informes se centran en las ‘fallas morales’ de los acusados.” De esta manera, la deliberada pero injustificada calificación de la no divulgación del estado serológico como antisocial, incluso si se usa preservativo, es central en la conciencia de las personas que llaman a la policía cuando se sienten ansiosas. Edwin J. Bernard, coordinador de HIV Justice Network [Red de justicia sobre el VIH], un organismo centrado en el control de la criminalización del HIV con sede en Londres, confirma que “Canadá es definitivamente un líder mundial en términos de colaboración entre la policía y los

medios de comunicación para garantizar que cada arresto esté cubierto en la prensa como una advertencia de salud pública, en especial porque cumple una segunda función, en tanto sirve como una forma de pescar la aparición de otros potenciales denunciadores”. Es una nación sumida a tal punto en la sobre-dimensión del daño que las personas terminan siendo aisladas y castigadas sin motivo, mientras que el Estado refuerza su poder.

¿Cuáles son las alternativas? Bueno, si tratamos a las parejas sexuales como “personas afectadas por un conflicto” en lugar de monstruos seropositivos por un lado y seronegativos agraviados criminalmente por otro, podemos producir la clase de solución que mi amigo Matt Brim promovió gran parte de su vida. Matt contrajo el virus en sus treintas, en la era contemporánea, porque practicaba sexo anal sin preservativo. Dio positivo y comenzó el tratamiento en una clínica del New York University Hospital. Le dijo al hombre del cual había contraído el virus que debería hacerse la prueba. El hombre dijo que no sabía que era positivo, pero a Matt no le importaba si eso era cierto o no. Matt sabía que era su propia decisión tener sexo sin protección y que él era un participante en este Conflicto. En lugar de rehuir, denunciar o castigar a su pareja sexual, en lugar de organizar una expulsión grupal, llamar a la policía o intimidar al hombre, simplemente lo ayudó a sacar un turno en el mismo servicio médico de VIH al que él concurría y fue con él al examen. ¿Por qué no puede ser esa una política de Estado?

CRIMINALIZACIÓN DE LA EXPERIENCIA HUMANA

En el caso canadiense, prevalece la ideología del Abuso/castigo por sobre la del Conflicto/responsabilidad mutua. Pero, como siempre, a pesar de la victimización, de insistir en el “abuso” como un valor neutral y objetivo, en realidad tenemos opciones para saber cómo entenderlo. Actualmente hay treinta y cuatro millones de personas seropositivas en el mundo, cada una de las cuales adquirió el virus de forma directa o in-

directa por alguien. Si el mundo siguiera a Canadá, cada persona seropositiva con carga viral alta que tuviera relaciones sexuales sin revelar su estado serológico sería encarcelada. Eso podría significar decenas de millones de personas. Creer que arrestar y encarcelar a la gente va a cambiar el comportamiento de todas las personas seropositivas con capacidad de transmitir el virus que tengan relaciones sexuales es un gran objetivo en cuanto intención, pero sumamente cuestionable en términos de eficacia. Muy pocas personas se comportan perfectamente en torno a esa combinación especial de sexualidad y sentimientos, y aún menos pueden soportar ser culpados y convertidos en chivos expiatorios. Pero cuando el Estado enfoca la atención negativa en el individuo en lugar de concentrarla en la fuente de su demonización, se garantiza un resultado doloroso. Los números por sí solos nos muestran que el sexo sin protección es una experiencia humana común; tan común, de hecho, que podríamos empezar a entender el sexo sin protección como parte de los conflictos y contradicciones normales que significan ser defectuoso y mortal, es decir, una persona. De la misma manera que entendemos que el embarazo no deseado es una parte innegablemente humana de la vida, también lo es la transmisión del VIH; sin embargo, no encarcelamos a los hombres cuyas parejas femeninas quedan embarazadas cuando no quieren estarlo, aunque no hayan usado preservativos. Pero, a pesar de su reputación “progresista” por contar con una educación superior asequible, financiamiento significativo para las artes, sistema de atención médico público y programas de reciclaje de amplia difusión, Canadá ha decidido responder a esta experiencia humana común con castigos.

Ian Salt Bradley-Perrin, otro de los jóvenes e inteligentes activistas en torno al sida con base en Montreal, no está de acuerdo con mi opinión. Él dice que el objetivo de esta ley no es cambiar el comportamiento de las personas sino sólo castigarlas. Los jueces no se piensan a sí mismos como parte de un proyecto de salud pública más grande. Por eso todos los testimonios de los expertos en salud pública han sido desatendidos en estos casos penales. Porque, según cree Bradley-Perrin,

en primer lugar ese nunca fue el objetivo de estas leyes. Estoy abierta a su interpretación porque ya no me sorprende la cantidad de personas se ven estimuladas a castigar a otras para sentirse mejor consigo mismas, en lugar de abordar, comprender y resolver los conflictos.

Por supuesto, pensando este impulso hasta su conclusión lógica, la prisión es el peor lugar para una persona seropositiva: los tratamientos apropiados no son accesibles, el estrés es alto y los preservativos y las agujas limpias no están tan disponibles como se requiere. El encarcelamiento crea más muertes y más transmisiones. Entonces, la criminalización, al tiempo que consigue estigmatizar y castigar a las personas, provoca el resultado contrario a su intención declarada, a menos que los presos no estén incluidos en la categoría de “persona” que el Estado dice que desea proteger. Más interesante es el examen sistemático de la cuestión. Si bien Aziga, un ejemplo extremo, fue responsable de transmitir el virus a siete personas, la criminalización del VIH en Canadá se dirige a las personas e ignora a las instituciones gubernamentales, mediáticas y religiosas cuyas políticas facilitan la transmisión del virus al mantener el estigma y la represión sexual, crear obstáculos para el ejercicio de sexo seguro y limitar el acceso a la medicación correspondiente. Según algunos proveedores de servicios, la criminalización en sí genera más transmisiones.

“Las leyes que criminalizan no informar el estado serológico hacen que las personas en riesgo teman hacerse la prueba”, dice Morgan Page, ex coordinadora de Trans Community Services [Servicios comunitarios trans] en el Centro Comunitario de Church Street 519 en Toronto. “Saben que, si dan positivo, pueden enfrentarse no sólo al estigma y la exclusión sexual, sino también a cargos penales, ya sea que usen preservativos o no o que accedan a revelar su estado serológico.”

Una vez que las personas tienen el derecho de castigar o amenazar con castigos del Estado, ya no están obligadas a interrogarse a sí mismas y pueden recurrir a puntos de vista convenientemente deshumanizantes acerca de las personas a las que quieren lastimar. Esto es lo que hace la Ideología Supremacista: proporciona empoderamiento mediante de-

lirios de superioridad, ya que la ideología misma se disfraza de realidad. Es por eso que algunas personas se sienten justificadas al llamar a la policía en lugar de enfrentar sus propias angustias, y otras las refuerzan con esta terrible decisión o, peor aún, se quedan de brazos cruzados y no hacen nada. Por ejemplo, en Estados Unidos, durante años el supuesto racista ha sido que las razones de que haya tasas tan astronómicamente altas de transmisión del VIH entre hombres que tienen sexo con hombres se debe a que los hombres negros no practican sexo seguro. Se ha producido mucha teoría y planificación tomando como base esta suposición. Se asumió falta de información, se asumió falta de autoestima y algunos clichés sobre la masculinidad negra, y se asignó un impacto correlativo al alcoholismo y el abuso de sustancias, todo lo cual llevó a presu- poner sexo inseguro. Sin embargo, Greg Millett, asesor principal de políticas sobre el sida de la Casa Blanca, publicó un informe en 2015 que revela que, de hecho, los homosexuales negros tienen sexo seguro tres veces más que los homosexuales blancos. En otras palabras, los homosexuales negros son tres veces más responsables, conscientes y proactivos en torno al sexo seguro que los blancos. Entonces, ¿por qué estas tasas tan altas? Porque los hombres negros tienen muchas más probabilidades de tener parejas seropositivas que los hombres blancos. Si quieren tener sexo con otros hombres negros, sus espacios de sociabilidad sexual son más limitados y su riesgo de exposición es abrumadoramente mayor. Las leyes contra las personas seropositivas afectarían a porcentajes más altos de hombres negros, aunque los hombres negros sean más responsables. Recién treinta años después de la pandemia del sida fue posible hacer suficientes preguntas a los hombres homosexuales negros sobre las realidades de sus vidas para comprender lo que en verdad les está sucediendo. Moraleja: nunca jamás creas que sabés quién es alguien, qué hizo, cuál es su objetivo, contexto o meta, cómo se siente o qué conoce o desconoce hasta que no le preguntes. Y no preguntar implica una responsabilidad directa en no entender la verdad.

LAS MUJERES COMO MONSTRUOS

Las mujeres son una parte particularmente turbia del rompecabezas del castigo. La mayoría de las seropositivas de Canadá viven en comunidades desfavorecidas y estigmatizadas. Las aborígenes, que son alrededor del 4% de la población femenina canadiense, tuvieron el 45% de las pruebas de VIH positivas entre mujeres en 2007; las negras, que son un poco más del 2% de las mujeres de Canadá, alrededor del 20% ese mismo año. Las mujeres trans tienen las tasas de transmisión de VIH más altas de cualquier grupo, en general estimadas en un 50%. Un informe publicado en 2010 sugirió que el 7,9% de la población femenina en las prisiones federales canadienses era seropositiva.

“Las leyes basadas en la carga viral afectan particularmente a las mujeres”, dice Tim McCaskell. “Si quiero saber mi carga viral, simplemente voy a mi médico. Pero una mujer aborigen del norte puede no tener acceso a un análisis de sangre.”

Las mujeres VIH positivas tienen cargas virales más bajas que los hombres, pero les resulta más difícil mantenerlas suprimidas. Si bien aún no se ha determinado la causa de estas diferencias, podría deberse a que los medicamentos se probaron sobre todo en hombres y es posible que no sean tan efectivos en mujeres.

Para la primavera de 2014, Canadá había acusado a dieciséis mujeres de no revelar su estado serológico; catorce de ellas han sido imputadas, incluida una que fue acusada tres veces. Pero enjuiciar a las mujeres plantea una cuestión aún más espinosa. ¿Las mujeres en América del Norte realmente transmiten el VIH a alguien? En 2006, Canadá se convirtió en el primer país del mundo en enjuiciar a una mujer por transmitir el VIH a su hijo. Ahora, con el medicamento Truvada disponible para las mujeres durante el embarazo, esto también se ha convertido en una situación poco probable. Entonces, ¿cuántas mujeres canadienses realmente le han transmitido el virus a alguien? El 23% de los hombres canadienses seropositivos dicen que adquirieron el virus a través de una mujer. Pero según la organización Canadian HIV Justice Network [Red canadiense de justicia sobre el VIH], el riesgo de que los

hombres se contagien a través de la penetración vaginal es sólo de 1 en 2500.

Esta cifra nos lleva a un territorio conceptual que las estadísticas no pueden abordar. Dado que presumiblemente hay muchos más hombres que tienen relaciones sexuales con mujeres que hombres que tienen relaciones sexuales con hombres y/o comparten agujas, ¿no deberían ser mucho más altas las tasas de transmisión de mujer a hombre? Cualquier persona reflexiva puede entender que al menos un gran porcentaje de estos hombres están informando falsamente para encubrir el sexo gay y el uso de drogas.

Se sabe desde 2007 que la circuncisión reduce la susceptibilidad de los hombres a la transmisión del VIH en relaciones heterosexuales en al menos un 60% (según los informes de los propios hombres), lo que explica por qué la transmisión de mujer a hombre en el África subsahariana, por ejemplo, es más significativa que en Estados Unidos. Sólo dos de las mujeres condenadas por la criminalización del VIH en Canadá fueron acusadas de transmitir el virus a alguien. En ambos casos, se trataba de mujeres de color: Suwalee Iamkhong, una inmigrante tailandesa, y June Tippeneskum, una mujer indígena, ambas condenadas por haberle transmitido el virus a sus maridos. Una fue deportada y la otra encarcelada durante tres años y medio. No se tuvieron en cuenta los antecedentes de los maridos en relación al uso de agujas o la práctica de sexo con otros hombres. No se realizaron pruebas filogenéticas para ver si su VIH era de la misma cepa y no se investigó si los hombres compartían agujas con estas mujeres condenadas o con otras personas. Si las mujeres transmitieran sexualmente el VIH, ¿no habría también una epidemia entre hombres heterosexuales y lesbianas? Las estadísticas son evasivas sobre la cuestión de si la transmisión de mujer a hombre es real, ya que ninguna fuente en Canadá cita a los hombres heterosexuales como un grupo de riesgo significativo, incluso cuando informan el número de hombres que dice haber adquirido el virus por relacionarse sexualmente con mujeres. El silencio de las organizaciones de servicios dice mucho. Porque, a pesar de las advertencias proforma de que las mujeres pueden infectar a los hombres, pocos

en el “negocio” canadiense del sida se sienten obligados, por la realidad de base, a abordarlo.

¿Y cuándo fue la última vez que se ignoraron las necesidades reales de los hombres heterosexuales? ¿Nunca? Mientras tanto, a medida que respondemos culturalmente a esta pregunta, las trabajadoras sexuales son el objetivo constante de la criminalización del VIH como “vectores de contagio” para los hombres que luego “lo llevan a casa” y complican a sus esposas, cuando en realidad las trabajadoras sexuales son abrumadoramente el grupo social más propenso a adquirir el virus. Según la Canadian HIV/AIDS Legal Network [Red legal canadiense de VIH/sida], “no hay evidencia epidemiológica en Canadá que demuestre que la transmisión del VIH de las trabajadoras sexuales a sus clientes sea algo habitual”. Del ámbito más íntimo del romance y el deseo al de las políticas públicas: el Estado victimiza para evitar enfrentar sus propias inestabilidades y contradicciones internas. En lugar de amenazas para la salud pública, las mujeres seropositivas son simplemente personas que necesitan servicios y atención.

Es seguro decir que la mayoría de los hombres canadienses, si no todos, que afirman haber sido infectados por mujeres no están diciendo la verdad. Entonces, casi una cuarta parte de los seropositivos en Canadá cuenta una historia falsa sobre sí para obtener compasión, una compasión que sólo está disponible si fueron infectados por mujeres, una conclusión ilógica que es posible que no exista. Esta situación extraordinariamente dura nos da a todos la oportunidad de aprender del ejemplo del VIH. ¿Cómo entenderíamos nuestras responsabilidades para con nuestros amigos, familiares y compatriotas si pudiéramos extrapolar que quizás al menos una cuarta parte de las personas que conocemos se presentan falsamente como abusadas para ganar nuestra compasión? ¿Nos preguntaríamos por qué respaldamos con tanta facilidad la victimización sin reunir más información? ¿O cuestionaríamos la construcción misma de la compasión, cómo la practicamos, a quién se la ofrecemos y qué esperamos a cambio?

DELITOS QUE NO PUEDEN OCURRIR

Un segundo grupo falsamente implicado está compuesto por aquellos cuyos actos sexuales específicos no transmiten el virus; por ejemplo, personas pasivas, es decir, aquellas que exclusivamente son receptoras durante un encuentro anal concreto. Mientras que los hombres o las mujeres analmente receptoras corren un riesgo de infección de 1 en 122, los hombres que practican la penetración anal corren sólo un riesgo de transmisión de 1 en 1666. Y estas estadísticas deben tener en cuenta a los hombres y mujeres que mienten sobre sus prácticas para evitar el estigma de ser analmente receptivo, por lo que la diferencia de riesgo puede ser aún más grande. Sin embargo, como en el caso de las mujeres, los hombres analmente receptoras y seropositivos que no revelan su estado serológico también pueden ser acusados de agresión sexual agravada o intento de asesinato, y ser encarcelados y sentenciados a pasar el resto de sus vidas etiquetados como delincuentes sexuales, a pesar de que sus parejas corrían un riesgo bajo. Además, las personas que viven con el virus y practican el sexo oral no ponen en riesgo a sus parejas, y muchos sienten que recibir sexo oral tampoco es una acción riesgosa para la pareja que está siendo generosa.

Entonces, si la criminalización del VIH disuade a las personas de hacerse el test, estigmatiza aún más a los seropositivos y les infunde miedo a exponer su estado serológico; encarcela a personas que se enferman más al estar en prisión; culpa a los individuos en lugar de a las instituciones; apunta demasiado a los inmigrantes y a los indígenas, y pone en peligro a las mujeres y a otras personas que biológicamente no pueden transmitirle el virus a nadie, ¿para qué sirve? Sin duda, leyes como estas son ideológicas, pero ¿en favor de qué valores? Como señala Theodore Kerr, en lugar de centrarse en proteger y ayudar a los seropositivos que en verdad están en peligro, la criminalización del VIH está diseñada para promover la Ideología Supremacista de ser seronegativo. Así me lo dijo en una correspondencia personal:

Los privilegiados a menudo son buenos para expresar en forma elocuente los daños, pero no siempre son capaces de identificar si realmente los están experimentando. Hay una diferencia entre ser capaz de reconocer las condiciones bajo las cuales ha ocurrido o está ocurriendo un daño y vivirlo o haberlo vivido en realidad.

APELAR AL ABUSO COMO EXCUSA PARA EL CONTROL GUBERNAMENTAL

La doctora Marilou Gagnon, profesora asociada de Enfermería en la Universidad de Ottawa, forma parte de varios comités gubernamentales relacionados con el VIH en Canadá. “Hay un cambio de paradigma”, dice, “de *tratamiento como tratamiento a tratamiento como prevención*, usando las mismas pastillas, pero con diferentes objetivos”. Gagnon señala que ahora el Estado cree que los “enfoques sociales” como el uso de preservativos han fallado, “lo que posiciona los enfoques biomédicos como la nueva solución”. La doctora Gagnon, quien realizó su trabajo posdoctoral con ACT UP París, advierte que “los efectos secundarios, las complicaciones y la resistencia son individuales, pero ahora el tratamiento significa la eliminación de la transmisión, por lo que los tests son una puerta de entrada al sistema de vigilancia”. Aquellos que no pueden o no colaboran se vuelven antisociales. El individuo desaparece.

“Es una generalización amplia”, dice Tim McCaskell. “Pero la historia de la salud pública y de las redes de seguridad social en Canadá fortalece la lógica de la intervención social para ‘proteger’ a un público supuestamente vulnerable.” Esta no sería la primera vez que una entidad acosadora inflige un daño injustificado en nombre de la “protección” hacia alguien, en lugar de ayudarlo a resolver sus conflictos internos y sociales.

Según Gagnon, “los grupos que nos interesan son los que no son indetectables, los que no cumplen, los que se resisten y los arriesgados. En Canadá, defendemos la idea de que los no indetectables necesitan intervención”. Y agrega: “El empleo con-

tinuo de consejeros y proveedores de servicios depende de que ellos estén de acuerdo con estos cambios”.

Mikiki, una “educadora divulgativa para la reducción de daños del VIH/sida”, tiene que caminar por esta delgada línea entre ayudar a los clientes y cumplir con la agenda del gobierno, para el cual debe recopilar datos plausibles de ser aplicados todos los días. Habla con los clientes sobre la criminalización *antes* de realizar el test en el Centro de Salud Comunitario de Toronto Central. “He tenido conversaciones con gente sobre qué tipo de información necesitamos recopilar y cómo hacemos el rastreo de contactos y trato de mantener mi lenguaje sobre el proceso lo más transparente posible para que las personas sepan en qué se están metiendo y puedan navegarlo con un poco más de autonomía.”

En 2011, los tribunales canadienses confirmaron que “no existe un derecho permanente a la dignidad o la privacidad”, lo que legaliza la exposición pública del estado serológico respecto del VIH. Mikiki informa a los clientes que las experiencias anónimas de “sexo casual” no se pueden rastrear, tanto para informarlos como para sugerir estrategias legales para que estén preparados cuando se les pregunte por los nombres de las personas con las que han tenido relaciones sexuales, en caso de que den positivo.

En la primavera de 2015, apareció un documento canadiense en Tumblr llamado “How to Have Sex in a Police State” [Cómo tener sexo en un estado policíaco], emitido por “un colectivo anónimo de personas que viven con VIH [...]”. No tenemos líderes, ni voceros ni reuniones”. El colectivo escribió:

Nos enfrentamos a un nuevo tipo de emergencia acá en Canadá. La negligencia estatal a la hora de brindar una respuesta de apoyo a las personas con VIH ahora se combina con formas intensificadas de control, vigilancia y criminalización. Canadá se encuentra entre los países más punitivos del mundo para las personas con VIH. El Estado se está volcando hacia la criminalización en lugar de apuntar a la educación pública y el apoyo institucional. [...]

Cualquier persona que no revele su condición de VIH positivo al tener relaciones sexuales con preservativo o una carga viral baja puede ser arrestada y procesada. Desde esta decisión de la Corte Suprema de Justicia, los procesamiento van en aumento. El riesgo de ser etiquetado como criminal ahora está biológicamente marcado: estamos infectados de potencial criminal. [...]

Los cargos pueden ir desde la agresión hasta el intento de asesinato y no dependen de la transmisión efectiva del VIH. La mayoría de las personas en estos casos es acusada de agresión sexual agravada, uno de los delitos más graves en el Código Penal reservado para las agresiones sexuales violentas. Los procesados pueden enfrentar largas sentencias, son registrados como delincuentes sexuales y recluidos en unidades de segregación. Una acusación de un ex amante enojado o molesto puede redundar en largas batallas judiciales, encarcelamiento y exposición sensacionalista en los medios. Incluso si la persona decide retirar los cargos, el Estado puede iniciar un proceso penal amparado en el “interés público”. Dentro de este contexto de criminalización intensificada, vemos retrocesos en materia de protección de nuestra privacidad y derechos por los que tanto se peleó. [...]

Los nombres y el estado del VIH de las personas que dan positivo pueden terminar en las bases de datos del gobierno de por vida. Además, a través de una mayor supervisión de la salud pública, las organizaciones comunitarias ahora se han convertido en un brazo de vigilancia, disciplina y control del Estado. Muchas de ellas respaldan e implementan nuevos enfoques de pruebas coercitivas en la comunidad. [...]

Hoy en día, para evitar la intervención del sistema de justicia penal y de los funcionarios de salud pública, técnicamente podría ser más beneficioso no conocer tu estado serológico.

Eviten todas las pruebas de VIH o ITS en clínicas donde su nombre real quede registrado. [...]

Hagan de esto un problema en su comunidad

Estamos en un momento peligroso bajo la vigilancia de un régimen hostil y necesitamos con urgencia recuperar el control de nuestras vidas, nuestra salud y nuestra libertad. Cuando sea posible, hablen sobre el VIH y hablen sobre los impactos potenciales de la criminalización del VIH con amigos, parejas sexuales, colegas, familiares y comunidades de las que formen parte. Hací saber que sos alguien con quien otras personas pueden hablar sobre estos temas. Trabajá en tus comunidades para generar consensos de base para acabar con la criminalización del VIH.

“Los cambios de paradigma generalmente vienen acompañados por batallas intelectuales”, dice Gagnon. “Pero estos han sucedido demasiado rápido.”

DECLARACIONES DE ABUSO COMO AFIRMACIÓN DE LA NORMATIVIDAD

Puede parecer extraño ver una persecución tan entusiasta hacia los canadienses seropositivos en la actualidad. Después de todo, hoy en día la convivencia con el VIH no es lo peor que le puede pasar a alguien que tiene obra social en América del Norte. Muchas personas seropositivas pueden vivir vidas longevas. Se podría argumentar que ciertos tipos de cáncer resultantes de desechos industriales o enfermedades degenerativas sin tratamientos conocidos son mucho más peligrosos para los civiles que el VIH. ¿No se supone que deberíamos estar viviendo en una era iluminada de tolerancia con leyes antidiscriminación firmemente vigentes que protejan a las personas seropositivas? No es como antes, cuando la histeria del sida y la falta de tratamiento impulsaron las campañas para poner en cuarentena o incluso tatuar a las personas que tenían el virus. Entonces, preguntar “¿por qué ahora?” es un cuestionamiento natural y válido. Por supuesto, no se puede

negar que el VIH siempre llevará un estigma particular de miedo y desprecio porque inicialmente se asoció con la homosexualidad y en especial con el sexo anal. No importa cuántos heterosexuales estén conviviendo con el virus, el VIH ha sido “rarificado”, es decir, cosa de queers, lo que facilita la búsqueda de chivos expiatorios.

Además de un sistema nacional de salud que permite la conceptualización de estrategias sanitarias y legales coordinadas, Canadá cuenta con algo más de lo que Estados Unidos aún no se ha dado cuenta por completo: el homonacionalismo. Identificado por primera vez por la profesora de la Universidad de Rutgers Jasbir Puar, este concepto describe el fenómeno por el cual aquellos homosexuales insertos en la cultura dominante y que han logrado plena equidad legal terminan identificándose con el Estado y siendo incorporados en categorías sociales Supremacistas de las que ellos, o sus predecesores, habían sido previamente excluidos por homofobia. Es el desplazamiento que experimentan algunos miembros de la comunidad LGBT, que pasan de la privación de derechos al goce de ventajas culturales dominantes, que siempre son otorgadas a algunos a expensas de otros. El ejemplo clásico de homonacionalismo es Holanda, donde los homosexuales blancos tienen exactamente la misma situación legal que los heterosexuales blancos, por lo que están cada vez más presentes en las discusiones y movimientos emergentes racistas antiinmigrantes, que son fuertemente prejuiciosos para con los musulmanes. El primer movimiento de liberación gay, que abogaba por la revolución social en torno al género, la sexualidad y los modos de relacionarse, se vio abrumado por la crisis del sida y resurgió como movimiento por los derechos gays, centrándose en el reconocimiento legal y administrativo de sus relaciones. Si bien la ideología profamilia que rodea la agenda moderna de los derechos gays es resistida por fundamentalistas religiosos de derecha de todo el mundo, el matrimonio igualitario, las familias nucleares privatizadas y el consecuente consumismo son compatibles con el nacionalismo y las ideologías raciales, religiosas, sexuales y de género que lo acompañan. Josh

Pavan tiene una opinión diferente sobre la pregunta “¿por qué ahora?”:

¿Qué pasa si el homonacionalismo en realidad está ralentizando el número de casos criminalizados porque los chicos gays lindos en una cita en el autocine que se pusieron un poco nerviosos pero fueron demasiado tímidos para revelar su estado serológico son vistos como ciudadanos empáticos dignos de la protección del Estado?

Al mismo tiempo, reconoce que el homonacionalismo, en Canadá,

dividió y desmovilizó tanto a las organizaciones y activistas blandos como a las fuentes de financiación independientes que habían estado en primera línea en la defensa de los derechos de las personas que viven con el VIH.

Claramente, desde mi perspectiva estadounidense, con el acceso generalizado a la adopción gay y leyes antidiscriminación, el homonacionalismo está mucho más avanzado en Canadá que en Estados Unidos. Divide a la antigua comunidad queer. Hoy en día, algunos disfrutan de una aprobación social especial y de un reconocimiento por estar en estructuras familiares tradicionales que las personas heterosexuales pueden entender e identificar. Esto no sólo los hace sentir más cómodos, sino que también puede hacerlos sentir superiores. Después de todo, los homosexuales homonacionalistas tienen el poder de usar el Estado para lastimar a otras personas homosexuales, bisexuales y trans que no están alineadas con el Estado. El homonacionalismo canadiense va más allá del mero acceso, en tanto la legitimación institucional transforma también el autoconcepto de la propia comunidad LGBT. A diferencia de los estadounidenses de izquierda, los canadienses de esta misma orientación ideológica son bastante patriotas. Desde el apoyo a los equipos canadienses hasta el sentimiento de orgullo cívico

en relación con Estados Unidos, existe un concepto nacionalista de Supremacía que los estadounidenses de izquierda se esfuerzan por desprogramar. Cuando fui la coordinadora estadounidense de la campaña para liberar a los canadienses John Greyson y Tarek Loubani, que estaban encarcelados en Egipto, me sorprendió ver prendedores que decían “Libertad para Tarek y John” incrustados en una hoja de arce. Ningún movimiento estadounidense con el que trabajo usaría las barras y estrellas estadounidenses sin ironía. Por supuesto, existen profundas diferencias entre el Quebec francófono y otras provincias, y el “nacionalismo” de Quebec es aún más agudo. Pero, con todo, es un poco contradictorio: por un lado, rechazan una descripción de sí mismos como privilegiados, pero también reaccionan de forma nacionalista ante las críticas. La publicación de una versión más corta de este capítulo en *Slate* provocó más de doscientos ochenta comentarios, la mayoría de canadienses que culpaban a las personas seropositivas o me criticaban, como estadounidense, por discutir las implicancias de sus políticas sociales. Los canadienses a menudo se quejan, con razón, de la dominación cultural estadounidense, pero son muy susceptibles ante el tipo de autocrítica que los estadounidenses de izquierda aprendieron a incorporar. Y si bien quieren ser vistos por los estadounidenses, no quieren ser criticados, por lo que el reconocimiento externo de algunas fallas en determinados temas culturales provoca ataques y una actitud defensiva.

Ahora que Canadá ha superado a Estados Unidos al albergar a la clase media más rica del mundo, la combinación de privilegios, y la legitimidad moral que los acompaña, con los derechos de los homosexuales puede ser realmente desagradable. El impacto de esta ideología nacionalista profamilia en la comunidad de amigos queer de Canadá merece ser examinada por estadounidenses, porque es el camino neoliberal hacia el que nos dirigimos. Los derechos de los homosexuales producen nuevos sujetos integrados, pero también nuevos excluidos. Por un lado, las formas recientes de reconocimiento legal ahora incluyen ciudadanos LGBT, miembros de familias y personas seronegativas, que por su acceso a la protección estatal ahora

están separados de los no ciudadanos y los que no forman parte de ninguna familia, como de los seropositivos. Este nuevo Otro, al que T. L. Cowan llama “el objeto abyecto” queer, que no puede acceder al Estado, se diferencia de nuevo de lo recientemente reconocido en términos legales de diversas maneras. La fantasía de que el matrimonio homosexual es un espejo del heterosexual está implícita en el apoyo público al matrimonio entre personas del mismo sexo. Y aunque no sabemos bien cuál es la realidad del matrimonio heterosexual, existe un ideal que implica una aspiración a la monogamia o algún tipo de restricción sexual. Es justo decir que muchas personas heterosexuales apoyan el matrimonio homosexual porque lo ven como normalizador, y lo hacen con la expectativa subyacente de que domestique la cultura homosexual masculina y produzca una monogamia parecida entre los hombres homosexuales. De esta manera, inconscientemente se lo entiende como un antídoto contra el sida que permite separar “gay” y “sida” en el imaginario colectivo.

Una vez que el matrimonio homosexual está disponible, las personas que lo rechazan, en cierto sentido, están rechazando la oferta de normalidad, lo que significa rechazar una sexualidad limpia, aprobada y controlada. Se les ofrece una homosexualidad “buena”, pero eligen una “mala”, y se vuelven aún más desviados, diferentes y socialmente peligrosos de lo que eran antes. Aunque la mayoría de las personas que han sido víctimas de la criminalización del VIH en Canadá son heterosexuales, hay cada vez más casos de homosexuales en esta situación. Y para todos los involucrados, el sida siempre será queer. El estigma de la “peste rosa” tiene un alcance histórico que la demografía no puede deshacer. Además, como señala el artículo de los juristas Betteridge e Isabel Grant, “puede haber una ética diferente en la comunidad gay en torno a las quejas sobre la no exposición pública del estado serológico, puede haber un mayor nivel de aceptación de la responsabilidad mutua para prevenir la transmisión del VIH”. Pero a medida que las personas LGBT se identifican cada vez más con el aparato estatal de castigo como sustituto de la autoindagación, este discernimiento de los matices de la experiencia humana puede disipar-

se, ya que el privilegio siempre ha sido un factor que entorpece la comprensión de las diferencias que nos hacen personas. El rechazo del gobierno canadiense al uso de preservativos, a la comunicación entre parejas, a la resolución comunitaria de problemas a través de la negociación y a la responsabilización de los seronegativos pueden hacer que esta ética de base sea cosa del pasado.

EN CONFLICTO: LOS VERDADEROS AMIGOS NO DEJAN QUE SUS AMIGOS LLAMEN A LA POLICÍA

Esto deja a la organización AIDS Action Now! y a Tim McCaskell sin más opción que la obligación moral impuesta por la incómoda tarea de sentarse con cuidado, paciencia y consideración y tratar de ayudar a los demás, uno por uno, a pensarlo dos veces antes de llamar a la policía.

Así como un grupo de malos amigos refuerza el pensamiento supremacista unilateral y fomenta el castigo grupal y el rechazo del otro conflictivo, los buenos amigos insisten en que las personas lo *piensen dos veces*, para reconocer su propia participación en el conflicto en lugar de llamar a la policía. Los buenos grupos ayudan a sus familiares, amigos y miembros de la comunidad a reconocer y disipar la ansiedad en vez de unirse a ellos para actuar con crueldad contra los demás. Pedirle a la gente que sea ética es la única estrategia que queda a los canadienses seropositivos. Después de todo, una vez que a las personas se les otorga el derecho de dominación, es decir, el derecho a castigar o amenazar con el castigo por parte del Estado, ya no se les exige que se cuestionen a sí mismas.

Nunca se ha demostrado que el castigo funcione. El castigo, la denuncia, la exclusión, la amenaza y el rechazo a menudo crean una sociedad peor. Divide a las personas, causa un gran dolor, compromete la integridad individual y oscurece las verdades en nombre de apuntalar falsamente la reputación del grupo. Del mismo modo, no existe una correlación entre tener la capacidad de castigar y tener razón. La mayoría de las veces, se castiga a las personas equivocadas. Y los castigadores usan

su poder para no rendir cuentas. Entonces, crear nuevas clases de personas que puedan amenazar a alguien con el Estado, o que puedan llamar a la policía, no produce más justicia; de hecho, ocurre lo contrario: es más probable que produzca aún más injusticia. La creación de personas VIH negativas como una nueva clase que puede castigar a otros llamando a la policía puede reducir su capacidad para negociar, matizar, resolver problemas, comunicarse y asumir la responsabilidad de sus propias acciones.

La criminalización del VIH supone que la sociedad misma es negativa y que la amenaza a la sociedad es positiva. Además, está facilitando que la persona negativa evite la comunicación y, en cambio, exija al Estado que castigue a la persona positiva. Alienta a quien es VIH negativo a verse a sí mismo como víctima en lugar de como una parte igualmente conflictiva en una relación humana, con mutuas responsabilidades, sentimientos y capacidades de rendir cuentas. Es una forma gubernamental de privilegiar la ansiedad y el castigo por sobre la comunicación, que divide a las personas entre las que afirman ser buenas, limpias y normales, y por lo tanto merecedoras de la protección del Estado, y aquellas de quienes el primer grupo desea separarse y dañar, sea esto justificado o no; mejoro o no las cosas.

En un día helado en el largo invierno de Canadá, una de las académicas más veneradas de Estados Unidos, la profesora Judith Butler, da una conferencia en la Universidad de Toronto. Como en todas sus apariciones, el lugar está repleto desde el piso hasta las vigas, y muchos de hecho quedan afuera. Su tema es la asamblea pública y la soberanía pública. Butler cita a Hannah Arendt en "El derecho a aparecer". Continúa reconociendo que "la política requiere un espacio de aparición". Su discusión no podría ser más relevante. Está hablando de la rebelión turca en Gezi Park pero, cuando dice las palabras "ciudadanía suspendida", pienso en las formas de exclusión que están ocurriendo en Canadá. Cómo se está sacando a la gente de la sociedad, de la conversación, amenazándola injustamente con la policía, con la desaparición. Plantea la cuestión de controlar quién puede pasar a lo público y algunas de las cuatro-

cientas personas presentes nos preguntamos por qué un grupo de personas necesita volverse contra otro para sentirse bien consigo mismo. Y cómo es nuestra obligación moral, como seres humanos que compartimos este tiempo y este lugar, no castigar sino mantener la calma, abrir la comunicación y colocar nuestras manos suavemente sobre los hombros del otro y decirle: "Pensalo dos veces".

SEGUNDA PARTE

EL IMPULSO A ESCALAR

Sobre la escalada

Cada uno es el otro y nadie es él mismo.

-MARTIN HEIDEGGER

La fuerza que adquiere el Conflicto y lo tergiversa como Abuso se llama Escalada. La escalada es una especie de cortina de humo para encubrir la influencia del agente en los acontecimientos, sus propias contribuciones al Conflicto. Al escalar ante la nada, el conflicto común, o la resistencia y el actuar como si fuese Abuso, evita que tengamos que enfrentarnos a nosotros mismos o a nuestra familia, a nuestro grupo de amigos, a nuestro estado de VIH, a nuestro país, a nuestras deficiencias individuales y grupales, a nuestras ansiedades de un pasado no resuelto. En su lugar, utilizamos la acusación para crear un furor artificial para anular o distraer de nuestra propia responsabilidad. Como mostré en la primera parte, la escalada del Conflicto al estatus de Abuso opaca nuestros deseos, nuestras contribuciones a los problemas en las relaciones, nuestras propias ansiedades sobre el sexo, el amor y el VIH, nuestras proyecciones de nuestro pasado en un presente que no lo merece, por lo que desautoriza nuestra agencia de una manera que aumenta el poder del Estado. La escalada, en estas circunstancias, es una resistencia al autoconocimiento.

Por supuesto, no soy partidaria de no hacer nada. Hay pocas cosas más destructivas que el testigo pasivo que permite

que la crueldad se imponga libremente. Soy lo contrario de un budista ya que creo en la acción. Pero hay distintos tipos de acciones: algunas están diseñadas para reconocer y revelar las fuentes de conflicto y dolor con el fin de resolverlas y otras para ocultar esas fuentes para que la resolución/cambio nunca pueda ocurrir. La elección que hagamos, por supuesto, está relacionada con cómo nos vemos a nosotros mismos y a los demás, y con aquello que no vemos de nosotros y de los demás. No hay pruebas de que el tiempo cure todas las heridas, ni siquiera la mayoría de ellas; en cambio, congela la enemistad innecesaria y la hace más difícil de superar. El tiempo permite a los agresores olvidar el dolor que han impuesto. Como dijo Bertolt Brecht, “a medida que los crímenes se acumulan, se vuelven invisibles”. Por eso no creo en una ideología de la no respuesta. Por lo tanto, esto no es un argumento para el silencio. El silencio puede ser en sí mismo una escalada. Los niños pequeños les hacen el vacío a sus padres porque no saben cómo negociar: cómo escuchar, responder de forma que se transforme por haber escuchado, cambiar para conocer al otro. En el caso ideal, los padres sí saben negociar y por eso ayudan al niño a aprender a expresarse y a escuchar. Sin embargo, ahora sabemos que muchos padres son el origen del problema o imponen el dolor por su propia falta de resolución, a la vez que emplean las tácticas de aislamiento, rechazo y castigo en lugar de intentar la apertura radical que produce un cambio positivo. Al pensar y trabajar en este proceso de escalada, he llegado a comprender que la acción misma de escalada injustificada suele provenir de una de dos posiciones: Supremacía o Trauma. Al darme cuenta de esto, me sorprendieron los comportamientos similares expresados por estas dos experiencias divergentes.

LA IDEOLOGÍA SUPREMACISTA COMO RECHAZO DEL CONOCIMIENTO

Por supuesto, hay muchas cosas de cada uno de nosotros que desearíamos que no fueran ciertas y, dado que su descubri-

miento puede exponernos a la crítica, queremos ocultarlas. Pero en el caso de la Supremacía, las estructuras sociales de poder en las que vivimos suelen hacer ese trabajo por nosotros. Por ejemplo, todos conocemos la expresión “Driving while black” [conduciendo siendo negro], según la cual las personas negras son detenidas por ser negras. Por el contrario, no tenemos una expresión “Driving while white” [conduciendo siendo blanco], según la cual a las personas blancas no se las detiene por el color de su piel. Sin embargo, no ser detenido es una experiencia tan importante como serlo, pero está velada. Al no ser detenidos, nuestra Supremacía nos impide saber que estamos protegidos de ser detenidos injustamente. Esta Supremacía nos impide saber sobre nosotros mismos y sobre cómo vivimos. Podemos pensar absurdamente que simplemente somos buenos conductores o, lo que es más probable, no pensamos nada en absoluto. No tenemos ni idea de que estamos habitando los beneficios de la Supremacía blanca cuando no nos paran; pretendemos que esta injusticia es neutral y que, de hecho, no ocurre.

Cuando una persona negra es detenida sin motivo, entiende lo que está ocurriendo. Sabe que su vida puede estar en peligro por la violencia policial. A veces, la presión acumulada de repetidas experiencias de ser detenido sin motivo puede hacer que una persona negra explote, como sucedió con Sandra Bland (“Digan su nombre” [“Say Her Name”]), quien fue encontrada ahorcada en una celda después de ser falsamente detenida por un policía estatal de Texas. La grabación de su detención muestra que se enfadó al ser vulnerada a pesar de saber que corría un alto riesgo de ser castigada por resistirse a la injusticia y que la rebelión misma se constituiría en delito. De este modo, la explosión es la expresión acumulada de ser tratado de manera injusta repetidas veces. Pero cuando la persona blanca es detenida sin motivo alguno, puede que no entienda en absoluto lo que está sucediendo, porque no es algo sistémico, sino simplemente una molestia. La Supremacía nos dice que el hecho de que no nos paren significa que no está pasando nada cuando, en realidad, están ocurriendo acontecimientos enormes y llegamos a experimentar este tipo de pro-

tección de la información como un “derecho”. Nos distorsionamos en nuestras expectativas respecto de que la condición objetiva, neutral y normal es no ser confrontados con nuestra Supremacía, es decir, con las consecuencias de nuestras acciones y experiencias con los demás. Cuando se nos informa en contra de nuestra voluntad, experimentamos falsamente este cambio de privilegio como una violación, algo que hay que repeler y castigar.

En la primavera de 2015, WikiLeaks publicó miles de correos electrónicos de la corporación de entretenimiento Sony que había sido hackeada por Corea del Norte. Entre las revelaciones, surgió que los ejecutivos de Sony estaban involucrados con movimientos de derecha israelíes (no es una sorpresa) y que Ben Affleck, el héroe de la clase trabajadora de Boston, tenía antepasados esclavistas. En realidad, no fue ese hecho el que se convirtió en noticia, sino que él, Sony y el profesor de Harvard Henry Louis Gates se habían confabulado para ocultar este hecho excluyendo la información de la serie de televisión de la PBS centrada en la genealogía, *Finding Your Roots* [Encontrar tus raíces]. Parecía posible que Affleck se sintiera comprensiblemente avergonzado de sus antepasados. Algunos blancos lucharon contra la esclavitud, otros tuvieron esclavos. Había posibilidad de elegir. En una declaración posterior, se describió a sí mismo como “avergonzado” de que se supiera que tenía familiares esclavistas.

Todos tenemos un yo ideal imaginado y un yo real, y siempre hay una brecha entre ambos. Nunca he conocido a una persona que estuviera exenta de esto. El proceso de avanzar en la vida requiere, supongo, un ajuste constante de ambas partes. Cada uno de nosotros se acerca a una comprensión más madura de lo que realmente somos, a una especie de aceptación, mientras que al mismo tiempo trabajamos para cambiar las cosas que podemos para acercarnos a nuestro yo deseado. De este modo, esa brecha se reduce por ambos lados, la aceptación y el cambio, pero nunca desaparece. Cuando no podemos avanzar y la brecha se amplía, muchos de nosotros nos quedamos paralizados. La brecha entre el yo real y el imaginado es insoportable y convierte la realidad de nuestras vidas en algo inaceptable,

irrealizable, por lo que nos quedamos paralizados: no podemos mudarnos de la casa de nuestros padres, no podemos aceptar un trabajo que comprometa nuestro derecho, no podemos cumplir nuestros sueños y, en definitiva, no podemos ajustar esos sueños.

Por supuesto, ocultar los antepasados esclavistas tiene su especificidad: se supone que los afroestadounidenses tienen un pasado de esclavitud y, por eso, se convierten (correcta o incorrectamente) en su recuerdo para el mundo. Pero se supone que los blancos no tienen un pasado de esclavitud y, por tanto, los que lo tenemos pasamos de incógnito. Como resultado, la esclavitud se convierte en algo que nadie hizo a los negros. Cuando enseñé a Frederick Douglass en mi clase, siempre señalé que uno de sus propietarios se llamaba Gore, como Al Gore y Gore Vidal, porque todos tenemos que recordar de dónde vino ese dinero. Por lo tanto, ocultar la realidad crea el inmenso daño de velar por el poder. Por otra parte, es difícil saber quiénes son realmente para nosotros nuestros antepasados lejanos. Al mismo tiempo que algunos nos avergonzamos de ellos, otros utilizan su sufrimiento o sus logros para realzar su propio significado, y eso también puede ser absurdo. Ahora, por supuesto, las acciones de nuestros antepasados pueden ser irrelevantes o significativas para nuestra vida actual. Defender sus fechorías, desgracias o heroicidades como reflejo de nuestro propio significado puede carecer por completo de mérito o puede tener una importancia primordial. ¿El asesinato de los tíos de mi madre durante el Holocausto fue significativo para mi valor, el sentido de mi vida, la justificación de mis acciones? No está claro. ¿Afectó la vida emocional de mi familia? Por supuesto. ¿Pero cómo exactamente? Eso sólo puede ser una especulación. ¿Influyó en el aplazamiento de mi decisión de expresar mi apoyo a Palestina? Por supuesto. ¿Pero cómo exactamente? Affleck estaba avergonzado, pero puede haber sido sin causa, o bien puede ser un producto absoluto de las decisiones de sus antepasados. Esto no lo podemos saber. No somos nuestros antepasados e incluso nuestras propias acciones pasadas pueden no representar lo que en verdad somos en el momento presente.

Ahora bien, no conozco a Ben Affleck y no tengo ni idea de cómo ese ser humano real toma decisiones o vive los acontecimientos. Pero, según los documentos filtrados, Gates intentó al principio resistirse a la petición de Sony protestando que “una vez que abrimos la puerta a la censura, perdemos el control de la marca”. A pesar de su deseo de que la marca fuese íntegra, acabó capitulando ante la corporación de forma que la información “mala” sobre Affleck se eliminó de la emisión. Su yo ideal se impuso a su yo real. Ahora bien, estos hombres pueden haber sido traumatizados personalmente de distintas maneras que son invisibles para el público en general. Sabemos que Gates fue detenido por un agente de policía blanco y acusado de entrar en su propia casa porque un civil que pasaba por allí no podía imaginarse a una persona negra viviendo en una casa cara en Cambridge, Massachusetts. Esto, sin duda, es sólo la punta de un iceberg emblemático. Affleck, por sus propias razones, sintió que la verdad perjudicaría su imagen pública, su autoimagen, su capacidad de ganar dinero, su capacidad de ser amado, o algún otro tipo de intercambio relacionado. Así que puso en marcha el aparato (en este caso del estado corporativo, no del Estado gubernamental) para no tener que lidiar con las consecuencias de la realidad. Este suceso ilustra un elemento de la Supremacía que es crucial para la cuestión de la escalada: el sentimiento de que una persona o un grupo tiene derecho a ocultar información sobre el daño con el que puede estar asociado. Es decir, que contar la verdad es más importante que la propia y horrible verdad. Por ello, sienten que la represión de la información, al margen de sus consecuencias a largo plazo, es necesaria y está justificada.

Pero alejémonos de las estrellas de cine. En nuestros propios ámbitos –familias, grupos de amigos, comunidades, lugares de trabajo–, todos hemos experimentado al patriarca, al supremacista masculino, al nacionalista, al racista o, simplemente, al gran hombre provinciano local que no tolera ninguna oposición. Nunca puede equivocarse. Nunca puede pedir disculpas. Explota de rabia cada vez que se presenta otra experiencia. Menosprecia a los demás, pero no soporta ninguna crítica. Puede utilizar el sarcasmo o la crueldad

para destrozar a otros, pero su comprensión de la vida emocional es superficial. No permite que la gente hable con él sobre lo que le ocurre. No busca la resolución, lo que para él significaría tener que reconocer que ha cometido un error, lo cual es un imposible. Es mezquino, el tipo de persona que envía un correo electrónico ofensivo y luego, cuando el destinatario llama por teléfono para discutir el conflicto, no atiende. Niega la complejidad y las personas que lo rodean no lo desafían en forma directa. Su pareja, sus amigos, las personas que se sienten protegidas, favorecidas o que se benefician de su poder, organizan a otras personas para que no se opongan a él: desvían las críticas que se le podrían hacer, son cuidadosos con él y son recompensados. No pregunta a los demás: “¿Qué sentís?”; nunca dice: “No entiendo lo que está pasando. ¿Cómo lo estás entendiendo vos?”. Actúa como si los demás debieran seguir sus órdenes y, cuando se niegan, castiga, intimida, rechaza, hace falsas acusaciones, organiza la exclusión del grupo, distorsiona las narrativas y puede amenazar y utilizar la ley o incluso la violencia. Espera que, una vez que hace valer su posición, todos los demás obedezcan, se alineen pues así es como resuelve el momento: mediante la obediencia.

COMPORTAMIENTO TRAUMÁTICO: CUANDO EL CONOCIMIENTO SE VUELVE INSOPORTABLE

Obviamente no soy terapeuta, pero he vivido, amado, escuchado, sentido, expresado y observado. He mirado dentro y fuera. Sin autoridad, más allá de mis propias experiencias y de cómo las entiendo, he observado que las personas que viven en un trauma no sanado suelen comportarse de forma muy similar a las que las traumatizaron. Una y otra vez he visto que las personas traumatizadas se niegan a escuchar o a comprometerse con la información que podría alterar su autoconcepto, incluso en formas que podrían traerles más felicidad e integridad. Para el supremacista, este rechazo proviene de un sentido del derecho, de que tiene un “derecho”

inherente a no cuestionarse a sí mismo. Por el contrario, el rechazo de la persona traumatizada no recuperada tiene su origen en el pánico a que su propia fragilidad no le permita soportar el interrogatorio; que lo que la mantiene unida no es flexible. Quizás porque la Supremacía en unos produce el trauma en otros puede convertirse en imagen-espejo. Además, por supuesto, muchos de los agresores han sido o son ellos mismos víctimas.

Existe una extensa bibliografía sobre el trauma fácilmente disponible por lo que no voy a resumirla ni repetir sus hallazgos. Sin embargo, sabemos que, por lo general, una persona traumatizada ha sido profundamente vulnerada por la crueldad, la reacción desmedida y/o la falta de responsabilidad de otra persona. La experiencia puede basarse en un incidente (violación por un desconocido o atropello por un conductor ebrio), o puede ser perpetuada durante un largo período de tiempo (ser constantemente degradado y golpeado por un padrastro, sexualmente invadido por un padre, parientes alcohólicos o con padecimientos mentales) o sistemática (experiencias intensas y constantes de prejuicio, negación de la propia humanidad, privación, violencia, ocupación, genocidio). El sentido de la capacidad de protección de la persona traumatizada ha sido dañado o destruido. Se sienten en peligro, aunque no haya un peligro real en el presente, porque en el pasado han experimentado una crueldad profundamente invasiva y saben que es algo posible. O bien, en el caso de la opresión sistémica continua, reciben la crueldad de un lugar y la proyectan en otro.

Pero una diferencia clave en la proyección y la ansiedad del comportamiento supremacista frente al comportamiento traumatizado es que lo que el supremacista siente como un "derecho" el traumatizado a menudo lo siente como una "vergüenza". Las acciones pueden ser las mismas, ambos pueden rehuir, culpar, proyectar o negarse a reparar pero el sentimiento interior es muy diferente. Hay un fuerte elemento de vergüenza en el Trauma que hace que el pensamiento y el comportamiento sean muy inflexibles. La persona no puede aceptar el ajuste, una alteración de su autoconcepto; no lo soportará y no vivirá

con ello. Y si su grupo, amigos, familia, comunidad, religión o país tampoco apoya la autocrítica, en última instancia no podrá vivir con ella.

En mi propia vida, he descubierto que la respuesta más peligrosa a la vergüenza es el reconocimiento. Los que hemos vivido en un espacio público compartido como una ciudad, o los que estudiamos historia, sabemos que la gente sufre. Sabemos que la vida de las personas es compleja, llena de contradicciones y obstáculos. Por eso, cuando alguien nos cuenta que su madre permitió que su padrastro le pegara, o que su hijo no puede cuidar de sí mismo, o que su padre era sexualmente invasivo, o que sus padres son alcohólicos, o que sufrieron la proyección por un amante de confianza de manera que ya no se permiten las relaciones, o que ellos mismos sufren ansiedad y padecimientos mentales, puede jugar de diferentes maneras. El ofrecimiento de información honesta puede ser una prueba para ver cómo es decir la verdad, para ver si la experiencia real será recibida con rechazo. Pero me parece que si la información se recibe con un reconocimiento consecuente, es decir, "Ahora que sabemos esto, nuestra relación se eleva", existe la posibilidad de una reacción porque eso significa que la experiencia es real; lo horrible ya no es un secreto reprimido sino una realidad reconocida y esto puede provocar una explosión de regresión. El propio reconocimiento se llama ahora daño. El dolor de la violación original se proyecta sobre la persona que lo conoce. "Lo que me estás haciendo es peor que todo lo que me hizo mi padre", se convierte en la acusación. Porque, a diferencia del padre, nosotros no lo disimulamos. A menudo se utilizan las palabras "privacidad" o "límites" para desviar el reconocimiento de la vergüenza. La privacidad, o más bien su invasión, se da cuando el gobierno recopila tus datos sin tu consentimiento. La vergüenza, para mí, es ocultar información que revela experiencias humanas comunes, contradicciones y errores. A veces se impone desde el exterior a través del estigma. Por ejemplo, ser seropositivo es una experiencia humana común, pero algunas personas lo ocultan porque temen crueldades injustificadas impuestas por otros. Pero, para muchos, el ocultamiento basado en

la vergüenza suele imponerse desde dentro; quieren ocultar su experiencia porque no comprenden que es ampliamente compartida. Hay un narcisismo en la vergüenza basada en el trauma: la creencia de que uno es especial y diferente, y que es imposible que los demás sientan lo mismo, entiendan o necesiten comprensión.

Esto explica en parte por qué la estrategia de organizaciones políticas como Jewish Voice for Peace [Voz judía por la paz], la mayor agrupación internacional de judíos opuestos a la ocupación israelí, ha sido tan inspiradora. Asumen la responsabilidad de reconocer las injusticias hacia los palestinos que nosotros (como judíos) hemos cometido y permitido. No reclamamos "privacidad", no escondemos los "trapos sucios". Modelamos la experiencia de mostrar públicamente lo que hemos hecho mal, y decimos y actuamos de acuerdo con una visión de lo que podríamos hacer bien. De este modo, somos los buenos amigos diciendo a nuestros compañeros judíos (familiares, amigos) que no tienen que tener miedo de enfrentarse a lo mucho que nos hemos equivocado. Nos enfrentamos a nuestras propias acciones para que la crueldad pueda terminar. La opresión no puede terminar a menos que nosotros (una masa crítica de nosotros) hagamos esto, y el resultado es mucho más importante que la pretensión de perfección. Es el buen grupo, la comunidad positiva, la familia sana, los amigos verdaderamente cariñosos.

Esta cuestión de la vergüenza parece importante en la escalada. ¿Por qué una persona se acerca a una situación y desea la reconciliación y la paz, mientras que otra se acerca a la misma situación y necesita rehuir, destruir y, por tanto, sentirse victoriosa? El asunto de los estudios psicológicos es muy complicado. Hay muchos y se contradicen entre sí pero, como la poesía, pueden estimular el pensamiento. Leí un estudio de June Price Tangney y Patricia E. Wagner publicado en 1996, y otro de Hadar Behrendt y Rachel Ben Ari, escrito dieciséis años después, y apuntaban a una respuesta similar. Ambos equipos consideraron que las personas que afrontan el conflicto desde la culpa lo abordan de forma muy diferente a las que lo enfrentan desde la vergüenza. De hecho, ambos

estudios descubrieron que las personas que proceden desde la culpa tienen muchas ganas de negociar, son capaces de disculparse y admitir su responsabilidad, pueden hacer concesiones y se empeñan en una resolución positiva. En cambio, las que proceden desde la vergüenza dirigen la ira, la agresividad y la culpa hacia la otra parte. Esta diferencia se explica al considerar que quienes sienten culpa experimentan menos estrés emocional y ansiedad que quienes sienten vergüenza. Por lo tanto, las personas culpables pueden centrarse más en las implicaciones que sus propias acciones tienen en los demás. Descubrieron entonces que las que sienten vergüenza también se sienten más amenazadas y se preocupan por lo que los demás piensan de ellas. Behrendt y Ben Ari escriben en el *Journal of Conflict Resolution*:

El sentimiento de culpa desempeña una función pro-social en el fortalecimiento de las relaciones; fomenta la responsabilización, motiva comportamientos enmendadores como la disculpa o la confesión, conduce a soluciones de mayor calidad ante las crisis y se asocia a una gestión más constructiva de la ira [...]. El sentimiento de culpa también se asocia a la empatía positiva y a la capacidad de reconocer y comprender los puntos de vista de los demás. Por el contrario, la vergüenza se asocia a respuestas que perjudican las relaciones sociales.

Es comúnmente entendido y un tema social frecuente en la cultura popular y el discurso casual que, como adulto, el conflicto común puede ser muy aterrador para alguien que ya está traumatizado y no ha estado en un proceso de recuperación lo suficientemente largo como para ser capaz de identificar sus propias percepciones distorsionadas. Si el sentido del yo de una persona ha sido dañado y no ha estado dispuesta o no ha sido capaz de repararlo, puede volverse intolerable ante la diferencia. Puede confundir ansiedad con vulnerabilidad. Pueden extremar las amenazas, reaccionar de forma desmedida, buscar la protección de los acosadores y evitar a los demás,

y convertirse así en una persona acosadora. Puede arremeter con especial crueldad contra las personas que ama y desea, ya que el sentimiento de amar puede recordarle al padre abusivo que una vez amaron. Puede que nunca se sienta segura a menos que tenga una cantidad irracional de control sobre los demás, como en el rehuir. La vergüenza también parece ser una fuerza que impulsa el comportamiento traumatizado. La negociación se siente como una derrota, un recordatorio de la violación anterior. Ceder, adaptarse y cambiar se percibe como una amenaza para la vida. La diferencia, como sucede con el supremacista, se convierte en amenaza.

Las personas supremacistas y las traumatizadas pueden ser miradas de reojo y empleando tácticas similares aunque por razones opuestas. Las que no pueden controlar se convierten en monstruos, espectros deshumanizados y tanto el supremacista como el traumatizado confabulan para formar manifestaciones de sus propias ansiedades proyectadas: la ansiedad de enfrentarse a la diferencia. Este monstruo puede ser una persona con VIH, un palestino o incluso alguien a quien conocemos, hemos amado, deseado o con quien compartimos espacio, que tiene una perspectiva desafiante o simplemente diferente y, por lo tanto, se vuelve insoportable. Se convierte en un objeto deshumanizado que hay que destruir por lo que revela sobre nosotros: que tal vez haya algo en nosotros que necesita ser ajustado. La persona traumatizada no recuperada es incapaz de negociar, o no lo hace, porque crear paz significa alterar la propia posición y reconocer la experiencia de la otra persona. Un yo destruido siente ese cambio como un peligro, aunque sea el único camino hacia la reparación y el crecimiento progresivo.

INTERRUMPIR LA ESCALADA ANTES DE QUE PRODUZCA UNA TRAGEDIA

En la medida en que tanto las personas supremacistas como las traumatizadas rechazan la información y la comunicación que podría alterar el concepto que tienen de sí mismas, se crea

una escalada. Hasta ahora he pensado cómo la sobredimensión del daño y la reacción desmedida al conflicto dan más poder al Estado. El Estado, a su vez, atrae a algunos de nosotros a un lugar de recompensa mientras convierte a los más vulnerables en chivos expiatorios como cortina de humo para evitar enfrentarse a los conflictos inherentes a la propia estructura social. En todos los casos, esta implicación destructiva con el Estado tiene lugar *tras* la explosión de la reacción desmedida. Se llama a la policía *después* de que se haya producido la violencia real o alguien llama a la policía innecesariamente *después* de imaginar o afirmar que el conflicto es en realidad abuso. Por desgracia, no hay nadie a quien llamar antes. ¿A quién llamamos cuando importa, cuando es el momento de inhibir la escalada, antes de que la explosión sea inevitable?

Idealmente, las personas a las que hay que llamar *antes* son las del grupo sano, justo y autocrítico (la familia, los amigos, la comunidad) que tienen el amor y la conciencia para ver lo que los que están en conflicto no pueden ver, y que pueden ayudar a los ansiosos a calmarse y a buscar la comunicación y la negociación, y así crear la reconciliación. Pero como no entendemos lo que significa la verdadera lealtad, a menudo hacemos lo contrario en nuestros grupos: exacerbamos la escalada en lugar de mitigarla.

Por lo tanto, ese momento previo al cataclismo es el más importante: el de la escalada inicial e innecesaria. Es el momento en que la ansiedad, el miedo, la inmadurez, la arrogancia, el racismo, la inexperiencia en la resolución de problemas o la sumisión a una interpretación distorsionada sobre alguien entran en acción y comienza la escalada hacia la reacción desmedida. Este, como dice Dudley Saunders, es el momento en que la reacción desmedida es "internamente lógica" pero no es una respuesta precisa a lo externo. Parece obvio que, si podemos crear una norma social que fomente la interrupción de la escalada, podemos salvar muchas relaciones, comunidades y vidas. Pero eso significa analizar en profundidad la propia reacción desmedida, lo cual incluye el difícil reconocimiento de que, para algunos, la escalada injusta es una elección y, para otros, una compulsión.

Es cierto que mi debate es “indisciplinado” ya que no se basa en la investigación académica tradicional ni en estudios controlados con sujetos vivos. Pero son los civiles los que tendrán que encontrar soluciones a la escalada y con este espíritu estoy buscando en mi interior, pensando, sintiendo, observando, escuchando fuentes eclécticas e historias de otras personas, para tratar de pensar formas de ayudarme a mí misma y a los demás a no escalar el Conflicto para que se convierta en Abuso; a enfrentarlo y tratarlo en lugar de evitarlo. Cuando pienso en avanzar, en el reconocimiento mutuo hacia la resolución, pienso en la palabra “acuerdo”. No se trata de que tengamos los mismos puntos de vista, sino que nos comuniquemos lo suficiente como para ponernos de acuerdo en lo que cada uno de nuestros diferentes puntos de vista realmente implica. Que yo pueda decirte lo que pensás y vos reconozcas mi interpretación como exacta y puedas hacer lo mismo conmigo. De este modo, al menos estaríamos de acuerdo en lo que cada uno entiende de forma diferente. Esto, a su vez, podría facilitar la comprensión de esta diferencia y, por muy radical que parezca en la era de la norma de esconderse detrás de la tecnología, esto requiere hablar con los demás y escuchar.

Uno de los problemas es cómo intervenir con una persona que está sobredimensionando el daño, escondiéndose detrás de la tecnología, rechazando o intensificando la situación. En algunas culturas se nos enseña a no ayudar en forma directa diciendo que somos “no conflictivos”, que la indiferencia es educada. En cambio, podemos aprender a ser responsables y preguntar: “¿Cómo puedo ayudarlos a vos y a X a sentarse y hablar?”. Quizás la persona que se empeña en mantener la victimología para evitar sus propios problemas diga: “No, no volveré a hablar con X. De hecho, *estoy aterrada por mi vida*. No deberías tener nada que ver con ella”. En otras palabras, ahora que se enfrentan a la responsabilidad comunitaria, se escala aún más, sus reclamos se inflan aún más y el manto de la autojustificación se dibuja más fuerte. Por desgracia, en este punto, la mayoría de los que intervienen se retiran. “Lo intenté”, pueden decirse a sí mismos. Al fin y al cabo, no es su vida la que se ve perjudicada por esta persona que está escalando y, si se in-

volucran más, podrían convertirse en un objetivo también. Así que lo dejan. Casi nada puede ser más doloroso para la persona sobre la que se proyecta. Lo único peor que no recibir ayuda es pedirla y que te la sigan negando. Ahora lo que está en juego es más importante todavía, la persona falsamente acusada está aún más aislada y quienes intervienen se sienten satisfechos de sí mismos mientras son totalmente ineficaces. El siguiente paso es acudir en grupo. “Oye, ahora somos cinco juntos, con vos. Queremos ayudarlos a vos y a X a sentarse y hablar. Nos parece que lo que hacés es muy perturbador. No te rechazaremos, no te castigaremos, pero tampoco nos dejaremos cooptar por el silencio. ¿Cómo podemos encontrar una alternativa?” Esta es la estructura que hay detrás de toda acción política progresista no violenta exitosa:

1. Los chivos expiatorios no pueden ser los únicos que se mantengan en pie.
2. La comunidad necesita avanzar hacia la negociación.
3. Cada vez más personas tienen que unirse para hacer un cambio.
4. La conversación no ha terminado sólo porque quien escala insista en que así sea.

La vida humana, al ser mortal, está intrínsecamente llena de riesgos, y uno de los mayores peligros es la escalada por parte de otras personas. Puede acelerar el inevitable final antes de que hayamos tenido la oportunidad de empezar en realidad. Puede ser un terrible desperdicio de vida y de potencial. Ser objeto de una reacción desmedida significa ser tratado de una manera inmerecida, cosa que es central en la injusticia. Sin embargo, protestar por esa reacción desmedida suele ser la excusa para cometer más injusticias. Hay un continuo patológico en la culpa, la frialdad, el rechazo, el chivo expiatorio, la intimidación de grupo, el encarcelamiento, la ocupación, la agresión y el asesinato. Estas acciones sustituyen a nuestro mejor yo y evitan el trabajo de autorreconocimiento necesario para la resolución y el cambio positivo. Negarse a resolver el conflicto es una acción negativa y, sin embargo, muchas familias, grupos

de amigos, comunidades, religiones, gobiernos y naciones eligen esta opción todo el tiempo.

Sabemos que se mata a la gente por nada y, por extensión, a diario se convierte a la gente en chivo expiatorio, se la rechaza, se la degrada, se la excluye, se la amenaza con la policía, se la encierra y se la agrede sin justificación. El mero hecho de que alguien haya sido receptor de la crueldad de un grupo no quiere decir que haya hecho algo para merecerlo. Sin hablar con ellos en persona y comprender de manera plena lo que ha ocurrido desde su punto de vista, ser castigado no es una medida de la inocencia o la culpabilidad de nadie. Pero la persona rechazada, al ser excluida, silenciada o encarcelada, no será escuchada por los demás, por lo que los términos de su castigo no pueden ser impugnados. De este modo, el rechazo es una trampa. La escalada puede adoptar muchas formas:

- Puede ser una cortina de humo, una forma de desviar la atención del verdadero problema que se presenta porque la persona que actúa no sabe cómo abordar el conflicto y no tiene apoyos para hacer el trabajo que haría que eso fuera posible. El único apoyo que tienen es culpar y asumir el papel de "Abusado".
- Puede ser una expresión de una interpretación distorsionada o de un padecimiento mental, y tener raíces en experiencias anteriores, algunas de las cuales pueden tener consecuencias biológicas. Estas proyecciones del pasado sobre el presente pueden ser expresiones de ansiedad. También pueden ser una compulsión, una acción automática hipervigilante que no deja espacio para pensar o considerar el motivo, la justificación o la consecuencia.
- Casi siempre se exagera cuando las partes son miembros de comunidades poco sólidas, como las familias disfuncionales y las malas amistades. Los conceptos de Supremacía religiosa/racial/nacional están en la base de los grupos destructivos unidos por valores negativos.
- Puede ser una táctica del Estado.

En el caso del tema de este libro, la sobredimensión del conflicto y los patrones son a menudo familiares. Alguien dice, hace o es algo que no le gusta al individuo o grupo que reacciona. Tal vez la persona infractora se oponga a una situación negativa, responda a una estructura injusta o, simplemente, sea un ejemplo de diferencia. En otras palabras, dicen o hacen o son algo que requiere que un individuo o una comunidad se examine a sí mismo, algo que no quieren hacer o que no tienen el apoyo necesario para conseguirlo.

EL CONTROL ESTÁ EN EL CENTRO DE LA SUPREMACÍA Y DEL COMPORTAMIENTO TRAUMATIZADO

De nuevo recurro al esclarecedor libro de Beth Richie *Arrested Justice: Black Women, Violence, and America's Prison Nation*. Allí ofrece una definición de "control" en las relaciones que es muy pertinente para esta discusión. Describe escenarios en los que una de las partes que forman la pareja "crea un entorno social hostil en la esfera íntima compartida de sus vidas". Describe esto como "el poder ejercido por la tensión extrema y persistente de una persona, el dominio de sus necesidades sobre los demás, la irritabilidad crónica y la agitación irracional". No dicen "Esto es lo que necesito, ¿vos qué necesitás?". La negociación o el ajuste se consideran poco razonables. Los sujetos se vuelven inaccesibles. Curiosamente, este comportamiento, que describe las relaciones íntimas, es también una descripción precisa de cómo el Estado estadounidense trata a las mujeres pobres, y muestra de nuevo cómo las construcciones íntimas se convierten en dinámicas sociales. El dominio de las "necesidades" blancas, ricas y de los hombres sobre las de las mujeres pobres, inmigrantes y no blancas es una cualidad omnipresente del Estado. La "agitación irracional" ciertamente es otra, como revela la renovada atención a la violencia policial.

Ciertamente también estoy de acuerdo en que, en las expresiones de narcisismo, una persona con derechos y arrogante

puede crear ese ambiente en una relación, comunidad, familia u hogar. Pueden llevar la ideología de su Supremacía, especialmente la Supremacía Blanca o la Supremacía Masculina, a la vida de otras personas a través de la convicción integrada de que no deben estar pendientes de los demás, negociar con ellos, tener en cuenta a otras personas. Esta es una ideología que los hombres suelen llevar a sus relaciones con quien les sirve, ya sea una madre, una pareja o un hijo femenino o masculino, u otra mujer adulta. El objetivo es que las necesidades independientes de la mujer, o la experiencia real del hombre subordinado, estén supeditadas a mantener al hombre supremacista en el camino de sus objetivos, incluso si esos objetivos son la dependencia o el engrandecimiento personal. El hecho de que esto sea común en las relaciones sexuales es tan conocido que ni siquiera es necesario ilustrarlo. Además, es frecuente que los hombres adultos esperen que las mujeres de su círculo, incluido el lugar de trabajo, dejen todo para hacerles favores que en general implican completar alguna tarea de la que no se molestaron en ocuparse o realizar ellos mismos. En efecto, he visto hombres adultos que se sienten confiados y seguros viviendo a costa de sus madres, controlando su vida sexual y emocional para tenerlas cocinando, comprando, limpiando y generando dinero para ellos. Que las hijas y las hermanas tengan que servir absurdamente a sus parientes masculinos está más allá de lo cotidiano.

La definición de Richie me ayudó a ampliar mi propio pensamiento al reconocer que estos elementos de control de la Supremacía Masculina, la Supremacía Blanca y el aparato gubernamental también pueden describir el comportamiento de las mujeres y otras personas que fueron vulneradas en su juventud por sus padres u otras personas. Al igual que los supremacistas pueden controlar lo que sus parejas dicen y hacen; en consecuencia, las personas traumatizadas en la infancia pueden vivir con un ser frágil así como con límites inseguros con sus parejas, que también producen control. Existen muchos discursos, tanto populares como clínicos, para abordar cómo pueden comportarse quienes han sobrevivido a la violencia, el abuso sexual y la agresión psicológica durante la infancia de-

pendiendo del punto en el que se encuentren en su proceso de desarrollo de la conciencia para “sentirse seguros”.

Sentirse “seguro”, ciertamente, es un esfuerzo problemático puesto que hay pocas garantías de seguridad en nuestro mundo. Es una promesa falsa ya que el esfuerzo por imponer esa seguridad a menudo se da a expensas de otras personas. Tanto las supremacistas como las traumatizadas pueden conceptualizarse como “débiles” o “en peligro” a menos que otros a su alrededor sean controlados, reprimidos, castigados o destruidos. El concepto de “espacio seguro” también puede ser una proyección en el presente basada en peligros ocurridos en el pasado. Es posible que alguna vez se haya utilizado para aquellos que viven en la ilegalidad, como los homosexuales, los judíos, los inmigrantes o los adultos que ahora tienen capacidad de acción pero que fueron oprimidos en su infancia. Quienes nos hemos convertido en dominantes utilizamos esta figura para reprimir la alteridad. Los dominantes lo utilizan para defenderse de la incomodidad que supone escuchar las realidades de otras personas, para reprimir los matices, ignorar las experiencias múltiples y rechazar el derecho humano inherente a ser escuchado. Por el contrario, la persona supremacista/traumatizada puede incluso considerar victimista no seguir simplemente sus órdenes cuando “se siente” o dice que “está” en peligro, aun cuando ese sentimiento sea retrospectivo.

Como muestra Christina B. Hanhardt en su libro *Safe Space: Gay Neighborhood History and the Politics of Violence* [Espacio seguro: la historia del barrio gay y la política de la violencia], la seguridad es una adquisición de poder que a menudo depende de estructuras injustas de subyugación para satisfacer la necesidad de control de la persona o el grupo amenazados. La normatividad misma depende de la degradación de los demás. Ahora sabemos que determinar el castigo a partir de los sentimientos de una de las partes es la base de la injusticia. La filósofa Sara Ahmed expuso un punto similar en su libro *La promesa de la felicidad*, al mostrar que la felicidad puede estar basada en la opresión de los otros, y que de hecho sólo puede obtenerse controlando a los demás, en detrimento de ellos. En mi libro *The Gentrification of the Mind*, amplié

el tema de Ahmed hablando de la “felicidad aburguesada” en la que la gente explota a los demás para evitar sentirse incómoda. Cuando una de las partes resultó muy perjudicada por los comportamientos violentos de sus padres, mucho antes de convertirse en parte de una pareja en la edad adulta, a veces hace que la pareja asuma la responsabilidad del daño causado por los padres. A la pareja se le encarga entonces la creación del fantástico “espacio seguro”, una experiencia que puede parecerse mucho a estar sometido a lo que Richie describe como “la tensión extrema y persistente de una persona, el dominio de sus necesidades por sobre las de los demás, la irritabilidad crónica y la agitación irracional”. Esto puede implicar mucho control.

Los libros de autoayuda para parejas de supervivientes de abusos en la infancia advierten repetidamente a las parejas de que no deben cuestionar el concepto que la persona superviviente tiene de sí misma. El texto clásico de este género es *Allies in Healing: When the Person You Love Was Sexually Abused as a Child* [Aliados en la curación: cuando la persona que amás sufrió abusos sexuales en la infancia] de Laura Davis, coautora del *bestseller* multimillonario *The Courage to Heal*. En la introducción, Davis escribe: “Los supervivientes suelen tener dificultades con la confianza, el compromiso, el sexo y la intimidad”. Sin embargo, ¿qué ocurre cuando la persona superviviente no es consciente de ello? Puede que atribuya las dificultades a otras personas con las que se relaciona, en lugar de reconocer que esas respuestas son consecuencias comunes de violaciones anteriores. O tal vez no asimile esta información porque, en su círculo social, el reconocimiento la hace sentir vergüenza y ansiedad. ¿Y si sus amigos y familiares son antipsicológicos y se niegan a establecer esas conexiones? ¿Y si en lugar de ayudarla a reconocer que las ansiedades que proyecta en su pareja pueden tener su origen en sus experiencias traumáticas anteriores se confabulan para culpar a su pareja/compañero de trabajo/amigo? La pareja se encuentra entonces en una situación insostenible en la que se produce una reacción desmedida que nadie asume la responsabilidad de reconocer.

Esto es lo que hace que, según Dudley Saunders, el grupo que rodea a la persona que reacciona de forma desmedida sea tan esencial:

[La sobredimensión] sólo puede analizarse como un fenómeno observable, no como una experiencia. Visto así, ofrece un claro mandato al lector que es testigo de la sobredimensión: debe negarse a validarla simplemente por “lealtad” o para evitar comprometerse demasiado con las cuestiones emocionales del individuo. Existe, en otras palabras, una responsabilidad social de proporcionar equilibrio cuando somos testigos de la sobredimensión. Realmente, un adulto que reaccionara así ante un niño que se pone histérico porque se le ha negado un segundo postre sería visto como un mal padre, como si, en cierto sentido, cometiera una especie de abuso infantil desocializador: es responsabilidad de los padres proporcionar equilibrio y poner límites a los niños que aún no tienen la capacidad de experimentar la realidad con precisión. Y nosotros, como amigos, debemos hacer lo mismo cuando nuestros problemas nos desestabilizan: si no decimos la verdad y nos ayudamos mutuamente a recuperar el sentido del equilibrio, en realidad nos estamos negando a ayudar cuando más se nos necesita (correspondencia privada).

En algunos lugares, existe la ideología de que el control indebido de los demás es inherente a la recuperación de una persona maltratada. Dado que las necesidades reales del niño fueron violadas y desatendidas, la edad adulta puede producir una incapacidad para tolerar la diferencia, o una confusión entre la vulnerabilidad y el peligro. La insuficiencia, el fracaso o incluso los incidentes puntuales en los que la pareja no reprime todos los signos de diferencia pueden ser experimentados por una persona herida como amenaza o abuso. Es interesante que, de este modo, la Supremacía Masculina en la que un hombre controla a su pareja, a su madre, a su comunidad o a su nación puede parecerse exactamente al comportamiento de una persona traumatizada, herida y sufriente que no puede tolerar la dife-

rencia, confunde la vulnerabilidad con el peligro e interpreta algunas señales de independencia de otras personas como situaciones "inseguras". Por supuesto, hay razones para reaccionar de forma desmedida. Si alguien está sensible pero piensa que se trata de un Abuso, el enfoque podría ser, en cambio, entender qué es lo que crea su reacción desmedida; podría ser la Supremacía, o podría ser un Trauma no procesado. Por esta razón, el Conflicto debe ser discutible. Las acusaciones de abuso no pueden sustituir a la conversación. Muy pocas cosas se aclaran de manera automática. Como dice Sara Ahmed retomando a Audre Lorde, mientras que tratar realmente con la sustancia del Conflicto en un principio puede resultar más molesto que reprimirlo, la respuesta frente a altos niveles de angustia, debería ser, a veces, crear niveles de angustia más altos aún.

Mi conclusión a partir de esta experiencia de notar la similitud de comportamiento entre la persona traumatizada que se proyecta y la persona supremacista que se engrandece a sí misma es que ambas necesitan y desean el dominio para sentirse cómodas. A pesar de esto, las fuentes de esta necesidad son muy diferentes. Por debajo de esto está el hecho de que el comportamiento traumatizado es, en la mayoría de los casos, causado por la supremacía. La mayoría de los abusos sexuales y físicos en una familia se deben a la supremacía masculina. La opresión por parte del Estado suele tener sus raíces en la supremacía masculina y blanca, o, en el caso de Israel, en la supremacía judía. El racismo, el colonialismo y la ocupación son sistemas que se basan en la supremacía. Estas dos entidades totalmente diferentes, el Trauma y la Supremacía, operan con resonancia y similitud bajo el mismo sistema y, por supuesto, ambos impulsos pueden coexistir en el mismo cuerpo.

LA FABRICACIÓN DE MONSTRUOS COMO PENSAMIENTO DELIRANTE

En la base de la exigencia de rechazar la información/conocimiento/comunicación para mantener un control rígido está

la creencia en uno mismo como humano y en el otro como no humano: un espectro o monstruo. Inherente a la insistencia en la rectitud de la parte que se niega y la culpa del otro, existe la ilusión de que el control no supone valores, es neutro, natural y, simplemente, la forma en que son las cosas. Sin embargo, de hecho, todos somos humanos. Dado que el trauma y la supremacía son ideológicos, así como emocionales y tal vez biológicos, son obstáculos complejos que impiden la paz. Son sistemas: viven dentro y se expresan fuera. Son incapacidades, limitaciones del alma y se expresan a través del cuerpo activo; por lo tanto, como diría Mary Daly, representan "dis-ease".¹ La deshumanización que implica la sobredimensión del daño como justificación de la crueldad es una forma de padecimiento, un mal funcionamiento sistémico que se produce por nuestra humanidad, mortalidad y literal vulnerabilidad, agravadas por los niveles de protección, ubicación social y recompensa. Por desgracia, la convención social que niega la existencia de los padecimientos mentales en las propias filas o la utiliza como excusa para rehuir a los demás hace difícil llamar al espejo Supremacía/Trauma como lo que es: delirante, es decir, arraigado en la falsedad. Si no se puede nombrar algo con honestidad, no se puede reconocer, abordar ni sanar.

Esto nos remite a la persona traumatizada que padece las consecuencias del abuso físico o emocional que sufrió cuando era niño: quiere culpar de su dolor interno a su pareja. Si la persona traumatizada es miembro de un mal grupo arraigado en relaciones superficiales, estarán de acuerdo y se confabularán contra la pareja, llamando a esto "lealtad". La pareja no sólo sufre por la falsa acusación, sino que al mismo tiempo ama a su novia y quiere que el sufrimiento se afronte honestamente de manera que se inicie el proceso de sanación y se aca-

¹ *Dis-ease* es un juego ortográfico que hace hincapié en el significado de la palabra "disease" (enfermedad) a partir de un guion que separa la palabra "ease" (alivio) del prefijo negativo "dis-" (no o ninguno), el cual, al principio de la palabra, da el significado contrario: ningún alivio. [N. de T.]

be con la herida de la falsa culpa. Pero el grupo malo no lo permite. En lugar de utilizar sus recursos para ayudar a su amigo/familiar a enfrentar las consecuencias de su abuso previo, utiliza la interpretación distorsionada para castigar el hecho de decir la verdad, la resistencia a la proyección. Usa su relación de grupo para evitar que se diga la verdad y, de este modo, la sanación, es decir, el cambio, no puede comenzar. Si lo hiciera, la dinámica del propio grupo de maltrato se vería cuestionada. El papel del acosador al que la persona traumatizada acude en busca de “protección” se cuestionaría. El grupo malo se empeña en mantener a la mujer proyectada y dependiente. Y así, para sostener el grupo unido, se rechaza a cualquiera que diga estas verdades.

El artista e intelectual canadiense Kaspar Saxena trabaja con monstruos históricos. En su monografía de 2014, *Tiqqun's Young-Girl and other Monsters in the Middle* [La jovencita de Tiqqun y otros monstruos en el medio], describe claramente el fenómeno:

Una imagen del mal más omnipresente de nuestra era moderna aparece donde menos se la espera. [...] parece estar viva pero existe sin humanidad ni alma. Aparece inocuamente a la vista, pero en realidad es una inmensa Vagina Dentata oceánica [...]. Es una supervillana [...]; su propósito es destruir el Imperio con sus venenos internos.

Sara Ahmed ha llamado a esta persona la “aguafiestas feminista”, la mujer que arruina la diversión de todos al decir la verdad. Ella debe ser silenciada, rechazada, castigada y destruida para que todo continúe como siempre, sin oposición. La articulación de Ahmed ha resonado tanto con la gente que el término “feminista aguafiestas” se ha convertido en un fenómeno cultural popular *underground* y aparece en forma de joyas case- ras, tatuajes e incluso como una casa encantada a gran escala creada por la artista Allyson Mitchell.

EL HÁBITO CULTURAL DE RECONOCER LA INTERPRETACIÓN DISTORSIONADA

Tal vez se deba a que soy una neoyorquina de la vieja escuela. Al fin y al cabo, antes del aburguesamiento y después de la Segunda Guerra Mundial, Nueva York era el paraíso de los psicoanalistas pioneros refugiados de la Europa fascista. Muchos de ellos vinieron acá, formaron a otros, abrieron institutos, enseñaron, dotaron de personal a los hospitales, escribieron, dieron conferencias y tuvieron consultas particulares y públicas con muchos pacientes y estudiantes. Durante ese período vulnerable, nuestra ciudad acogió a personas cuya vocación vital era comprender y curar el sufrimiento tras los asesinatos masivos cometidos por los fascistas. Siempre me ha conmovido la fotografía de la casa de Sigmund Freud en la Berggasse de Viena después de que se exiliara en Londres y los nazis la tomaran. La foto muestra el antiguo emplazamiento de su estudio cubierto de esvásticas. Es una representación contundente del deseo de entendimiento cubierto de mierda. Muchos de estos nazis y colaboradores eran individuos a los que los refugiados conocían personalmente, por lo que había que enfrentarse a ellos en términos muy personales, además de socio-psicológicos. Es impresionante leer una y otra vez cómo los psicoanalistas refugiados del fascismo intentaban comprender la psicología fascista. Muchos tuvieron el deseo o la fantasía de involucrar a los fascistas en el tratamiento, para ayudarlos a entender que los sentimientos no necesitan ser actuados. Encuentro una gran belleza en su deseo de comprender la crueldad, incluso cuando se dirigía hacia ellos. Quizás de esta manera su influencia como refugiados caló en la ciudad de Nueva York de finales del siglo XX.

En parte como resultado de esta afluencia de personas que se convertían en chivos expiatorios y que intentaban comprender la crueldad de sus acusadores como medio para la sanación colectiva, la idea de que todos tenemos conflictos que vale la pena reconocer por el bien colectivo se convirtió en un factor que contribuyó a la cultura neoyorquina posterior a la Segunda Guerra Mundial. Para muchos neoyorquinos se convirtió en

algo normal y natural hacer terapia sin reparos, con entusiasmo, abiertamente y sin ningún tipo de vergüenza. Es menos común en Nueva York que en muchos otros lugares escuchar después de un trauma bravuconadas o fanfarronadas sobre la necesidad de no hablarlo. Pero lo más importante es que los fundamentos del pensamiento psicológico se integraron a la vida cotidiana. La idea de que la gente hace las cosas por razones, y de que vale la pena intentar comprender estas razones, puede ser un supuesto común. Desde luego, lo es para mí. Que este proceso de comprensión es productivo y generoso queda implícito. Preguntar *por qué* se entiende como algo social e interpersonalmente beneficioso. El hecho de que existe un conflicto entre la mente consciente y la inconsciente se entiende ampliamente y se reconoce de forma casual en este contexto y no es una cuestión de estigma, y, lo que es más importante, la información de que estas razones y conflictos están arraigados en las primeras experiencias fue como la leche materna para nosotros.

Y, lo que es más importante, Nueva York es una ciudad en la que se camina y es una ciudad de edificios de departamentos. Así que, en lugar de despertarnos en casas particulares, subirnos a los coches y estacionar en el trabajo, compartimos edificios, caminamos por la calle, tomamos el transporte público y estamos expuestos unos a otros de forma real muchas veces al día. Por eso, la información sobre el sufrimiento, los errores y la expresión de las personas no es una novedad. Tampoco es chocante ni está mal decirlo. Todos los que viven en Nueva York y viajan en subterráneo saben que la gente tiene problemas y se enoja. No es un secreto y no pretendemos que no ocurra. Dada toda esta exposición y conocimiento, y la falta de vergüenza, en el contexto de la ciudad de la diferencia de mediados del siglo XX, pensar terapéuticamente era la definición de ser un adulto. Ahora, en la era de la gentrificación, la cultura de la ciudad cambió. Como exploré en mi libro *The Gentrification of the Mind*, la afluencia de personas criadas en la suburbanización privatizada y estratificada que prefieren la homogeneidad a la diferencia contrarresta estas actitudes. La homogeneización engendra la ideología de la supremacía y la diferencia se

reconfigura con la culpa. Pero el deseo de mediados del siglo XX de comprender en lugar de conformarse fue un reconocimiento de la existencia a partir de las instructivas piedras angulares de Catherine Hodes para que los jóvenes trabajadores sociales se comprometían: “contexto, objetivo, impacto”.

Decir: “Hizo esa cosa cruel porque estaba tan ansiosa y se sentía tan culpable que su ansiedad la abrumaba y no podía pensar con claridad” es, en realidad, un acto de compasión e incluso de amor. No es un insulto; es una percepción. No es mezquino; es amable. Muestra una conciencia de que la otra persona está sufriendo, de que nosotros estamos sufriendo y, si todos pudiéramos reconocer que el sufrimiento tiene sentido, como comunidad, podríamos entender un poco mejor cómo ayudarnos unos a otros. Mientras que algunos preferirían decir: “Ella es malvada y un monstruo y lo hizo a propósito, así que vamos a castigarla con el rechazo y la condena”, existe en cambio una opción cultural legítima para tratar de entender. Como dice Will Burton, “el dolor tiene una historia, una narrativa”, y conocerla revela la complejidad humana, cosa que es una invitación a la decencia. Cuando intentamos comprender, descubrimos causas, orígenes y consecuencias sobre los demás y sobre nosotros mismos.

LA NEGACIÓN DE LOS PADECIMIENTOS MENTALES

Por desgracia, los grupos que se fundamentan en la perfección, en la dicotomía bien/mal, y que están motivados por un miedo paralizante a equivocarse suelen negar que la enfermedad mental/la interpretación distorsionada entren en juego. Las malas familias, los malos amigos, las comunidades negativas y las identidades supremacistas ocultan y niegan las contradicciones, para lo cual se apoyan en la proyección de la culpa sobre los demás a fin de mantener su cohesión como perfectos. La depresión generalizada se llama “tristeza”. La ansiedad que es lo bastante severa como para controlar la vida de uno es denominada “trastorno” o “problema” o “sensibilidad” y no se permite hablar de por qué ocurre todo esto.

Tenía una amiga, C., con la que hablaba de alguien a quien ambas queremos. Le dije que me preocupaba que nuestra amiga sufriera un estado de ansiedad tan grave que no le permitiera pensar con suficiente claridad para resolver sus problemas. C. rechazó cualquier explicación que implicara una falta de acceso al inconsciente diciendo que su propia madre había estado internada en un hospital psiquiátrico y que “no le pasaba nada, salvo que necesitaba que la escucharan”. Aunque C. estaba dispuesta a reconocer que nuestra amiga en común se comportaba mal, enseguida vi que era hostil a cualquier forma de entender su comportamiento como algo causado por una afección emocional. Que como creía que su propia madre no estaba mentalmente enferma, y que de hecho estaba comprometida con esta creencia, no podía identificar los trastornos psíquicos en nadie a quien quisiera. C. no podía soportarlo, y creía que negarse a reconocer el pensamiento turbado equivalía a amor y lealtad. Pero su enfoque no ofrecía ninguna salida a nuestra amiga. Bajo la ideología de C., nuestra amiga común no tenía forma de cambiar. Años después, la propia C. tuvo una crisis de salud mental y se suicidó. Tal vez si hubiera estado abierta a la existencia de los padecimientos mentales y no se hubiera resistido al padecimiento de su madre, habría sido capaz de reconocer el suyo propio, incluso tal vez en términos biológicos de herencia. Podría haber salvado su vida. En el funeral de C., nuestra amiga común la elogió como “demasiado sensible para este mundo”, lo cual es en sí una posición de defensa. El suicidio es a menudo un fracaso de la comunidad y afirmar que es inevitable es una forma de defensa ante ese fracaso. Si C. hubiera sido capaz de entender y aceptar su propia condición, podría haber desarrollado un enfoque de tratamiento que le habría permitido vivir. Asimismo, nuestra amiga podría tener una vida mejor si no considerara los padecimientos mentales como eufemismos de otro mundo. De este modo, la incapacidad de ese grupo de amigos para reconocer y afrontar el padecimiento mental fue un factor en una serie de acontecimientos que desembocaron en una tragedia permanente.

En enero de 2016, un informe del *New York Times*, “Scientists Move Closer to Understanding Schizophrenia’s Cause”,

reveló nuevas pruebas que mostraban que las raíces biológicas de la esquizofrenia no revelaban ningún enfoque diferente para el tratamiento. Separar las pruebas de las causas biológicas de algunas formas de padecimiento mental de cualquier tratamiento específico nos permite reconocer las experiencias de las personas sin atar ese reconocimiento a una respuesta médica concreta. Esto puede eliminar el miedo a la medicación o a la institucionalización del proceso, independiente, de aceptar que nosotros o una persona a la que queremos tiene un padecimiento mental de base biológica no relacionado con la voluntad, el carácter o el estilo de vida. Por supuesto, hay abusos en la identificación de los padecimientos mentales, y esto es ampliamente creído y reconocido. Estos abusos se agravan con la negación del padecimiento mental debido al miedo al estigma y el apego a la perfección y a la Supremacía. Esta combinación de abusos conocidos y rechazo del reconocimiento crea una crisis en la que la interpretación distorsionada no puede ser transformada. Desde mi punto de vista, el reconocimiento de que una persona tiene un pensamiento alterado que proviene o produce sufrimiento es importante, pero no tiene ninguna implicación inherente para la acción. No implica medicación, ni encarcelamiento, ni ningún tipo de tratamiento particular. Sólo significa afirmar abiertamente que un conflicto interno no se está resolviendo y que se está expresado en forma externa, y que aquellos que no causaron el dolor serán los culpables y pagarán por ello.

Comprender con compasión que alguien sufre una alteración del pensamiento que lo lleva hasta el punto de hacerse daño a sí mismo y/o a los demás no es un ataque; es una verdad honesta y amorosa. Sin embargo, en los sistemas de falsa lealtad, decir que alguien está sufriendo se considera peor que el propio sufrimiento, que todo el mundo pretende que no ocurra o finge que no está ocurriendo. Cuando reaccionan de forma desmedida, tanto el supremacista como la persona traumatizada insisten en que los demás no se resistan ni se opongan a sus órdenes. Esperan un control total pero, en realidad, producen inestabilidad en los demás en forma de dolor innecesario.

“La hacés parecer inestable” es una acusación que tiene mucho más peso que el hecho de que ella sufra de inestabilidad, como muchos de nosotros, y como lo justifican muchas de nuestras experiencias vitales. Así que no se nos permite entender o decir abiertamente que la inestabilidad de nuestra amiga tiene su origen en el dolor, el miedo a ser inadecuada, la vergüenza por su sexualidad o una herida no resuelta de la infancia. Se supone que debemos fingir que es razonable, indiscutible y que no ocurre, y simplemente obedecer. En consecuencia, no podemos decir que el conflicto es una consecuencia de ese dolor. Si la persona vive en una comunidad basada en la supremacía, simplemente no está permitido nombrar el dolor y discutir su origen. Mentir se considera lealtad. Como suele ocurrir en los marcos culturales de las personas defendidas, decir la verdad se considera mucho peor que la propia verdad innombrable.

Permítanme decirlo de esta manera: tanto el supremacista que culpa a los demás porque tiene que ser perfecto como la persona traumatizada que se derrumba por completo si entiende algún fallo dicen: “Necesitás ayuda”. La persona responsable que entiende que todas las partes participan en el conflicto dice: “Necesitamos ayuda”. Si de verdad pensamos que alguien “necesita ayuda”, lo ayudamos. La afirmación “necesitás ayuda, por lo tanto, voy a agravar tus problemas rehuyendo y acosándote” obviamente es por completo antiética, hipócrita y socialmente perjudicial. La acusación se convierte así en otra excusa para escalar engrandeciéndonos.

Rehuir y castigar no los ayuda ni a ellos ni a nosotros. El rechazo por parte de la familia, los amigos o los gobiernos es una forma activa de acoso, y es sistemáticamente perjudicial para todas las partes, incluso cuando se normaliza y se convierte en *statu quo*. Nuestro amigo, familiar, compañero de trabajo, compañero VIH-negativo, conciudadano o correligionario puede sufrir una enfermedad mental que se manifiesta como Supremacía o Trauma. En consecuencia, puede estar apelando al Abuso como un aparato para absolverse de una responsabilidad que no puede enfrentar porque no cuenta con el apoyo para hacerlo. Nuestra complicidad al ignorar su sufrimiento y nues-

tra complicidad al culpar falsamente a la otra parte no sólo no es leal sino que es perjudicial. Hace que empeore. Esto es lo contrario de la amistad. La negación es deshonesto y prolonga la tortura. Es una mierda superficial que necesita desesperadamente ser desmantelada.

Reacción de huida maniaca: detonante + rechazo

Una cosa es sufrir la violencia y otra muy distinta es utilizar ese hecho para fundamentar un marco en el que la propia lesión autoriza la agresión ilimitada contra objetivos que pueden o no estar relacionados con las fuentes del propio sufrimiento.

-JUDITH BUTLER

En esta parte de la discusión sobre las causas, el significado y las consecuencias de la escalada, vuelvo al detonante que abordamos brevemente en el capítulo tres como parte de las “advertencias de contenido sensible”. “Detonar” es una palabra común en el discurso queer y las “advertencias de contenido sensible” son un tema común en el mundo académico queer, que suscita comentarios públicos de conocidos escritores y académicos LGBT como Patricia White, Elizabeth Freeman, Tavia Nyong’o, Jack Halberstam y Aishah Shahidah Simmons.

Un “detonante” es aquello que desencadena una reacción sensible que resulta crucial para confundir el Conflicto con el Abuso. Reaccionamos constantemente en la vida; respirar, notar, pensar, tragar, sentir y moverse son reacciones. La mayoría de las reacciones no se observan realmente porque están en consonancia con sus estímulos, pero una reacción sensible a partir de emociones desencadenadas destaca porque no está en sintonía con lo que en realidad está ocurriendo. Cuando se produce un desencadenamiento, tenemos un dolor no resuelto del pasado que se expresa en el presente. El presente no se ve en sus propios términos pues se niega su experiencia real. Aunque reaccionar al pasado en el presente puede tener sen-

tido dentro del sistema lógico de la persona con emociones desencadenadas, puede tener efectos perjudiciales para quienes la rodean, que no son la fuente del dolor que se expresa pero, sin embargo, están siendo castigados. Están actuando en el presente, pero se los hace responsables de eventos pasados que no causaron y que no pueden sanar. Quien está siendo falsamente culpado también es una persona y esta carga puede perjudicar su vida. La persona detonada emocionalmente está sufriendo, pero a menudo también hace sufrir a otras. Hay narcisismo en la Supremacía, pero también lo hay en el Trauma, cuando una persona no puede ver hasta qué punto los demás se están viendo afectados. Aunque la persona detonada emocionalmente puede volverse narcisista y ensimismada por la enormidad de su dolor, ambas partes son, de hecho, igual de importantes y es el trabajo de las comunidades circundantes insistir en esto.

En el capítulo tres, analicé esta cadena de acontecimientos con respecto a quienes han tenido un deseo consciente o inconsciente de que la policía hubiera interceptado la violencia, la crueldad o el abuso sexual de sus padres. Como adultos, cuando se enfrentan a un nuevo Conflicto, desencadenan emociones, reaccionan de forma desmedida y recurren a la policía o se vinculan con matones u otras figuras de autoridad cuando, en realidad, el Conflicto podría negociarse de forma justa con la ayuda de comunidades responsables. Dada la similitud entre la supremacía y el comportamiento traumatizado que vimos en el capítulo cinco, puede no estar claro en cuál de estos paradigmas se basa la reacción desmedida. Como sabemos, ambos pueden existir en el mismo cuerpo y, puesto que estas experiencias están tan conectadas con el aparato estatal y lo reflejan, estas reacciones emocionales pueden tener expresiones geopolíticas.

Curiosamente, el rechazo suele acompañar a la reacción desencadenante. En lugar de hablar abiertamente con la otra persona intercambiando ideas o sentimientos razonados y autocríticos, la persona con emociones desencadenadas elimina al otro escondiéndose de él mientras arremete contra él. Las nuevas tecnologías, como el correo electrónico y las

redes sociales, lo hacen muy fácil. Se puede atacar mientras uno se esconde. Se pueden articular amenazas, percepciones erróneas y falsas acusaciones y asegurarse de que nunca, jamás, se escuche información que pueda alterar esas percepciones. Ciertos tipos de personajes envían correos electrónicos críticos e hirientes, con percepciones erróneas e información falsa, que concluyen con: "Considero este asunto cerrado" o "No respondas". Pueden ignorar las aclaraciones o incluso bloquear su correo electrónico, o desligarse o bloquearlos en Facebook o Twitter, cuando lo que deberían hacer es mantener una conversación. Hace poco alguien me bloqueó en Facebook porque nombré a un artista negro que había muerto por complicaciones relacionadas con el sida. No permitieron una conversación en la que yo hubiera discutido que haber tenido sida no es algo de lo que haya que avergonzarse o que decir que una persona tuvo sida no es un atacarla. En otra ocasión, fui una de las cinco personas que recibí cartas de un colega que nos dijo a cada una de nosotras que ya no quería estar en comunicación con nosotras porque éramos "perdedoras". Su frase final fue: "No se pongan en contacto conmigo". Años más tarde, cuando estaba muy enfermo, una de nosotras acudió a ayudarlo aunque nunca se disculpó. Si alguien desea alterar una relación, debe hablarlo con la otra persona, negociar el cambio y escuchar su versión. No hay forma ética de evitarlo.

Enviar correos electrónicos de condena o realizar acciones hirientes y luego esconderse detrás de la tecnología es una acción de Supremacía o de Traumatización que insiste en la realidad unilateral, en la eliminación de la diferencia. Enaltece la incapacidad de negociar y promociona el estatus imaginario de víctima como una posición deseada para ser reforzada y mantenida.

El rechazo, una forma activa de acoso, nunca es útil para resolver los problemas; en la mayoría de los casos es mezquino y, sobre todo, una forma de evitar el ajuste del yo que se requiere para rendir cuentas. Si no tiene términos de resolución, es simplemente una forma de afirmar la supremacía e imponer un castigo, y el castigo, como sabemos, rara vez hace otra cosa que producir más dolor. Decidir no hablar con quien asesinó

a tu madre tiene sentido. Aunque también lo tiene decidir hablar con ellos, como deja en claro el movimiento de las víctimas por la reconciliación. Rechazar a alguien a quien conocés o amás o con quien compartiste espacios porque hubo un malentendido causado por un correo electrónico o porque dijo algo que no querés afrontar es una de las piezas centrales de la injusticia. Tener condiciones razonables y alcanzables para la reconciliación es diferente. Si alguien te desplaza de tu puesto de trabajo cuando te despiden injustificadamente puede que no quieras relacionarte con esa persona, pero es necesario plantear condiciones para la reconciliación; por ejemplo, que lidere un movimiento para devolverte el empleo. De lo contrario, no hay reconciliación posible. El rechazo como punto final del conflicto común es la definición de lo absurdo. Rehuir no sólo es un silenciamiento punitivo; se trata de un alejamiento de la humanidad y, por tanto, depende de la fabricación de Monstruos. Después de todo, nadie es dueño de la humanidad y los humanos no pueden ser eliminados de sí mismos. Es un engaño.

La campaña “Pensalo dos veces” de AIDS Action Now! es un reconocimiento del momento detonante a partir del cual una persona reacciona de forma desmedida y arremete para luego escalar y rehuir intentando aislar al otro mediante el encarcelamiento. “Pensalo dos veces” es en realidad un simple llamado a la gente para que espere antes de decidir que el castigo realmente va a resolver el conflicto, cosa que casi nunca sucede. Si no pueden tomar la decisión por sí solos, sus verdaderos amigos tienen la responsabilidad de ayudarlos a tener cierta contención para que se pueda avanzar hacia la negociación. Conmovidada por la humanidad y el reconocimiento que hay detrás de esta campaña, empecé a buscar otras configuraciones y movimientos culturales/políticos que también reconozcan este momento detonante y, como AIDS Action Now!, lo aborden para proponer una solución.

Por eso, acá quiero revisar brevemente ejemplos de cuatro sistemas de pensamiento muy diferentes entre sí: el psicoanálisis histórico; la psiquiatría contemporánea y su filtro de psicología pop; el budismo estadounidense moderno a través

del *Mindfulness* y Alcohólicos Anónimos, un programa de doce pasos. Estos cuatro métodos divergentes entienden que la combinación de desencadenamiento seguida de rechazo es lo bastante destructiva como para ser abordada de manera crítica. Además, es interesante que, curiosamente, lleguen a conclusiones similares.

DETONANTE + RECHAZO #1: REACCIÓN MANÍACA DE HUIDA (PSICOANÁLISIS HISTÓRICO)

Edith Weigert fue una psiquiatra alemana de la generación clásica. Se formó en Alemania y trabajó en Tegel como asociada de Sigmund Freud. Tras la llegada al poder de los nazis, huyó a Turquía en 1935, donde ejerció hasta que se fue a Estados Unidos, en 1938; allí se unió al círculo psicoanalítico de Washington al que pertenecían Harry Stack Sullivan y Frieda Fromm-Reichmann. En su libro *The Courage to Love* [El valor de amar], Weigert habla de tratar a los pacientes “sin restricciones”; al igual que su colega y amiga Fromm-Reichmann, era capaz de tratar incluso a los esquizofrénicos hospitalizados sin medicación. Con la introducción de los antidepresivos en Estados Unidos en 1955, desde el principio hubo un debate entre los psicoanalistas refugiados y los estadounidenses sobre el tratamiento farmacológico versus el planteamiento de que los pacientes pueden curarse en el contexto de una relación terapéutica.

En *The Courage to Love*, Weigert identifica algo que llamó “reacción maniaca de huida”, una capitulación ante la ansiedad que “niega la tragedia de la existencia humana”. “Maníaco” implica compulsión, actuar sin ser capaz de pensar en las consecuencias, el objetivo deseado o las posibles alternativas. La acción maniaca no sólo supone no ser capaz de pensar, sino una falta de conciencia complementaria de lo que está sucediendo. En su lugar, las respuestas irracionales, que aumentan los problemas, se experimentan como razonables y exitosas. “La huida” es la parte que rechaza la negociación, la separación de uno mismo de la persona con la que realmente tene-

mos que asociarnos para resolver el conflicto. La "huida" es en realidad la incapacidad de resolver problemas o trabajar por la paz. La "reacción" implica el desencadenamiento, cuando una persona está operando fuera de lo que Dudley Saunders llama "una lógica interior". Traducido al lenguaje y al contenido de este libro, la "reacción maníaca de huida" es una respuesta sobredimensionada ante el conflicto en la que este no se entiende como una parte difícil pero normal de la vida. Cuando la ansiedad está al volante, trágicamente proyectamos, culpamos y separamos. En lugar de enfrentarnos a la diferencia y ampliar nuestra comprensión de nosotros mismos, huimos de la realidad, que es el hecho del conflicto como parte de la vida.

Como víctima del nazismo, Weigert entendía la opresión política de los grupos como expresión de un conflicto personal, estableciendo así el continuo. Este enfoque compasivo y psicológico para entender el fascismo estaba muy extendido entre los psicoanalistas. Wilhelm Reich, uno de mis héroes, escribió muchos libros, con títulos como *Psicología de masas y fascismo* (1933), en los que teorizaba el fascismo como una expresión emocional y psicológica que es tratable a través de la relación terapéutica. Por ejemplo, en su libro, Weigert describió el ascenso del nazismo como una "venganza dirigida por transferencia a los judíos, los socialistas y los comunistas". Acá estableció el vínculo crucial entre el comportamiento personal y la crueldad del grupo. Utilizando la palabra "transferencia", implicaba el apego de una emoción a personas que no son la fuente de esa emoción; de este modo, externalizamos el conflicto interno. Escribió que "los desastres de la histeria colectiva y las luchas de poder intranacionales e internacionales necesitan un estudio psicológico más profundo". Una vez más, como era consistente para su generación de psicoanalistas refugiados, vio la psicología personal como un componente de los fenómenos políticos de la crueldad del grupo en lugar de conceptos basados en la religión de Satanás o el mal, o en los constructos sociales de raza en torno a la corrupción moral inherente al grupo.

Estas ideas se manifiestan con mayor claridad en las descripciones de Weigert sobre su trabajo como analista en

Alemania en la época del ascenso del nazismo, las cuales son absolutamente fascinantes. En un momento dado, relata un día típico de atención a pacientes en Berlín:

En el transcurso de una mañana vi a un paciente que se preguntaba si debía unirse al partido para salvar su carrera y su familia. Le siguió un estudiante judío que luchaba contra las dificultades para prepararse para el trabajo agrícola y la inmigración a Israel. La siguiente paciente era una trabajadora social que intentaba superar el impacto de los abusos y las humillaciones de las tropas de asalto. Le siguió un comunista que dudaba si podía confiar lo suficiente en mí como para revelar, mediante la libre asociación, planes de revuelta y destrucción.

Sus observaciones revelan el amplio abanico de opciones que tiene la ciudadanía burguesa en respuesta al ascenso del grupo malo; en este caso, el fascismo. Ninguna respuesta era inevitable. Cada una de estas personas vivía en un entorno en el que algún individuo o grupo estaba siendo victimizado, por proyección, a causa de la diferencia. Algunos se reconocieron a sí mismos como objetos de esta proyección grupal, sabían que eran los "monstruos" a los que se pretendía culpar. Otros se identificaron con los acosadores y elaboraron estrategias para ganarse su protección. Otros se opusieron abiertamente a ellos y otros presenciaron su crueldad con desaprobación pero no tomaron medidas para intervenir. ¿La lección? Hay opciones, y aunque la ansiedad puede hacer que la realidad de las opciones sea esquiva, siguen existiendo. Hay que reconocer la existencia de la ansiedad y esforzarse por superarla para poder percibir otras opciones. Una vez más, se ilustran las ideas que componen la "reacción de huida maníaca". La manía es la respuesta desencadenada, la compulsión que hace imposible reconocer y evaluar las opciones. Al detonante le sigue la "huida", el rechazo, la evasión y la separación, que fija a la persona culpada como el otro irredento, como el objeto intrínseco de la ira. En el caso del nazismo, el rechazo literal mediante la se-

paración legal fue lo primero; a negarse a socializar, trabajar, casarse o estudiar con los judíos siguió la deportación y luego el exterminio.

“En aquel momento”, escribió Weigert, “me pregunté cómo podíamos trabajar para conseguir los objetivos de la salud mental en una sociedad desequilibrada”. Describió a estos pacientes como “envueltos en una situación externa inmanejable”, muy parecida a la de las personas seropositivas que se enfrentan a la criminalización, a la de la población palestina sometida a la ocupación y al asalto militar, o a la de los individuos que son acosados, culpados y rechazados en grupo dentro de una familia o una comunidad. Pero, como la mayoría de sus compañeros, Weigert persistió en su creencia de que a través de la relación terapéutica puede producirse la cura. En otras palabras, que en la encarnación del buen grupo, a través del terapeuta, se puede ayudar a una persona a comprender sus propias motivaciones, reacciones y elecciones para lograr un deseo continuo de conciencia.

Al leer su obra, me sorprendió encontrar un paralelismo entre mediados del siglo XX y mi propia comprensión de la supremacía y el comportamiento traumatizado como espejos. Ella se refería a la observación de Harry Stack Sullivan de que “el mayor daño” que se hacen las personas es dañar la autoestima de los niños mediante “el exceso de rigor o de indulgencia y otras privaciones”. En otras palabras, presentó las raíces de la Supremacía y el Trauma discutidas en el mismo aliento; mimar al hijo o degradar a la hija puede producir el hijo supremacista masculino y la hija victimizada y traumatizada.

[Estas] movilizan defensas automáticas contra la experiencia dolorosa de la ansiedad. Estas defensas se convierten en hábitos de formación del carácter que incapacitan más o menos no sólo las emociones sino también la percepción, la cognición y la voluntad. Encontramos el grado más profundo de fragmentación del yo y de alienación de las relaciones interpersonales.

La “sobreindulgencia” es una privación de atención constructiva, una negativa a enseñar habilidades sociales/vitales, una negativa a enseñar la autorregulación en situaciones sociales, una negativa a enseñar a distinguir entre deseos y necesidades. Los deseos se complacen en el lugar donde las necesidades están hambrientas. Esto es disfrazar el abandono del niño y la responsabilidad de los padres.

Pero, magistralmente, Weigert, una psiquiatra, planteó una solución a la “reacción de huida maniaca” que no se basa en la medicación, la hospitalización ni en el tratamiento en sí mismo. En su lugar, apeló al “valor de amar” como antídoto. Escribe:

El valor de amar es inagotable en sus recursos de arrepentimiento genuino, reparación y reconciliación.

Subrayó la necesidad de la voluntad de reparar y el poder de la relación. Es el reconocimiento de que las separaciones son ilusorias, que son culpas impuestas de manera artificial por la diferencia normativa, que no es culpa de nadie. Es la comprensión, sobre todo, lo que cura la “reacción de huida maniaca”. La solución de Weigert, en definitiva, tiene que ver con el enemigo común de la supremacía y el trauma: el deseo de conocer y comprender.

DETONANTE + RECHAZO #2: EPISODIO LÍMITE (PSIQUIATRÍA Y PSICOLOGÍA POP)

La doctora Weigert estableció la conexión entre la proyección personal, la sobredimensión del daño y la injusticia política. Trató a personas cuyos problemas eran tanto el fascismo como la neurosis, con el entendimiento subyacente de que el fascismo es una expresión de la neurosis. La psiquiatría contemporánea y su cara pública, la psicología pop, son menos proclives a articular políticamente esas relaciones. Sin embargo, también definen la problemática secuencia del desencadenamiento seguida del rechazo como una negación, por parte de una persona, de la complejidad del otro, seguida de la transformación

del objeto en un monstruo o espectro que debe ser silenciado y aislado. En este caso, la categoría psiquiátrica de “trastorno límite de la personalidad” (TLP) o la experiencia de “episodios *borderline*” se asemeja mucho a la secuencia de desencadenamiento + rechazo de la “reacción maniaca de huida”. No estoy apoyando esta terminología, sino que la utilizo para mostrar que ideologías muy divergentes reconocen el mismo problema, es decir, la secuencia de desencadenamiento + rechazo. Los psiquiatras lo llaman y lo interpretan de forma diferente, pero todos lo reconocen como una expresión de dolor sensiblemente reactiva que tiene consecuencias negativas en la vida de otras personas. Mostrar esta coincidencia a través de las ideologías es mi objetivo más amplio.

Hay muchas definiciones operativas del TLP; sin embargo, el DSM-5 actualizado, la norma diagnóstica más convencional, lo describe como algo que incluye

una autoimagen notablemente empobrecida, poco desarrollada o inestable, a menudo asociada a una autocrítica excesiva; sentimientos crónicos de vacío; estados disociativos bajo estrés.

Esto es un equivalente de la dicotomía de comportamiento Supremacía/Traumatizado, en la que el yo del agresor no puede soportar ningún tipo de oposición. Ya sea por Supremacía o por Trauma, somos incapaces de cuestionarnos a nosotros mismos. Tal vez porque la persona ha sido muy menospreciada y vulnerada por una figura de autoridad o un sistema opresivo, no tiene la suficiente estabilidad del yo para afrontar el conflicto creado por la diferencia. El rechazo que señala Hodes de observar el orden de los acontecimientos o de *investigar realmente lo sucedido*, es una especie de estado “disociativo”, un nivel de ansiedad por ser cuestionado tan fuertemente que ni siquiera pueden recordar de qué trata el conflicto real, y tampoco quieren que se lo recuerden tampoco. Lo único que saben es que se sienten amenazados. Lo que realmente sucedió se vuelve inalcanzable. En otras palabras, es un estado de no rendir cuentas.

El DSM-5 también señala una capacidad comprometida para reconocer los sentimientos y las necesidades de los demás, asociada a la hipersensibilidad interpersonal (es decir, propensión a sentirse despreciado o insultado). La falta de empatía, por supuesto, es fundamental para confundir Conflicto con Abuso. La ausencia de pensamiento sobre las consecuencias que las falsas acusaciones puedan tener en los demás es inherente a la secuencia. A esto le siguen sentimientos de conmoción y rabia cuando los demás se resisten a un trato injusto. Todo esto, por supuesto, tiene su origen en una expectativa infantil, pero omnipresente, de que sus órdenes serán cumplidas. Y si esa obediencia no existe, surgen enormes sentimientos de sentirse amenazado por los demás que expresan su desacuerdo.

Acá está el clásico “detonante”, el “maníaco” según el DSM-5:

Impulsividad: actuar de forma impulsiva en respuesta a estímulos inmediatos; actuar de forma momentánea sin un plan o consideración de los resultados; dificultad para establecer o seguir planes.

Las relaciones estrechas suelen verse en los extremos de la idealización y la devaluación, y alternan entre la implicación excesiva y el retraimiento.

Estos elementos abordan los comportamientos centrales de este libro: la reacción desmedida, la sobredimensión del daño, la intolerancia a la diferencia, los “detonantes” o los cambios repentinos de actitud y comportamiento expresados como arremetidas impulsivas y luego el rechazo. Acá vemos algunos de los mismos elementos que se identificaron antes en el proceso de rechazar las responsabilidades del Conflicto y transformarlo en afirmaciones sobredimensionadas de Abuso: culpar, buscar chivos expiatorios, explicaciones unidimensionales de las personas como puramente buenas o exclusivamente malas que prohíben la comprensión compleja del Conflicto (no del Abuso) como algo que se produce mutuamente. Es una incapacidad de autocrítica o de verse a uno mismo como una de las razones del conflicto. Se trata de arremeter con el castigo, actuar

con la culpa; llamar a la policía para denunciar a una pareja sexual seropositiva, organizar una comunidad para rechazar y aislar a un amante o amigo, deshumanizar a los palestinos o a otros pueblos o etnias enteras. Estos atributos de las definiciones oficiales del TLP revelan no sólo el intenso miedo a la diferencia sino también las reacciones desmedidas ante la diferencia como una amenaza proyectada ante la propia seguridad. En su raíz se encuentra el rechazo a alterar la propia percepción de un amenazado perfeccionismo.

Lo que hace que el TLP sea diferente a las otras teorías de detonación + rechazo que acá exploro es que quienes la usan la entienden, en parte, como un producto de cambios químicos y cerebrales producidos por el trauma. El *Journal of Psychiatry and Neuroscience*, en mayo de 2007, publicó un artículo con cinco coautores, titulado “Neuroimaging and Genetics of Borderline Personality Disorder (BPD)” [Neuroimagen y genética del trastorno límite de la personalidad (TLP)]. Su investigación reveló que “se han observado diferencias en el volumen y la actividad de las estructuras cerebrales relacionadas con la emoción y la impulsividad entre los individuos que padecen TLP y los que no”. Demostraron que el comportamiento límite se relaciona con la amígdala y los sistemas límbicos del cerebro, los centros que controlan la emoción y, sobre todo, la rabia, el miedo y las reacciones automáticas impulsivas. El hipocampo y la amígdala pueden ser hasta un 16% más pequeños en las personas con TLP y “las experiencias de trauma pueden provocar estos cambios neuroanatómicos”. Los escáneres de tomografía por emisión de positrones han indicado, en general, que las personas con TLP muestran un hipometabolismo de la glucosa en su corteza prefrontal y sistema límbico en relación con las que no lo tienen, lo que sugiere que el trastorno puede ser el resultado de un fallo de la corteza prefrontal “racional” para regular el sistema límbico “impulsivo”. De este modo, las personas con TLP “han impedido la maduración de la conciencia de orden superior”. Los estudios indican repetidamente que las personas que se ajustan a las definiciones entorno al TLP y sufrieron abusos en la infancia tienen un volumen considerablemente menor en áreas significativas del cerebro. En otras

palabras, partes del cerebro, en especial las asociadas a la “impulsividad”, es decir, a “detonantes” y a emociones extremas como la rabia, están literalmente marcadas y encogidas debido a los abusos.

Sin duda, este enfoque tiene sus pros y sus contras. La idea de que las experiencias cambian la biología es algo a lo que algunas personas se resisten. Sin embargo, en mi opinión, la ventaja de esta información es que las personas que han sufrido graves abusos en la infancia y posteriormente actúan contra otros pueden considerar la posibilidad de que sus reacciones no signifiquen que la otra persona les esté haciendo daño. En cambio, la teoría les da la oportunidad de entender que puede haber una razón biológica que esté impulsando su comportamiento. Así, en lugar de decir: “Me duele la cabeza porque me has echado una maldición”, pueden estar seguros de afirmar: “Me duele la cabeza porque mis vasos sanguíneos se están contrayendo”. En otras palabras, la explicación biológica los libera del dolor de creer falsamente que están siendo perseguidos o de la vergüenza de reconocer que el conflicto puede estar causado en parte por su mala acción. Es “simplemente” *biología*, un sistema que no han diseñado y que, en cierto modo, tiene su propio objetivo que está más allá de su control. El obstáculo a esta opción de comprensión surge si la persona forma parte de un grupo que se empeña en negar los padecimientos mentales. Si la persona y quienes la rodean pretenden que sus reacciones son justificables, no aceptarán que pueden estar actuando por una reacción desmedida de base biológica. Este rechazo, y la construcción de falsas lealtades en las que los malos amigos o las malas estructuras familiares se resisten a comprender de forma compleja por qué las personas están reaccionando de forma desmedida, imposibilita la recuperación real.

En el verano de 2015, *The Guardian* informó sobre el estudio que la doctora Rachel Yehuda hizo en el Hospital Monte Sinaí, que revela que los hijos de los supervivientes del Holocausto muestran las consecuencias genéticas del sufrimiento de sus padres. Si reconocemos que los traumas graves producen cambios biológicos en la descendencia, ¿cómo pueden los hijos de

personas traumatizadas entender mejor sus propios miedos y ansiedades?

¿Es posible desarrollar un reconocimiento amplio de que los hijos de personas traumatizadas pueden reaccionar de forma desmedida ante los conflictos o diferencias normativas y tener dificultades para resolver problemas y manejar la ansiedad? ¿Produciría esto una autocomprensión compasiva y cambios en la forma en que nuestros grupos responden a los miedos de un miembro individual? Además, ¿podrían las consecuencias biológicas ser el resultado del comportamiento de los padres traumatizados, en contraposición a la herencia genética pasiva?

Uno de los mayores obstáculos para estar en el extremo receptor de la interpretación distorsionada o los padecimientos mentales es que la persona o el grupo implicado no reconocerá que esto es lo que está ocurriendo porque está sujeto a un estigma de base cultural. Pero las explicaciones biológicas pueden ayudar a las personas a aceptar la interpretación distorsionada más fácilmente que las teorías más reductoras de que “algo” está “mal” en la persona. Imaginate un reconocimiento general en la cultura de que la razón por la que ayer la querías pero hoy la llamas monstruo puede deberse a las cicatrices cerebrales de cuando tu padre te pegaba y te degradaba durante tu infancia. Así que, como resultado, tu exigencia de que tus amigos le envíen correos electrónicos crueles y la rechacen no es lo que deberían hacer los buenos amigos. Si tomar esta información biológica a pecho, en lugar de llevar a cabo las instrucciones de castigo, se considerara un acto de amor en lugar de un ataque, entonces el tipo de acoso grupal que actualmente acompaña la reacción desmedida podría ser redimido. Y lo digo tanto a escala geopolítica como íntima.

Estas ideas en torno al TLP también tienen una versión para el mercado de masas. El libro de psicología pop *Stop Walking on Eggshells* [*Deja de andar sobre cáscaras de huevo*], de Paul Mason y Randi Kreger, al igual que muchos de su tipo, puede encontrarse en la sección de “Autoayuda” de las grandes librerías y está diseñado para las personas que “se preocupan por alguien que tiene un trastorno límite de la personalidad”. Su

“lista de comprobación” para parejas, amigos cercanos y familiares incluye lo siguiente:

- ¿Te culpa y te critica por todo lo que está mal en la relación, incluso cuando no tiene ningún sentido lógico?
- ¿Sentís que la persona que te importa te mira como alguien bueno o malo sin una opción intermedia?
- ¿Te acusan de hacer cosas que nunca hiciste o de decir cosas que nunca dijiste?

El tema general del TLP son los cambios rápidos e imprevisibles en los pensamientos, estados de ánimo, comportamientos, relaciones y creencias de la persona. Se desencadenan por los matices de otras personas que se sienten críticas, como los desacuerdos comunes. Para aumentar el desconcierto, quienes luchan contra el TLP a veces pueden disociar o sentir que no pueden recordar lo que pasó, lo reconozcan o no. Al observar las cualidades de estas definiciones principales de la personalidad limítrofe, se ve que sus rasgos también se asemejan mucho a lo que he estado llamando “patrones de comportamiento de supremacía y traumatización”. La absoluta intolerancia a la diferencia y la insistencia en la obediencia son claras. La falta de reconocimiento de la contribución mutua al conflicto, sustituida por la culpa y la búsqueda de chivos expiatorios, es fundamental. La ausencia de un orden de los acontecimientos hace que todo sea un borrón de reacciones impulsivas. En este marco pop, la creación del otro como un “monstruo” no humano se llama “división”. Cuando el otro parece satisfacer sus necesidades, se le pone en el papel de la bondad, pero cuando la persona lo desafía, su parte íntima se convierte en villana. La incapacidad de mantener la simultaneidad, el matiz y los claroscuros de la debilidad y la fuerza mutuas es, de hecho, la pieza central del TLP.

Curiosamente, un tema que el enfoque de la psicología pop aborda y que la versión psiquiátrica del DSM-5 ignora es el acto de llamar a la policía innecesariamente, que es lo bastante común como para merecer un capítulo propio.

Bajo el título “Lies, Rumors and Accusations” [Mentiras, rumores y acusaciones], Mason y Kreger escriben que algunas parejas que tuvieron episodios límite les contaron

que habían sido acusadas falsamente de acoso y abuso por parte de personas con TLP en sus vidas, que habían sido objeto de rumores perjudiciales e incluso que se habían enfrentado a acciones legales interpuestas contra ellos por *borderlines* sin causa legítima.

Volviendo al tema del perfeccionismo como un principio tanto de la conducta supremacista como de la traumatizada, los autores señalan que

la frágil autoestima depende de mantener toda sensación de fracaso fuera del yo. Así que se presentan con un aire hipócrita de superioridad enojada y acusan al ex cónyuge de ser psicológica y moralmente inferior. El cónyuge es visto como peligroso y agresivo. Al haber sido perjudicadas, estas personas se sienten justificadas para buscar represalias o creen que hay que lanzar un ataque preventivo urgente.

Esta es una idea que puede iluminar el aparato que está detrás de la criminalización del VIH en Canadá, los esfuerzos del Estado para animar a las personas a denunciar a sus amantes frente a la policía. En la misma línea, Catherine Hodes señaló que los agresores se desenvuelven mejor que las víctimas en el ámbito forense; que las víctimas a menudo son las que terminan detenidas en el lugar de los hechos si el agresor llama a la policía. También señaló, de manera importante, que los agresores son cada vez más los primeros en iniciar acciones legales, como solicitar o amenazar con órdenes de restricción. Los autores de *Eggshells* señalan que “las personas con TLP suelen tener la capacidad de parecer tranquilas, lógicas y persuasivas en determinadas circunstancias”. Sin embargo, cuando están a solas con sus parejas, “parecen perder el contacto con la realidad o volverse paranoicas”, algo que sus amigos y familiares

pueden desconocer, ya que son capaces de manejar las relaciones superficiales con más facilidad y elegancia que las íntimas. Esto es una razón más para preguntar a la persona acusada cuál ha sido su experiencia.

Mason y Kreger señalan que la pareja falsamente acusada puede guardar recuerdos de los momentos felices que compartieron y de las cualidades positivas esenciales de la relación, además de la empatía por la persona con TLP que sufre. Pero deben comprender que la persona con TLP no siente lo mismo, ya que el padecimiento, por su propia naturaleza, niega la simultaneidad e implica la disociación o pérdida de la memoria emocional. “La disociación puede impedir que la persona con TLP” vea a su pareja “como un ser completo con cualidades buenas y malas”. Todo eso contribuye a organizar el acoso grupal, llamar a la policía o iniciar el rechazo como forma de castigo.

DETONANTE + RECHAZO #3: LUCRAR, HUIR, INMOVILIZAR (*MINDFULNESS*, BUDISMO ESTADOUNIDENSE)

El *Mindfulness* (conciencia plena) es un movimiento popular y cada vez más extendido que tiene sus raíces en la subcultura del budismo estadounidense y se basa en el concepto de la atención consciente y el conocimiento del momento presente. Se cree que cultiva una mayor tolerancia y compasión por lo que es real y está sucediendo.

La atención plena emplea una forma de meditación en la que la respiración se utiliza como punto de atención o conciencia. También hace hincapié en la *compasión*, la consideración positiva y el deseo de bienestar para uno mismo y para todos los seres. Es un deseo de disminuir el sufrimiento de todos los seres, incluido el propio. Sus partidarios teorizan que el malestar con uno mismo es el punto de partida para tratar a los demás de manera injusta y destructiva; es una construcción de la propia vida, en lugar de estar motivado únicamente por la creación de justicia social para los demás. Hay una ideología subyacente de que la mejora de la propia vida mejora la de

los demás, una especie de derrame espiritual. Un principio central del *mindfulness* es lo que llaman “aceptación”, que se teoriza como el comienzo del “cambio real”. El *mindfulness* también incluye el concepto “permitir”, que es una especie de reconocimiento de que uno no lo sabe todo y que hay realidades, experiencias y comprensiones que corresponden a otras personas y otras expresiones de la vida, lo que contrasta con el perfeccionismo de los comportamientos basados en la supremacía y el trauma.

Al igual que los otros sistemas de comprensión de conductas que comentamos antes, la práctica de *mindfulness* reconoce la secuencia detonante + rechazo como un lugar significativo en la interacción humana que produce dolor. Lllaman a su versión de esto “lucha, huida, inmovilización”. En los términos de este libro, luchar, huir e inmovilizarse ocurre cuando alguien se siente en peligro por algo que no es en realidad peligroso en el presente pero no tiene ninguna conciencia de lo que en verdad está ocurriendo más allá de su propia sensación. La razón por la que no puede diferenciar entre su propia proyección de peligro y el conflicto normal puede ser porque tiene sentimientos de Supremacía y no soporta la oposición, o porque ha sido Traumatisado y se siente amenazado por la diferencia. Como no tiene conciencia, o forma parte de un grupo malo que no permite la autocrítica, no puede dar un paso atrás para entender por qué se siente así. En cambio, registra la reacción detonada como si fuera una realidad objetiva. La combinación de detonante + evasión, que algunos llaman “reacción maniaca de huida” o “episodio limítrofe” sigue una secuencia. Primero, la persona luchará (agredirá, atacará, degradará, etc.); luego experimentará la huida (correrá, rehuirá, deshumanizará), y, finalmente, se inmovilizará (disociará o se fijará rígidamente en una posición intratable e injustificada).

Una de las profesoras más visibles del *mindfulness* es Tara Brach. Su biografía oficial dice que fue estudiante en el Clark College, organizadora de la lucha por los derechos de los inquilinos y que vivió en un *ashram* durante diez años enseñando y practicando yoga y meditación concentrativa. Luego asistió a

un retiro de Buddhist Insight Meditation [Meditación budista de percepción profunda] dirigido por Joseph Goldstein, y fue ahí cuando “se dio cuenta de que estaba en casa”. Brach se doctoró en Psicología Clínica y utilizó la meditación como herramienta para tratar la adicción. Se formó como profesora de budismo durante cinco años con Jack Kornfeld y trabajó como psicoterapeuta y profesora de meditación. En 1998 fundó la Insight Meditation Community de Washington y en la actualidad imparte en forma regular conferencias, da clases, dirige talleres y lidera retiros de meditación en silencio. Sus “temas” autodefinidos se centran en la sanación emocional y el despertar espiritual a través de la conciencia consciente y amorosa, así como en el alivio del sufrimiento mediante la práctica de la compasión. Su libro más popular se llama *Aceptación radical: abrazando tu vida con el corazón de un buda*.

He visto los videos de dos conferencias de Brach sobre el conflicto que dio en la primavera de 2014. La primera, *Awakening Through Conflict* [Despertar a través del conflicto], es una charla general diseñada para personas que no han experimentado un trauma profundo. La segunda, *From Fight-Flight-Freeze to Attend-Befriend* [De la lucha-huida-inmovilización a la atención-amistad] está explícitamente diseñada para personas que han experimentado traumas, incluyendo la opresión racial y la guerra. No voy a intentar contextualizar a Brach dentro del budismo estadounidense; en su lugar, me fijo en las ideas de su presentación que abordan de manera directa las preocupaciones de este libro, a saber, la secuencia detonación + rechazo. Quiero entender las formas específicas en que otro sistema de pensamiento/creencia ve esa dinámica o el ataque a la gente en el presente por eventos que se originaron con otros en el pasado, a menudo hace mucho tiempo. Me preguntaba cómo podría el marco de Brach abordar ese problema.

Brach es una mujer de mediana edad atractiva, saludable, aunque algo anodina. En una de sus conferencias lleva un chal *hippie* azul brillante de alta gama y en la otra una blusa metálica brillante, rodeada de flores y un Buda. Es una New Age contemporánea, de gusto particular, educada e intelectual. Utiliza un lenguaje muy sencillo, pero tiene una presentación sofisti-

cada. Usa palabras como “desatascarse”. A menudo pregunta de modo retórico: “¿Tiene sentido?” y luego mira a su público, que presumiblemente asiente.

En la primera conferencia, comienza con la clara afirmación de que “no son nuestras necesidades las que producen el conflicto; son nuestras estrategias para satisfacerlas”. Estas “estrategias inadaptadas” incluyen “justificarnos constantemente, racionalizar, fingir que somos diferentes de lo que somos, montar una fachada”.

Su objetivo principal es lo que ella llama “culpa”. Ahora bien, a mi entender, la culpa es cuando no se permite abordar las razones del conflicto, el orden de los acontecimientos; cuando se niega de manera descarada la comprensión que podría revelar cómo contribuyen ambas partes. Para mí, la culpa no es la comprensión en sí misma, sino lo que llena el vacío dejado por la negativa a comprender. Sin embargo, en los términos de Brach, la palabra adquiere un significado diferente, uno que para mí se parece más a la ansiedad. Su culpa es el obstáculo que impide a la gente ser capaz de afrontar y tratar el conflicto, de pensar las cosas con honestidad. Es el “atasco”. “La culpa da una sensación inicial de control”, dice. “Pero es un falso refugio porque crea más división.”

En cambio, Brach es partidaria de un proceso, al que llama “despertar a través del conflicto”. Curiosamente, reconoce que esto es “duro e incómodo” porque requiere “compromiso e intención”. Lo que esto implica para mí es que, para dejar de luchar, huir e inmovilizarse, uno tiene que estar en una comunidad que proporcione apoyo para afrontar y tratar los problemas, lo cual es difícil e incómodo. Los malos grupos que fomentan o permiten de forma pasiva el acoso y la supremacía de pensamiento hacen que esto sea casi imposible.

“El comienzo del despertar a través del conflicto es comprometerse muy conscientemente con la presencia, no aferrarse a tener la razón y no aferrarse a la culpa”, dice Brach. El sentimiento sería muy improbable en un grupo comprometido con tener la razón. “Esto es lo que hace que las guerras continúen”, afirma, sin hablar metafóricamente. Sobre el rechazo, cita a Adrienne Rich cuando sostiene que dos personas “que se dicen

la verdad rompen el autoengaño y el aislamiento del ser humano”. En otras palabras, se opone al rechazo y reconoce que la verdad está en escuchar la diferencia.

En su retórica emplea muchas palabras que apuntan a la ciencia, en especial, a la biología. Por ejemplo, a menudo se refiere a la evolución y al potencial evolutivo. Caracteriza el rechazo, la inmovilización o la interacción como una “oferta de atención”, que describe, en términos biológicos, como “parte de nuestro despliegue evolutivo”. Y plantea la culpa como un obstáculo para la evolución.

Una y otra vez utiliza un lenguaje diferente y emplea distintos valores para señalar los mismos temas que me interesan. Por ejemplo, la cuestión de lo que yo llamo “cortinas de humo”, es decir, la creación de una falsa acusación para ocultar los problemas reales, la llama “tapadera”. “La venganza”, dice Brach, “es una forma perezosa de duelo [...]. Es una tapadera que oculta el lugar que realmente necesita atención [...]. Si dejas de lado la culpa, ¿qué tendrías que sentir que es tan difícil de sentir?”

Pero es su conferencia para personas que han sufrido un profundo trauma la que más me ha resonado. Allí hace hincapié en cómo se produce la reconciliación. Curiosamente, en su conversación con personas más traumatizadas, incluye lenguaje biológico sobre la ciencia del cerebro, una especie de popularización de las teorías neuropsiquiátricas en torno al *borderline*. A menudo habla del cerebro de manera literal, por ejemplo, cuando dice que “el cerebro tiene capacidad para la compasión”. Apunta a un puño como modelo del cerebro e indica secciones como áreas de funcionamiento cerebral. Se refiere a la experiencia de emociones detonadas como una realidad biológica a la que llama “flip your lid” [volteá tu cobertura], momento en el que abre la mano como si el cerebro de verdad estuviera girando. De hecho, Brach utiliza la palabra “neuropsiquiatría” y dice cosas como “las relaciones activan el córtex prefrontal”.

En todo momento, se centra en la acción de “convertir a alguien más en el malvado otro”, en la fabricación de monstruos. “Si estamos atascados en el conflicto con otra persona,

eso significa que la emoción dentro de nosotros está atascada. Soltá esa idea de culpa y volvé acá”, dice y señala su pecho. “El regalo que ofrece la práctica de *mindfulness* es que desatasca la emoción.” Ilustra cómo, mediante la demora, pasamos de la persona enojada y agraviada a un cambio de identidad que permite la reconciliación. Sostiene que es deseable desmantelar el monstruo porque es mejor para la persona que origina la culpa. Se centra menos en el objeto de la sobredimensión del daño que en lo perjudiciales que son las falsas acusaciones para el acusador. Así que, aunque toca muchos de los mismos puntos que otras ideologías afines, el *mindfulness* es menos una apelación a la justicia que una súplica al acusador para que “salga de las creencias que lo aprisionan” con el fin de mejorar su propia vida.

Por último, habla de modo abierto del grupo, de las influencias que rodean a la persona. “Cuando estamos atascados”, dice, “necesitamos un recordatorio de pertenencia para volver a conectar [...]. Los grupos pueden conmovernos si son grupos conscientes, meditativos, comunicativos. Estar en un grupo puede hacernos pasar de la lucha, la huida, la inmovilización, donde hay hostilidad, a la atención-amistad”. A continuación, señala los procesos de Verdad y Reconciliación en Sudáfrica: “La culpa y el odio se liberan al entrar en contacto con un campo más amplio de compasión”. Así que lo que no resulta útil es un grupo que “no pueda llegar” a la persona culpada “y dar una respuesta empática”. Este tipo de grupo negativo refuerza a las personas en su propia reactividad negativa. “Necesitamos algo más grande que nos permita reintegrarnos.”

Dado que este proceso se basa en la meditación, el enfoque principal de Brach es la demora. La meditación es una especie de espera y aplazamiento de la reacción. Tiene muchas historias y ejemplos de cómo se pueden calmar los niveles de excitación, siempre apelando a la biología del cerebro: “Si hacemos una pausa y empezamos a llevar nuestra atención hacia dentro, entonces podemos empezar a acceder a nuestro córtex frontal, a nuestras redes de compasión, y podemos empezar a acceder a la conciencia plena. ¿Todavía tiene sentido?”. Vuelve a mirar a su público, que presumiblemente asiente: “De acuerdo”.

DETONANTE + RECHAZO #4: DESAPEGO AL HACHAZO (ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS)

La mayoría de la gente está familiarizada con Alcohólicos Anónimos (AA), el movimiento fundado en 1935 por Bill Wilson en el que los alcohólicos se ayudan mutuamente a dejar de beber y a enfrentarse a las causas, los detonantes y las consecuencias de su forma de beber a través de un programa llamado “Los doce pasos”. AA, el programa complementario para personas cuyas vidas se ven afectadas por la bebida de otra persona, fue fundado en 1951 por Lois, la esposa de Wilson. Su concepto central es que, al aplicar los doce pasos en un entorno organizado por pares, sin líderes ni consejeros, la persona afectada por la bebida de otra persona puede mejorar su propia vida, incluso si el “calificante” (término con el que en AA se refieren a la persona que abusa del alcohol y cuyo comportamiento está afectando a otros) continúa bebiendo. La bibliografía de AA no se centra en el alcohólico sino en el miembro de AA.

En su centro, AA aborda la experiencia de amar y confiar en alguien que no es confiable porque tiene la enfermedad del alcoholismo. Aunque trata sobre el alcoholismo, en el mundo contemporáneo la gente también asiste porque su amigo o familiar no es confiable por distintas razones: por ejemplo, drogas, apuestas, adicción al sexo, padecimientos mentales o interpretaciones distorsionadas. También es posible que la otra persona no sea fiable debido a su propia inversión en alguien que no es responsable. Es una situación interesante porque amar a alguien con quien no se puede contar para estar presente, ser justo, empático, recíproco, honesto o confiable es una experiencia muy particular. Significa amar a alguien por razones distintas a lo que puede hacer por ti. Significa amarlo porque te conmueve, no porque te sirve. Aunque, por un lado, esta generosidad y apertura de corazón es una especie de liberación, también crea sus propios problemas. El supuesto de AA es que no hay ningún mecanismo para ayudar a esa otra persona a ser responsable u honesta, a menos que decida entrar en “El Programa” o en alguna otra forma de tratamiento.

Sólo existe el propio grupo de doce pasos para ayudarla a mejorar su vida y el método por el que se producen estas mejoras se basa en escuchar y compartir. Por lo tanto, AA es intrínsecamente lo opuesto al rechazo. No sólo no hay control de acceso, sino que todos pueden hablar. Además, no hay conversaciones cruzadas, ni réplicas, ni críticas. El método funciona simplemente escuchando y luego hablando de manera abierta sobre uno mismo. Dado que es lo contrario al rechazo, todos son bienvenidos.

Uno de sus enfoques principales es la incapacidad del miembro de AA para ayudar al alcohólico a integrarse más en su propia vida. Esto es una fuente de gran dolor y decepción para muchos. Desean ayudar al ser querido a resolver sus conflictos, no sólo porque quieren que esa persona tenga una vida más equilibrada, sino también porque anhelan tener a alguien confiable de la misma manera en que ellos mismos lo son. El calificante suele ser muy exigente con el miembro de AA: su expectativa es que se responsabilice de las cosas, las arregle y las atienda, y que encubra los problemas, cree ambientes positivos, acepte condiciones desiguales y conviva con situaciones desconsideradas sin protestar. Este tipo de expectativa se llama "comportamiento alcohólico" o, si se utiliza el modelo de los padecimientos mentales, "interpretaciones distorsionadas". La negación está en el centro de la conducta alcohólica y, por reflejo, en el corazón de la conducta que lleva a las personas a AA. El miembro de AA niega que no puede hacer que el alcohólico/pensador distorsionado se vuelva consciente, honesto y responsable, porque sólo esa persona puede decidir entrar en la recuperación. AA se basa en la idea de que al decir y escuchar la verdad en las reuniones de doce pasos, la persona puede seguir amando e incluso vivir felizmente con el alcohólico activo sin esperar o exigir que también se convierta en alguien que pueda decir y escuchar y actuar a partir de la verdad sobre su propia situación.

Ser una persona con emociones desencadenadas, en cierto modo, es un componente del comportamiento alcohólico. Cuando alguien está borracho o anclado en algún otro sistema de interpretación distorsionada o de proyección, actúa

sobre su amigo, pareja o miembro de su familia no en la medida adecuada a cómo esa persona merece ser tratada, sino a partir de una propulsión provocada por otras fuerzas, como el alcohol. Normalmente, si alguien es amable, debe ser tratado con amabilidad, pero si está borracho o enfermo de ansiedad u otros trastornos del pensamiento, puede desatar la rabia, las expectativas infantiles de perfección, la intolerancia a la diferencia o el castigo por decir la verdad, porque el alcohol libera las inhibiciones. Esta impulsividad, el elemento de *lucha* del *luchar*, *huir*, *inmovilizar*, o del TLP, la *manía* de la *reacción de huida maniaca*, es parte de la experiencia general del miembro de AA. Se los culpa de problemas que no han causado y se los trata de forma que no se merecen por sus propias acciones. La afirmación de su experiencia, o la resistencia al comportamiento del alcohólico, aunque es sólo Conflicto, puede hacer que el alcohólico reaccione de manera desmedida con un desafío escandaloso, es decir, Abuso. Uno de los desafíos para el miembro de AA es no comprometerse con la conducta alcohólica ya que esta no responde a la razón, a los hechos, al orden de los acontecimientos o a la justicia general.

El rechazo que sigue al detonante, o la huida, tanto de la reacción de *lucha*, *huida*, *inmovilización* o *huida maniaca*, es lo que en AA irónicamente llaman "desapego al hachazo". Esto se considera indeseable y algo que se debe evitar hacer a otras personas. En su lugar, abogan por el "desapego", un reconocimiento de que la otra persona tiene un padecimiento (alcoholismo o algún tipo de interpretación distorsionada) y, por lo tanto, se aconseja retirar la atención de cómo se comporta el otro cuando está deteriorado. Pero no abogan por el rechazo (la parte del *hachazo*) porque también es impulsivo. Al igual que en el *mindfulness*, se propone la demora. En lugar de la meditación como táctica de demora, sugieren ir a las reuniones, llamar a los padrinos, leer o cualquier tipo de uso contemplativo y enfocado del tiempo para distanciarse del evento alcohólico. El propósito de esta demora, en AA, es que la persona piense en sus opciones: examinar qué tipos de respuestas están disponibles, considerar cuáles podrían ser sus resultados, y elegir deliberada y conscientemente: si va

a actuar, que sea de una forma acorde a sus propios valores y objetivos.

El problema del grupo “malo” de amigos, la comunidad o la familia es abordado abiertamente por AA, que considera el alcoholismo como “un padecimiento familiar”. El grupo bueno es la propia reunión, “la confraternidad”, en la que la gente escucha todo lo que tenés para decir sin interrupción mientras comparte el valor de la responsabilidad y la resistencia a la compulsión. Y vos, a tu vez, los escuchás a ellos. AA se refiere al grupo “malo”, al que llaman “personas, lugares y cosas”, como lo que hay que evitar cuando se quiere rechazar la compulsividad y pensar las cosas lo suficiente como para asumir alguna responsabilidad. Porque predica el desapego humano (es decir, no reaccionar de modo impulsivo), no rechazar, AA es por definición un programa de reconciliación. Por eso, tratan de proporcionarle a cada miembro las herramientas necesarias para que proceda con sensatez por su cuenta, con muchas personas de apoyo que están ahí para fomentar la autocrítica, la empatía con los demás y las acciones que crean serenidad.

TODOS ESTÁN DE ACUERDO: DEMORA Y COMUNIDAD RESPONSABLE

A pesar de los valores, conceptos e historias extremadamente divergentes de estas cuatro categorías de pensamiento sobre el comportamiento humano, hay dos conclusiones en las que el psicoanálisis clásico, la psiquiatría moderna y su hermanastra, la psicología pop, AA y el *mindfulness* coinciden. La reacción súbita y desencadenada a) sin considerar las opciones; b) sin mirar el orden de los acontecimientos, los motivos, las justificaciones, los contextos o los resultados; c) sin asumir la responsabilidad de las consecuencias sobre los demás y de la escalada del conflicto, y d) sin autocrítica es la fuente de la crueldad social y personal, y la causa de un gran dolor. La reacción desmedida, como se ha demostrado, agrava el problema. Todos estos sistemas recomiendan la misma táctica: *demorar*.

Y, para hacerlo, todos coinciden en que hay que estar en una comunidad: una relación, un círculo de amistad, una familia, un grupo de identidad, nación o personas que nos animen a ser autocríticos y a buscar alternativas a la culpa, el castigo y el ataque. Tenemos que estar en grupos que estén dispuestos a sentirse incómodos y a tomarse el tiempo necesario para analizar a fondo el orden de los acontecimientos, a tener en cuenta a todas las partes y a facilitar la reparación.

Familias queer, maternidad compensatoria y la cultura política de la escalada

La oposición es la verdadera amistad.

-WILLIAM BLAKE

Como cualquier grupo, una familia podría ser un ejemplo positivo de una comunidad diseñada para ayudar a sus miembros a tratar a los demás de forma justa, para evitar la búsqueda de chivos expiatorios y, en cambio, ser auto-críticos. Sin embargo, en cierto modo, la familia es un prototipo de grupo “malo”. A menudo la familia se mitifica a sí misma como la perfección, como el ideal social, y los extraños se consideran peligrosos. Gran parte del trabajo de la familia consiste en mantener una extraña versión antisocial de la “lealtad” en la que demostramos nuestro amor a sus miembros defendiendo cualquier maldad que cometen con los demás. En cierto modo, el racismo, la opresión de clase, el nacionalismo y la supremacía religiosa son sistemas basados en la familia. Están arraigados en la identificación con los demás teóricamente por la genética, la reproducción o algún simulacro de biología culturalmente construido. Los sistemas familiares son un modelo para la mentalidad de “nosotros” contra “ellos”. Dado que las familias adhieren a los gobiernos, la ideología nacionalista y el Estado, amplían el alcance institucional de su castigo.

A medida que la familia queer, cada vez más normativa, accede a esta maquinaria de la supremacía, la separación y el brazo de la ley, también corre el riesgo de convertirse, o se

convierte, en una fuerza reaccionaria. El papel de la madre permanece firmemente fijado, tanto en la sociedad como en la representación de los medios de comunicación, como un lugar de culpa y martirio, algo que para las mujeres puede reproducirse internamente. Los vínculos pueden o no ser tan precisamente genéticos o biológicos como en la mayoría de las parejas heterosexuales que tienen hijos. No obstante, desde el punto de vista psicológico, la incipiente familia queer legalmente constituida o reconocida puede construirse sobre líneas derivadas del parentesco biológico y con gestos hacia él. Esta es una de las razones por las que los problemas inherentes a las familias heterosexuales se reproducen a menudo sin demasiada innovación: el nacionalismo, la identificación de grupo, la exclusividad racial y religiosa, la falsa lealtad y la supremacía masculina, pero con parientes masculinos, compañeros, padres gays o hijos de madres queer ocupando el lugar formalmente reservado a las parejas masculinas heterosexuales. Por supuesto, el mayor desafío al feminismo siempre ha sido, y sigue siendo, la propia familia, y la familia queer quizás no sea la excepción. El imperativo social de que las mujeres se casen y sean madres ahora también afecta a las mujeres queer y es cada vez más la norma esperada. No hay escapatoria.

Ya sabemos que la familia es peligrosa, en especial para las mujeres. Pero esto sólo es cuantificable en términos de violencia física, a la vez que continúa siendo inconmensurable en términos de consecuencias emocionales. El gobierno estadounidense admite que un millón y medio de mujeres son agredidas físicamente por su pareja cada año. Otras estimaciones son mucho más elevadas. La Encuesta Nacional sobre la Violencia contra la Mujer, patrocinada por el National Institute of Justice [Instituto nacional de justicia] y los Centers for Disease Control [Centros para el control de enfermedades], curiosamente afirma que el 52% de las mujeres han sido agredidas de manera física en algún momento de su vida, pero sólo el 22% han sufrido esa violencia por parte de su pareja. ¿Quién hizo daño al otro 30%? Me parece que esta brecha es bastante sorprendente. ¿Qué les ha pasado? Casi el 60%, es decir, la mayoría de las mujeres que han sido agredidas, fueron heridas por

alguien que no era su pareja. ¿Quién fue? Parece poco probable que toda esa violencia proceda de agresiones callejeras al azar, ya que gran parte de la violencia tiene lugar entre personas que se conocen. Eso sugiere una nueva sospecha: la familia. ¿La familia es el espacio en el que la mayoría de las mujeres experimentan la violencia y el abuso sexual por primera vez?

La violencia familiar, el abuso sexual y su amenaza sin duda influyen en la forma en que muchas mujeres entienden sus relaciones íntimas cuando son adultas. Dependiendo de los niveles de conciencia y recuperación, la violencia y la violación en la infancia influirían en la forma de comportarse como adultos. Crecer en medio del caos puede dificultar ser capaces de crear un orden en la madurez. Podemos ser más propensos a empeorar las cosas, o a iniciar y escalar el conflicto como adultos si ese fue el modelo en el que fuimos criados. Como sugiere Catherine Hodes, repetir estos comportamientos no significa que los problemas en las relaciones sean culpa nuestra si salimos del modelo de víctima/perpetrador y, en cambio, nos centramos en lo que ha sucedido, por qué ha sucedido y cómo mejorar las cosas. Es nuestro trabajo como adultos conscientes superar los escenarios de culpar a la víctima, confundiendo la culpa con la participación, para que la realidad de esta conexión entre la infancia y el conflicto adulto pueda ser afrontada y comprendida honestamente. Esta idea, confundir la participación en el conflicto con la culpa, nos obliga a negarnos de forma rotunda a afrontar nuestras propias contribuciones y responsabilidades y, en su lugar, castigar.

Sería deshonesto, y muy poco útil, negar que el abuso familiar previo influye en gran medida en la forma en que las personas traumatizadas experimentan las relaciones íntimas. Si no podemos establecer estas conexiones, la familia abusiva se romantiza en lugar de entenderse. Se convierte en el prototipo de grupo "malo", ya que su silenciamiento y sus exigencias de obediencia se convierten en el modelo de una "lealtad" destructiva. Esto produce una dependencia de la familiaridad de los grupos "malos" que impide a sus miembros ser autocríticos y, por tanto, hace que desconozcan cómo crear una reparación. Dada la necesidad de control que algunas personas traumati-

zadas sienten cuando son adultas, la diferencia, en combinación con el amor y el deseo, puede resultar abusiva porque la diferencia, por definición, está fuera de nuestro control. Si, por el contrario, se detallaran estas experiencias y se hablara de ellas en una cronología de acontecimientos, el lugar de este Abuso proyectado se volvería esquivo. Habría que considerar otras fuentes de malestar. En otras palabras, la acusación de Abuso puede bloquear una conversación que podría revelar o dilucidar vulneraciones anteriores –en especial por parte de la familia– que quien reclama no sabe cómo afrontar sin ser desleal o quedar a la deriva. Esto es lo que Ilana Eloit llama “genealogía del conflicto como práctica política colectiva para la resolución de conflictos”, que es exterior al aparato del Estado y que apuesta al poder transformador de la comunidad.

LAS FAMILIAS BUENAS NO HACEN DAÑO A LOS DEMÁS

Hoy en día, un “buen” modelo de familia se basa en una ideología llamada “lealtad” o, en términos más neoliberales, “ser solidario”. A menudo se trata de un modelo en el que los miembros se reafirman mutuamente, al margen del contenido de sus vidas y de las consecuencias de sus acciones sobre los demás. Están “siempre ahí para vos”. En un sentido amplio, alaban en exceso. George W. Bush puede ser un criminal de guerra pero su familia siempre está ahí para él. Como recordó Edith Weigert sobre la observación de Harry Stack Sullivan, las familias pueden crear una “privación de indulgencia”. No se forja ninguna norma sobre cómo tratar a los demás. Pueden reproducir los sistemas de supremacía de clase y de género al no esperar que sus miembros se enfrenten y lidien con los conflictos, que aprendan a cuidar de sí mismos o de los demás, que limpien literal y espiritualmente lo que hacen o que sean auto-críticos. Como resultado, los miembros de la familia aprenden a ser explotadores y expectantes, y a creer que tienen privilegios. Aprenden a ver algunos trabajos como inferiores a ellos o algunos caminos como superiores a ellos; entienden que la responsabilidad está más allá de ellos porque siempre tienen

a mano la familia y sus recursos emocionales. Pueden llegar a exigir un nivel de supremacía de género, clase o raza sin tener que trabajar o ganarse sus comodidades. Desde la perspectiva de la familia, esto se considera “amor”.

Algunas familias burguesas “buenas” construyen su fuerza a costa de otras, sobre todo de quienes tienen necesidades o no tienen familia. Esto es inherente a la construcción de las clases burguesas: la familia dice “no” a los demás para mejorar su propio estatus; antepone sus propios privilegios y sitúa al resto del mundo como una amenaza a su tiempo y recursos, o incluso a su doble moral. Extrañamente, nos hemos engañado creyendo que este es un comportamiento responsable, a pesar de que sólo sirve al Estado y a sus clases acomodadas, no a la comunidad en general. Dicho comportamiento se define a sí mismo a partir del silencio grupal sobre las crueldades hacia los ajenos y la preservación de sus recursos para su uso exclusivo. Por supuesto, no se pide a nadie que inutilice a propósito el futuro de sus hijos impidiéndoles disfrutar de una educación superior, una atención sanitaria o buenas condiciones de vida. Por el contrario, estoy pidiendo un poco de realidad sobre el sentido, los valores y las consecuencias de otorgar a nuestros hijos burgueses el derecho a dominar, incluso cuando los que tienen tal derecho no saben cómo implementar mejor las alternativas. Estoy sugiriendo que algo de esto es inherente a las definiciones sociales de la función materna, en particular cuando se adhiere a los sistemas estatales de dominación.

Por supuesto, sé que los hombres homosexuales son padres, y que los hombres heterosexuales pueden ser padres investidos, padres solteros y demás. No obstante, las mujeres siguen ganando menos que los hombres, tienen menos capital social que ellos e interiorizan la culpa y el sacrificio como un pasatiempo nacional e internacional. Las opciones para actuar no siempre son evidentes y nadie tiene que tomar decisiones más angustiosas que los padres. Pero el compromiso real sobre las dudas y el reconocimiento social de las consecuencias de los derechos masculinos o de clase están siempre disponibles, aunque sean incómodos para todas las partes. Además, no se trata sólo de acciones individuales; son también responsabi-

lidades de la comunidad circundante: profesores, médicos, trabajadores sociales, conductores de autobús, vecinos y otras personas ajenas a la familia que pueden equilibrar la situación, algo que de hecho hacen. A veces, como profesora, mi trabajo principal es contrarrestar lo que las familias han dicho a los alumnos sobre ellos mismos, ya sea degradándolos por su género, sexualidad o intereses, o elevándolos por su raza, género, religión o nacionalidad.

La familia “mala”, tal como la entendemos, es lo contrario de este modelo de supremacía. En lugar de vincularse entre sí en detrimento de los extraños, se vuelve directamente contra sus propios miembros, degradándolos, golpeándolos, jodiéndolos o condicionándolos para que tengan comportamientos autodestructivos y socialmente perjudiciales. Como me dijo una vez mi padre, “las familias hacen cosas peores a sus propios miembros que a otras personas. Los matan, los violan, los queman en aceite hirviendo”. Y tenía razón.

El problema de esta dicotomía patológica es que, cuando las “malas” familias destruyen a sus propios miembros, producen personas tan traumatizadas que no pueden resolver problemas con los demás y se convierten en la fuente de comportamientos impulsivos y desencadenados: por ejemplo, culpar a los demás, cometer actos de violencia, sobredimensionar el daño, recurrir a la policía o al Estado en lugar de resolver el conflicto. La cuestión con las familias “buenas” es que hacen lo mismo, pero desde un lugar de exceso de privilegios y supremacía, de modo que cuando alguien es cruel e injusto, los miembros de su familia lo “apoyan” y no plantean consecuencias para sus acciones. Ambos sistemas perjudican la vida de otras personas y producen nuevos adultos que no saben ser responsables ni resolver problemas, que tienen un nivel de derecho que va en detrimento del resto del mundo mientras que los demás tenemos que convivir con esa gente, incluso aunque seamos nosotros mismos, teniendo en cuenta nuestro reconocimiento previo de que la Supremacía y el Trauma pueden existir en el mismo cuerpo.

Creo que una familia verdaderamente “buena” es aquella que se preocupa profunda y principalmente por el comportamiento de sus miembros frente a otras personas; la que en lu-

gar de reforzar la indiferencia, el comportamiento explotador, la arrogancia sobre la clase, la raza o el género, la lealtad ciega al Estado y la crueldad hacia las parejas sexuales sistematiza métodos de responsabilidad. De este modo, cada miembro de la familia crecería con una práctica amorosa de oposición, con el compromiso de la introspección psicológica, la individuación y en un medio de discusión que hace hincapié en el contexto, el objetivo y el orden de los acontecimientos. La adhesión ciega sería la definición de “deslealtad”, ya que es perjudicial para la paz y la justicia. Nuestro modelo de relaciones dentro de los grupos puede transformarse de la obediencia a la biología a la suposición biológica o el simulacro de biología al enfatizar la ética de las acciones de cada individuo, la consecuencia acumulativa y la necesidad de autocrítica. En otras palabras, la responsabilidad.

REPENSAR LA ÉTICA FAMILIAR COMO FORMA DE REDUCCIÓN DE DAÑOS

Antes de continuar, hagamos una pausa para abordar el concepto de política del “miedo” en el que una familia opera como un grupo privilegiado (tiene que ser un grupo porque los individuos no pueden castigar de la forma en que lo hacen los grupos de acoso). Un grupo familiar puede decir que tiene *miedo* para atacar o castigar a personas que en realidad están en peligro. Las familias pueden unirse injustamente para rechazar a un amplio abanico de personas, como los residentes de un refugio para indigentes propuesto al otro lado de la calle o los refugiados sirios que quiere instalarse en la casa de al lado. En su versión más íntima, las familias pueden condenar a un profesor que afirma que su hijo no sabe compartir o a una pareja sexual/romántica que piensa que un hijo adulto debería limpiar lo que ensucia o a un colega que acusa a un miembro de la familia de robo, abuso sexual o violencia. Estamos entrenados para negar, defender y desviar cualquier cosa que nos haga identificarnos con alguien ajeno a la estructura familiar en relación con una transgresión de parte de un miembro de la familia; en otras palabras, externalizamos los problemas que existen dentro de

una familia y los atribuimos a personas ajenas a la organización familiar. Estoy pensando, por ejemplo, en los vecinos que bombardearon la casa de los niños con sida en Florida en los años ochenta, quienes justificaron el acto con la lógica delirante de que se estaban “protegiendo” a sí mismos, a pesar de que no corrían ningún riesgo. Por supuesto, también ocurre lo contrario. Sigue existiendo esa clásica familia “mala” que construye su legitimidad interna en torno a mantener a uno de sus propios miembros como chivo expiatorio constante. Por otro lado, la familia “buena” culpa al de fuera, a quien se le teme por lo que pueden revelar sobre la familia y sus miembros: que la familia es humana y tiene defectos.

Dado que el racismo, el nacionalismo, la opresión de clase y la supremacía religiosa son todos sistemas basados en la familia, la “lealtad” familiar heteronormativa construida tradicionalmente es una táctica primaria para buscar chivos expiatorios, rehuir, culpar, involucrar al Estado y otras proyecciones destructivas para las relaciones humanas. Estos elementos consisten en elevar a aquellos que tienen algún tipo de similitud genética o conexión basada en la reproducción asumida o asignada, incluida la negatividad del VIH, por encima de otros seres humanos. Esto se opone al valor de liberación que se tenía antes, según el cual todos los seres humanos, por el hecho de haber nacido, merecen cuidados, reconocimiento, protección, justicia y oportunidades. Sustituye el cuidado grupal por la privatización tanto emocional como material. Estos procesos, como escribe Nan Alamilla Boyd en su artículo “Sex and Tourism: The Economic Implications of the Gay Marriage Movement” [Sexo y turismo: las implicaciones económicas del movimiento del matrimonio gay], “premiar a los cuerpos dóciles (gays y lesbianas) con la ciudadanía”.

La base biológica de la inclusión se reproduce de forma interesante en la versión contemporánea de la familia queer aprobada por el Estado. En estos casos, a menudo el amor crea el interés por tener hijos juntos, como también el tener hijos juntos es un marcador externo que demuestra el amor. Pero en muchas de estas familias, el sexo y la reproducción no tienen ninguna relación; sin embargo, prevalece una especie de simu-

lacro de sexualidad reproductiva cuando las madres lesbianas buscan donantes con marcadores biológicos que sustituyan una fantasiosa reproducción sexual entre mujeres. Esto es más evidente en las parejas femeninas interraciales o interculturales, en las que las mujeres buscan donantes que representen la raza del progenitor no biológico o que se acerquen a ella para que el niño se parezca a una imaginaria fusión biológica de ambos. Todo el mundo sabe que ese niño no ha sido producido por las dos mujeres que tienen relaciones sexuales y, no obstante, eligen una combinación biológica que imagina que sí. Esto complica muchas cosas, una de ellas es permitir que las familias de cada madre integren al niño por su raza o su físico como parte de su concepto de tribu. El elemento racial representa una especie de semejanza y permite que las categorías más amplias de estratificación del grupo también admitan al niño en su sistema de *insiders/outsideers*. Si ese grupo en particular implica algún tipo de supremacía, de interioridad, de aceptación o de ternura especial, la significación racial del donante servirá de apoyo porque da la ilusión de la biología heterosexual y de sus inherentes identidades de grupo.

Para evitar la sobredimensión del daño en defensa de las estructuras familiares negativas, es nuestra responsabilidad entender qué dinámicas constituyen amenazas reales a la decencia humana y no amenazas a los sistemas supremacistas. Nuestro trabajo es reducir el daño en el sentido más amplio. Intrínseco a este objetivo está el conocimiento de que todos los seres humanos merecen ser escuchados y considerados. En el ámbito gubernamental, las personas empáticas rechazan la dicotomía *insider/outsider* según la cual los ciudadanos son seres superiores a los que los no ciudadanos o los residentes de naciones más débiles deben servir. Lo rechazamos porque perjudica a los que están fuera y privilegia a los que están dentro. De manera similar, deberíamos pedir lo mismo a las familias. La separación entre los miembros de la familia tradicionalmente contruidos y los que no lo son en términos de una ideología basada en el “derecho” a los recursos, la bondad, el acceso y la responsabilidad está en el corazón de la mayoría de nuestros sistemas de injusticia.

LAS FAMILIAS QUEER Y LA IDEOLOGÍA SUPREMACISTA

El hecho de que una familia sea queer no la exime de esta verdad. Como la ideología profamilia ha llegado a dominar a las comunidades queer, rápidamente estamos olvidando todo lo que aprendimos sobre la familia cuando aún éramos feministas y observábamos cómo todas las instituciones sociales afectaban a las mujeres.

¿Cuáles son los valores colectivos de mayor amplitud en un entorno en el que la comunidad queer está dominada por la política profamilia/pronatalista y, a la vez, tiene más acceso y comodidad con el Estado, la ley y los modos oficiales de represión y castigo? Con este giro hacia la dominación llega una nueva relación para las personas queer blancas y económicamente funcionales para el gobierno, ya que la familia goza de una relación con el Estado que el individuo no tiene. Cada vez más familias queer que se encuentran dentro de grupos raciales, de ciudadanía y de clase con derecho a ello acceden a los poderes gubernamentales de ejecución que los individuos y las comunidades sin derechos no pueden alcanzar. Como algunas personas queer se sienten cada vez más “normales”, se identifican más con el Estado y están más dispuestas a pedirle que castigue a otros en su nombre. El discurso de la seguridad, el peligro y la protección puede convertirse en un lugar de intersección del Estado y la familia contra el individuo, incluido el individuo queer.

Curiosamente, esto se manifiesta de forma más drástica en la categoría de la blancura. Tras la Guerra Civil, la Unión reconstituida tuvo que reorganizar sus hostilidades para mantener la supremacía blanca. Así, comenzó un período de “Reconciliación Blanca”. Entonces se organizaron encuentros o reuniones conjuntas de soldados blancos de la Confederación y de la Unión como eventos anuales de unidad. Los negros que habían sido esclavos o soldados estaban excluidos. Había que reunir a la raza blanca. Dado que la familia es, para muchos, la raíz de la identidad racial, podemos ver que el matrimonio gay legalizado desempeña un papel similar en la unificación de la “raza blanca”. Los heterosexuales llevan mucho tiempo

mostrando su interés por apoyar formas de vida que reflejen las suyas y rechacen la diferencia. Antes de la decisión de la Corte Suprema en la primavera de 2015, había más estados de Estados Unidos que habían legalizado el matrimonio igualitario en comparación con los que brindaban protección contra la discriminación a personas LGBT o financiaban abortos mediante el Medicaid. Para ese verano, el matrimonio entre personas del mismo sexo se mantenía a nivel nacional, mientras que el aborto, el control de la natalidad y el derecho al voto de los estadounidenses negros seguían viéndose impedidos. Por eso a las familias queer les va mucho mejor que a las personas queer que no forman parte de una familia y les va mucho mejor que a las mujeres en general. Las personas queer blancas tienen el favor de los tribunales por sobre cualquier persona negra. Hay recompensa cuando los heterosexuales se ven reflejados en nuestras vidas y desprotección cuando el factor es la diferencia. Y, por supuesto, el pronatalismo es alentado para las mujeres homosexuales, mientras que el rechazo a la maternidad es continuamente obstruido para las mujeres que tienen sexo con hombres.

Antes de que las personas queer obtuvieran el reconocimiento legal y se organizaran en las mismas estructuras que utilizan, con las que se identifican y refuerzan los heterosexuales, era más común la separación de las personas queer blancas de su grupo familiar/racial. La homofobia familiar empujó a algunas personas queer fuera de sus familias y pueblos blancos, apartándolas del dinero procedente de la adquisición de clase de su familia blanca. De este modo, algunas personas queer blancas y burguesas se trasladaron a los centros urbanos y se situaron en el centro de las comunidades maricas, las cuales eran más multirraciales y con personas de diferentes clases que las que había en sus entornos heterosexuales de origen. Hoy en día, con la prevalencia del matrimonio y la paternidad gay, y con la llegada de las familias nucleares gay y la normalización de los partos queer, se está produciendo una especie de reconciliación blanca. Dentro de este movimiento, las personas queer blancas que se reúnen en familias nucleares son readmitidas en sus familias de origen y retoman sus posiciones

en sus formaciones de raza y clase. Esto no sólo rompe la comunidad mixta de amigos queer, sino que también retira recursos y acceso a esos amigos. Estas familias queer blancas se vuelven a alinear con el Estado que las mantenía en la ilegalidad generalizada hace menos de una generación. Y eso, por supuesto, produce una inversión en estructuras sociales injustas que antes rechazaban pero que ahora potencian a las familias queer blancas. Esto va acompañado de un cambio de paradigma en los valores, desde la protesta desde abajo, arraigada en una visión de la libertad, hasta una privilegiación de la desigualdad y la corrupción.

La ideología de la supremacía familiar y de la intocabilidad plantea todo tipo de dilemas cuando los individuos entran en conflicto con los miembros de la familia que apelan a la formación del grupo “malo” para evitar la resolución de problemas. Estos síntomas son tanto internos como externos. ¿Qué ocurre cuando las familias son destructivas para los de afuera? ¿Qué ocurre cuando los sistemas familiares inflan el poder de algunos miembros y destruyen la vida de otros, por ejemplo, mediante el sexismo? ¿Quién es responsable entonces? ¿Quién tiene que rendir cuentas? ¿A quién le corresponde intervenir? Cuanto más poder y centralidad tiene la familia en la vida queer, mayores son las consecuencias que los sistemas familiares disfuncionales tienen en la comunidad en general. Ha llegado el momento de entablar una conversación abierta sobre la responsabilidad de los amigos queer en respuesta a los sistemas familiares corruptos o, como los llamamos más amablemente, “disfuncionales”. Se trata de una conversación complejísima que sólo puedo introducir de forma preliminar, porque la conjunción de la familia queer, el Estado y la política de la falsa lealtad nos trae preguntas verdaderamente cruciales sobre la ansiedad, el miedo, el trauma, la proyección y todas las cuestiones emocionales que hay detrás de la familia, la dominación y la seguridad. Tenemos un enorme desafío ahora que la comunidad de amigos queer se enfrenta a una profunda transformación por la ideología profamilia queer, una ideología que construye la idea de que las personas están unidas como una estructura social de “protección” contra los extraños, quienes

son una “amenaza”. Para que no lo olvidemos, esta es la misma construcción que victimizó a muchos de nosotros de manera fundamental en relación con nuestras propias familias.

La política profamilia en la comunidad queer ha sobrepasado muchas cosas que antes entendíamos pero que ya no recordamos. El cuidado de los niños se ha privatizado en lugar de colectivizarse. Curiosamente (y dejó a los historiadores la tarea de trazar esto), las lesbianas del movimiento feminista de los años setenta y ochenta, antes de la aparición de la mentalidad pronatalista, eran mucho más activistas en favor de un cuidado infantil de calidad, que se consideraba uno de los temas que se agrupaban como “derechos reproductivos” (derecho al aborto, control de la natalidad asequible y seguro, fin del abuso de la esterilización, derechos de las lesbianas y cuidado infantil de calidad). Pero en nuestra ideología queer profamilia contemporánea, no hay un movimiento visible de gays o lesbianas por los derechos de cuidado de los niños. Se han olvidado nuestras ideas sobre el consumismo de la vida privatizada. Hemos perdido mucho terreno imaginativo y también complejidad emocional en la forma de hablar y entender las relaciones. Y, lo que es más importante, las ideas artificiales sobre los padres perfectos, los hijos ideales y el romance de libro de cuentos nos hacen mucho daño a muchos de nosotros. ¿Cómo se manifiesta la diferencia de ingresos entre mujeres y hombres en las familias queer? Veo cada vez más que las jóvenes homosexuales obtienen la aceptación de sus familias basándose en la expectativa de que se casarán y tendrán hijos. ¿No es reaccionaria cualquier ideología que empuje a las jóvenes al matrimonio y la maternidad? ¿Qué pasa con los padres homosexuales y la maternidad subrogada o la contratación de mujeres para el cuidado de los niños? Hay todo tipo de ansiedades, proyecciones e interpretaciones distorsionadas en nuestros conceptos de paternidad.

La maternidad sin pareja, que es significativa entre las mujeres queer, tiene sus propios obstáculos emocionales específicos. La autopercepción como fracaso romántico o como pareja fracasada puede ser borrada por el tipo de normatividad que produce la maternidad. Las mujeres homosexuales sin pare-

ja son especialmente vulnerables a la promesa de legitimidad y valía social si subsumen el sexo y el amor a la crianza de los hijos, en especial, de hijos varones. Sus incontrolables sexualidades lésbicas pueden haber resultado un fracaso y su deseo de imitar la normalidad heterosexual también puede haber fallado. Sin embargo, lo único que hicieron bien fue tener hijos. Es doloroso ver a mi hermosa generación, a la que quiero tanto y valoro profundamente, quedar marcada por estas derrotas y reconstruida sólo por su papel social de madres. El hecho de que sean personas homosexuales las que inicien la disfunción familiar, en lugar de estar en el extremo receptor, no hace que estas cosas sean menos duras.

A medida que la comunidad queer se satura cada vez más de “valores” e imperativos familiares, vemos un mayor privilegio de la “familia”, aunque sea corrupta y perjudicial, sobre la comunidad de amigos. Priorizar las relaciones familiares destructivas frente a los amigos es emocional y psicológicamente perjudicial dentro de la comunidad queer, al igual que lo es dentro de la sociedad heterosexual. Sé que es difícil pero, para abordar esto, tenemos que incorporar algún método para hablar de forma realista y humana sobre el dolor psíquico, la ansiedad, la proyección y el trauma en los modos de entender las familias. No podemos comprender la política familiar si ignoramos las cuestiones emocionales.

LA MATERNIDAD COMPENSATORIA Y LA NECESIDAD DE CULPAR

En la construcción de la maternidad y de la idea de una “buena madre”, predomina el modelo de autosacrificio. El sacrificio al “niño” es símbolo de buena ciudadanía: al servicio de los valores de la sociedad, del Estado, del grupo. La maternidad, tal y como se la conceptualiza en el contexto gay y en el heterosexual, se supone que es compensatoria. Se asume que las madres deben compensar a sus hijos por el dolor y la desigualdad en el mundo. Pero si somos realmente feministas, sabemos que la madre también es una persona. Tiene un cuerpo, tiene una

sexualidad, tiene sueños para su propia vida. Hay cosas que quiere y necesita. Hasta cierto punto, estos deseos no pueden ser prioritarios sobre la protección y el desarrollo de sus hijos. Pero esta información debe integrarse en la visión del mundo de los niños para que no crezcan y se conviertan en adultos, sobre todo en hombres adultos, que esperen y crean que las mujeres están en el mundo para servirlos durante el resto de sus vidas. Igual de importante es la experiencia de la madre soltera de mediana edad que se ve privada de una intimidad adulta en igualdad de condiciones como lugar para aprender sobre sí misma y su sexualidad, mientras no se exploran que sus causas fundamentales ni se discute su impacto en sus compañeros.

En 2011, *The Chronicle of Higher Education* informó que casi una quinta parte de los hombres de entre 25 y 34 años seguía viviendo con sus padres; cifra que no incluye a los hombres que viven fuera de casa pero que son económicamente mantenidos por sus padres o por sus parejas femeninas. En el caso de las mujeres, sólo el 10% vive en casa a esa misma edad. A pesar de que los hombres ganan más que las mujeres por el mismo trabajo, la cantidad de mujeres que abandona la familia para cuidar de sí misma y de los demás es el doble. Esto puede deberse a varias razones. Las mujeres pueden experimentar más dominación dentro de las estructuras familiares, mientras que los hombres tienen más libertad. Es posible que se espere que las mujeres trabajen para los hombres de la familia y los cuiden, mientras que los hombres pueden tomar sus propias decisiones sobre cómo comportarse. Sean cuales fueren las causas, los hombres adultos se quedan en casa y, a menudo, eso significa que sus madres cuidan de ellos. A menudo, con madres solteras o padres emocionalmente ausentes, esto deja al hijo adulto como el principal compañero de la madre en la intimidad doméstica: la persona con la que habla al final del día, la persona en torno a la cual organiza financiera y emocionalmente su vida. Así como este tipo de hombre tiene problemas para ser a su vez un cuidador del resto del mundo, también es distorsionante para su madre.

Teniendo en cuenta aspectos raciales y de clase, los hombres blancos con estudios son las personas más empleadas en

Estados Unidos, Canadá y Europa. A algunos adultos racializados o con escasa formación, el desempleo los mantiene en casa mientras que, para algunos hombres adultos blancos y con buena formación, quedarse en casa los mantiene desempleados. Si bien la opresión o la degradación de las mujeres dentro de la familia hace que se independicen y se vayan, es la disminución de las mujeres en la familia lo que mantiene a los hombres infantilizados. La homofobia en las familias también puede haber producido un pensamiento más independiente y un impulso de expresión para las personas queer de la familia, mientras que una asimilación más normativa en las estructuras familiares puede generar una mayor conformidad con los roles de género. En los hogares en los que los hermanos, los hijos, los miembros masculinos de la comunidad, los padres y las ex parejas explotan a las madres, se supone que estas deben compensar la carga de las expectativas normativas y razonables de responsabilidad y rendición de cuentas. ¿Qué derechos emocionales tienen las madres queer frente a los hijos adultos, en especial ante los hijos varones adultos? ¿Se espera que lo sacrifiquen todo para siempre? En marzo de 2014, la columnista de *The Atlantic* Hanna Rosin escribió lo siguiente en un artículo sobre las familias blancas de la clase burguesa:

Una de las preocupaciones habituales de los padres hoy en día es que los niños crecen demasiado rápido. Pero a veces parece que los niños no tienen espacio para crecer, sino que se convierten en expertos en imitar los hábitos de la edad adulta. Como muestra la investigación de Hart, antes solían asumir responsabilidades de manera gradual, año tras año. Cruzaban la calle, iban a la tienda; con el tiempo, algunos conseguían pequeños trabajos en el barrio. Su orgullo estaba envuelto en la competencia y la independencia, que crecía a medida que probaban y dominaban actividades que no habían sabido hacer el año anterior. Pero hoy en día, por lo menos los niños de clase media, se saltan estos hitos. Pasan mucho tiempo en compañía de los adultos, por lo que pueden hablar y pensar como ellos, pero nunca adquieren la confian-

za necesaria para ser verdaderamente independientes y autosuficientes.

El artículo de Rosin continúa ofreciendo algunas ideas nuevas y provocativas. A pesar de lo enriquecedor que puede ser para un niño aprender de sus padres, la escuela debería iniciarlos en el camino de aprender a individualizarse, a desarrollar su propio mundo, sus propios hábitos, responsabilidades y relaciones; a vivir por su cuenta, a mantenerse y a ayudar a los demás. Necesitan tener sus propios secretos, sueños, experiencias privadas e independencia. Y lo mismo sus madres, a menos que pensemos que está bien que la vida emocional de una mujer se acabe a los 50 años. Como aclara el artículo de Rosin, los niños que pasan demasiado tiempo con sus padres y no se individualizan pueden imitar a los adultos y asumir su afecto, su vocabulario y sus gestos pero, sin embargo, se trata de una fachada. No han crecido de verdad, es decir, no han aprendido a cuidar de sí mismos y de los demás; se convierten en adultos temerosos y poco creativos, aunque imiten los gestos de los adultos que significan audacia y creatividad. “Cómo se desarrollan las vidas en una sociedad revela muchísimo sobre esa sociedad”, escribe Rosin.

La idea de que las madres deben distorsionar su propia vida para compensar el mundo en la vida de sus hijos es primordial. Pero muchas muchísimas madres también se imaginan que están compensando las privaciones de su propia infancia: nadie las escuchó nunca, así que producen hijos monologantes y “mansplaining”; nadie las ayudó nunca, así que infantilizan a sus hijos durante la edad adulta; ella quería ser escritora y no tuvo ningún estímulo paterno, así que mantiene económicamente a su hijo durante años para que escriba un libro que no tiene ninguna capacidad de crear; o puede trabajar largas horas para proporcionarle una vida en el sector privado que ella nunca tuvo, produciendo un hijo privilegiado y con derechos, que no tiene idea de cómo hacer el trabajo que está acostumbrado a recibir.

Esta relación madre/hijo que intenta compensar la propia infancia carente de la madre es también un sustituto proyec-

tado para el trabajo de corregir, de manera retrospectiva, el propio dolor. Una de las falacias sobre el contexto queer supone que las madres queer de alguna manera son inherentemente feministas porque lograron separarse de la heterosexualidad. Sentirse atraída o incluso amar a una mujer no tiene relación con tratarla a ella, y por extensión tratarse a sí misma, como una persona que importa. Por un lado, las lesbianas se dan significado en privado, y aún esto requiere trascender los mensajes de toda la vida sobre la falta de valor de las mujeres. Tratar a otra mujer con decencia, cuidado, perdón y flexibilidad no es un impulso automático.

También existe la idea adyacente, reconfortante pero falsa, de que los hijos e hijas de las lesbianas son intrínsecamente feministas. Como no tienen modelos de poder masculino íntimo en casa, de alguna manera se supone que extrapolan una conexión sobre el rechazo del privilegio masculino hacia el mundo. Pero el feminismo, o la personalidad plena y completa de las mujeres, es una idea que cada ser humano tiene que hacer el trabajo de explorar, construir una relación con ella y entender cuáles deben ser sus propios cambios para formar parte de ella. "On ne nait pas féministe, on le devient" [No se nace feminista, se llega a serlo], decía Simone de Beauvoir. Conozco a un hombre que se autodenomina "ecofeminista", pero espera que su madre y su compañera limpien lo que él deja. Así que en realidad no es ni eco ni feminista. Su madre cree que lo es porque en su familia biológica las mujeres compraban, preparaban, cocinaban, servían y limpiaban para los hombres en cada comida. Su hijo cocina sus propios huevos por la mañana y a veces prepara los de ella. Por eso cree que es feminista, aunque a menudo deje la sartén sucia en el fregadero.

La política es una consecuencia de cómo una persona entiende su experiencia. Así, el hijo de una feminista no es feminista. Puede llegar a serlo, pero tendría que aprender a no explotar a las mujeres, incluida su madre. Además, en este mundo, es responsabilidad de sus compañeros asegurarse de que entienda lo que eso realmente significa. Sus amigos tienen que educarlo tanto como sus verdaderos padres, porque ahí es donde se establecen los auténticos valores: en el conflicto en-

tre lo que nos dicen nuestras familias y la realidad del mundo. Tenemos que separarnos de nuestras familias para llegar a esta evaluación en la que construimos nuestros propios entendimientos y valores, que tomamos tanto de la comprensión crítica de lo que hemos experimentado como de lo que no.

En las noticias, mientras escribo esto, un hombre en Rumania robó algunos cuadros de obras maestras (Monet, etc.) y los escondió en la casa de su madre como parte de una fantasía de que de alguna manera se le ocurriría vender estos cuadros para pagar sus deudas. Su madre tenía miedo de que lo atraparan, así que los destruyó quemándolos en el horno. Esta mujer decidió que debía castigar a toda la civilización presente y futura, así como a sí misma, en lugar de dejar que su hijo se hiciera responsable de las consecuencias de sus actos. Hay algo en el aparato cultural que ha imbuido a esta mujer con la autopercepción de que si hace daño al mundo y a sí misma, y mantiene a su hijo en un estado de dependencia, entonces, es una "buena madre".

Toda persona necesita ser criada. Con esto quiero decir que toda persona necesita ser ayudada, alentada y apoyada para que se haga responsable de sí misma y de los demás, para que no se sienta amenazada por tener en cuenta a otras personas y no tema la diferencia.

Hace tiempo que sabemos que el Estado se alinea con las familias en función de la clase y la raza. Las familias que necesitan ayuda económica y apoyo, o que se enfrentan a las consecuencias de la opresión y la agresión social, suelen ser derrotadas por el Estado. Las familias queer que encajan en el perfil de clase y raza de la supremacía y raza cada vez más son invitadas a este pacto nacionalista con el diablo. Hoy en día, la familia es un nuevo Estado-nación queer que hay que posicionar como el centro de la cultura, la fuerza civilizadora, lo más importante. Así me lo dijo el escritor Dudley Saunders:

Estamos enseñando a nuestras familias que no son parte de un mundo, que no tienen responsabilidades con los demás; que son superiores y están por encima de todas las demás relaciones humanas. Es casi como la realeza.

Se entrena a la familia para que sólo existan personas dentro de la estructura. De esta manera, la estructura familiar se vuelve algo que realmente hace imposible la vida en sociedad.

La frase "familia elegida" me hace temblar de miedo. Prefiero el término mucho más valioso "amigo". Un verdadero amigo puede ser un pariente de sangre o legal; puede pertenecer al mismo grupo, barrio o lugar de trabajo; puede formar parte del mismo grupo racial, cultural, religioso o nacional. Pero un verdadero "amigo" hace las preguntas correctas sobre la categoría en sí misma, y así la trasciende. Un verdadero amigo mantiene la conversación.

TERCERA PARTE

SUPREMACÍA/TRAUMA Y LA JUSTIFICACIÓN DE LA INJUSTICIA: LA GUERRA ISRAELÍ CONTRA GAZA

Ver el desarrollo del genocidio en tiempo real: Gaza a través de Facebook y Twitter, 2 de junio al 23 de julio de 2014

Mis derechos no pueden estar sujetos a tus sentimientos.

—SA'ED ATSHAN

En nuestro momento actual, un desastre humano arraigado en la sobreidentificación con la lógica del grupo “malo” o de la familia sin autocrítica que viola descaradamente la decencia humana es la Ocupación de Palestina y la represión y asesinato de palestinos por parte de los israelíes. Como en todas las construcciones del otro como monstruo, la Supremacía Judía es una manifestación pura de “lealtad” sin oposición, una creación enraizada en el espejo de la Supremacía y el Trauma. A su vez, una de las aplicaciones más flagrantes y letales de esta falsa acusación de daño como justificación de la crueldad es la forma en que la resistencia palestina a la ocupación israelí ha sido patologizada en lugar de apoyada. Mientras escribía el primer borrador de este libro, durante el verano de 2014, el mundo observaba cómo Israel desataba una serie claramente injustificable de actos de destrucción en Gaza. Y, a medida que se desarrollaba, todos los elementos de las falsas acusaciones entraban en juego.

Lo que hizo que esta agresión fuera diferente a los eventos anteriores contra los palestinos, o contra otras personas oprimidas pero patologizadas, fue que se desarrolló en vivo, ante nuestros ojos, a través de las redes sociales. Mientras que en el pasado dependíamos de las corporaciones televisivas y la pren-

sa escrita para obtener información y contexto, la matanza de Gaza tuvo lugar en Twitter y Facebook, con un grado de detalle gráfico que hizo posible eludir los informes oficiales. Los palestinos, que habían sido rechazados y por lo tanto invisibles para los estadounidenses, ahora eran vistos y escuchados en la cúspide del sufrimiento humano. Los eventos se llevaron a cabo de una manera que no había estado disponible en ningún otro momento de inflexión histórica de la crueldad. Como me dijo la cineasta palestina-estadounidense Nadia Awad, “imagínate si el Holocausto o la esclavitud se hubieran desarrollado en Facebook”. Pensé en el levantamiento, y posterior liquidación, del gueto de Varsovia como comparación directa con la matanza en Gaza, mostrada en vivo para que todos la vean.

Acá quiero establecer *el orden de los hechos* o la “genealogía” desde la cual recrear mi propia experiencia personal acerca de cómo tomé la información de Twitter y cómo la digerí a través de Facebook. Se trata de compartir mi propio proceso de reconocimiento individual a lo largo de las primeras semanas de la masacre, del 2 de junio al 24 de julio de 2014, con el fin de subrayar los términos en que las interpretaciones distorsionadas, la proyección, el rechazo y la insistencia en reducir al otro a la imagen totalizante del “monstruo” fueron visibles, y de qué modo la resistencia al Abuso fue reconstituida como su justificación.

LA ESTRATEGIA DE LA ACUSACIÓN FALSA

2 de junio de 2014

Dos reporteras del *New York Times* enviadas para realizar la cobertura del conflicto en Israel, Jodi Rudoren e Isabel Kershner, compartieron un artículo sobre lo que reconocieron como un evento innovador: “With Hope For Unity, Abbas Swears in a New Palestinian Government” [Con la esperanza de la unidad, Abás jura en un nuevo gobierno palestino]. Después de siete años de conflicto, el primer ministro Ismail Haniya de Hamás, elegido democráticamente para representar a Gaza, y el presidente Mahmud Abás de Fatah, elegido democráticamente para representar a Cisjordania, declararon que “se ha dado vuelta

para siempre una página oscura de la historia”. La redacción del titular del *Times* subrayó no sólo el sesgo del periódico hacia Abás y Fatah, sino también la insistencia en que su benevolencia era el núcleo de esta unificación. Después de siete años de amarga división, Abás confirmó: “Hoy restauramos nuestra unidad nacional. Todos somos leales a Palestina”. La ceremonia tuvo lugar seis semanas después de que la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), dominada por Fatah, firmara un pacto con Hamás que allanaba el camino para un gobierno unido.

“Los palestinos”, informó el *Times*, “también se están preparando para sanciones punitivas por parte de Israel”. Las autoras citan las declaraciones de Benjamin Netanyahu, el primer ministro israelí en respuesta: “Israel no llevará a cabo negociaciones diplomáticas con un gobierno palestino respaldado por Hamás”. Como practicante del rechazo y la evasión, Netanyahu no accedería a este tipo de negociación, sobre todo porque sabe que no tendría el control unilateral en ella. El secretario de Estado John Kerry, por otro lado, fue claro en que Estados Unidos trabajaría con el nuevo gobierno producto de la unidad. “Israel”, dijo un asesor de Netanyahu, “está profundamente decepcionado por la posición de Estados Unidos”. El *Times* continuó informando que el nuevo gobierno estaría dirigido por el primer ministro Rami Hamdallah, un lingüista y ex rector de la universidad. Los dieciséis ministros de su gabinete incluían a tres mujeres y cuatro residentes de Gaza, a quienes Israel les prohibió viajar para asistir al juramento. Haniya, el Primer Ministro saliente de Hamás, dijo: “Mostramos una gran flexibilidad para lograr que este gobierno tenga éxito. La tarea del gobierno no será fácil; cooperaremos con él y lo aceptaremos”. Abás reconoció que las sanciones israelíes estaban cerca: “Somos conscientes de que enfrentaremos dificultades”, informó el *Times*. “Pero el tren de la reconciliación se ha puesto en marcha y no volveremos al conflicto ni a la escisión.”

12 de junio

Diez días después, tres adolescentes judíos de Kfar Etzion, un barrio ilegal asentado en Cisjordania entre Belén y Hebrón,

fueron secuestrados mientras hacían dedo para llegar a sus casas desde su yeshivá. Luego se revelaría que uno, Gilad Shaer, hizo una llamada desesperada a Moked 100, el 911 de Israel. Cuando la cinta llegó a los servicios de seguridad a la mañana siguiente –desatendida durante horas por el personal de Moked–, se escuchó al adolescente susurrar: “Me secuestraron” (“hatfu oti”), seguido de gritos que decían “¡Cabeza abajo!”, luego sonido de disparos, dos gemidos, más disparos y luego un canto en árabe. Esa noche, los buscadores encontraron el Hyundai de quienes habían realizado el secuestro abandonado, prendido fuego y con ocho agujeros de bala, además del ADN de los adolescentes en cuestión. No había duda de que habían sido asesinados. Pero el gobierno israelí mintió sobre su conocimiento de la muerte de estos jóvenes. En cambio, culpó públicamente de los secuestros a “Hamás” y comenzó a “buscar” a los chicos como si todavía estuvieran vivos.

“Este es el resultado de darle el gobierno a una organización terrorista”, dijo Netanyahu a John Kerry.

De hecho, el crimen había sido cometido por miembros de un clan local de Hebrón que pertenecía a Hamás, pero actuaba sin el acuerdo o conocimiento de los líderes de esa organización. Su plan original era secuestrar a un israelí y usarlo para un intercambio de prisioneros; cuando recogieron a uno que estaba haciendo dedo, él invitó a sus dos amigos, pero el hebreo de los secuestradores era demasiado limitado como para comunicarse y poder separarlos. El plan fallido se les volvió definitivamente en contra cuando se hizo la llamada de teléfono y los tres jóvenes fueron asesinados en ese mismo momento a sangre fría. Khaled Meshal, el líder político exiliado de Hamás que, en principio, veía el secuestro para un posible intercambio de prisioneros como una acción legítima, dijo sobre el liderazgo de Hamás: “No teníamos conocimiento de que iba a suceder esta acción”. Y dijo que se enteró “de eso por investigaciones israelíes”.

En Israel, el dolor y la ira por la desaparición de estos chicos creció rápidamente mientras la mentira de que todavía estaban vivos se extendía durante dos y hasta tres semanas. Se realizaron manifestaciones en todo el país y en las comunidades

judías de todo el mundo. Los padres aparecían todo el tiempo preocupados en la televisión suplicando por el retorno de sus hijos. Una de las madres habló ante las Naciones Unidas en Ginebra para rogar por la vida de su hijo. Los judíos de todas partes estaban angustiados por la representación gubernamental de la monstruosa, continua y abrumadora amenaza totalizadora del terror árabe bárbaro plagando Israel.

La denominada “búsqueda” en principio se centró en el área de Hebrón, al sur de Cisjordania. Los soldados israelíes entraron por la fuerza a hogares palestinos y desataron una forma de invasión generalizada que comenzó a ser informada por toda Cisjordania. Estas incursiones forzadas iban acompañadas de detenciones masivas de residentes de Cisjordania que, se decía, eran miembros de Hamás. Las acciones de los israelíes escalaron rápidamente hasta convertirse en la más grande operación militar en Cisjordania desde la Segunda Intifada. Durante los siguientes dieciocho días, con el pretexto de “buscar” a los miembros de Hamás que supuestamente retenían a los adolescentes, cuatrocientos palestinos fueron arrestados, cinco mil casas fueron allanadas y seis palestinos fueron asesinados por disparos israelíes.

Estas acciones me recordaron los pogromos antijudíos iniciados contra mis antepasados pobres en los *shtetls* o guetos rusos durante el tiempo del Zar, o cualquier evento similar donde un gran número de civiles era castigado por las acciones de unos pocos. En este caso, las afirmaciones falsas de Israel de que Hamás tenía a los adolescentes como rehenes, cuando en realidad el gobierno sabía que ya estaban muertos, intensificó elementos fascistas y paranoicos en la población judía a tal punto que empezaron a hacerse públicas formas de vigilancia y disturbios callejeros contra los palestinos.

29 de junio

Un ataque aéreo israelí contra un escuadrón de cohetes mató a una cuadrilla de Hamás. Hamás protestó. Al día siguiente respondió con un nuevo bombardeo de cohetes, el primero desde 2012. El alto el fuego había terminado.

1º de julio

Dos días después, luego de tres semanas de constantes violaciones, arrestos y violencia callejera, el gobierno israelí anunció que había encontrado los cuerpos de los jóvenes debajo de unas piedras. Benjamin Netanyahu, en su anuncio, citó al poeta hebreo modernista Jaim Najman Biálik: “Venganza [...] por la sangre de un niño pequeño, / es algo que Satanás aún no ha creado”. Añadió: “Hamás es responsable, y Hamás pagará”. La oficina del primer ministro tuiteó esas líneas también. Ese mismo día, Hanan Ashrawi, de la OLP, le dijo a Al Jazeera que “la escalada israelí ya ha tenido lugar, y ahora tienen una excusa para una mayor”.



Ali Abunimah

Nunca escuché a la BBC World Service cubrir un funeral palestino, y mucho menos con la profundidad y emoción que cubrió el funeral de tres israelíes.



Ali Abunimah

Los medios reflejan los valores del *apartheid* y el colonialismo: las vidas y muertes de los miembros de una sociedad colonial son más valiosos para hacer notas y para ser noticia.



Rania Khalek

Mientras tanto, el gobierno israelí puede lanzar llamados belicosos de retribución vengativa contra toda la población palestina casi sin problemas.

También en ese trascendental 1º de julio, un palestino de 17 años llamado Mohamed Abú Judeir, del barrio de Shufat, en el este de Jerusalén, fue secuestrado por una pandilla judía racista. Le tiraron gasolina por la garganta y lo prendieron fuego.

2 de julio

Mi amigo, un arquitecto palestino, publicó en Facebook:



Las “turbas extremistas de linchamiento” que atacan a los palestinos en las calles de Jerusalén no son una anomalía. No provienen de un estado de excepción sino precisamente de lo cotidiano, donde los palestinos son residentes de segunda y tercera clase de la ciudad, descartables, sin voz y “árabes”. La misma realidad que permite demoliciones de viviendas y detenciones extrajudiciales en áreas palestinas de Jerusalén permite que haya turbas extremistas deambulando por las calles, y sólo intervienen para ocuparse de ellas cuando el mundo está mirando.

Era un tren fuera de control. Una nación entera teniendo un episodio *borderline*: actuación impulsiva, justificada por mentiras y la eliminación de cualquier discusión sobre el propio comportamiento. El rechazo total de la perspectiva palestina, sin justificación alguna, instruyó negativamente a la comunidad para obedecer y alimentar las llamas de la agresión o, en su defecto, permanecer en silencio. ¿Y qué hizo el mundo alrededor? Las objeciones ante este chivo expiatorio, castigo inmerecido y deshumanización generalizada fueron mínimas. La portavoz de derechos humanos de la ONU, Ravina Shamdasani, dijo: “Instamos a todas las partes a que se abstengan de castigar a las personas por delitos que no han cometido personalmente o de imponer sanciones colectivas”. Pero poco más que ese suspiro se escuchó.

Unas horas más tarde, Israel admitió haber realizado treinta y cuatro ataques aéreos contra la Franja de Gaza. Mientras los gobiernos de todo el mundo permanecían en silencio, la primera respuesta significativa provino del equipo de fútbol de la Copa Mundial de Argelia, que donó sus salarios a la gente de Gaza.

3 de julio

Sarah Schulman

Selección de Fútbol de Argelia, La Conciencia del Mundo.

En este punto, el mundo aún no sabía que el gobierno israelí estaba mintiendo sobre el papel de Hamás en los secuestros/asesinatos. Pero muchas cosas sobre su historia no parecían correctas.



Sarah Schulman

¿Por qué una organización política iba a pensar que esta podía ser una idea estratégicamente buena?

Después de todo, Hamás nunca antes se había involucrado en secuestros de esta naturaleza. Habían capturado a un soldado israelí, Gilad Shalit, como prisionero de guerra, pero no tenían antecedentes de acercarse e iniciar algo como esto. Shalit, después de todo, no fue secuestrado. Era un soldado capturado y no lo mataron, sino que lo retuvieron hasta que los israelíes acordaron un intercambio de prisioneros. Además, cuando Hamás hacía algo, tradicionalmente se atribuía la responsabilidad de sus acciones. Y, lo más importante, acababan de formar un gobierno de unidad. Entonces, ¿de qué les serviría cometer un asesinato tan inútil?

4 de julio

El primo de 15 años de Mohamed, Tariq, que estaba visitando a su familia de Florida, fue secuestrado y golpeado por la policía israelí.



Electronic Intifada

Miles asisten al funeral del adolescente palestino asesinado Mohamed Abú Judeir en Jerusalén <pic.twitter.com/gx5hbUaUk6>.



Linda Sarsour

¡INDIGNANTE! Israel retiene a ciudadano estadounidense, estudiante de secundaria, sin cargo alguno después de casi matarlo a golpes.



Ali Abunimah

Adolescente casi muerto a golpes por la policía israelí, video lo prueba.



Electronic Intifada

“No hay protección para los palestinos de la policía o de los soldados o del ejército”, dice el padre del adolescente estadounidense golpeado en Jerusalén <electronicintifada.net/blogs/rania-khalek/israel-holds-us-boy-without-charge-after-police-nearly-beat-him-death>.

5 de julio

El *New York Times* finalmente informa sobre la quema viva de Mohamed Abú Judeir, pero nosotros, en Facebook y Twitter, y los lectores de *Electronic Intifada* (el portal web de noticias diarias impulsado por el refugiado palestino en Chicago Ali Abunimah) ya lo sabíamos. Todos habíamos visto imágenes de cámaras de seguridad que mostraban a dos hombres obligando a Mohamed a subir a un Hyundai gris. Las protestas de los palestinos estallaron esa noche en Nazaret y en pueblos cercanos, lo que redundó en heridos y treinta y tres arrestos. Al día siguiente, Hamás lanzó cohetes rojos hacia el sur de Israel. La cobertura del *Times* identificó a los tres colonos: “Eyal Yifrach, 19; Naftali Fraenkel, de 16 años, quien también tenía ciudadanía estadounidense; y Gilad Shaar, 16”. Pero más adelante, en ese artículo, el *Times* informó que “durante una reciente represión en Cisjordania, seis palestinos fueron asesinados”. No se dieron edades ni nombres.



Habib Batah

Para @nytimes, los palestinos muertos no tienen nombres.



Jewish Daily Forward

La tía llama al primo golpeado de Florida, víctima de la venganza sobre Palestina, un “niño estadounidense amante de la diversión” <jd.fo/r4Kb1>.



Remi Kanazi

¿Existe una orden judicial que esté restringiendo la posibilidad de una cobertura justa de la vergonzosa brutalidad que se ejerce contra los palestinos? Pareciera que sí.

*Palestine Video*

Los crímenes cometidos en Hebrón incluyeron soldados de la ocupación israelí obligando a un niño (que no quiere ser identificado) a beber su propia orina.

*Sarah Colborne*

Más de mil personas protestan ahora frente a la embajada de Israel en Londres, y son cada vez más.

*Mondoweiss*

FOTO: Soldado israelí apunta con un rifle en una protesta en Belén a través de una abertura en el Muro de la Separación.

*SJP de la Universidad de Nueva York*

¿Por qué @rudoren no menciona que a Tariq se le negó asistencia médica durante cinco horas?

6 de julio

Un domingo, Israel lanzó diez ataques aéreos en la Franja de Gaza. Nerdeen Mohsen, uno de mis estudiantes de la Universidad de Staten Island y miembro de Students for Justice in Palestine publicó en Facebook desde el este de Jerusalén:



Ayer, los colonos asaltaron el issawiyeh y se escondieron en todos los lugares en los que pudieron, nadie sabe por qué lo hicieron. Si sólo estaban mirando, planeando algo, intentando otro secuestro, no lo sabemos. Los colonos dan más miedo que el ejército porque secuestran y torturan abiertamente. Me refiero a que el ejército también hace eso, pero no tanto como los colonos [...]. Honestamente, no sé cómo explicarlo. No hay nada que detenga a los colonos, hacen lo que quieren sin sufrir ninguna represalia. Por esto, y por acontecimientos recientes, mi abuela me está obligando a abandonar Palestina mañana :(Siento que se me parte el corazón ¿¿Por qué me veo obligado a abandonar mi propio país por miedo a los colonizadores?? Tampoco es que hubiera podido

quedarme más de tres meses, porque la única razón por la que pude ingresar fue por mi ciudadanía estadounidense. Siempre me están recordando que no puedo visitar o vivir en mi propio país sin el permiso y la autoridad de quienes lo tomaron. Ser palestino es confuso y doloroso.

Ese mismo día, Gideon Levy, escritor del periódico israelí *Haaretz*, publicó un artículo sobre el mismo fenómeno titulado "Our Wretched Jewish State" [Nuestro miserable Estado judío].

Los jóvenes del Estado judío están atacando a los palestinos en las calles de Jerusalén, al igual que los jóvenes gentiles solían atacar a los judíos en las calles de Europa. Los israelíes del Estado judío están arrasando en las redes sociales, mostrando un odio y una sed de venganza sin precedentes en su alcance diabólico [...]. Estos son los hijos de la generación nacionalista y racista: la descendencia de Netanyahu. Durante cinco años sólo han estado escuchando incitación, alarmismo y supremacía sobre los árabes [...]. Ni una palabra humana, conmisericordia o trato igualitario.

En el corazón de la crítica de Levy están todas las tácticas de Conflicto y Abuso. No sólo la sobredimensión grotesca del daño y la proyección como justificación de la crueldad; no sólo la falta de autocrítica o la negativa a reconocer el propio papel; no sólo el estímulo persistente de una comunidad negativa basada en lazos de Supremacía para culpar, crear chivos expiatorios, evitar y castigar sino, también, la clara evidencia de que estas tácticas reflejan y producen una escalada y una interpretación distorsionada, que crean consecuencias acumulables de extrema injusticia y destrucción a largo plazo. Acá vemos el fenómeno que brota cuando se afirma el propio dolor como exclusivo o supremo, y como justificativo para ejercer la crueldad en los demás. Acá, de nuevo, se culpa del dolor del pasado a la parte equivocada. Levy articula la falta de empatía que hemos estado discutiendo:

Los medios de comunicación en el Estado judío se regodean en el asesinato de tres estudiantes de yeshivá mientras ignoran casi por completo el destino de varios jóvenes palestinos de la misma edad que han sido asesinados por el ejército durante los últimos meses, en general sin motivo [...]. En el Estado judío hay piedad y sentimientos humanos sólo para los judíos, derechos sólo para el pueblo Elegido.

Y luego Levy aborda el rechazo, la exclusión y la evasión:

El nuevo sabra [judío nacido en Israel] [...] nunca ha conocido a su contraparte palestina, pero sabe todo sobre ella: el sabra sabe que es un animal salvaje cuya única intención es matarlo; que es un monstruo, un terrorista.

Ahí está esa palabra otra vez: “monstruo”. Levy muestra que cuando la insistencia en el rechazo como herramienta de Supremacía se lleva a su máxima expresión, crea fascismo. Y que el matón, el Supremacista del que hablábamos antes, ya no es el hijo mimado de una familia que controla a su madre, ni el hombre arrogante de un pequeño pueblo cuyo compañero se asegura de que nadie le diga una verdad que desafiaría el sentido de su propia perfección. Este matón, el que nunca puede disculparse, ahora se ha convertido en Benjamin Netanyahu. Su camino es el típico de quien no saber negociar y, por eso, culpa; de quien no se enfrenta a su propia participación y, por eso, rehúye; de quien llama a la policía antes de afrontar y tratar el Conflicto, de quien llama al ejército y mata a civiles mientras culpa de todo a “Hamás”. Y así como la persona que sobredimensiona el daño crea resistencia a que sus formas de intimidación sean lo que son, es decir, una amenaza, Netanyahu comete una injusticia basada en falsas nociones de lealtad. Así lo dice Levy:

Ser de izquierda o alguien que busca justicia en el Estado judío se considera un crimen; la sociedad civil se considera traicionera; la verdadera democracia, un mal.

Y los “malos” amigos, la comunidad negativa y la familia no autocrítica incrustan sus valores en una jaula de la que no hay escapatoria.



ذنية

Zahi Abu Hamed fue asesinado hoy después de que colonos israelíes lo atropellaran con su automóvil en #Tulkarem.



Diana Buttu

Cuando los palestinos son asesinados por israelíes, se los llama “nacionalistas” o “aberraciones” que no forman parte de la política sancionada por el Estado. #apartheid.



Sarah Schulman

Manifestaciones contra la violencia israelí están teniendo lugar en todos lados del mundo. Habrá una en NY el miércoles a las 5:30.

CUANDO NECESITAMOS SER “ABUSADOS”,
LA VERDAD NO IMPORTA

7 de julio

Después de más de una semana de intensos ataques aéreos, se lanzaron tropas terrestres de las Fuerzas de Defensa de Israel. Empecé a centrarme cada vez más en lo que escuchaba de los palestinos en persona, en las redes sociales y a través de su propia prensa y la producida por otros en solidaridad. Cuanta más atención prestaba, más inadecuada se volvía la prensa estadounidense. Descubrí que la información que yo republicaba a diario desde fuentes directas rara vez se incluía en el *Times* o en la National Public Radio (NPR) [Radio pública nacional] de Estados Unidos. Por ejemplo, nada de lo siguiente apareció en la prensa *mainstream*.



Facebook: Informe desde Palestina en la última hora:

-Continúan los arrestos masivos. Una ola de arrestos ahora en Jdaidet al-Maker y Kafr Yasif, en el norte de Palestina.

Más de diez detenidos hasta el momento, y muchos de los que no fueron detenidos han sido citados en la comisaría. ¡Cuatro palestinos han sido arrestados en #Akka incluso antes de que comenzara la manifestación! Los residentes palestinos de Akka han estado luchando contra las políticas de judaización de la ciudad durante muchos años. Las empresas estatales de gestión de viviendas están emitiendo órdenes de desalojo a medida que las empresas de desarrollo israelíes y extranjeras compran bloques de viviendas y emprenden proyectos de desarrollo en toda la ciudad.

De hecho, cuanto más escucho voces palestinas y en solidaridad, más distorsionados y falsos se revelan los principales medios estadounidenses.



Palestine Video

Informe: aviones de combate israelíes llevaron a cabo ochenta y cinco ataques aéreos en la Franja de Gaza desde el amanecer de esta mañana (hora local de Palestina).



OccPal-Gaza

Enorme explosión Gaza 8:57 pm.



Dan Williams

Preparándose para una posible escalada en Gaza, el ejército israelí llama a mil quinientos soldados de reserva y establece el estado de alerta: @TalLevRam @GLZRadio.

8 de julio



Remi Kanazi

Triste verdad. Hoy Israel ha ejecutado a un palestino por hora. #Gaza.



Al Jazeera English

Israel promete una "larga" ofensiva en Gaza <aje.me/1q-GsIjB>.

9 de julio



Democracy Now!

Hoy se cumple el décimo aniversario del fallo de la CIJ [Corte Internacional de Justicia] sobre la ilegalidad de los asentamientos israelíes y el Muro de Separación en Cisjordania <owl.li/yXOXz>.



Ali Abunimah

PUEDA QUE LOS NIÑOS SE ESTÉN MURIENDO EN GAZA, PERO HEY, HAY CLUBES BAILABLES INCREÍBLES EN TEL AVIV, ASÍ QUE ESTÁ BIEN.

10 de julio

Finalmente apareció un artículo en el periódico judío *The Forward*, que antes era un diario socialista y ahora se publica en Nueva York en inglés bajo la dirección de Sam Norwich, un yiddisista.² Aparte de algunos textos que critican el movimiento BDS, no había prestado mucha atención a *The Forward* desde los días en que mi abuela lo leía en idish. Este artículo, "How Politics and Lies Triggered an Unintended War in Gaza" [Cómo la política y las mentiras desencadenaron una guerra no intencionada en Gaza], fue escrito por alguien llamado Jonathan Jeremy Goldberg:

El gobierno sabía casi desde el principio que los chicos estaban muertos. Mantuvo la ficción de que esperaba encontrarlos con vida como pretexto para dismantelar las operaciones de Hamás en Cisjordania.

Goldberg informó que el primer ministro, Benjamin Netanyahu, había colocado inmediatamente un bozal legal sobre lo ocurrido con esas muertes. A los periodistas que escucha-

² Se refiere a los judíos ashkenazi, una de las etnias dentro del judaísmo, que se asentaron en la Europa central y oriental, quienes fueron los que más sufrieron la crueldad nazi. [N. de T.]

ron los rumores se les dijo que el Shin Bet quería ejecutar esta orden de mordaza mediática para que su búsqueda no se viera obstaculizada. Por el bien del público, la palabra oficial fue que Israel estaba “actuando bajo el supuesto de que están vivos”.

Era, simplemente, una mentira [...]. Estaba claro desde el principio que los secuestradores no estaban actuando bajo las órdenes de los líderes de Hamás en Gaza o Damasco. La rama de Hamás en Hebrón, más una familia criminal que una organización clandestina, tenía un historial de actuar sin el conocimiento de los líderes, a veces en contra de sus intereses. Sin embargo, Netanyahu insistió repetidamente en que Hamás era responsable del crimen y que pagaría por él [...]. Su retórica generó expectativas de que, después de acabar con Hamás en Cisjordania, se dirigiría a Gaza. Hamás en Gaza comenzó a prepararse para eso. La derecha israelí –compuesta por líderes colonos, partidarios de la línea dura en su propio partido– comenzó a exigirlo.

Así que ahí estaba. Netanyahu mintió sobre el orden de los acontecimientos y culpó a Hamás para que Israel pudiera evitar enfrentarse a la verdad sobre sí mismo. La mala familia, un público israelí preparado para el racismo, el odio y la venganza contra las personas equivocadas impulsaron la histeria y la falsa culpabilidad. Continúa el informe de Goldberg:

Los últimos siete años han sido los más tranquilos en la historia de Israel. Los ataques terroristas son una fracción del nivel que tuvieron durante los años pesadillescos de la intifada: sólo seis muertes en todo 2013. Pero pocos se dan cuenta. La agonía escenificada de la búsqueda del secuestro creó, probablemente sin querer, lo que equivale a un ataque mundial, masivo, de estrés post-traumático retrospectivo.

Goldberg señaló que, cuando se encontraron los cuerpos, el 1º de julio, la reunión del gabinete “se convirtió en una pelea a gritos”. Los ministros de derecha exigieron que el ejército volviera a ocupar Gaza y destruyera a Hamás, ahora que había un impulso popular.

En Gaza, los líderes pasaron a la clandestinidad. Los escuadrones de control de cohetes dejaron de funcionar y se disparó el lanzamiento de cohetes yihadistas. Los escuadrones terroristas comenzaron a prepararse para contraatacar a Israel a través de túneles. Un túnel explotó el 19 de junio en un aparente accidente de trabajo y mató a cinco hombres armados de Hamás. Esto convenció, a algunos en Gaza, de que el asalto israelí había comenzado y a la vez reforzó los temores israelíes de que Hamás estuviera tramando acciones de terrorismo todo el tiempo.

11 de julio



Sarah Schulman

El periódico ídich *Jewish Daily Forward* exonera a Hamás de los asesinatos de los colonos y muestra que Israel fue el primero en bombardear.



Ali Abunimah

Imaginen bombardear los campos de refugiados en el que habitan aquellas personas cuyas tierras robaste. Eso es lo que significa el sionismo para sus víctimas palestinas.



Gaza Youth Break Out

Esta noche era la noche de las mezquitas. ¡Los F16 israelíes atacaron ocho mezquitas en #Gaza y las destruyeron por completo!

12 de julio

Electronic Intifada publicó un video notable, presentado por Ronnie Barkan, de Boycott from Within, que muestra a los

miembros árabes electos de la Knéset israelí siendo callados y expulsados de las cámaras parlamentarias cuando estaban tratando de ingresar en el registro los nombres de los entonces cien habitantes de Gaza asesinados por bombas israelíes. Cuando Ibrahim Sarsour, del partido Lista Árabe Unida, condenó los ataques, Moshe Feiglin, el vicepresidente de la Knéset, ordenó a los guardias sacarlo del podio a la fuerza y expulsarlo de la sala. “Aquellos que se refieren a los soldados israelíes como asesinos no se quedarán acá ni un segundo más”, dijo Feiglin. También fue expulsado el representante Ahmad Tibi del Arab Movement for Change [Movimiento árabe por el cambio]. Finalmente, Masud Ghanavim, mientras era sacado a la fuerza, gritó en una cinta: “¡Han masacrado, han asesinado! Y en Gaza, hasta este momento, ustedes han asesinado. El ejército es un ejército de asesinos y puedes echarme del estrado”. Electronic Intifada citó a un ex general israelí, Elazar Stern, quien dijo que “decir que los soldados de las FDI son asesinos es incitación”. Por supuesto, este es el paradigma clásico: decir la verdad se convierte en el crimen, no la verdad en sí misma. Y luego usó la retórica de las madres compensatorias como sustituto del nacionalismo y otros vectores de control masculino. “Sólo filmamos cuando sabemos que una madre está destinada a llorar”, dijo. “Te digo que, si una madre tiene que llorar, prefiero que sea la madre de la persona que intenta matarme y no mi madre.” Usando la típica táctica de intimidación, culpó al objeto de la crueldad por causar la intimidación. En la versión nacionalista/militarista de lastimar a alguien porque “necesita ‘ayuda’”, Stern dijo que “cuando disparamos a una casa en Gaza, también es para que los habitantes de Gaza vivan mejor [...]. Lo que les estoy diciendo es que los misiles que disparamos sobre Gaza no son sólo para salvar vidas en Tel Aviv y Ascalón, sino también para salvar vidas en Gaza”. Según las Naciones Unidas, el 77% de los primeros cientos de habitantes de Gaza cuyas vidas se salvó matándolos eran civiles. Veintiuno de ellos eran niños.

12 de julio



Sarah Schulman

El titular más insano de la semana del NY Times: “En Gaza, los ataques aéreos y la economía hacen que el Ramadán sea tenso”. ¿Qué tan deshonesto puede ser un periódico?



Susan Abulhawa

No hay un “ciclo de violencia” o “dos lados”. Es otra masacre israelí sobre el pueblo palestino.



Ali Abunimah

Ynet: “FDI” para expulsar a los palestinos del norte de la Franja de Gaza ocupada e invadir el área <www.ynet-news.com/articles/0,7340,L-4542321,00.html>.



Palestine Video

Israel está a punto de cometer una limpieza étnica de palestinos a gran escala bajo la amenaza de váyanse o mueran.



Tweet_Palestine

Último momento: médicos en el hospital de #Gaza confirman que Israel está usando el arma ilegal DIME, un genotóxico letal, en su ataque a #Gaza.





Max Blumenthal

informes de Al Shifa: Israel usando armas DIME contra civiles de Gaza <twitter.com/mogaza/status/488080334802518016>. ¿Qué es DIME? <www.independent.co.uk/news/world/middle-east/tungsten-bombs-leave-israelis-victims-with-mystery-wounds-1418910.html>.













Al Jazeera English

#AJ opinión: Estados Unidos debería admitir su responsabilidad en la crisis de #Gaza, por @NoralnPalestine <aje.me/W72XS1>.



-  *Scott Roth*
Israel realmente es un jugador de toda la cancha: destruye tu hogar, te echa de tu tierra, te mantiene como refugiado y luego mata a tu familia.
-  *Tom Léger*
Bertolt Brecht: "A medida que los crímenes se acumulan, se vuelven invisibles".

13 de julio

-  *Sarah Schulman*
Entonces, ¿qué hay hoy en la portada del NY Times sobre Gaza? NADA.
¿Todavía no te sentís engañado?
-  *Sarah Schulman*
Desde que tengo información de Palestina he visto muchas fotografías de personas asesinadas: niños con la cara volada, el torso desgarrado. He decidido no volver a publicarlas porque si no entendés lo que está pasando ahora, las imágenes de su sufrimiento extremo no harán ninguna diferencia. No puedo publicar esas fotos de israelíes en sillas de jardín aplaudiendo el bombardeo de Gaza. Tampoco puedo soportar eso.
-  *Omar Ghraieb*
¡Es una bendición presenciar el amanecer en #Gaza, el canto de los pájaros, pero la sangre cubre las calles y el olor a muerte está en todas partes! #GazaUnderAttack.
-  *Jehan Alfarra*
Los comandos navales israelíes se enfrentaron con la resistencia palestina en lo que parecía ser el primer asalto terrestre hasta el momento. #Gaza #Israel #Palestina.

-  *Tayari Jones*
Estoy tratando de averiguar por qué el público estadounidense no conecta con lo que está pasando en Gaza.
-  *Ali Abunimah*
La masacre en Gaza no es noticia de primera plana para el @nytimes. Imagínese si familias israelíes y sinagogas fueran aniquiladas. #GazaUnderAttack.
-  *F.*
Oussama Hamdan para Hamás: hemos recibido amenazas de #Israel a través de la inteligencia egipcia de que un tercio de #Gaza será arrasado.
-  *Urgent From Gaza*
En todo el mundo, la gente se está moviendo por #Gaza. Es hora de detener esta agresión. #GazaUnderAttack.
-  *Bangpound Ebooks*
Amnistía Internacional pide un embargo de armas a #Israel (eso es BDS, por si no lo sabías) #GazaUnderAttack.
-  *Rania Khalek*
Israel está matando deliberadamente a civiles en Gaza. La transformación de familias y niños en blancos de ataque es sistemática e intencional <electronicintifada.net/blogs/rania-khalek/israel-deliberately-targeting-civilians-gaza>.

14 de julio

-  *Sarah Schulman*
El gesto de hoy. Firmé un petitorio rogando a los académicos israelíes que se opusieran a la guerra.
-  *Sarah Schulman*
Noam Chomsky: "No podés defenderte cuando estás ocupando militarmente la tierra de otra persona. Eso no es defensa".



JewishVoice4PeaceNYC

Más de setecientos académicos firman una carta abierta instando a sus contrapartes israelíes tomar la palabra.



Nancy Kricorian

El New Museum confirma que Israel le prohibió asistir a la exposición a un artista palestino <news.artnet.com/art-world/palestinian-artist-barred-from-attending-new-museum-show-61214>.



Global Voices

Los principales activistas musulmano-estadounidenses boicotean el #WhiteHouseIftar y se niegan a compartir el pan con Obama <bit.ly/1qZSDSC>.



Nena

Gracias por hablar en contra de la agresión israelí y por #bds @TaliShapiro.

15 de julio

Rihanna se convirtió en la primera estrella del pop estadounidense en responder al asesinato de Gaza. Tuiteó #FreePalestine y luego lo borró ocho minutos después, pero siete mil personas ya lo habían retuiteado.

¿Rihanna actuó con ingenuidad, sin darse cuenta del contexto político? ¿Simplemente, humanamente, reconoció la injusticia? ¿Entendió que estaba sola al expresar este punto de vista y que su grupo de celebridades era especialmente silencioso en torno a temas como este? ¿Se le informó que la historia de Estados Unidos está llena de listas negras, y rechazo oficial y no oficial, tanto de celebridades como de civiles que toman posiciones políticas en nombre de las personas sin poder? Es notable la ironía de Rihanna, quizás la mujer maltratada más conocida de Estados Unidos, transgrediendo un miedo generalizado a perder dinero por este tipo de posicionamientos. Cuando los medios le preguntaron, su respuesta fue: “Ni siquiera me di cuenta de que tuiteé #FreePalestine”. Luego se corrigió a sí misma y tuiteó: “Oremos por la paz y un rápido

final del conflicto israelí-palestino”. ¿Hay alguna esperanza? Su mensaje iba acompañado de una fotografía de la espalda de dos hombres abrazados, con los rostros oscurecidos; uno lleva kufiya y el otro yamacha.³ Es una imagen de algo que casi nunca sucede. Miro la foto preguntándome si no son modelos.



Ali Abunimah

Un puñado de académicos israelíes responde al llamamiento para condenar la masacre en Gaza <electronic-intifada.net/blogs/ali-abunimah/handful-israeli-academics-responds-call-condemn-gaza-slaughter>.



Max Blumenthal

Según Jodi @Rudoren, una “noche tranquila” consiste en que Israel bombardea veinticinco objetivos, matando a cinco.



Electronic Intifada

Activistas extranjeros mantienen una presencia en el hospital al-Wafa en la ciudad de Gaza mientras Israel amenaza con atacarlo nuevamente <bit.ly/W8M1cn>.



Ali Abunimah

La masacre en Gaza no es sólo un crimen de Israel. También es un crimen de Obama. Obama podría desvincularse, pero elige dejar que corra la sangre.



Electronic Intifada

Brian Eno critica a la BBC por tratar las vidas de los palestinos como “menos valiosas” <bit.ly/1kQv5hD>.

16 de julio

Las manifestaciones estallaron en Ramallah, en Cisjordania, cuando las fuerzas de seguridad de la Autoridad Palestina de-

³ Otro nombre para la kipá, pequeña gorra ritual usada tradicionalmente por los varones judíos. [N. de T.]

tuvieron a las personas que protestaban por los asesinatos israelíes en Gaza. Luego, cuatro niños pequeños que jugaban al fútbol en la playa de Gaza fueron asesinados por soldados israelíes ante las cámaras. El titular original del *New York Times*, “4 Young Boys Killed Playing on Gaza Beach” [4 chicos asesinados jugando en una playa de Gaza], se cambió por “Boys Drawn to Gaza Beach and into Center of Mideast Strife” [Chicos atraídos por la playa de Gaza y por el centro de los conflictos en el Medio Oriente].



Sarah Schulman

CARTA DE HOY DE UN AMIGO PALESTINO:

“¡Schulman, la situación se ha vuelto insoportable! Estallé en lágrimas amargas temprano, sintiéndome completamente odioso e indefenso [...]. No sé qué más hacer [...]. El asesinato de los cuatro chicos en la playa me acaba de destruir. Tengo el corazón partido.

El viernes vamos a una manifestación de rabia en Haifa. ¿Saldré lastimado? ¿Me arrestarán? ¿Tendré miedo por mi vida y la de los que marchan junto a mí contra la vergonzosa opresión?

¡No sé qué hacer! Temo por mi hijo. ¿Cómo crecerá en este lugar?

¡Te voy a enviar actualizaciones de la marcha y un enlace sobre los chicos asesinados en la playa de Gaza, en su último intento de escapar de los misiles de Israel! ¡Supongo que, incluso cuando decidieron nadar, Israel los atrapó!”.



Sarah Schulman

Desearía poder ofrecerte como voluntaria para ser juzgada en la corte mundial como una criminal de guerra emblemática cuyos impuestos pagaron el derramamiento de sangre palestina. De niña, durante la guerra de Vietnam, vi niños asesinados en la televisión y en la revista *Life*. Pero a través de mi cuenta de Twitter y sus enlaces de video, veo pequeños cuerpos destrozados y adultos destrozados llorando todo el día todos los días.



JewishVoiceForPeace

Miles protestan por #Gaza en Ciudad del Cabo, Sudáfrica.



JewishVoiceForPeace

Activistas de @ChicagoDivests y @ChicagoJVP protestando *dentro* de la sede de @Boeing en Chicago #Gaza.



MECA

¿Dónde está la indignación? Ocho niños asesinados hoy en Gaza: <eepurl.com/Y-UZD>.



Electronic Intifada

Human Rights Watch: Israel apunta a “estructuras civiles y mata a civiles en violación de las leyes de la guerra” <bit.ly/1r4lhoP>.



#GazaInOur♥s

Lamentablemente, muy cierto. NO ha habido descanso para #GazaUnderAttack. ¡Están bombardeados día y noche! #Ramadán.



Saroumane

Diez mil sudafricanos unidos para mostrar su apoyo a #Gaza #FreePalestine.



Kerry Washington

Desgarrador: “@Newsweek: Relato de primera mano del mortífero ataque al puerto de #Gaza en el que murieron 4 niños: <bit.ly/1mhoUmy> vía @GuardianUS”.

17 de julio



Aswat: Mujeres Homosexuales Palestinas:

LA VERDADERA LIBERACIÓN QUEER COMIENZA CON TODAS LAS FORMAS DE DESCOLONIZACIÓN

A la luz de la brutal agresión militar israelí en curso contra los palestinos en Gaza y de la crueldad de las fuerzas policiales israelíes al oprimir actos de solidaridad y

resistencia, nosotros y nosotras, activistas y organizaciones LGBTQ, hacemos un llamado a los aliados de todo el mundo para que se solidaricen con los palestinos y presionen a Israel para que detenga su agresión contra los civiles de Gaza, y ponga fin a la ocupación de la tierra palestina y a su régimen de *apartheid*.

El asalto actual de Israel a Gaza –“Margen protector”–, es el tercero en los últimos cinco años! A fines de 2008, el asalto israelí denominado “Plomo fundido” asesinó a más de mil cuatrocientas personas. ¡Durante el asalto al “Pilar de defensa”, de 2012, más de ciento cincuenta personas fueron asesinadas!

Hasta la fecha, desde el 8 de julio, Israel ha lanzado más de 3594 ataques contra Gaza que han provocado el desplazamiento de más de 117.468 palestinos, 4563 heridos y le ha costado la vida a más de 736 personas.

¡La tortura y el brutal asesinato del joven Mohamed Abú Judeir en Jerusalén hace unas semanas, las acciones contra los hogares palestinos y los lugares sagrados, las demoliciones de casas y el asalto y asesinato en curso en la Franja de Gaza son todas formas diferentes de la ocupación sionista y todo esto debería llegar a su fin!

En particular, instamos a los y las activistas a unirse a las manifestaciones contra la ocupación y la agresión actual en Gaza. Usá tus redes sociales para aumentar la conciencia sobre la situación en Palestina.

Únete a tu movimiento local de solidaridad con Palestina. Los y las activistas queer deben movilizar a sus comunidades en todo el mundo para que tomen medidas para responsabilizar a Israel por su continuo castigo colectivo y por los crímenes de guerra contra los civiles palestinos. “Ninguno de nosotros es libre hasta que todos seamos libres”, Martin Luther King, Jr.



Rawya Rageh

Representante del Ministerio de Salud en #Gaza dice que decenas de personas fueron llevadas a hospitales en el norte supuestamente asfixiadas por algún tipo de gas.



Tweet_Palestina

El ejército israelí está invadiendo la mezquita de Al-Aqsa, están disparando a la gente que está ahí y a los jóvenes que marchan en las calles de #Jerusalén.



Electronic Intifada

Activistas extranjeros mantienen su presencia en el hospital al-Wafa, en la ciudad de Gaza, mientras Israel amenaza con atacarlo nuevamente <bit.ly/1p94GhA>.



Mohamed Omer

Bombardeo terrorífico ahora mismo de buques de guerra israelíes.



Ali Abunimah

“Muchos periodistas de alto rango en la BBC me han dicho que simplemente no pueden transmitir el punto de vista palestino” @intifada.



Rania Khalek

¿Israel está probando un arma nueva?
RT @Mogaza: Los buques de guerra #israelíes están usando misiles que explotan en dos lugares. Nunca experimenté esto #Gaza.



Susana Gardinier

MT @3arabawy el historiador israelí Ilan Pappé “pero ahora necesitamos, como nunca antes, una fuerte campaña de BDS” #Israel <goo.gl/OCISnm>. #Gaza.



Mark Ruffalo

@joelakayaki @markruffalo Perdón, pero pensé que hacer explotar hospitales era algo que todos los seres humanos estábamos de acuerdo que cruzaba todo tipo de límites. Retuiteado por Sarah Schulman.



Mohamed Omer

Los ataques aéreos están siendo dirigidos en múltiples direcciones de la ciudad de #Gaza. ¡Nadie sabe cuál es el objetivo!



Rania Khalek

El embajador israelí en Canadá supuestamente culpó a los padres de cuatro niños asesinados en Gaza por dejarlos jugar en la playa <twitter.com/tariqramadan/status/489954132959461378>.



Electronic Intifada

ONU: Novecientas mil personas, la mitad de la población de Gaza, "sin suministro de agua" <bit.ly/1I9o6QO>.



Betania Horne

¡Ecuador retira a su embajador en Israel! RT @RicardoPatinóEC Gobierno del Ecuador ha decidido llamar a consultas a su Embajador en Israel.

18 de julio

Phyllis Bennis, activista por Palestina desde hace mucho tiempo, publicó un artículo en *The Nation* en el que escribió: "La comunidad judía, afortunadamente, ahora está muy dividida sobre la cuestión de Israel". Ese mismo día, Francia se convirtió en el primer país en prohibir específicamente las manifestaciones a favor de Palestina.



Sarah Schulman

Es sorprendente escuchar a los colegas que todavía luchan por encontrar alguna forma complicada de defender a Israel o desviar la responsabilidad y la crítica. Es extraño ver tantas personas ignorando lo que está sucediendo o negándose a toda costa a hablar del tema por su narcisismo y propio interés. Este es un evento clave que nos expone a todos, en especial en nuestras relaciones con la crueldad. ¿Le tenemos miedo, nos identificamos con este problema o lo interrumpimos?

Empecé a notar algunos patrones en los *feeds* de mis redes sociales. Algunas publicaciones produjeron cientos de "me gusta", comentarios serios e interacciones intensas. Personas que normalmente nunca habrían tenido contacto entre sí se comunicaban ahora en mi página. Algunos de ellos ignoraban por completo la situación en Palestina. No eran críticos de los medios de comunicación estadounidenses, regurgitaban *Hasbara* (propaganda del gobierno israelí) sin pensar por sí mismos. Pero también vi muchísimas personas que no tenían interés en relacionarse con ninguno de estos temas. Y, de todas las comunidades de las que formo parte, la gente de teatro fue la que estuvo más ausente. Actores, directores, productores, diseñadores, entre otros, permanecieron casi en su mayoría en silencio. De vez en cuando, un actor que hablaba abiertamente sobre otros temas políticos hacía clic en "me gusta", pero sólo después de que cien personas o más lo hubieran hecho. Una actriz que suele tener opiniones críticas también me envió un mensaje privado. Pero las personas involucradas en presentaciones públicas que trabajan con su imagen social se escondieron. Dos hombres poderosos en el mundo del teatro me enviaron un mensaje privado pidiéndome información y se la proporcioné, pero no expresaron sus opiniones de manera pública. Es cierto que el teatro es un negocio muy narcisista y punitivo, con poca capacidad de hacerse responsable por los conflictos en curso, dado que el miedo a ser parte de las listas de personas proscritas existe como algo natural. Pero encontré brutal esta falta de respuesta.

Luego estuvieron aquellos que justificaron la crueldad de Israel y expresaron posiciones grupales desinformadas o formas de falsa lealtad, al margen de los valores reales que propugna Israel. Vieron todo a través de su lente grupal, modelado por la experiencia racial/familiar, lo que se impuso por encima de lo que realmente estaba sucediendo. Muchas de estas personas, a algunas las conocía desde hacía mucho tiempo, expresaron clichés raciales, ideologías culturales Supremacistas y todos los otros componentes de la sobredimensión del daño para justificar el accionar cruel de Israel. Para ellos, todo lo que se hizo como gobierno estaba bien. Es

como el hombre grande en un pueblo pequeño que nunca puede disculparse y está rodeado de una pareja, familiares y amigos que refuerzan su sentido de perfección y rectitud, a expensas del chivo expiatorio, que encarna sus defectos más reales. Pero ahora era un país entero y totalmente desenfrenado en términos militares.

A pesar de todo lo que sabía sobre los grupos “malos”, sobre el deseo de los Traumatizados de buscar alianza con quienes hacen *bullying*, sobre las formas de rechazo grupal, sobre los paradigmas de perfección que nos impiden asumir nuestra responsabilidad o los orígenes de la proyección, tanto en la Ideologías Supremacistas como en la experiencia del Trauma, pese a toda esta comprensión, aun así estaba conmocionada. Estaba frustrada y molesta por leer en redes sociales y en los medios de comunicación que gente a la que conocía personalmente estaba justificando y, por lo tanto, identificándose con esta crueldad que se desarrollaba ante ellos. Así como me sorprendió, me abrumó y me frustró ver a las personas que en sus propias relaciones románticas y grupales permitían actitudes intimidatorias, evitativas y resistentes a tomar responsabilidad.

Pero incluso más que los propios perpetradores, los espectadores son extremadamente peligrosos. Sin duda, los cabecillas, los iniciadores y los ejecutores de la crueldad grupal originan las acciones que reconocemos como negativas, pero los que no contestan, no interrumpen, no dicen: “Lo que están haciendo está mal” me parecen más ofensivos, incluso chocantes. Israel lanza novecientos cohetes en dirección a Gaza y mata a más de cien palestinos. Ningún israelí muere. Esa es la falacia que se llama “los dos lados”.

Tanto los comportamientos supremacistas como los traumatizados son, por definición, la negación de los matices, la resistencia a reconocer la complicidad en la creación de problemas y el rechazo de la responsabilidad mutua en el trabajo por encontrar soluciones. Dado que aquellos que actúan de acuerdo con estos comportamientos no pueden tolerar la diferencia, generan historias unilaterales basadas en un profundo temor a equivocarse. En cambio, los espectadores son quienes evitan activamente la responsabilidad de la intervención invocando

la teoría de “los dos lados”. Esta afirmación ofrece a los cobardes una excusa para no actuar, para no confrontar el autoconocimiento de los agresores. El judío que hace *bullying*, como cualquier otra persona con estas mismas prácticas, no puede equivocarse; por lo, tanto no puede negociar y defiende su falta de autocrítica alegando su superioridad moral. El espectador se niega a involucrarse e insiste en que el “tiempo” producirá los cambios, de los que ellos no se hacen cargo. Esta afirmación falsa tiene por objeto oscurecer su falta de responsabilidad en la obligación de intervenir de una manera que facilite una resolución en lugar del conflicto.

“¿Cómo te sentirías si fueras palestino?” les pregunté una y otra vez a quienes asumieron un posicionamiento de espectador. Pero es una pregunta que no pudieron responder porque su actitud evasiva mantuvo la información sobre lo que los palestinos pensaban y sentían fuera de consideración. ¿Cómo se sentiría ser la persona contra la que te estás uniendo? ¿Cómo se sentiría ser la persona con la que te estás negando a negociar, con la que te sirve de chivo expiatorio para no lidiar con esos problemas que no quieres enfrentar de vos mismo? Mientras tanto, en mi cuenta de Twitter, llegaban uno tras otro videos y fotografías muy gráficos de Gaza: niños con la cara reventada y los torsos destruidos. Miré. Observé.



Gaza Youth Break Out

Hoy, treinta y dos personas fueron asesinadas hasta ahora #Gaza.



Democracy Now!

HOY: Israel amenaza con “ampliar significativamente” su invasión terrestre en #Gaza. Informes de @sharifkoudous desde la ciudad de Gaza.



Electronic Intifada

A medida que aumenta el número de niños asesinados por Israel, los esfuerzos para justificar la matanza se vuelven más desesperados <bit.ly/1teJLMT>.

*CAIA*

"Emplear la retórica de 'los dos lados' tergiversa completamente la situación. No son 'dos lados' quienes toman" <fb.me/1pMutLMog>.

19 de julio*Abby Martin*

Los estadounidenses deberían estar indignados porque están patrocinando la brutal ocupación y masacre en #Gaza al dar a Israel miles de millones en ayuda militar cada año.

*'hmad*

Sabotaje de la línea eléctrica palestina que llega a los asentamientos del oeste de #Ramallah @RoadToPalestine <www.facebook.com/photo.php?fbid=10201394884112479>.

*Elizabeth Tsurkov*

Los ultraderechistas acaban de quemar la bandera palestina y golpearon a los policías en Haifa. Vía @chickos99.

*Benwedeman*

Hasta el momento, sesenta y dos personas han muerto en #Gaza, el mayor número de muertes diarias. Y a la jornada todavía le quedan dos horas. #Palestina #Israel.

*Hamish Macdonald*

El ejército israelí ahora confirma que los combatientes de Gaza llegaron a Israel disfrazados de soldados israelíes hoy temprano.

*Mateo Vickery*

Las protestas y marchas a favor de Palestina ahora son ilegales en Francia, pero eso no impidió que miles de personas marcharan hoy en París.

*Gily Stein@*

Manifestación de Haifa a punto de terminar, terminó Tel Aviv. Grupos de extrema derecha caminan por las calles de los alrededores en busca de personas para golpear #antifa972 #Gaza.

*Gily Stein@*

La policía de Haifa no permite que la manifestación contra la guerra se disperse y, además, no protege a los manifestantes de los ataques de la derecha #Gaza #antifa972.

*Palestine Video*

Un analista dijo: "El ejército israelí invadió 400 metros la Franja de Gaza, la resistencia palestina se infiltró 4 km detrás de ellos" y atacó.

*Rizwan Ansari*

Ahora mismo: cientos manifestándose en Tel Aviv contra la masacre en Gaza #GazaUnderAttack #antifa972 <pic.twitter.com/IKkCFJRpsT>.

*Remi Kanazi*

Últimas 48 horas: Hamás mata a cinco soldados israelíes. Israel asesina a ciento diez hombres, mujeres y niños, bombardea infraestructura civil y corta la electricidad.

*Palestine Video*

Gente pidiendo ayuda.

*Ali Abunimah*

"Es hora de dejar de decir que esta matanza de niños tiene algo que ver con la autodefensa."

20 de julio*Sarah Schulman*

Otro día de constantes mensajes y fotos de palestinos asesinados (sesenta sólo en el día de ayer), cadáveres,

dedos, cabezas en la calle. Todavía no puedo publicarlos porque temo la indiferencia de los demás. Sé que mis amigos palestinos realizaron una marcha en Haifa, donde fueron confrontados por racistas y nacionalistas judíos muy aterradores. Muy poca oposición real de los judíos en Israel a su propio gobierno. El Senado de Estados Unidos vota 100 a 0 para apoyar este cruel e injusto asesinato en masa, pero siempre lo hacemos, ¿no? Acá está la imagen que elijo compartir con ustedes: un reportero de *Al Jazeera* rompe en llanto al aire, incapaz de describir lo que ha experimentado.

Compartí un video de *Al Jazeera* en árabe de un joven reportero con casco y chaleco antibalas totalmente aturdido, parado frente a una vista que muestra casas bombardeadas y edificios de cuyos departamentos salía humo. En un momento empieza a hablar a la cámara, luego tiembla, vacila y finalmente rompe en llanto. Esto, después de todo, era lo que nosotros, que estábamos prestando atención, vimos durante todo el día: personas que lloraban, personas que gritaban, los corazones de las personas literalmente arrancados. Los palestinos, a quienes evitamos durante décadas, a quienes hemos silenciado para luego poder culparlos, ahora estaban en nuestras vidas todos los días y estaban llorando.

Netanyahu acusó a los palestinos de mostrar su “muerte telegénica”.

En cuanto a mis amigos en Palestina, no quería molestarlos. Tampoco sabía qué decirles. Les hice saber a todos que les mandaba todo mi amor, y cada uno de ellos respondió en forma cálida y con amabilidad. No es que me preocupaba la posibilidad de que estuvieran lastimados; ya habían sido dañados, incluso aunque todavía estuvieran vivos. Una amiga de Haifa me envió una fotografía de la manifestación de la “Ira” sobre la que me escribió el 16 de julio. En la foto, una mujer joven con un kufiya está siendo atacada por cinco policías antidisturbios israelíes. Cinco. Lo publiqué con este epígrafe:

Acá se ve a Siwar, la representante de Aswat: mujeres palestinas queer siendo agredidas por la policía israelí en una manifestación en Haifa.

Más tarde, publiqué un video de diez minutos de la misma movilización. Esto no fue en Gaza, sino en Israel, el lugar que muchos comentaristas ensalzaban por su “democracia”. Los manifestantes representaban una gran parte de la sociedad palestina en Haifa y sus alrededores. Honestamente, podría haber tenido lugar en Nueva York. Eran occidentalizados, informales; algunos eran religiosos, pero no muchos. Llevaban banderas palestinas pero no armas ni ropa protectora. Iban charlando entre ellos, muchos estaban sonriendo. Algo se estaba expresando y energizó a la multitud. Luego, unos minutos después, apareció un grupo muy numeroso de policías antidisturbios israelíes. Iban armados y portaban palos, usaban cascos, visores y chalecos antibalas. No era una manifestación que necesitaba ser reprimida o controlada. No había nada peligroso o inapropiado o fuera de control. Y, sin embargo, eso no importaba. El ritual policial estaba diseñado para imponer la obediencia, un ejercicio de reacción desmedida, sobredimensión, proyección, deshumanización.

Las reacciones razonables de los palestinos ante el asesinato de su propio pueblo fueron respondidas irracionalmente por las mismas personas que habían causado el dolor. De repente, la policía estaba agarrando, arrestando, tirando a la gente al suelo. Los manifestantes vestían remeras; la policía, armaduras. Con todo, algunos de los palestinos se defendieron. Fue algo increíble de ver. Es posible que hayan tenido miedo, pero sabían que lo que decían era cierto, ya sea que dijeran: “No lo lastimes” o “Este es nuestro derecho”. Hablaron en hebreo, lo que agregó otro nivel de conmoción. Pero su negativa a obedecer demandas irracionales e injustificadas enfureció a la policía israelí. Fue una muestra clásica de todo lo que hemos estado discutiendo. ¿Cómo puede estar pasando esto? Pero, por supuesto, lo sabía. Sabía que todo comenzó con una persona como chivo expiatorio de otra. Y creció cuando se sumó el grupo malo al que esa persona pertenece. Y se intensificó aún

más cuando las personas que estaban a su alrededor no dijeron ni hicieron nada. Entonces, de repente, fue un genocidio.



BBC Breaking News

Al menos cincuenta palestinos asesinados en el distrito de Shejaiya. El número de muertos en #Gaza se eleva a más de cuatrocientos <bbc.in/1pr30AI>.



Janis Mackey Frayer

Esta es Shejaiya en el este de #Gaza. Golpearon toda la noche hasta una breve tregua para que los médicos palestinos pudieran retirar los cuerpos.



Mohammed Omer

Estoy en el hospital de Shifa. Cadáveres, personas partidas en pedazos. Mientras observo la situación, se tiran dedos y cabezas en las calles #gaza.



Ben White

Diputado noruego llama a boicotear a Israel por su ofensiva en Gaza <shar.es/NRo2E> vía @middleeastmnt.



Diana Alzeer

Mañana toda Palestina, incluido el '48, se declara en huelga general por #Gaza.



Morgan M Page

Haber creado la idea de que los palestinos son los malos de esta situación es probablemente la propaganda más efectiva de la era moderna.



Moustafa Bayoumi

Dolor de estómago. Con las manos en la cabeza. #Gaza.



Maysara al Arabeed

Un amigo mío de #Gaza dice: "¡Acabo de responder a la solicitud de amistad de una persona muerta! Parece haber sido asesinado después de la solicitud" #shujaia_holocaust.



AlterNet

Los críticos más duros y los defensores más ardientes de Israel están de acuerdo en una cosa: la batalla es realmente sobre Estados Unidos.



Ali Abunimah

La comunidad judía de Estados Unidos necesita trabajar más para evitar que su juventud se radicalice y viaje al extranjero para unirse a los escuadrones de la muerte de las "FDI" en Palestina.



Sheren Khalel

ENORME protesta en #Belén esta noche. 100s fuera. #IDF respondiendo de inmediato con jeeps disparando gases. El mayor resultado hasta ahora. #Gaza #Israel.



James Wolcott

¿Cómo se atreven los muertos a desplegar telegénicamente sus cuerpos rotos, masacrados e invisibles entre los escombros para rogar por la piedad de un mundo despiadado? #Gaza.



Linda Sarsour

Hoy a las 4 am, justo antes de los rezos matutinos, un auto con luces y sirenas que agitaba banderas de Israel hostigó con los fieles en la mezquita de Bay Ridge.











Talkoholic







"@adanielroth: Los derechistas vencieron al teniente de la alcaldía de Haifa durante una protesta contra la guerra" <www.haaretz.com/news/national/1.606240 #antifa972>.



Roshan Rizvi

@georgegalloway Urgente: Choques entre jóvenes e #israelíes #sionistas en #Nablus #Palestine #Palestine-UnderAttack <pic.twitter.com/sygKtX3FDg>.

-  *Omar Daraghmeh*
#Nablus ahora: enfrentamientos violentos con las fuerzas de la #AP después de que reprimieran una protesta en #Gaza. ¡¡¡Usaron munición real!!!
-  *Occupiedpalestine*
Hasta ahora cuarenta y cinco heridos durante los enfrentamientos en #Hebrón a través de @NasserB.
-  *Jalal*
La policía de la Autoridad Palestina lanza gases lacrimógenos a los manifestantes en Ramallah que salieron en apoyo de Gaza <pic.twitter.com/alrg65mQsh>.
-  *Katie Osgood*
Miles se reunieron frente al Consulado israelí en Chicago. #FreePalestine #GazaUnderAttack <pic.twitter.com/WI-TKjSHDNj>.
-  *Stefan Plebovich*
Cuando tuiteé que noventa palestinos habían sido asesinados por Israel, quise decir en UN día. #SkynewsTotalBias #Gaza.
-  *Lisa Goldman*
Hanan Ashrawi anuncia que la OLP firmará el Tratado de Roma y procesará a Israel por crímenes de guerra.
-  *Saree Makdisi*
Israel hizo las mismas afirmaciones sobre los escudos humanos en 2006, 2008, 2012, y todas fueron desacreditadas sistemáticamente por las investigaciones de las ONG/ONU.
-  *Remi Kanazi*
Sionista en el campus, "Mi primo vive en Israel...". 469 palestinos ya no viven en Gaza porque fueron masacrados por Israel.

-  *Joanne Michele*
El Consejo de Seguridad de la ONU debería estar convocado temporalmente para una reunión de emergencia sobre Gaza.
-  *Vijay Prashad*
Es obsceno que el titular del New York Times sugiera que la muerte de soldados y civiles en la guerra es simétrica.
-  *Martin Nicholls*
Trabajé en una redacción durante más de una década, pero las imágenes que salen de Gaza son las peores que he visto. Totalmente horrible.
-  *Nick Mamatas*
Chicanos Queer Contra la Ocupación.
-  *Javier Espinosa*
El partido de Nelson Mandela pide la expulsión del embajador israelí en Sudáfrica #Gaza #Israel <m.polity.org.za/article/anc-statement-by-office-of-the-anc-chief-whip-on-the-situation-in-gaza-18072014-2014-07-18>.
-  *Alun McDonald*
Se le ha advertido al 43% del territorio total de #Gaza que tiene que evacuar. Pero las fronteras están cerradas. ¿A dónde se supone que debe ir la gente?

21 de julio

The Forward publicó un artículo de Haggai Matar titulado "Tel Aviv Is Under Red Alert—In Many Ways" [Tel Aviv está bajo alerta roja—de muchas maneras], en el que escribe que está cambiando el doble estándar del statu quo sobre las formas en las que el Estado trata diferencialmente a los palestinos y a los judíos que viven en Israel: ahora los judíos enfrentan más restricciones en su capacidad de protestar. El texto describe una manifestación pacífica de judíos el 12 de julio que fue atacada por "varias decenas de activistas de extrema

derecha, algunos de ellos vestidos con remeras con diseños neonazis”:

Me dispararon, me golpearon, fui arrestado y pasé dos años en prisión por objeción de conciencia, pero ahora, este ataque brutal por parte de docenas de matones que coreaban “¡muerte a los árabes!” y “¡quemem a los izquierdistas!”, tan sólo dos semanas después de que un pequeño joven palestino fue quemado hasta la muerte, fue una de las experiencias más aterradoras que he vivido.

A continuación, describe los cambios en la retórica de Israel como un “proceso continuo de deslegitimación de los ciudadanos palestinos y de la izquierda judía”, y señala la legislación introducida en 2009, que comenzó a tildar a los manifestantes contra la guerra y las ONG de derechos humanos como “traidores entre nosotros”. Ahora que las pandillas organizadas han estado patrullando las calles de Jerusalén y de otras ciudades desde que se anunció el secuestro de los colonos, “el gobierno no se encuentra por ningún lado”.

21 de julio

Una publicación de Facebook de mi estudiante Nerdeen Mohsen, que acababa de salir de Palestina:



Los culpo a todos por Gaza. Culpo a los estudiantes que no se preocuparon por pedir a sus universidades que se deshagan de las empresas que hicieron que esta ocupación y expansión de los asentamientos fuese posible. Culpo a los ciudadanos de los estados que no les exigieron a sus gobiernos que detengan el envío a Israel de una ayuda militar que termina en forma de balas en el pecho de los niños palestinos. Culpo a los que no se preocupan lo suficiente como para decirle a su gobierno que ejerza sanciones. A aquellos a los que nunca les dijeron a sus artistas favoritos que tocar en Israel es como tocar en la Sudáfrica del *apartheid*. A los consumidores que tienen

opciones, que pueden boicotear a Israel y comprar bienes que no provienen de la cultura palestina robada ni de recursos utilizados para servir a los asentamientos ilegales o a las terroristas franjas militares, pero que eligen comprarlos de todos modos. Vos, sí, vos.

Al que dijo “yo soy sólo una persona, no va a hacer ninguna diferencia”. Y al que dijo “cuando Palestina esté libre, será el día del juicio”. Tienen sangre en sus manos.

Uno no puede sentarse a esperar y fingir que está todo bien hasta que quinientos muertos en Gaza, el 80% de los cuales son civiles, y cerca de tres mil heridos sean lo que haga falta para agitar tu sangre lo suficiente como para que grites “Palestina libre”. Sí, las protestas son buenas para solidarizarse. Pero no hay que olvidarse de que uno tiene el poder para marcar la diferencia y, a menos que lo uses, vos también tenés la culpa.

Gaza no sólo comenzó su sufrimiento; el asedio y el bloqueo están matando lentamente a la gente todos los días. ¿Por qué esto tiene que ser tan súbitamente destructivo para que la gente lo note?

Si las personas están de verdad conmovidas y quieren hacer todo lo que esté a su alcance para cambiar esto de ahora en adelante, entonces, más poder para ustedes. Pero si sabés que cuando esto “se calme” vas a volver a la normalidad y te vas a olvidar de Palestina y de Gaza una vez más, me gustaría que te revises crítica y detenidamente antes de fingir que siquiera te importan los palestinos. #BDS #Palestina #Gaza #GazaUnderAttack.

Por el contrario, mi propia página de Facebook se llenaba cada vez más de defensas ignorantes y preguntas impensadas publicadas por personas que ni siquiera conozco. Ese mismo día, una mujer con apellido judío publicó:



Acá tengo una pregunta. Hay cincuenta y siete naciones árabes. ¿No son suficientes cincuenta y siete? Desde luego que la matanza es horrible. Pero ¿y esta pregunta?

Este es el veneno de la Ideología Supremacista: en este caso, una clara deshumanización del otro a través del racismo, de modo que el “monstruo” creado por las proyecciones del póster, puede reducirse a “preguntas” vaciadas de empatía y reconocimiento. Hice lo mejor que pude para responder porque rechazarla no cambia nada mientras que informarla genera la posibilidad de un cambio:



Sarah Schulman

Hay cientos de naciones cristianas, ¿significa eso que las personas que viven en ellas debe ser expulsadas de sus casas, sumidas en el exilio y controladas por otra gente? De todos modos, la mitad de los judíos que viven en Israel son judíos árabes. Esa idea de que judíos y árabes son pueblos separados es propaganda. Y ese número, cincuenta y siete, se refiere a países de mayoría musulmana no a naciones árabes.

Seguía a diario los informes de Gaza y luego leía publicaciones que contenían elementos de una interpretación distorsionada: el yo es inescrutable, el otro es convertido en espectro. Se imponen diferentes estándares sobre uno mismo y acerca del otro. No hay empatía sino más bien un sistema de pensamiento ilógico, distorsionado y delirante acerca de uno mismo y del otro. La identificación con el grupo negativo es la máquina que obstruye la evolución del pensamiento y del sentimiento. Por lo tanto, la existencia del otro es tratada como Abuso de facto. La negativa del otro a obedecer órdenes injustas y a aceptar castigos inmerecidos es considerada como su causa. La resistencia del otro es intolerable y, por lo tanto, amerita todas las crueldades posibles.

Resolví que era mi responsabilidad intentar abordar estas locuras de manera directa y clara con información significativa. Dado que estas personas propugnaban una ideología que apuntalaba un poder injusto, tenía que contrarrestarlo. Y mientras no me rehuyeran, es decir, mientras aún se me permitiera hablar, la ley moral me exigía que hablara de manera clara y directa, que interviniera.

Ese mismo día, el *New York Times* informó que el gobierno de los Estados Unidos ahora le estaba aconsejando a los estadounidenses que “pospusieran los viajes a Israel”.

“El entorno de seguridad sigue siendo complejo en Israel, Cisjordania y Gaza, y los ciudadanos estadounidenses deben ser conscientes de los riesgos de viajar a estas áreas debido al conflicto actual entre Hamás e Israel”, decía la advertencia del Departamento de Estado.

Noté la falsa oposición entre “Hamás e Israel”. Debería ser “Hamás y Likud”, los dos partidos gobernantes en oposición, o “Israel y Palestina”.



Corey Robin

“El público estadounidense está viendo la historia del conflicto quizás como nunca antes lo había hecho: a través de los ojos palestinos” <nymag.com/daily/intelligencer/2014/07/why-israel-is-losing-the-american-media-war.html>.



Bakari Kitwana

David Cameron: “No se puede y no debemos permitir que Gaza siga siendo un campo de prisioneros”.



Irene Nasser

Estoy bastante sorprendida, pero en realidad hay una huelga general en #Ramallah.



Countercurrents.org

#WarCrime: video muestra francotiradores matando a civiles heridos de #Gaza. Por Ali Abunimah <www.countercurrents.org/abunimah210714.htm>.



Zaid Jilani

El ministro de Relaciones Exteriores de Israel está tratando de prohibir que Al Jazeera opere en Israel. La única democracia de Oriente Medio (TM) <www.newsweek.com>.

com/israeli-foreign-minister-avigdor-lieberman-seeks-ban-al-jazeera-operating-260178>.



Jalal

Un testigo informa que el palestino asesinado cerca de Ramallah recibió un disparo de un poblador israelí (no soldado). Murió instantáneamente en la escena. Vía @Ayataab.



Listening Post

Últimas noticias: #Israel busca prohibir Al Jazeera, dice el ministro de Relaciones Exteriores.



Linda Sarsour

Médicos Sin Fronteras pide a Israel que deje de matar civiles y que deje de interferir con su trabajo.



Inas Safadi

“No había Hamás en 1948 ni en 1967 ni en 1982, así que basta de excusas ridículas, Israel, simplemente son asesinos.”



#GazaUnderAttack

Cisjordania: enfrentamientos en Belén en este momento. #Palestina #Gaza @iFalasteen <pic.twitter.com/qbv9-H7WisD>.



Gaza Youth Break Out

Muchas personas evacuaron sus hogares porque pensaron que era más seguro y terminaron siendo asesinadas en los nuevos lugares a los que escaparon. #Gaza.



Palestine Video

Y gracias a todos nuestros camaradas, hermanos y hermanas de todo el mundo por su solidaridad activa con nuestro pueblo.

22 de julio

Rebecca Vilkomerson, directora ejecutiva de Jewish Voice for Peace, y otras siete personas fueron arrestadas en Nueva York

por ingresar a la oficina de Amigos de las Fuerzas de Defensa de Israel y leer en voz alta los nombres de los palestinos asesinados en Gaza. El *Washington Post* informó que más de cincuenta ex soldados israelíes se han negado a servir en la actual operación terrestre en Gaza. Los soldados escribieron:

Descubrimos que las tropas que operan en los territorios ocupados no son las únicas que refuerzan los mecanismos de control sobre las vidas de los palestinos. En verdad, todo el ejército está implicado. Por eso, ahora nos negamos a participar en nuestras funciones de reserva y apoyamos a todos aquellos que se resistan a ser convocados a cumplir servicios.

Simultáneamente, veinticuatro judíos estadounidenses participaron en el primer viaje de solteros a Israel del Fondo Nacional Judío, una yuxtaposición insana.

Jon Stewart fue la primera figura de la televisión estadounidense en reconocer la agresión israelí. En su programa, realizó una rutina para denunciar la falta de cobertura mediática precisa sobre Gaza en los Estados Unidos. Después de la transmisión, respondió a los críticos: “Cuestionar de alguna manera la efectividad o la humanidad de las políticas de Israel no es lo mismo que ser pro-Hamás”. Esta iba a ser la nueva posición alternativa de aquellos que tienen la suficiente integridad como para hablar. El ex asesor de Seguridad Nacional de Israel, Yaakov Amidror, dijo: “Un alto el fuego significará que en cualquier momento que Hamás quiera pelear, podría hacerlo. La ocupación de Gaza traerá tranquilidad a largo plazo, pero el precio será muy alto”. El *New York Times* informó que Birthright, el programa patrocinado por el gobierno israelí que llevó a judíos de todo el mundo a visitar Israel para realizar recorridos gratuitos de diez días, seguía liderando los viajes a pesar de la guerra en Gaza y la cancelación de los vuelos de las aerolíneas estadounidenses a Tel Aviv. “Encontraremos vuelos alternativos si es necesario”, dijo un organizador. Dado que el Estado de Israel ahora había asesinado a seiscientas personas en Gaza porque afirmaba que se estaba “defendiendo”, muchas

personas en las redes sociales se preguntaban abiertamente cómo Israel podía insistir, a la vez, en que el lugar era lo bastante seguro para el turismo.



Sarah Schulman

¿Cómo entiendo el bombardeo constante de Israel sobre Gaza? Atribuyo todo este dolor, sufrimiento, crueldad y aniquilamiento a los malos grupos. Ese horrible sentido falso de "lealtad" donde culpar, buscar chivos expiatorios, evitar, remover, ocupar y matar de alguna manera significa que sos un buen ciudadano. Donde unirse para destruir a otras personas significa que sos perfecto, superior y correcto. Un sistema sin autocrítica, sin negociación honesta, sin esfuerzos hacia la reconciliación, sin reconocimiento de los propios errores. Así es como obtenemos el genocidio, amigos. Un grupo de matones provincianos viviendo en un salón de espejos tiene la oportunidad de enfrentarse a sí mismo y, en su lugar, elige destruir la vida de todos los demás.

Recibí muchas respuestas a esta publicación de una amplia gama de personas, incluidos compañeros de clase de la escuela secundaria y la universidad, amantes, colegas de toda la vida, vecinos, estudiantes, amigos de la infancia, escritores queer, uno de mis amigos más cercanos, musulmanes, judíos, activistas palestinos e, incluso, personas que eran completamente desconocidas para mí:



María Caridad Pérez

Creo que la historia de Israel viene envuelta de mucho miedo, persecución y necesidad de seguridad. Esos factores pueden crear fácilmente una situación en la que el perseguido se convierte en el perseguidor, etc. El dolor es un gran maestro y, a veces, aprendemos a comprender y a ser compasivos y, a veces, simplemente lo absorbemos y lo escupimos para proyectarlo sobre los demás. Y, como decís, algunas personas se sienten perfectas, superiores y correctas y repartirán castigo sin piedad. Triste y

terrorífico, ya que esta no es la única vez que esta mierda ha ocurrido en este planeta. Se está desarrollando en otros lugares en este mismo segundo.



Sarah Schulman

Las razones para la "lealtad" falsa pueden provenir tanto de la ideología supremacista como del trauma. La mitad de los judíos en Israel no proviene de países que experimentaron el Holocausto. La cultura de la retraumatización se ha sistematizado e institucionalizado y se ha convertido en un aparato político.



Sarah Schulman

Y todo el posicionamiento falso de los palestinos como "el problema", sostenido durante décadas, sin responsabilidad ni autocrítica alguna, produce este momento.



Carolina Ely

Es posible que muchos judíos en Israel no provengan de países que sufrieron el Holocausto, pero muchos vienen de países donde, hasta no hace mucho tiempo, se encontraron con una profunda hostilidad y una profunda actitud expulsiva. Una distinción melancólica...



María Caridad Pérez

Prácticamente cualquier aparato político necesita un enemigo para ejercer el poder y uno no necesita estar personalmente traumatizado para creer que está en peligro. Para mí, es la falta de compasión, el endurecimiento sistemático del corazón en masa, lo que también ha ayudado a producir este momento y todos los demás momentos como este.



Eva Sikora

Esta situación ha seguido una y otra vez sin una resolución real. Cosa que me entristece, porque las culturas árabe y judía poseen muchas similitudes. ¿Cómo lo sé? Porque he salido con personas de ambas culturas.



Eva Sikora

Si las personas pudieran aprender a enfocarse en lo que tienen en común en lugar de en lo que las separa, en esta y muchas otras situaciones -política, matrimonios, amistades...-, entonces tendríamos más armonía en este mundo.



Suz Mai

Trauma no procesado. El holocausto fue un trauma inimaginable que nunca se procesó y cuando el trauma no se procesa se repite. En este caso a partir de la identificación con el agresor. ¿Cómo podría haber sido procesado? No hay una respuesta simple a esto cuando toda una cultura ha sido traumatizada. Pero nosotros, como seres humanos, debemos discutirlo y resolverlo, porque esto es inaceptable!



Sarah Schulman

Sólo para dejarlo en claro, este no es un problema "mutuo" en el que únicamente necesitamos "llevarnos bien". Por el contrario, los judíos han estado subyugando a los palestinos durante sesenta y seis años. Sí, estoy de acuerdo en que hay una proyección de culpa de los judíos sobre los palestinos, que no hicieron nada para merecerla, y eso es un paradigma traumático, es decir, culpar a la persona equivocada. Pero como alguien que se dio cuenta de todo esto muy tarde en el juego, debo reconocer que hubo judíos que siempre supieron que esto estaba mal y lo pudieron decir. El resto de la comunidad, incluida yo, no escuchó. Y acá estamos nosotros, perpetradores de una injusticia y un dolor interminables. Ahora la mantanza tiene que parar, el asedio tiene que parar, la ocupación tiene que terminar. Y cualquier vestigio de Ideología Supremacista que haga imposible que las personas admitan que estaban equivocadas, el refuerzo grupal de esa patología letal, tiene que ser desmantelado mientras pasamos el resto de nuestros días trabajando por la verdad y una aceptación certera de la responsabilidad por esta pesadilla enferma de crueldad de la que nosotros (judíos y estadounidenses) somos responsables.



Emily Stern

Me siento al mismo tiempo cada vez menos y más abrumada cuando imagino que cada persona involucrada es parte tanto de su sistema familiar (y todas sus complejidades) como de los sistemas más grandes a los que luego se incorporan. Si un país es la suma de sus partes, y todas las partes están sufriendo un dolor histórico y sistémico sin resolver, será un desmoronamiento largo y horrendo. Creo que una parte importante de este trabajo es muy interesante: nació del impacto sistémico del holocausto tanto en los sobrevivientes como en los nazis.



Emily Nahmanson

"Los judíos han estado subyugando a los palestinos durante sesenta y seis años..." ¿Qué otro resultado podría haber ofrecido esta verdad irrefutable? Después de 1947 Israel creó Hamás.



Sarah Schulman

No sé mucho sobre Hamás, pero sus razones para el cese del fuego son muy comprensibles: poner fin al asedio abriendo los dos cruces y un corredor marítimo, permitir que la gente rece en Jerusalén, etc. Son fundamentalistas religiosos como los Partidos Judíos Ortodoxos. Pero también son elegidos democráticamente. Palestina es una sociedad multidimensional como cualquier otra.



Emily Nahmanson

Sos tan tranquila, cuerda y razonable. Te adoro y estoy pendiente de cada una de tus palabras con respecto a este desorden.



Arlene Istar Lev

Los términos del cese del fuego son justos. Sin embargo, los "cruces" se han utilizado para contrabandear armas, bombas y humanos equipados con bombas. ¿Cómo se las arregla uno para abrir esas puertas? Es una pregunta seria.



Sarah Schulman

Arlene, la ocupación está mal y la gente resiste. No hay forma de mantener un sistema injusto sin que haya reacción.



Audrey Roth

Sarah, ¿cómo podés culpar completamente a Israel sin saber mucho sobre Hamás? Son un grupo que se preocupa poco por su propio pueblo, en mi humilde opinión, y más por la destrucción de Israel. Apoyo muchos esfuerzos para cambiar la intransigencia de Israel, pero no en detrimento de la supervivencia de Israel como nación. Creo que culpar a Israel por defender a su pueblo de cientos y cientos de cohetes lanzados en las últimas dos semanas está mal. Creo que culpar a Israel por las continuas invasiones es correcto. Y creo que el bloqueo es un tema muy complicado y debe negociarse después de un cese del fuego, no como una condición para ello. Si el gobierno de Estados Unidos (y acá incluyo tanto al Congreso como a Obama) tuviera el valor de decirle a Netanyahu que no se brindará más ayuda hasta que se cierren los asentamientos e Israel se siente a conversar seriamente con los palestinos (no Hamás), tendríamos paz.



Susan Nordmark

Decilo, Sarah. Todo lo que dijiste en este hilo quiero oírlo decir en la televisión y leerlo en artículos de opinión. Quiero que te publiquen y que tu sabiduría se difunda. Audrey, de manera similar, los movimientos contra el *apartheid* en Sudáfrica generaron una corrupción considerable, un comportamiento sociópata. El comportamiento relativamente desagradable de las poblaciones que resisten no es infrecuente y no se limita a Hamás. No es central en el tema. El pensamiento de Sarah ha sido realmente valiente al mantener su enfoque en lo que es fundamental.



Sarah Schulman

Audrey, bueno, mi punto principal es que nosotros (judíos y estadounidenses) estamos encerrados en ideolo-

gías, acciones y sistemas que no son viables. Un concepto de "defensa" que, en el peor de los casos, se basa en el asesinato en masa y en la opresión y la negación de los derechos básicos como *statu quo* no es aceptable. Tenemos que cambiar la forma en que nos vemos a nosotros mismos para que puedan darse soluciones dignas y humanas. Si la única forma de lograr un objetivo es a través del asesinato en masa, el objetivo es erróneo.



Arlene Istar Lev

Sarah Schulman creo que nosotros, e incluyo a Roth acá, estamos de acuerdo en los temas fundamentales. Pero vos no estás respondiendo a las preguntas, sino evadiéndolas. Hamás tiene claro que quiere arrojar a los judíos al mar. No hay nada en sus palabras, comportamiento o historia que sugiera que si abris las puertas no usarán esa oportunidad para más violencia. Ese tema tiene que ser parte de las discusiones.



Sarah Schulman

Estoy respondiendo sobre ese tema, pero pensándolo desde otra perspectiva a la tuya, sin compartir tus supuestos. Mientras estemos actuando injustamente, los palestinos resistirán. Cualquier plan que implique dominar o controlar a los palestinos producirá dolor. La autoconcepción predominante de Israel depende de la injusticia y, por lo tanto, no es viable. Ese es el origen y centro del conflicto.



Jane DeLynn

Hamás fue elegido en 2006. Hace ocho años y contando. ¡Caramba, todavía podríamos tener a George Bush como presidentel



Jane DeLynn

Usar la palabra "genocidio" muestra una ignorancia impactante de la historia y una degradación del lenguaje. Si Israel quisiera acabar con los palestinos, podría usar

armas nucleares o hacer que esos cincuenta mil soldados arrasaran Gaza, demoliendo cada hogar y matando a cada persona. Eso es genocidio. Consideres o no justificada esta GUERRA.



Ryn Hodez

Creo que los “grupos malos” son a menudo el resultado de traumas colectivos que pueden ser explotados (política, económica y culturalmente, etc.) para ganar poder, como una forma de antídoto contra el trauma. La existencia de Israel, revestida de la historia del Éxodo y el trauma del Holocausto, también fue un movimiento político estratégico de Occidente para ganar una fuerte posición militar en la región para sus propios fines. Dos pueblos sin otro lugar adonde ir enfrentados sangrientamente por el colonialismo. El camino a través del trauma es interno, autorreflexivo y contrario a la intuición, ya que implica la rendición/aceptación antes de que se pueda encontrar ese nuevo camino a seguir. No sabemos lo suficiente sobre la elaboración de traumas colectivos.



Mohan Sikka

Me enoja leer comentarios del tipo: “Si Israel quisiera acabar con los palestinos, podría usar armas nucleares o hacer que esos cincuenta mil soldados arrasaran Gaza, demoliendo cada casa y matando a cada persona”. ¿Se supone que debo estar agradecido de que no estén haciendo eso? ¿Cómo es que estamos discutiendo algo semejante? Lo que estás haciendo es espantoso. También Hamás es un chivo expiatorio conveniente, la reacción de un sistema bajo una presión increíble. Esto es más que Hamás. Liberen la presión, terminen con el asedio y la ocupación, admitan que el crimen de desposesión se cometió contra los palestinos, acérquense a la mesa y negocien honestamente, y luego evalúen lo que sucede. Aun así, e incluso en esta loca situación, estoy de acuerdo con Sarah en que las demandas de cese de operaciones presentadas por los palestinos son eminentemente razo-

nables. El hecho de que ni siquiera se consideren te dice todo sobre quién tiene el poder y quién establece los términos, y quién no cuenta.



Audrey Roth

Sarah, no estoy en desacuerdo con mucho de lo que decís aunque, para mí, parte del lenguaje que usás es perturbador y no está orientado a la resolución. Creo que términos como “genocidio” y “asesinato en masa” nunca llevarán a las partes a ningún lado. Del mismo modo, creo que muchos de los términos y ciertas construcciones que usa Israel son desacertados y, a menudo, ofensivos. Desde mi lugar, estoy pensando en los pasos afirmativos que se pueden dar para mover estos dos objetos inamovibles (por así decirlo).



Tania Hammidi

Sigo pensando en la tecnología de vigilancia incorpórea que está en juego... Cómo el ejército sionista “sabía” (ya sea con precisión o no) qué casas bombardear. O sea, por supuesto que ahora están bombardeando vecindarios sólo para hacer volar a todos, pero lo que quiero decir es que esta invasión pervertida de la privacidad y la soberanía emplea la misma tecnología que usan los militares estadounidenses, etc., para vigilar y seguir las vidas de aquellos que saben que tienen poder (ya sea espiritual, político, social, económico o militar). Me he estado preguntando cómo dismantlar esa relación poco ética con respecto a esta masacre cruel e inhumana, así como sobre la estructura de *apartheid* colonial que la sustenta. ¿Alguna idea sobre matones con juguetes digitales de alta definición, Sarah Schulman?



Sarah Schulman

Audrey. En serio, por favor, ¿cuál es tu definición de “asesinato en masa”? Han matado a quinientas personas, herido a miles, destruido hospitales y destruido doscientas ochenta escuelas, además de once mil viviendas. Eso no sólo destruye muchas vidas sino también formas de vida.



María Caridad Pérez

El problema más grave para mí es que no hay un final previsible para este horror. De la forma en la que se establece la situación en este momento, parece que cada vez que una de las partes baja el arma la otra dispara. ¿Cuál es la solución? Hasta ahora no he leído nada que parezca serlo.



Janine Dunmyre

Yo estoy esperando ver a los musulmanes haciendo protestas globales sobre cómo los líderes de la Sharía queman, cuelgan, mutilan, golpean y torturan a su propia gente.



Sarah Schulman

Hay un final para esta masacre unilateral. Depende de que la comunidad internacional ejerza presión a través del Boicot, la Desinversión, las Sanciones, la protesta pública y la demanda sobre nuestros gobiernos para un embargo de armas.



Justine Saracen

Janine, los crímenes de los musulmanes en otros países son irrelevantes para este conflicto.



María Caridad Pérez

No hay países u organizaciones poderosas que sugieran hacer algo así hasta ahora. O al menos no estoy leyendo nada de eso en la prensa. Cuando Israel detenga los ataques, termine la ocupación, etc., ¿qué hará Hamás? ¿Qué país u organización poderosa se asegurará de que hagan lo correcto? Incluso si Israel lo inició, se espera que ambas partes muestren responsabilidad y autocrítica para la coexistencia. Definitivamente se ve sombrío este momento.



Diana Reid McCague

No se utilizarán armas nucleares u otras armas de destrucción masiva en Gaza, pero no porque el gobierno israelí

no quiera cometer un genocidio. La reacción del mundo a algo así sería el fin de Israel. Ya mienten sobre su intención: dicen que están identificando ataques para minimizar las bajas de los no combatientes, aunque usan armas que hacen cualquier cosa menos proporcionar resultados precisos. Si Israel quiere sacar a Hamás del negocio, necesita ganarse a los palestinos comunes y corrientes brindándoles libertad, respeto, autonomía e independencia.



Janine Dunmyre

Las tropas israelíes que ingresaron nuevamente a Gaza la semana pasada descubrieron dieciocho túneles utilizados por Hamás para enviar terroristas armados a Israel. Se estima que Hamás usó 800.000 toneladas de hormigón para construir estos túneles.

¿Para qué más podría usarse ese concreto? Hmmm. El edificio más alto del mundo, el Burj Khalifa de Dubái, utilizó 110.000 toneladas de hormigón. Hamás podría haber dado a Gaza siete edificios con departamentos de gran altura. O escuelas. O tal vez equipar sus jardines de infancia con refugios antibombardos, como hicieron los israelíes en Sederot.



Ryn Hodez

La respuesta anterior sobre la Sharía es una desviación típica, un ejemplo de hostigamiento, sesgo antimusulmán, y es exactamente sobre aquellas formas de culpabilización, búsqueda de chivos expiatorios y evasiones de las que está hablando Sarah. ¿No sos responsable de tus propias acciones? ¿Podes volverte loco hasta que se resuelvan todas las otras atrocidades? ¿Cuál es el punto de algo así? Es un mal comportamiento y cuando es perpetrado por grupos de personas *con poder* tiene consecuencias catastróficas.



Mohan Sikka

Estoy poniendo una línea en mi arena mental dispuesta directamente a rechazar argumentos que comienzan con

“Esperando a ver cómo los musulmanes, etc.”. Ninguno de esos conflictos está justificado, respaldado y “permitido” por nosotros. Ninguno de esos conflictos es otra cosa más que abominable. Irak, Siria, Sudán, donde sea. Horrible. El Congreso de Estados Unidos aprueba resoluciones 100-0 dando el visto bueno a ese tipo de asesinatos y destrucciones en cualquier otro lugar. Le damos a Israel un pase libre en lo que sea que haga. Lo que sea que haga. Le pido a toda la gente que quiera seguir diciendo Hamás Hamás. ¿Qué nivel de destrucción por parte de las FDI hará que este caos no sea aceptable?



Justine Saracen

Entonces, Janine, está bien eliminarlos, ¿no? Todo por una cuestión defensiva. Construí un muro, creas un gueto, bloqueas el escape por mar y nada ayuda. Simplemente no podés detener a estas pequeñas ratas, ¿verdad?



Sarah Schulman

Estoy constantemente estancada por el deseo de justificar estos asesinatos. Como dije en mi publicación original, hay algo que está terriblemente mal en las identificaciones grupales que producen excusas para este tipo de interpretaciones distorsionadas y formas mortales de brutalidad.



Samuel Delany

¿Qué hace uno, moralmente, cuando alguien dice: “Ey, acá hay una casa que podés tener. Nadie vive allí realmente. Simplemente, mudate”? Así que uno hace eso, con gran alegría por parte de la propia familia y los amigos, que siguen diciendo: “Ustedes, que nunca tuvieron una casa propia y ahora cuentan con una. ¿No es genial?”. Sólo que uno descubre que ya hay una familia viviendo ahí, que dice: “Ey, esta es nuestra casa. Hemos estado viviendo acá durante generaciones. Las personas que te la cedieron no tenían derecho a hacerlo. No era de ellos. Y aunque esas personas con las que tenés una relación lin-

güística y cultural, pero muy poca relación genética –de lo contrario te parecerías a nosotros–, vivieran acá hace dos milenios, somos nosotros los que estamos viviendo acá ahora, hoy”.

Entonces esperarás durante sesenta años y ahora una generación completamente nueva ha nacido y crecido en esa casa, al igual que las personas que han estado allí todo el tiempo. Varias guerras armadas han ocurrido entre ustedes. ¿Cuál es la forma de manejarlo? Sé cómo lo manejaban algunos jóvenes judíos y judías muy idealistas a principios de los años sesenta, cuando la situación llevaba un curso de apenas quince o dieciséis años. Fueron esperando encontrar un hogar y, cuando llegaron allí, se horrorizaron por lo que encontraron y regresaron a Estados Unidos, se sentaron en mi cocina y rompieron a llorar porque estaban muy indignados por lo que habían visto. Todavía puedo oírlos hablando alrededor de la mesa en la cocina de mi amante en nuestro apartamento en St. Mark's, Bob y Carroll decían que era como una parodia de lo que ocurría en el sur de Estados Unidos con los segregacionistas que, un par de años atrás, habían estado lanzando rocas a los estudiantes negros que ingresaban a las escuelas de Arkansas. Describían cómo los judíos europeos empujaban a los judíos marroquíes de las veredas a las zanjas, de la misma manera en la que sus familias decían que habían sido tratados en Alemania antes de la guerra. Era algo claramente racial. La última vez que mencioné esto en una conversación, quizás tres meses atrás, con alguien doce años menor que yo –una mujer de alrededor de unos 60 años que había iniciado una conversación conmigo en el tren de regreso a Nueva York desde Dover Plains– me dijo que nadie podría haberse sentido así en los años sesenta sobre Israel. Entonces, ¿por qué recuerdo las lágrimas? ¿Por qué recuerdo los detalles? ¿Por qué recuerdo la indignación de estos jóvenes que no pudieron soportarlo? ¿Por qué rememoro a los chicos que habían ido allí planeando quedarse para siempre volviendo tan desilusionados a casa después de tres meses?

Ahora, tres meses después de aquella conversación en el tren y cincuenta años más tarde de aquel día en que Bob y Carroll regresaron y estaban sentados con sus valijas y bolsos bajo las patas de la mesa, los misiles y las bombas se reparten de un lado a otro, una vez más. Porque ya ha pasado antes.



Diana Reid McCague

Janine, muchos gobiernos utilizan una cantidad desproporcionada de recursos en materia de “defensa” a expensas de servicios e infraestructura que beneficiarían a su población general. Estados Unidos es un ejemplo perfecto. ¿La gente de todos estos países merece la muerte y la destrucción? Expónganse a más fuentes de comentarios e información: está repitiendo las palabras de los representantes israelíes.



IS Horst

Por si sirve de algo, leí el mismo comentario de Janine sobre el concreto en otro lugar hecho por otra persona. No lo tengo conmigo ahora, pero estoy casi seguro de que repite palabra por palabra, hasta el “Hmmm”.



Justine Saracen

IS Horst, ¿creés que es simplemente un apologista israelí pagado que corta y pega el mismo argumento en una docena de lugares? Eso explicaría por qué tantos argumentos sionistas suenan repetitivos.



Mohan Sikka

De Mondoweiss: Yousef Alhelou informa desde Gaza, donde se está desarrollando la noticia de otra masacre. Según los primeros informes, la aldea de Khoza, situada en la parte oriental de Khan Younis, en el sur de la Franja de Gaza, se enfrenta a un destino similar al de Shijaeyah, que casi se vio afectado por los bombardeos de tanques y ataques aéreos israelíes durante el fin de semana. Decenas de personas han resultado muertas y heridas mientras la aldea

ahora está sitiada por francotiradores israelíes, y la gente está siendo atacada con disparos mientras escapa del bombardeo. Sumado a eso, los palestinos liberan sus hogares luego de un fuerte bombardeo israelí al este de Khan Younis en el día de hoy.



IS Horst

Bueno, he leído de esas cosas. Realmente me llamó la atención la repetición del “Hmmm”. Pero no lo sé.



Diana Reid McCague

El comentario de Janine es un tema de conversación utilizado por los portavoces israelíes. Podría haber escrito lo mismo de tanto que lo vengo escuchando.



María Caridad Pérez

Miren este hilo. Discutimos, discutimos, discutimos. Algunos se desahogan, algunos atacan, algunos son obsesivos, algunos ignoran y casi nadie aprende, tranquiliza, busca unir ideas y encontrar soluciones. Un espejo. Estoy perdida.



Janine Dunmyre

No estoy segura del sesgo de esta fuente de noticias en particular, pero aprecio que un escritor musulmán reconozca la compleja falta de indignación musulmana en todo el mundo cuando los terroristas musulmanes dañan a innumerables humanos.



Janine Dunmyre

No estoy de acuerdo, María. Aprecio este espacio como un lugar donde la gente discrepa sin ser atacada. La gente no está de acuerdo conmigo. Aparte de ser llamada “portavoz de argumentos israelíes preestructurados”, nadie me está atacando o intimidando. Yo también vengo a aprender. Sarah y yo no estamos de acuerdo en torno al sionismo. Ella lo llama “ocupación”. Yo lo llamo “patria judía”. Sé que ambas estamos de acuerdo en que el nacio-

nalismo apesta. Simplemente lo veo como una realidad de base. Pero amo y aprecio su idealismo. Definitivamente no vengo acá a mirarme en el espejo.



María Caridad Pérez

Janine, tal vez hayas entendido mal lo que escribí. Aprecio este espacio; de lo contrario, no estaría acá. Las razones por las que escribís en un hilo de Facebook pueden ser diferentes a las mías o a las de otra persona.



Ian Iqbal Rashid

Sarah, "esta pesadilla enferma de crueldad de la que nosotros (judíos y estadounidenses) somos responsables". Este artículo habla de esa noción: <www.huffpost.com/entry/aipac-america-israel-policy_b_5607883>. AIPAC es la única explicación para la política moralmente corrompida que tiene Estados Unidos sobre Israel.



Minus Smile

Entonces, cuando se acercan las elecciones, la gente tiende a enfocarse en los problemas con Hamás y cómo fue elegido Hamás. Para las personas a favor de las acciones de Israel, se supone que eso justifica el castigo colectivo que se le está imponiendo a Gaza.

Sé que suena duro, pero ¿no es cierto también que el actual gobierno israelí fue elegido, y que el electorado israelí es, por lo tanto, enteramente responsable de sus atrocidades, que de hecho ordenaron exactamente que se cometieran estas atrocidades? (Al menos la porción del electorado que apoyó a los partidos que forman la coalición actual.) Sólo me pregunto si los mismos criterios que justifican el castigo colectivo se aplican a ambos partidos o sólo a uno.



Ian Iqbal Rashid

Jane DeLynn y Audrey Roth, la Alemania nazi tampoco eligió la palabra "genocidio". La inclinación de la historia lo hizo. Israel puede tener las armas y el poder, pero no quiere ni puede nombrar esta tragedia.



Sarah Schulman

Ian Iqbal Rashid, gracias por el artículo sobre AIPAC. Honestamente, la prevalencia de cristianos sionistas (como George Bush) en la religión mayoritaria acá crea un contexto para las miradas extremistas de AIPAC.



Dudley Saunders

Ha habido un impulso, discutido abiertamente desde hace mucho tiempo, para la creación de lo que se llama "Gran Israel" a través de la confiscación de tierras palestinas. A veces justificado con el llamado a derrocar a los líderes jordanos, para luego enviar a los palestinos a reasentarse allí, en una especie de versión Medio Oriente de nuestro Sendero de Lágrimas. Los asentamientos y la opresión al mejor estilo kafkiano están claramente destinados a moverse despacio hacia esa dirección. Pero, en los últimos días, al menos un miembro de la Knéset ha exigido el genocidio palestino.



Tayyaba Tabby Sajid

¿Puedo compartir esta actualización de estado? Porque es increíblemente brillante...



Marion I. Lipshutz

Sarah Schulman, creo que Hamás también es un grupo malo, aunque un actor no estatal, pero un grupo malo en el sentido en que describís este término. ¿Estás de acuerdo?



Sarah Schulman

"Hamás" es una excusa para justificar todo tipo de crueldades. Es un Monstruo o Espectro que se ha inventado como depósito deshumanizado de la culpa de todos. No soy religiosa y no apoyo partidos religiosos.



Diana Reid McCague

¿Todos los senadores estadounidenses apoyan la guerra actual de Israel contra Palestina porque tienen miedo del ataque político que se producirá? No creo que Franken,

Sanders y Warren *realmente* crean que Israel está justificado al perpetrar el horror actual.



Marion I. Lipshutz

Sarah, me sorprende tu respuesta. ¿Estás diciendo que esto no existe? ¿Es esto simplemente un “espectro” que inventó la Human Rights Watch [Observatorio de derechos humanos]? *Under Cover of War: Hamas Political Violence in Gaza* [Al amparo de la guerra: la violencia política de Hamás en Gaza]: <www.hrw.org/sites/default/files/reports/iopt0409web.pdf>.



Sarah Schulman

No. Estoy diciendo que hay muchas fuerzas religiosas que usan la violencia, y señalar a Hamás como excusa para las matanzas masivas de palestinos es una táctica.



Diana Reid McCague

<forward.com/news/breaking-news/202671/50-israeli-reservists-refuse-to-serve-in-gaza-war>: cincuenta reservistas israelíes se niegan a servir en la guerra de Gaza.



Eric Solstein

Sr. Delany, sé por qué un judío lloraría por la injusticia cometida por su propio pueblo, pero eso no enmarca la situación más grande, ni siquiera la mitad de ella. ¿Quién cree que lloró por los seiscientos mil judíos expulsados de sus hogares en todo Medio Oriente?



Michael Rosenthal

Pero señor Solstein, ¿vamos a seguir intercambiando injusticia por injusticia por los siglos de los siglos? Eso no va a terminar hasta que un lado sea exterminado. Israel tiene el poder abrumador de determinar si esto termina alguna vez, en paz o en muerte.

La internalización de la creación de “Hamás” como el tipo de monstruo que describió Kaspar Saxena estaba ahora en todas

partes: un espectro al que se le prohibía responder, que sólo estaba para ser destruido. Después de todo, Hamás fue un *gobierno* democráticamente elegido. Jimmy Carter supervisó su elección y la declaró libre y justa. Hay partidos religiosos a lo largo de todo el mundo: hindú, cristiano, musulmán, judío. Hamás se encuentra dentro de esta tradición, no es una rara avis surgida del Hades. Representa a un pueblo que ha sido profundamente oprimido, en condiciones reconocidas como ilegales hace mucho tiempo por las Naciones Unidas que implican una violación del derecho internacional. Estas personas han estado sitiadas, lo que significa que están totalmente controladas por una fuerza externa. Y los habitantes de Gaza han dependido del contrabando por medio de túneles para obtener alimentos, provisiones e incluso visitantes y automóviles. El gobierno que trae el *terror* a sus vidas es el gobierno israelí, cuyas violaciones de la ley y la ética son autodenominadas como *democracia* y su objeto negativo como *terroristas*. Para Israel, Hamás es una entidad que debe ser deshumanizada y rechazada por completo; es un objeto que no es real y que sólo existe para ser proyectado y actuar en consecuencia. Un no humano al servicio del agresor Traumatizado/Supremacista. Y me di cuenta de que tengo que profundizar mi modo de pensar para poder llegar a entender y abordar este hecho. El gobierno de los Estados Unidos ha asesinado a muchas más personas que Hamás, pero aun así no abogamos por bombardear cada hogar y ciudad que cuente con un afiliado al partido Demócrata.












Ali Abunimah





Es probable que la suspensión de las aerolíneas estadounidenses de todos los vuelos al aeropuerto Ben Gurión cause un gran daño económico y afecte la “marca” de Israel.





The Associated Press

ÚLTIMO MOMENTO: Delta cancela todos los vuelos a Israel indefinidamente, cita el informe del misil cerca del aeropuerto de Tel Aviv.

-  *Rania Masri*
"Se espera, no se ordena, que los palestinos se abstengan de cualquier tipo de resistencia a la ocupación israelí."
-  *Anna Baltzer*
Mientras lloramos tantos muertos, debemos fortalecer nuestro trabajo por los derechos de los palestinos.
-  *Electronic Intifada*
Los líderes de la sociedad civil de Gaza rechazan la afirmación de que Hamás los utiliza como "escudos humanos".
-  *Dan*
Hola, soy conservador, quiero derrocar al gobierno de Estados Unidos porque mis lamparitas están más tenues ahora, pero los palestinos no tienen derecho a resistir.
-  *JewishVoiceForPeace*
Judíos de todo el mundo protestan por la masacre de #Gaza en Israel, piden boicot, desinversión y sanciones #BDS.
-  *Diana Buttu*
Entonces pensé, si existe tanta inseguridad para Israel, que necesitan bombardear Gaza hasta dejarla hecha pedazos, ¿por qué es lo bastante seguro como para que los turistas sigan yendo? #GazaUnderAttack.
-  *JewishVoiceForPeace*
Carolyn Klaasen: "Llamar a las FDI una fuerza de defensa es absurdo; es un ejército de ocupación ilegal".
-  *E / Resistance*
ÚLTIMAS NOTICIAS: Las fuerzas de ocupación israelíes asaltaron la ciudad de #Nablus #Gaza #Palestine.
-  *Ronna Syed*
Air Canada se une a las aerolíneas estadounidenses que suspenden sus vuelos a Tel Aviv.

-  *Hend*
He visto más preocupación por parte del gobierno israelí por la pérdida de vuelos que por la pérdida de vidas.
-  *Syndicalist*
Enfrentamientos entre jóvenes palestinos y tropas israelíes esta noche en #Hebrón, Cisjordania. Las autoridades palestinas realizaron algunos arrestos.
-  *Mcwbr*
Un cese del fuego humanitario "no está en la agenda en este momento", dice un alto funcionario israelí. Bueno, nada remotamente humano lo es. #Gaza.
-  *Joe Catron*
Embajador de Bolivia en la ONU hablando ante el consejo de seguridad con pañuelo palestino, vía @perdana4peace #Gaza <pic.twitter.com/p4noAOM889>.

23 de julio

-  *Ben Ehrenreich*
Bueno, esto podría ponerse interesante: la familia de Mahmud Abás se va en secreto a Jordania: <www.jpost.com/Middle-East/Abbass-family-abandons-West-Bank-for-Jordan-368496>.
-  *Ben White*
La Asociación de Literatura Africana respalda el boicot académico a Israel <electronicintifada.net/blogs/jimmy-johnson/african-literature-association-endorses-academic-boycott-israel> vía @intifada #BDS.

24 de julio

-  *Sarah Schulman*
Las nuevas demandas palestinas de cese del fuego: apertura de fronteras y libertad de movimiento para los residen-

tes de Gaza; liberación de los prisioneros, permiso para los pescadores de Gaza a navegar 19 kilómetros más allá de la costa; Hamás y la Autoridad Palestina también exigen la creación de un comité internacional para garantizar la implementación del acuerdo. ¿Hay alguno de nosotros que estaría de acuerdo con exigir menos para nosotros?



Shaima' Ziara

¡Soldados israelíes abren fuego contra todo lo que se mueva en Khusa'al! La gente no puede siquiera mover "los pedazos" de los muertos en las calles! #GazaUnderAttack.



Electronic Intifada

FOTO: La policía palestina impide que los manifestantes de Ramallah lleguen a los asentamientos israelíes <bit.ly/1nidILE>.



Steven Salaita

#ApoyoAGaza a pesar de que mi presidente sea muy cobarde para hacer lo mismo.



Ben White

Agencia israelí prohíbe corte de radio que menciona a niños muertos en Gaza <www.haaretz.com/news/diplomacy-defense/israel-gaza-conflict-2014/1.606908>.



AJELive

ÚLTIMO MOMENTO: Al menos treinta personas muertas y cien heridas en el bombardeo de una escuela de la ONU en Gaza: <aje.me/1kXSzSd>.



Al Jazeera English

Proyectiles israelíes alcanzan refugio de la ONU en Gaza <aje.me/1nXrkau>.



Al-Akhbar English

Último momento: informes de un muerto y decenas de heridos en enfrentamiento en el puesto de control de #Qalandia en Cisjordania ocupada #Gaza #48KMarzo.

A fines de agosto, la guerra en Gaza se había cobrado más de dos mil vidas y seguiría cobrándose muchas más. La mayoría de ellos eran civiles y muchos eran niños. Otros diez mil palestinos resultaron heridos. Por contraste, fueron asesinados sesenta y cinco soldados israelíes mientras que tres civiles y varios cientos de soldados israelíes resultaron heridos. Una cuarta parte de los habitantes de Gaza se quedó sin hogar; casi todo el país estaba literalmente en ruinas. Israel destruyó la planta de energía y, así, cortó la electricidad, contaminó el agua y detuvo el procesamiento de aguas residuales. La destrucción incluyó una universidad, muchas mezquitas, casi todos los hospitales, ciento cuarenta y seis escuelas y varios refugios administrados por la ONU repletos de civiles, a pesar de que la ONU le había dado las coordenadas a Israel diecisiete veces, en un caso, y treinta y tres, en otro. La enfermedad se volvió desenfrenada; había cuerpos por todas partes. El Senado de Estados Unidos votó 100 a 0 a favor de apoyar a Israel, y el presidente Obama firmó 225 millones de dólares en ayuda adicional. Samantha Power y Susan Rice obstruyeron los esfuerzos de la ONU para condenar a Israel. Sólo un congresista, Keith Ellison, de Minnesota, se pronunció en respaldo del pueblo de Gaza.

En medio de la lucha, el poeta Peter Cole, para la *Paris Review*, retomó la línea poética de Jaim Najman Biálik que Netanyahu había citado cuando fingió descubrir que los tres niños de los asentamientos estaban muertos: "Venganza [...] por la sangre de un niño pequeño, / es algo que Satanás aún no ha creado".

Cole señaló que el poema no era israelí:

Fue escrito mucho antes de que se fundara el Estado y estando muy lejos de él. "On the Slaughter" fue la respuesta inmediata del odesano Jaim Najman Biálik, de treinta años, a los pogromos de abril de 1903 en la ciudad de Kishinev, en Besarabia, donde unos cuarenta y nueve judíos fueron acuchillados, hachados y apaleados hasta la muerte, o ahogados en heces de letrina, y cientos resultaron heridos en el transcurso de varios días. Mujeres y niñas fueron violadas repetidamente. La parte judía de

la ciudad fue diezmada. Netanyahu citó sólo dos líneas, evitando cuidadosamente la que las precedía: “¡Maldito el que grite ‘Venganza!’”.

Al igual que la mujer que llamó a la policía por su pareja como consecuencia de un padre depredador que nunca había sido hecho responsable, los israelíes continuaron recreando su propio trauma histórico en aquellas personas que no eran su causa. Los judíos europeos sufrieron el trauma multigeneracional de un genocidio perpetrado por europeos no judíos que ya hemos podido comprender, y este viaja psicológica, cultural y biológicamente a través del tiempo. Luego, por medio de un espectáculo de protección-por-vía-de-la-dominación, utilizaron tácticas de construcción de mitos y poder acumulado, enraizadas en motivos de supremacía racial europea. Construyeron un aparato de asalto comprometido con el principio de que el Holocausto había probado la necesidad de un Estado judío. Esto se basó en la creencia de que aquel trauma anterior justificaba su ideología contemporánea Supremacista: la replicación entre Trauma y Supremacía. El Estado encerró a los judíos árabes dentro de este trauma, quienes se unieron a la proyección colectiva sobre los palestinos mediante elaboradas tácticas de sobredimensión del daño, rechazo y “lealtad” del grupo malo que no puede ser matizada o autocriticada. Los palestinos no sólo no han sido los perpetradores de este trauma o de su extensión, sino que, de hecho, son sus víctimas.

Cole continúa explicando que el título del poema seleccionado por Netanyahu, “On Slaughter”, alude “con la más oscura ironía” a la oración recitada por el *shochet*, el carnicero *kosher*, antes de matar al animal. También se refiere a los mártires judíos de la Edad Media que se suicidaron antes de que sus opresores cristianos pudieran matarlos. Es un grito de desesperanza, de imposibilidad de rescate, de furia fútil ante la crueldad deshumanizante. Es un poema que resuena profundamente en la experiencia palestina. Pero eso sólo se vuelve evidente si se abraza a los palestinos en lugar de culparlos.

Los israelíes necesitan mantener la noción falsa del monstruo palestino porque sólo pueden construirse a sí mismos en

oposición a ese monstruo. Cuando aquel “otro” afirma sus necesidades y realidades, como han intentado hacer los palestinos, incluso leyendo los nombres de los muertos en la Knéset, se convierten en nuevos acusados. Sí, los palestinos representan una amenaza, pero ¿para qué? Una amenaza para la autopercepción distorsionada de los judíos que apoyan la Ocupación. Una amenaza para el padecimiento mental, la interpretación distorsionada que es colectivamente apoyada y producida tanto por el Trauma real como por la fetichización del Trauma. Es la identificación de los traumatizados con los agresores, a quienes no se les puede oponer ni reconocer errores. Los judíos tienen la oportunidad de desprogramarse, como algunos de nosotros hemos elegido hacer frente al desafío palestino. Cambiamos nuestra autopercepción, nuestros mitos sobre nosotros mismos. Desafiamos los términos de nuestra pertenencia grupal en la medida en que familias, religión, Estado y nación estén unidas bajo el hostigamiento, el rechazo, las imágenes perfeccionistas de nosotros mismos y la deshumanización de los demás. Pero muchos judíos se resisten al cambio y lo consideran como una *amenaza de violencia*. Así, eluden el hecho de que esta violencia es una que nosotros, los judíos, estamos perpetrando.

CONCLUSIÓN

El deber de reparar

Ser tratado como una no persona puede ser el tipo más devastador de opresión que existe.

-JOHN BOSWELL

Nuestra transformación en una cultura consciente, responsable y reparadora requiere apertura para diferenciar el peligro real del peligro proyectado. Si hablamos de esto entre nosotros con delicada informalidad, dejará de ser visto como estigmatizante y se convertirá en una práctica de sentido común.

Por desgracia, “Hacé lo que sientas que está bien” se considera la mejor guía de responsabilidad individual hacia la acción ética. Pero esto puede ser una capitulación a los controles de la impulsividad enraizados en el trauma e incitados por malos amigos y relaciones familiares negativas. Hay una distorsión asquerosa en esta ideología como excusa para hacer lo que “se quiere”. Pretender que lo que es cómodo y más fácil es intrínsecamente correcto es un autoengaño trágico. O, como dijo la artista Rochelle Feinstein, es una condición en la que una persona no puede procesar la situación que ha creado y en la que también desempeña un papel.

¿QUÉ TIENE DE IMPOSIBLE DISCULPARTE
POR TU PARTICIPACIÓN?

Yo, como tantas otras personas, he tenido experiencias de *bullying* grupal que me han marcado. Experiencias a veces tan

abrumadoras, sin sentido y crueles que han puesto en peligro mi vida. Una fue en una ciudad adinerada de provincia a unas horas de distancia. La comunidad tenía las trampas de la urbanidad, pero un sistema de aplicación social muy muy limitado.

A veces me sentía como si estuviera en *In the Heat of the Night* [Al calor de la noche] o en algún otro melodrama de un pequeño pueblo polvoriento donde los ciudadanos más honrados (el *sheriff*, el alcalde y el ministro) pertenecen en secreto al Klan. No importa cuántos esfuerzos hice para comunicarme, las otras partes estaban rígidamente convencidas en su identificación grupal Supremacista. Y muchas personas que conozco, que se habían alejado de este grupo de afinidad, me advirtieron que el castigo grupal era a todas luces su modo de cultura. Como resultado de un desacuerdo común y regular sobre nuestras formas de entender una situación, algunas personas que no sabían cómo discutir las diferencias actuaron haciendo cosas grotescamente dañinas. Cuando traté de discutirlo con ellos, se negaron a hablar conmigo. Esto hizo que nos fuera imposible encontrar una alternativa.

Finalmente, llegó Yom Kipur y le escribí a cada persona diciéndole que me disculpaba por mi parte. Mi amigo Stephen, el amigo de uno de los miembros de ese grupo de afinidad, se mostró escéptico. “Deberían disculparse contigo”, dijo. Pero sabía que no tenían autorreflexividad, así que di el primer paso.

Ahora bien, ninguna de estas personas había sido criada como judía, por lo que tal vez no entendieron lo del Día del Perdón, pero al comportarse como un grupo en lugar de como individuos, asignaron a un representante para que respondiera. Su argumento principal era que, dado que me había disculpado, eso significaba que estaba confesando que me había equivocado. Y dado que sólo una persona puede estar equivocada, eso significaba que ellos tenían razón. Así que en lugar de que mi gesto sirviera para abrir la puerta, se usó como una confirmación unilateral de su Supremacía.

Le respondí (por correo electrónico, porque parte de su táctica de intimidación grupal era negarse a hablar) que en general Yom Kipur es una experiencia colectiva. Y que mi historia con esta me había enseñado que las personas solían responder a las

disculpas con un “Gracias”, o no diciendo nada o disculpándose también. Por lo general, Yom Kipur no se usa para profundizar la acusación. Me respondió: “Nunca vuelvas a contactarnos”. El concepto de reciprocidad era insostenible.

Más tarde, esa semana, Hillary Clinton estaba en *Fresh Air* [Aire fresco] en la NPR, y la presentadora Terry Gross le preguntó acerca de su cambio de posición sobre el tema del matrimonio igualitario. Aunque la propia Gross tiene un historial muy irregular a la hora de cubrir ideas y políticas queer antes de que se conviertan en parte del statu quo, no obstante, tenía razón al pedirle que rindiera cuentas. Clinton, de forma evasiva, no reconoció haber tenido antes una posición contraria al matrimonio homosexual. En un informe sobre este hecho, la periodista Melissa Dahl citó una serie de estudios recientes que revelan que “profundizar y negarse a admitir un error se siente muy bien”. Sí, citó una investigación australiana publicada en 2013 que encontró que, cuando las personas se negaban a reconocer que habían cometido errores, obtenían más beneficios psicológicos que aquellas que los enfrentaban. El estudio mostró que las personas que se negaron a admitir sus errores sintieron una mayor autoestima y más control que las que se disculparon, incluso aunque no fueran sinceras.

En la primavera de 2014, la profesora Dorit Naaman, una israelí que vive en Canadá y enseña en la Universidad de Queens, compartió en Facebook su ensayo “I am a Palestinian Jew, or at least I Will Be” [Soy judía palestina o al menos lo seré]:

Ciertamente en mi vida este lugar se llamará Palestina y seré una ciudadana de ascendencia judío-israelí. Al decir que soy una judía palestina no estoy siendo ni grosera ni provocadora [...] sino que estoy analizando la pura realidad.

Continuó explicando su creencia de que el judaísmo y la identidad israelí sobrevivirían, pero el sionismo no. Esto fue, para mí, una especie de disculpa. Reconoció que una estrategia anterior, en la que estaba implicada, no funcionó y le había producido dolor. Reconoció que ese sistema no sólo no debe conti-

nuar, sino que no puede continuar. Al mismo tiempo que ella reconocía esta realidad, muchos otros israelíes participaban de un pensamiento delirante e imponían todo tipo de crueldad posible para no asumirse equivocados nunca, para dar continuidad a un error. Dorit Naaman no hizo esto; estaba poniéndole fin a esa forma del mal; estaba cambiando la manera en que se veía a sí misma. Ya no sería una judía israelí, sino una judía palestina. Reconoció al otro, lo escuchó y, en consecuencia, se vio transformada.

Este es mi tipo favorito de disculpa. No es una confesión al estilo cristiano; acá no hay nada abyecto; no hay martirio. Sólo existe el reconocimiento de una realidad. Eso es todo. Es fácticamente correcto.

Dorit estaba actuando moral y éticamente. Fue criada de cierta manera, nació en un lugar determinado, estaba imbuida de una ideología negativa basada en la familia arraigada en la Supremacía grupal pero se dio cuenta de que no tenía que ser siempre de esa manera. No tenía por qué defenderlo. No tenía que fingir que estaba bien. No tenía que volver a suscribir cualquiera de esas injusticias. Simplemente podía abrazar el cambio de su propia identidad como de su autoconcepto. Podía convertirse en una judía palestina. Y, literal o metafóricamente, todos podemos.

SENTIRSE MEJOR VS. MEJORAR

En algún nivel, todo se reduce a Sentirse Mejor versus Mejorar. Reprimir información sobre nosotros mismos o nuestros amigos, crear chivos expiatorios como una forma de evitar nuestros problemas, usar el rechazo para unir a un grupo y así crear una identidad colectiva, todo esto hace que las personas se sientan mejor porque se sienten superiores. Pero la única forma de mejorar de verdad es enfrentarse y lidiar con el otro, sentarse y comunicar. Y creo que la diferencia entre estas dos opciones está determinada por a qué grupos (familias, grupos de afinidad, naciones) pertenecemos. Si estamos en grupos que no pueden ser autocríticos y, por lo tanto, castigan la diferencia,

nos uniremos al rechazo, la exclusión y la frialdad. Pero si estamos en aquellos que promueven la aceptación, intervienen para crear comunicación y reconocen que las personas tienen contradicciones, podremos enfrentar y lidiar con la verdadera naturaleza del Conflicto: que es participativo y que no se puede resolver con crueldad, difundiendo rumores, promulgando leyes o encarcelando, invadiendo y ocupando.

Vuelvo con frecuencia a esos psiquiatras refugiados que escaparon de la Alemania nazi y de Austria y llevaron a Estados Unidos el concepto de que las personas hacen las cosas por razones, y que estas razones pueden estar enraizadas en experiencias tempranas que vale la pena identificar para que no culpemos al presente por el pasado. Reconocieron que hay un inconsciente, es decir, que tenemos motivos y asociaciones que impulsan nuestras acciones, de los cuales podemos no ser conscientes. Algunos de estos refugiados, cuyas familias y amigos fueron asesinados por los fascistas, en realidad deseaban tratar a sus torturadores, tenerlos como pacientes. No deseaban que fueran a la cárcel o que los mataran. En cambio, estos practicantes refugiados querían hablar con sus perseguidores sobre sus sentimientos. Me pareció notable. Al igual que Edith Weigert, algunos de estos refugiados veían el fascismo como una neurosis, una compulsión a actuar sobre las ansiedades sobre los judíos y los comunistas. Y en su hermosa visión, *The Courage to Love*, expresó que, al hablarles en una relación terapéutica, podría ayudarlos a separar la ansiedad de la acción. Podían entender las raíces de la ansiedad a fin de que no tuvieran que unirse con otros, igualmente neuróticos, para rechazar, aislar, excluir, convertir en chivos expiatorios, culpar, encarcelar y asesinar en masa a aquellos a quienes culpaban por sus ansiedades.

Yo también me siento así. A veces nos encontramos a nosotros mismos en la historia, y la perspectiva de Weigert es una con la que me identifico. Siento que, si pudiera hablar con las personas que están proyectando sus ansiedades sobre mí, podría reducirse un poco la presión. Es tan fácil rumorear, aislar y rechazar a alguien cuyo dolor podés causar sin verlo. Pero otra cosa es escuchar lo que el ritual de sociabilidad de tu grupo

en realidad está provocando en la vida de otro ser humano. Por eso no me sorprende saber que muchos israelíes o judíos que apoyan al gobierno israelí nunca han oído hablar directamente a los palestinos sobre cómo son sus vidas. En cambio, están llenos de desinformación y proyecciones en un círculo aislado. Y, en mi propio caso, cuanto más contacto tengo con los palestinos, más aprendo a ver el mundo desde un lugar influenciado por su información. De hecho, en mi experiencia, es la persona que sufre la que quiere que las cosas mejoren, mientras que la persona que reprime sus propios conflictos suele querer ser la que se sienta mejor. Entonces, es la persona con VIH, el palestino, el objeto del rechazo grupal quien quiere hablar, ser escuchado y, por lo tanto, transformarse.

Por supuesto, quien rechaza, evita y excluye desde un lugar de Supremacía –el gran hombre en una ciudad de provincias– es quien menos probabilidades tiene de arriesgarse a abrir su mente. Tiene todo que perder: su exagerado prestigio, las comodidades de su vida, las formas en que su pareja y las personas que lo rodean le obedecen para tener un rol social. Pero la persona que rechaza desde el lugar del Trauma es la que más se beneficia del cambio, porque permite este que cese el ciclo agotador de proyección y puede descansar.

Durante los años que me llevó escribir este libro di muchas charlas y tuve muchas conversaciones en las que desarrollé estas ideas. Una de las más productivas fue en una escuela de artes liberales de élite en Estados Unidos. Había una audiencia de unos cien estudiantes y noté un grupo de cinco mujeres jóvenes sentadas juntas adelante. Durante las preguntas y respuestas, una de ellas levantó la mano.

“Soy una sobreviviente”, dijo ella. “Somos todas sobrevivientes acá”, agregó señalando a sus amigas. “Y nuestro abusador está caminando por el campus. ¿Pensás que eso está bien?”

Ahora bien, normalmente, cuando alguien me dice que es una *víctima* y que alguien más es *abusivo*, primero determino si esta persona está atravesando algún peligro físico. Si no es el caso, hago la mayor cantidad de preguntas posibles para poder entender qué es lo que pasó antes de unirme a la condena de otro ser humano. No me subo al tren del enjuiciamiento sim-

plemente porque se usen ciertas palabras. Pregunto qué diría la otra persona que pasó. Pregunto por el orden de los acontecimientos que tuvieron lugar. Pero, dado que esta no era una conversación privada, nos metimos en un ida y vuelta muy rico y fructífero en torno a las grandes preguntas sobre la acusación y el castigo en los campus universitarios. Empezamos a charlar sobre el caso de la Universidad de Columbia en el que una mujer acusó a un hombre de abuso sexual y quería que lo expulsaran. En lugar de debatir los detalles de ese caso, pasamos a una conversación aún más amplia sobre la cuestión de la expulsión en sí. Planteé que expulsar a un hombre que ha cometido una agresión sexual de una universidad privada de élite simplemente lo libera en el mundo de las mujeres que no van a escuelas privadas de élite. Puede sacarlo de una comunidad cerrada basada en la pertenencia a determinada clase social, pero lanza a un perpetrador enojado, privado de derechos y estigmatizado al mundo de las mujeres que no tienen decanos ni consejeros universitarios para defenderse.

Discutimos cuál sería la alternativa y cuál puede ser una respuesta más responsable de estas instituciones ricas al momento de desarrollar formas de lidiar o tratar a los agresores masculinos, en lugar de arrojarlos a las masas. Esto, a su vez, planteó la cuestión de si queremos o no que las personas sean tratadas o castigadas. Entonces entramos en la cuestión de qué es exactamente un “agresor masculino”. Nada de esta rica y texturizada experiencia de aprendizaje mutuo podría haber ocurrido a través de un correo electrónico. Teníamos que estar cara a cara.

En un momento, cité una conversación informal que había tenido con una amiga que fue contratada para establecer sistemas de respuestas razonables a las agresiones masculinas en otra institución privada de élite. Ella se había enterado, como resultado de sus conversaciones con una amplia cantidad de estudiantes, que había un pequeño número de hombres que eran agresores patológicos, y que la violación del consentimiento era, en sí misma, la motivación. Pero, al mismo tiempo, descubrió un gran porcentaje de hombres jóvenes que se sentían confundidos por las mujeres. No entendían la articu-

lación de sus mensajes. Se veían confundidos por los conflictos de las mujeres alrededor de la sexualidad. No podían entender cómo las personas cambian de lugar en la trayectoria de una relación sexual: la forma en que la sexualidad y el romance representados en el cine, la televisión o internet influye en cómo las personas piensan que se supone que deben comportarse, y también en cómo otras personas leen e interpretan esos comportamientos. Y, para algunos, la comunicación auténtica es algo en lo que crecieron, o aprendieron o adquirieron a través de terapia o de la experiencia de vida. Mi amiga también es lesbiana, y ella y yo tuvimos un momento de reconocimiento sobre esa situación. También sabíamos que las mujeres tienen conflictos profundos sobre el comportamiento, las expectativas y la imagen, y nosotras mismas a menudo nos confundimos y no nos entendemos a nosotras mismas ni a otras mujeres. Y somos lo suficientemente adultas para saber que reconocer la contradicción no es “culpar a la víctima” sino algo necesario para encontrar soluciones reales.

Luego repetí para la audiencia parte de la investigación de este libro sobre cómo el primer movimiento feminista antiviolencia enfatizó el patriarcado, el racismo y la pobreza como las causas de la violencia contra las mujeres. Expresé cómo este enfoque en la causa, o la comprensión, ha sido reemplazado por un enfoque en el castigo que aumenta el poder de la policía, pero deja sin abordar los motivos de la violencia. En ese momento, una de las otras mujeres del grupo de sobrevivientes se enojó. Estaba molesta y temblando. “Estás diciendo que cuando tenía 10 años y mi padre me golpeaba, alguien debería haberme sentado y dicho...” –y acá ella imitó sarcásticamente una voz adulta súper dulce y condescendiente– “Él sólo hizo eso por culpa del patriarcado, el racismo y la pobreza”.

Por suerte esta conversación fue en vivo y en persona, porque si ella hubiera hecho esa acusación por correo electrónico y yo le hubiera respondido, nunca me habría escuchado. Pero como estábamos juntas en esa habitación, en la que nuestras expresiones faciales y nuestros tonos de voz podían ser reconocidos, y, lo más importante, porque había otras personas allí con nosotras, pudimos llegar a algún lugar con esa conversa-

ción. Por supuesto yo sabía que nunca había dicho ni insinuado semejante cosa. Y sabía que las otras cien o más personas en la sala también lo sabían. Entonces, con cuidado, respeto y amabilidad, todos los elementos tonales que habrían sido invisibles en un correo electrónico o en un mensaje de texto, delineé que eso no era lo que había dicho; que no creía que una persona debía decirle a una niña de 10 años que fue golpeada por su padre que lo que le pasó fue causado por el patriarcado, el racismo y la pobreza. Entonces pregunté a la sala: ¿cuántas personas pensaron que eso fue lo que dije? Nadie levantó la mano. Así que con respeto, amabilidad y cuidado subrayé que la niña debería haber sido amada y cuidada, y que lo que hizo su padre estuvo mal. Al mismo tiempo, el centro de mi charla esa noche –de hecho, su tema central– fue el tipo de dinámica emocional que tuvo lugar ahí y que llevó a esta joven a escuchar algo que no había sido dicho. Que, de hecho, es exactamente sobre lo que trata mi trabajo: la mala escucha, es decir, la acusación.

Así que le pregunté en voz baja, algo que no se puede transmitir por correo electrónico o por mensaje de texto: “¿Creés que te pusiste ansiosa mientras hablaba?”. Como todos estábamos allí en persona y ella pudo ver que nadie más en la sala escuchó lo que ella había oído, supe que estaba prestando atención. “¿Es posible que la ansiedad, y recordar lo que te pasó, e imaginar que podría estar quitándote eso, opacó lo que realmente se decía en el presente?”. La joven realmente consideró lo que estaba diciendo y luego, como regalo de esta interacción en persona, tuve una nueva perspectiva que nunca habría tenido si ella me hubiera bloqueado en el correo electrónico o se hubiera negado a hablar por teléfono. “No sería increíble”, dije, “si pudiéramos dirigirnos a nuestros amigos y decirles: ‘me sentí ansioso y por eso reaccioné’ y que, en lugar de que ellos usen eso como una razón para ignorarnos, menospreciarnos o castigarnos, cada vez que digamos que *nos sentimos ansiosas y sobredimensionamos una reacción*, nuestros amigos pusieran sus brazos a nuestro alrededor, nos abrazaran y nos besaran, agradeciéndonos y elogiándonos por decir la verdad?”

Al final de la charla, me acerqué a ella y nos dimos la mano. Le dije que esperaba volver a verla. Esa noche, cuando llegué a

casa, entré a Twitter y esta misma joven había enviado un mensaje. “Sarah Schulman vino a hablar a mi universidad esta noche y fue fantástica”.

Si ella me hubiera rechazado, si se hubiera negado a sentarse en persona y hablar de estas cosas, si me hubiera dado la espalda porque alguien le susurró un rumor sobre mí que ella se negó a verificar, ninguna de nosotras habría podido acceder a esa relación positiva, esas ideas o ese momento.

Trabajar en este libro ha sido una experiencia intensa. Tuve que ir muy muy profundo. Tuve que mirar honestamente dentro de mí y dentro de las personas que me rodeaban, en especial aquellas que se niegan a involucrarse. Y creo que surgieron algunos conceptos básicos: el rechazo está mal. No es ético. El rechazo grupal es la pieza central de la mayoría de las injusticias sociales. Vincularse o establecer una pertenencia acordando ser cruel con una persona es deshumanizante y socialmente divisivo. Provoca un dolor terrible y es injusto. Si alguien te pide que lastimes a otra persona, que te niegues a hablar con ella, que la trates con frialdad, que no aceptes sentarte y escuchar lo que tiene para decir sobre las consecuencias de tus acciones en sus vidas, entonces estás siendo invitado a un sistema Supremacista. Lo mejor que se puede hacer cuando se te pide que lastimes a otra persona es preguntarle al objeto del chivo expiatorio qué cree que está pasando. Sólo atendí el teléfono. Si tenés un conflicto con otra persona, decile cómo te sentís antes de aplicar un castigo. Preguntar y escuchar. Hablar cara a cara. Hay que aprender del arte de escribir ficción: todas las personas son reales. Tus acciones tienen consecuencias en otras personas.

Intervenir es la única respuesta moral cuando otra persona está siendo acosada de manera grupal o cuando un grupo de personas están siendo rechazado, excluido, encarcelado u ocupado. Sobre todo cuando alguien nos pide ayuda es cuando debemos intervenir. Por lo general, intervenir significa confrontar al matón principal o al grupo central, y por lo general significa arriesgarnos a ser marginados. La mayoría de nosotros, probablemente todos, tenemos momentos en nuestras vidas en los que corremos el riesgo de perder favores al defender

a alguien que es objeto de la culpa de otros, ya sean las personas con VIH, la persona sin hogar en el subte o la ex novia de nuestro amigo. Aquellos de nosotros que nos presentamos como “progresistas”, que apoyamos a otros, o ayudamos o tomamos posiciones, somos los principales responsables de oponernos a esta tendencia hacia la crueldad. Cuando no rechazamos la crueldad, en última instancia, no representamos nada; somos hipócritas y nuestro yo público es falso. Las personas progresistas no rehúyen y, de hecho, intervienen cuando se organiza una agresión grupal. En última instancia, cuando los grupos se unen para excluir, lastimar o culpar a otra persona, es el poder del Estado el que se fortalece. Porque el Estado no quiere entender las causas, no quiere que las cosas mejoren, no quiere que la gente se entienda. Los aparatos estatales están ahí para mantener el poder de los que tienen el control y castigar a los que impugnan ese poder; eso es lo que hacen las malas familias, y eso es lo que hacen los malos amigos. Y nada interrumpe la deshumanización más rápido que encontrarse con alguien, mirarlo a los ojos, escuchar su voz y prestarle atención.

Agradecimientos

Tantas personas influyeron en este libro; nada de lo que he escrito antes ha estado tan poblado por otros. Algunas transformaron mi comprensión por su fuerza y profundidad, su voluntad de cambiar y cuestionar, su compasión, autocrítica y dedicación al compromiso. Otros me abrieron los ojos por su superficialidad, cobardía, provincianismo, miedo y actitud defensiva. Cada una de estas personas fue fascinante y cada una de ellas aportó y, por tanto, enriqueció este proyecto con su ejemplo.

Un profundo agradecimiento a The Corporation of Yaddo [La corporación de Yaddo] y a la Colonia MacDowell, donde se escribió gran parte de este libro. También a Ted Kerr, Kelli Dunham, Tom Leger, Nadia Awad, Matias Viegner, Bryn Kelly, Dean Spade, Darren Patrick, Adam Fitzgerald, Suzanne Carte, Matan Cohen, Maureen Fitzgerald, Daniello Cacace, Ian Iqbal Rashid, Jim Hubbard, Gardenia Flores, Jasmine Rault, Catherine Lord, Heidi Schmid, Laura Benkov, Theo, Marcilyn Cian Franciso, Zoe Whithall, Claudia Rankine, Farzana Doctor, Michelle Pearson Clarke, Jackie Reingold, Ghadir Shafie, Danny Glenwright, Savannah Garmon, Sa'ed Atshan, Patty White, Claire Potter, Christina Hanhardt, Ger Zielenski, Andrea Houston, Tayari Jones, Jane Walsh, Kim Emery, Jordan Arseneault, Tracie Morris, Kim Koyama, Mattilda Bernstein

Sycamore, Leslie Gevirtz, Tom Waugh, Jack Waters, Peter Cramer, Kaspar Saxena, Aidan Cowling, Rachel Epstein, Alex McClelland, Scott Berry, Amy Fung, Rowan McNamara, Sur Rodney (Sur), Andy Parker y James Shack, por sus compasivas reflexiones, su conversación abierta, su apoyo y su iluminada comprensión, ya sea momentánea o continua. Gracias a Allison Danzig y Amy Ellingson por acogerme generosamente en San Francisco. Gracias también a los investigadores Kelly Roberts, Ann Simonds, Patrick DeGauw, Daniela Silvestre, Jorge Ayoub y Josh Valentine Pavan.

Me saco el sombrero ante el aura lejana de Judith Butler, que me proporcionó la palabra “espectro” para describir al individuo rechazado como objeto de proyección.

Un agradecimiento especial a Zab Design.

Mi pensamiento sobre las neuropatías, las consecuencias de los traumas, la negación de los padecimientos mentales y la cuestión general de estar “a la defensiva” ha estado influenciado durante mucho tiempo por el documental *Addiction* [Adicción] (HBO, 2007), de Liz Garbus y Rory Kennedy.

A veces una persona dice una palabra o una frase que es tan crudamente verdadera que las puertas de la comprensión se abren para siempre. Es el tipo de conocimiento que se puede negar pero no desaprender. Gracias a Rebecca Garrett por las palabras “bárbaro” y “repulsivo” para describir un acto particularmente horripilante de acoso grupal y por explicar el miedo a ser blanco de ataques si uno no obedece. Gracias a Avi Lewis por admitir que “la maternidad tiene que ver con la culpa” y, en un reconocimiento profundo de la responsabilidad de intervenir ante el acoso injusto, prometer dos veces que “vamos a arreglar esto”. Gracias a Misha Abarbanel por la sabiduría al recomendar: “Dejá de culpar a los demás y dejá de culparte a vos mismo, simplemente arreglalo”, y a Stephen Andrews por usar la palabra “realineación” para alejarse conscientemente de los grupos malos, por el término “rehuir”, por hablar valiente y abiertamente a la comunidad sobre el acoso y por identificar el fenómeno de los que nunca se disculpan. Gracias a T. L. Cowan por ser la primera en señalarme el fenómeno de un grupo de acoso que “construye” falsamente a alguien como abu-

sador para evitar la responsabilidad de sus propias acciones, y por iluminar el papel del observador participante. Wendy Coburn ofreció estratégicamente la palabra “disfuncional” y la frase “Se trata de feminismo” en una conversación clave. Tony Souza me dijo que algunas personas prefieren seguir instrucciones para castigar antes que “tomarse el tiempo” para ayudar a un amigo a afrontar las complejidades de su pasado. Gracias a Roy Mitchell por la idea de que si creemos que alguien “necesita ayuda”, “deberíamos ayudarlo” en lugar de gritar punitivamente: “Necesitás ayuda” y luego rechazarlo. Además, quiero agradecerle a todos los que hablaron honesta y directamente y que, a su vez, escucharon, aunque sea por un instante. Sus palabras sinceras me han iluminado de manera permanente desde el momento en que me las ofrecieron y nunca las he olvidado.

Gracias a Nan Alamilla Boyd por la palabra “acarreador” para describir un dispositivo narrativo que lleva una idea compleja a lo largo de un libro.

El libro de Vivian Gornick *The Romance of American Communism* [El romance del comunismo norteamericano] fue el primero en articular para mí que las personas que se creen progresistas pueden violar sus propios valores identificándose con una relación de grupo negativa que supera y, por tanto, viola cualquier compromiso real con la justicia.

Estoy agradecida a la gente paciente y alentadora de Sixth Street Pilates, que ha estado presente para facilitar la evolución sin importar las circunstancias, y a Jeffrey Van Dyke por su arte y habilidades curativas.

Estoy especialmente agradecida a quienes han leído y comentado generosa y productivamente el manuscrito completo, a veces a múltiples borradores: mi editor Arsenal Pulp Press ha sido un socio atento y productivo durante muchos años. Daniel Allen Cox, Will Burton y Lana Povitz fueron verdaderos amigos e intelectuales comprometidos.

Estoy muy agradecida con Matt Brim, con quien mantengo un diálogo constante sobre todo lo que importa, y con Dudley Saunders, que ha leído, criticado y se ha comprometido plenamente con mis libros en curso y con el desarrollo de mi vida durante todas estas décadas.

Bibliografía

- Ahmed, Sara (2010): *The Promise of Happiness*, Durham, Duke University Press [ed. cast.: *La promesa de la felicidad: una crítica cultural al imperativo de la alegría*, Buenos Aires, Caja Negra, 2021].
- (2015): “A Campaign of Harassment”, *feministkilljoys*, 26 de mayo. Disponible en: <feministkilljoys.com/2015/05/26/a-campaign-of-harassment>.
- American Psychiatric Association (2013): *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*, 5º ed., Arlington, American Psychiatric Publishing.
- Arendt, Hannah (1982): *Lectures on Kant's Political Philosophy*, ed. por Ronald Beiner, Chicago, University of Chicago Press [ed. cast.: *Conferencias sobre la filosofía política de Kant*, Barcelona, Paidós, 2009].
- Baldwin, James (1962): “As Much Truth as One Can Bear”, *New York Times Book Review*, 14 de enero.
- Barner, John R. y Michelle Mohr Carney (2011): “Interventions for Intimate Partner Violence: A Historical Review”, *Journal of Family Violence*, 26(3): 235-244.
- Bartlett, Tom (2013): “The Science of Hatred”, *The Chronicle Review. Chronicle of Higher Education*, 24 de noviembre. Disponible en: <chronicle.com/interactives/bosnia>.

- Behrendt, Hadar y Rachel Ben Ari (2012): "The Positive Side of Negative Emotion: The Role of Guilt and Shame in Coping with Interpersonal Conflict", *Journal of Conflict Resolution*, 56, pp. 1116-1138.
- Bennis, Phyllis (2014): "Why Opposing the Israel Lobby Is no Longer Political Suicide", *The Nation*, 15 de julio. Disponible en: <www.thenation.com/article/archive/room-criticize-israel-grows-are-policy-changes-table>.
- Blake, William (1985): "The Marriage of Heaven and Hell", en *The Portable Blake*, ed. por Alfred Kazin, Nueva York, Penguin, pp. 249-266.
- Boyd, Nan Alamilla (2008): "Sex and Tourism: The Economic Implications of the Gay Marriage Movement", *Radical History Review*, 100, pp. 222-235.
- Brach, Tara (2012): *Attend and Befriend - Healing the Fear Body (3/30/12)*, conferencia en YouTube, 28 de mayo. Disponible en: <www.youtube.com/watch?v=k5w4Mh28wn4>.
- (2014a): *Awakening through Conflict*, conferencia en YouTube, 23 de abril. Disponible en: <www.youtube.com/watch?v=50W4MSxQ79g>.
- (2014b): *From Fight, Flight, Freeze to Attend-Befriend*, conferencia en YouTube, 3 de mayo. Disponible en: <www.youtube.com/watch?v=a25T4KlaQDs>.
- Brown, Jacqueline Nassy (2009): *Dropping Anchor, Setting Sail: Geographies of Race in Black Liverpool*, Princeton, Princeton University Press.
- Butler, Judith (2004): *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence*, Londres-Nueva York, Verso [ed. cast.: *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*, Buenos Aires, Paidós, 2006].
- (2014): "Public Assembly and Plural Action", *Alexander Lecture at University College*, University of Toronto, Toronto, 11 de febrero.
- Canadian HIV/AIDS Legal Network (2005): "Sex Workers and HIV/AIDS: Stigma, Discrimination and Vulnerability", en *Sex, Work, Rights: Reforming Canadian Criminal Laws on Prostitution*. Disponible en: <www.canada.ca/en/public-health/services/hiv-aids/publications/

- population-specific-hiv-aids-status-reports/women/chapter-4-current-evidence-factors-impact-women-resiliency-vulnerability.html>.
- Cole, Peter (2016): "On the Slaughter", *The Paris Review*, sección "The Daily", 30 de julio. Disponible en: <www.the-parisreview.org/blog/2014/07/31/on-the-slaughter>.
- Cross, Gary (2014): "Jaded Children, Callow Adults", *The Chronicle Review. Chronicle of Higher Education*, 10 de marzo. Disponible en: <chronicle.com/article/Jaded-Children-Callow-Adults/145117>.
- Dahl, Melissa (2014): "Why Hillary Clinton Was (Psychologically) Right not to Admit She Was Wrong", *New York Magazine*, sección "Science of Us", 13 de junio. Disponible en: <www.thecut.com/2014/06/hillary-was-right-not-to-admit-she-was-wrong.html>.
- Daly, Mary (1978): *Gyn/ecology: The Metaethics of Radical Feminism*, Boston, Beacon Press.
- Darwish, Mahmud (2007): "Edward Said: A Contrapuntal Reading", *Cultural Critique*, 67, pp. 175-182.
- Davis, Laura (1991): *Allies in Healing: When the Person You Love Was Sexually Abused as a Child*, Nueva York, Harper Collins.
- Eloit, Ilana (2015): "Sarah Schulman on 'Conflict Is not Abuse': Rethinking Community Responsibility Outside of the State Apparatus", *Engenderings*, London School of Economics Gender Institute, 7 de julio. Disponible en: <blogs.lse.ac.uk/gender/2015/07/07/sarah-schulman-on-conflict-is-not-abuse-rethinking-community-responsibility-outside-of-the-state-apparatus>.
- Even Or, Yael (2014): "We are Israeli Reservists. We Refuse to Serve: A Petition", *Washington Post*, 23 de julio. Disponible en: <portside.org/2014-07-23/we-are-israeli-reservists-we-refuse-serve-petition>.
- Gladstone, Rick (2014): "U.S. Advises Americans to Put off Travel to Israel", *New York Times*, 21 de julio. Disponible en: <www.nytimes.com/2014/07/22/world/middleeast/us-advises-americans-to-put-off-travel-to-israel.html>.

- Goldberg, Jonathan Jeremy (2014): "How Politics and Lies Triggered an Unintended War in Gaza", *The Forward*, 10 de julio. Disponible en: <forward.com/opinion/201764/how-politics-and-lies-triggered-an-unintended-war>.
- Grant, Isabel y Glenn Betteridge (2011): "A Tale of Two Cases: Urging Caution in the Prosecution of HIV non-Disclosure", *HIV/AIDS Policy & Law Review*, 15(3): 15-23.
- Hanhardt, Christina B. (2013): *Safe Space: Gay Neighborhood History and the Politics of Violence*, Durham, Duke University Press.
- Hass, Amira (2014): "Israel's Moral Defeat Will Haunt Us for Years", *Haaretz.com*, sección "Haaretz", 28 de julio. Disponible en: <www.haaretz.com/2014-07-28/ty-article/premium/israels-moral-defeat-will-haunt-us-for-years/0000017f-e591-d97e-a37f-f7f53c100000>.
- Heidegger, Martin (1962): *Being and Time*, Londres, SCM Press [ed. cast.: *Ser y tiempo*, Madrid, Trotta, 2020].
- How to Have Sex in a Police State (2015): "How to Have Sex in a Police State: One Approach", *Tumblr*, 26 de marzo. Disponible en: <howtohavesexinapolicestate.tumblr.com/post/114884057757/this-is-notintended-as-legal-advice-please>.
- Kershner, Isabel (2014): "6 Israelis Held over the Killing of Palestinian", *New York Times*, 6 de julio. Disponible en: <www.nytimes.com/2014/07/07/world/middleeast/israel-palestinians-muhammad-abu-khdeir.html>.
- Levy, Gideon (2016): "Our Wretched Jewish State", *Ha'aretz*, 6 de julio. Disponible en: <www.haaretz.com/opinion/premium-1.603232>.
- Lis, Eric y otros (2007): "Neuroimaging and Genetics of Borderline Personality Disorder: A Review", *Journal of Psychiatry & Neuroscience*, 32(3): 162-173.
- Mason, Paul y Randi Kreger (1998): *Stop Walking on Eggshells: Taking Your Life Back when Someone You Care About Has Borderline Personality Disorder*, Oakland, New Harbinger [ed. cast.: *Deja de andar sobre cáscaras de huevo: cómo recuperar el control de tu vida cuando alguien que te importa tiene trastorno límite de la personalidad*, Madrid, Pléyade, 2016].

- Matar, Haggai (2014): "Tel Aviv Is under Red Alert—In Many Ways", *The Forward*, 21 de julio. Disponible en: <forward.com/opinion/202383/tel-aviv-is-under-red-alert-in-many-ways>.
- Matthews, Nancy A. (1994): *Confronting Rape: The Feminist Anti-Rape Movement and the State*, Nueva York-Londres, Routledge.
- Mykhalovskiy, Eric y Glenn Betteridge (2012): "Who? What? Where? When? And with what Consequences? An Analysis of Criminal Cases of HIV non-Disclosure in Canada", *Canadian Journal of Law and Society*, 27(1): 31-53.
- Millett, Gregorio A. y otros (2012): "Comparisons of Disparities and Risks of HIV Infection in Black and other Men who Have Sex with Men in Canada, UK, and USA: A Meta-Analysis", *The Lancet*, 380(9839): 341-348, 28 de julio.
- Naaman, Dorit (2014): "I am a Palestinian Jew, or at least I Will Be", *+972 Magazine*, sección blog, 17 de junio. Disponible en: <www.972mag.com/i-am-a-palestinian-jew-or-at-least-i-will-be>.
- National Coalition of Anti-Violence Programs (2013): *Lesbian, Gay, Bisexual, Transgender, Queer, and HIV-Affected Intimate Partner Violence in 2013*, New York City Gay and Lesbian Anti-Violence Project.
- New York City Department of Health and Mental Hygiene (2008): *Intimate Partner Violence Against Women in New York City*. Disponible en: <www1.nyc.gov/assets/doh/downloads/pdf/public/ipv-08.pdf>.
- PACBI (2014): "PACBI Guidelines for the International Cultural Boycott of Israel (Revised July 2014)", PACBI (Palestinian Campaign for the Academic & Cultural Boycott of Israel), 31 de julio. Disponible en: <www.no-2brandisrael.org/pacbi-guidelines-for-the-international-cultural-boycott-of-israel-revised-july-2014>.
- Pappé, Ilan (2006): "Genocide in Gaza", *The Electronic Intifada*, 2 de septiembre. Disponible en: <electronicintifada.net/content/genocide-gaza/6397>.

- Puar, Jasbir (2007): *Terrorist Assemblages: Homonationalism in Queer Times*, Durham, Duke University Press [ed. cast.: *Ensamblajes terroristas: el homonacionalismo en tiempos queer*, Barcelona, Bellaterra, 2017].
- Richie, Beth (2012): *Arrested Justice: Black Women, Violence and America's Prison Nation*, Nueva York, New York University Press.
- Rosin, Hanna (2014): "The over-Protected Kid", *The Atlantic*, abril. Disponible en: <www.theatlantic.com/magazine/archive/2014/04/hey-parents-leave-those-kids-alone/358631>.
- Rudoren, Jodi e Isabel Kershner (2014): "With Hope for Unity, Abbas Swears in a New Palestinian Government", *New York Times*, 2 de junio. Disponible en: <www.nytimes.com/2014/06/03/world/middleeast/abbas-swears-in-a-new-palestinian-government.html>.
- Said, Edward (1984): *The World, the Text, and the Critic*, Cambridge, Harvard University Press [ed. cast.: *El mundo, el texto y el crítico*, Barcelona, Debate, 2013].
- Schulman, Sarah (1994): *My American History: Lesbian and Gay Life during the Reagan/Bush Years*, Nueva York-Londres, Routledge.
- (2009): *Ties That Bind: Familial Homophobia and its Consequences*, Nueva York, The New Press.
- (2012a): *The Gentrification of the Mind: Witness to a Lost Imagination*, Berkeley, UC Press.
- (2012b): *Israel/Palestine and the Queer International*, Durham, Duke University Press.
- Stoeber, Jane K. (2014): "Enjoining Abuse: The Case for Indefinite Domestic Violence Protection Orders", *Vanderbilt Law Review*, 67(4): 1015-1098.
- Tangney, June Price, Patricia E. Wagner y otros (1996): "Relation of Shame and Guilt to Constructive versus Destructive Responses to Anger across the Lifespan", *Journal of Personality and Social Psychology*, 70(4): 797-809.
- Thomson, Helen (2015): "Study of Holocaust Survivors Finds Trauma Passed on to Children's Genes", *The Guardian*, 21 de agosto. Disponible en: <www.theguardian.com/science/2015/aug/21/study-of-holocaust-survivors-finds-trauma-passed-on-to-childrens-genes>.

- Tjaden, Patricia y Nancy Thoennes (2000): *Extent, Nature, and Consequences of Intimate Partner Violence: Findings From the National Violence Against Women Survey*, Washington, U.S. Department of Justice, Office of Justice Programs, National Institute of Justice.
- Weigert, Edith (1970): *The Courage to Love: Selected Papers of Edith Weigert*, New Haven, Yale University Press.

Citas por página

- p. 29 Baldwin (1962).
pp. 39-40 Hass (2014).
p. 41 Bartlett (2013).
p. 47 Pappé (2006).
p. 73 Said (1984).
p. 74 Stoever (2014).
p. 82 Schulman (2012a).
p. 88 Schulman (2009).
pp. 95-96 National Coalition of Anti-Violence Programs (2013).
p. 97 Arendt (1982).
p. 102 New York City Department of Health and Mental Hygiene (2008).
p. 104 Matthews (1994).
pp. 104-105 Barner y Mohr Carney (2011).
p. 108 Schulman (1994).
p. 109 Richie (2012).
p. 111 Brown (2009).
p. 113 Eloit (2015).
p. 137 Ahmed (2015).
pp. 145-146 Mykhalovskiy y Betteridge (2012).
p. 153 Canadian HIV/AIDS Legal Network (2005).
pp. 156-158 How to Have Sex in a Police State (2015).
p. 159 Puar (2007).
p. 162 Grant y Betteridge (2011).
p. 164 Butler (2014).
p. 169 Heidegger (1962).
p. 178 Tangney, Wagner y otros (1996).

- pp. 178-179 Behrendt y Ben Ari (2012).
 p. 187 Hanhardt (2013) y Ahmed (2010).
 p. 188 Davis (1991).
 p. 191 Daly (1978).
 p. 201 Butler (2004).
 pp. 205-209 Weigert (1970).
 p. 210 American Psychiatric Association (2013).
 p. 212 Lis y otros (2007).
 p. 213 Thomson (2015).
 pp. 216-217 Mason y Kreger (1998).
 pp. 219-222 Brach (2014a y 2014b).
 p. 229 Blake (1985).
 p. 230 Tjaden y Thoennes (2000).
 p. 236 Boyd (2008).
 p. 243 Cross (2014).
 pp. 244-245 Rosin (2014).
 pp. 252-253 Rudoren y Kershner (2014).
 p. 259 Kershner (2014).
 pp. 261-263 Levy (2016).
 pp. 265-267 Goldberg (2014).
 p. 278 Bennis (2014).
 pp. 289-290 Matar (2014).
 p. 293 Gladstone (2014).
 p. 295 Even Or (2014).
 pp. 317-318 Cole (2016).
 p. 323 Dahl (2014).
 pp. 323-324 Naaman (2014).

Acerca de la autora

Sarah Schulman nació el 28 de julio de 1958 en Nueva York. Tal vez como consecuencia de que le dieran *El diario de Ana Frank*, a los 6 años comenzó un diario en el que escribió: “Cuando sea mayor escribiré libros”. Su abuela materna tenía dos hermanas y dos hermanos que fueron exterminados en el Holocausto, por lo que estuvo expuesta a muchas discusiones sobre los asesinatos masivos, el abandono de los chivos expiatorios y las responsabilidades de testigos y terceros. La primera idea sociopolítica que escuchó fue que “algunas personas no hicieron nada” mientras los judíos de Europa eran exterminados. Esto se convirtió en un principio central de su punto de vista y en un fundamento de su método para entender las estructuras sociales y la dinámica humana. Sin embargo, *El diario de Ana Frank* también le aportó nuevos conocimientos, ya que puso de manifiesto que las niñas podían convertirse en escritoras de obras significativas y profundas que hablaran de experiencias marginadas. Esto se vio reforzado unos años más tarde por la novela *Harriet la espía*, de Louise Fitzhugh, de nuevo sobre una niña escritora, pero esta vez una niña queer alejada de las expectativas de feminidad tradicionales, que tenía un amigo varón queer con el que discutía la verdad, mientras documentaba su propio tiempo en un pequeño cuaderno

que llevaba en el bolsillo trasero de su pantalón. De este modo, estas dos escritoras, Anne y Harriet, ayudaron a que la vida de Sarah fuera posible. Ser neoyorquina en los años sesenta y vivir en Open City antes de la gentrificación significaba estar expuesta a una amplia gama de artes y artistas. Vio teatro ídich y vio teatro estadounidense. Conoció a los hijos de bailarines, pintores y actores. Tuvo la libertad de una niña urbana de la época y recorrió las calles de la ciudad observando, sintiendo y viviendo. Así, estuvo en el lugar correcto en el momento indicado. Toda una vida caminando por su ciudad ha reforzado la temprana lección de que las otras personas son reales, sufren, viven en la simultaneidad, están asombradas, ansiosas, son mezquinas y frágiles. Este reconocimiento ha sido el núcleo de su estética como novelista, dramaturga y guionista. Asimismo, aplica este reconocimiento en su rol de amiga, profesora, colega y mentora de muchos escritores incipientes y consagrados, en diversas relaciones sociales.

El conflicto no es abuso es su decimoctavo libro.